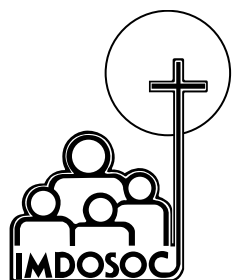




El Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana es una institución de laicos católicos, con espíritu ecuménico, en diálogo con las culturas; cuya misión es contribuir a formar la conciencia personal y social, para construir una realidad social justa a la luz del Evangelio y a través de la investigación, la enseñanza y la difusión del pensamiento social cristiano.



**Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C.**, que auspicia al Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana  
Pedro Luis Ogazón 56, Col. Guadalupe Inn, 01020, México, DF  
Tels.: 56613043 - 56615612, Fax 56614286  
[comunica@imdosoc.org](mailto:comunica@imdosoc.org) - [www.imdosoc.org](http://www.imdosoc.org)



LA CUESTIÓN SOCIAL

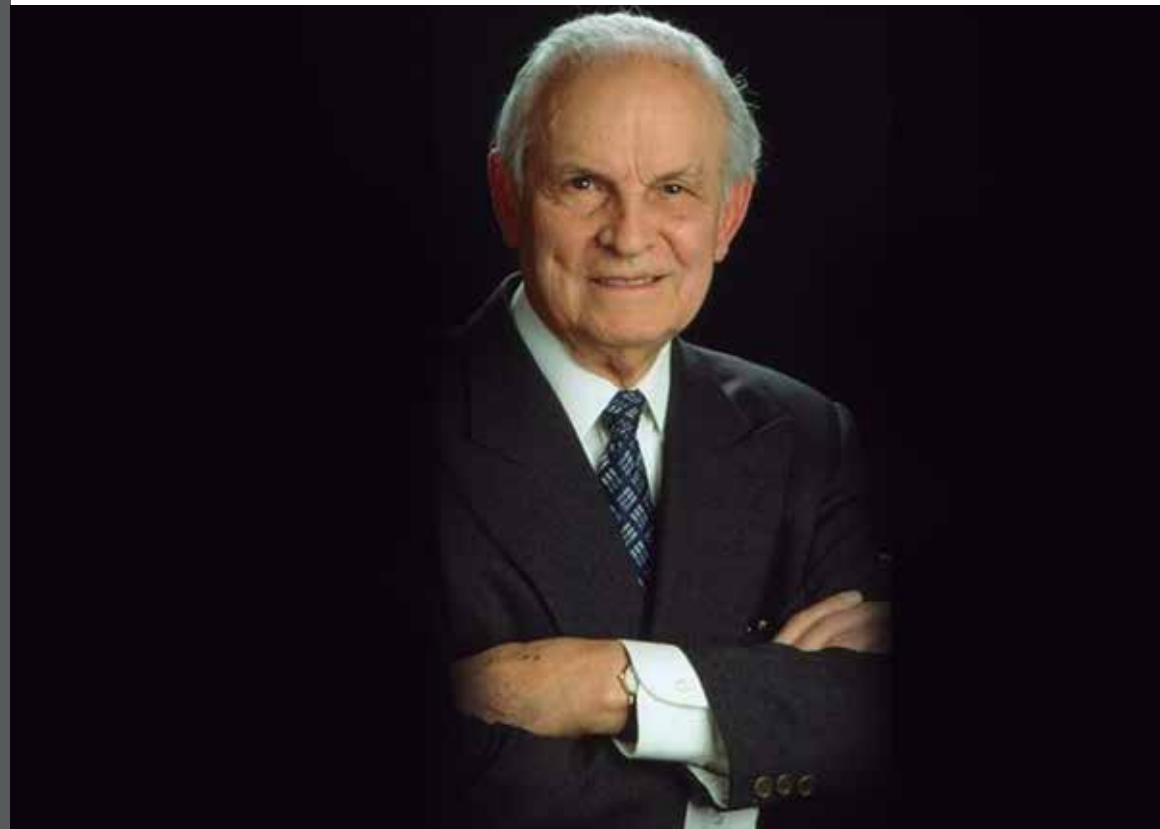
AÑO 25, N. 1, ENERO-MARZO, 2017

# LA CUESTIÓN SOCIAL

1

AÑO 25, N. 1, ENERO-MARZO, 2017

*Número especial*



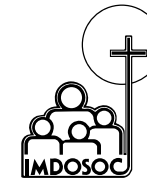
*Textos de don Lorenzo Servitje Sendra*

25 <sup>Aniversario</sup> LA CUESTIÓN SOCIAL



## Contenido

IMDOSOC: alternativa para nuestro tiempo	5
Familia, matrimonio y sexualidad	8
Responsabilidad social y familia	10
Navidad: motivo de esperanza	15
Los mayores	16
El hombre del tercer milenio: retos, aspiraciones y compromisos	17
Los jóvenes ante la realidad de hoy	30
Libertad sí, irresponsabilidad no	32
Juventud en la Iglesia	34
“La sociedad que cuida”: un nuevo concepto	35
La conciliación de los opuestos	37
La corresponsabilidad y su necesidad	47
Mujeres del mañana	54
Un gran amigo	55
¿Qué futuro para México?	58
Juntos por México	63
¿Hay alternativa?	67
México y su miseria	70
México visión y futuro	75
La política económica y social para México 2000-2006	86
El futuro de México y la educación	90
¡Que los últimos sean los primeros!	95
Igualdad y desigualdad entre las naciones	97
¿Qué debemos hacer?	113
Igualdad y desigualdad	115
Propuestas para la distribución del ingreso en América Latina	120
La revolución de la igualdad	129
Obispos y empresarios ante la pobreza	132
Hablemos de desarrollo social	136
Dimensión socioeconómica de la fe	143
Manifiesto por un desarrollo solidario	154
Shuman político cristiano	159
Ozanam, un líder cristiano	167
¿Hay que acabar con los ricos?	173



**25** Aniversario  
LA CUESTIÓN  
SOCIAL

# Presentación

El pasado 3 de marzo nuestro presidente honorario vitalicio, don Lorenzo Servitje Sendra, partió a la casa del Padre.

Con este número especial —en el que nuestros lectores encontrarán una selección de textos de nuestro fundador, escritos en diferentes momentos, contextos y todos publicados en nuestras revistas— queremos rendirle un sencillo homenaje.

Sin duda, don Lorenzo, uno de los pilares de nuestra institución, fue un apasionado de la difusión de la doctrina social cristiana y nos atrevemos a decir que tenía un cariño muy especial por nuestras publicaciones periódicas *Signo de los tiempos* y *La cuestión social*.

Él no era académico formal, por lo que no encontraremos un aparato crítico y tal vez falten algunas citas. Los artículos están agrupados por temas y en ocasiones pueden parecer repetitivos, sin embargo todos son diferentes, no tienen desperdicio y nos muestran el pensamiento de uno de los hombres más grandes que ha dado nuestro país.

*La cuestión social* se ha publicado durante 25 años de manera ininterrumpida; agradecemos a Dios y a todas las personas que lo han hecho posible: nuestros lectores, suscriptores, donantes y colaboradores. Reiteramos nuestro compromiso de seguir honrando la memoria de nuestros fundadores, dando lo mejor de nosotros en cada página.

IMDOSOC 2017 



# LA CUESTIÓN SOCIAL

**Documentos, ensayos, comentarios  
y reseñas de libros acerca de lo social**

## Directorio

### CONSEJO DIRECTIVO

Presidente Honorario Vitalicio: Emmo. Sr. Cardenal Roger Etchegaray.

Presidente Honorario Vitalicio: †Lorenzo Servitje Sendra.

Presidente Honorario Vitalicio: †Salvador Domínguez Reynoso.

### PRESIDENTE

Román Uribe Michel.

### VICEPRESIDENTES

Lucila Servitje Montull.

José Enrique Mendoza Delgado.

### TESORERO

Sergio Castro Toledo.

### SECRETARIO

Manuel Gómez Díaz.

### VOCALES

Raúl González Schmal.

Luis Javier Rubio Guerrero, OP.

María de la Paz Sáenz de Soberón.

### VOCALES DEL CONSEJO

Francisco Javier Albarrán González, Germán Araujo Mata, Martha Aviña de Chávez,  
Mariano Azuela Güitrón, Javier Ballesteros de León, Jesús Antonio Damían Basurto,  
Constantino de Llano Marhx, Mons. Guillermo Francisco Escobar Galicia,  
P. Mario Ángel Flores Ramos, Eduardo Garza Cuéllar, Conrado Antonio Larios Prado,

Mauricio Limón Aguirre, María del Pilar Mariscal Servitje, P. Manuel Olimón Nolasco, Wilfrido Perea Curiel, Tomas G. Reynoso Ruíz, Adrián Ruiz de Chávez, María Eugenia Romo de Murrrieta, Arcadio Valenzuela Valenzuela.

### COMISIÓN DE VIGILANCIA

María Luisa Aspe Armella, Rogerio Casas-Alatriste Hernández, Juan Guillermo Domínguez Meneses, Salvador Domínguez Reynoso, José Ignacio Mariscal Torroella, Juan Murguía Pozzi, Óscar Ortiz Sahagún y Lorenzo Servitje Sendra.

**Director General:** Jorge Navarrete Chimés.

**La Cuestión Social**, es una publicación trimestral editada y publicada por la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C., a través del **Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana**, con dirección en Pedro Luis Ogazón n. 56, Col. Guadalupe Inn, CP 01020, México, DF, Tels. 56614465, 56614169.

E-mail: [comunica@imdosoc.org](mailto:comunica@imdosoc.org) [www.imdosoc.org](http://www.imdosoc.org)

**Responsable de la edición:** Jorge Navarrete Chimés. Registro de correspondencia de 2a. Clase expedido en la Dirección General de Correos Publicación Periódica. Registro No. 129-93. Certificado de Licitud de Contenido (pendiente). Certificado de Licitud de Título (pendiente). No. de Reserva al Título del Derecho de Autor (pendiente). Registro ISSN en trámite. Distribución directa en el IMDOSOC.

Impresa en Impresora Varel, S. A. de C.V, Calle 8 No. 222, Col. Granjas San Antonio Tel: 2065 3523 Fax: 5690 0463, [impvarel@hotmail.com](mailto:impvarel@hotmail.com), este número se terminó de imprimir el 16 de abril de 2015, con un tiraje de 1,200 ejemplares.

**Coordinador de contenidos:** Gerardo Cruz González

**Diseño:** Roberto Mandeur Cortés

**Corrección de estilo:** A. Alfonso Muñoz Chávez

**Suscripciones:** [martha.crm@imdosoc.org](mailto:martha.crm@imdosoc.org)

Los artículos publicados reflejan el punto de vista del autor y no necesariamente el de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C.

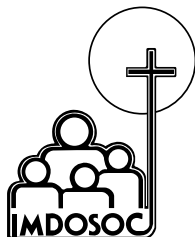
No se devuelven originales no solicitados.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C.

Precio del ejemplar: \$ 100.<sup>00</sup>

Suscripción anual: \$ 330.<sup>00</sup>

Suscripción para el extranjero Dlls. 80.<sup>00</sup>



# IMDOSOC: alternativa para nuestro tiempo

*La USEM dedicó una de sus reuniones al IMDOSOC. En ella hablaron además de don Lorenzo, María Luisa Aspe y el presidente del IMDOSOC, Juan Murguía Pozzi.*

A principios de 1983, un grupo de amigos, algunos que habíamos sido presidentes de USEM como Bernardo Pacheco, Óscar Ortiz Sahagún, José Ignacio Mariscal, yo mismo, y otras personas como Salvador Domínguez Reynoso, Manuel Gómez Granados, Rogerio Casas-Alatraste, Alberto de Icaza Gómez, Gabriel Rosales Hueso, Eduardo Bretón... nos reunimos porque veíamos la necesidad de que la doctrina social de la Iglesia fuera conocida no sólo por personas vinculadas al ámbito empresarial. Hacía falta que maestros, profesionistas, comunicadores y diversos líderes sociales descubrieran también en esta doctrina un instrumento para llevar a la vida concreta y cotidiana las enseñanzas sociales del Evangelio acerca de la justicia, la solidaridad, el desarrollo y la paz, y esto requería una institución.

En este esfuerzo cooperó activamente con nosotros el Lic. Efraín González Morfín, quien todavía residía en México y que había participado, de manera importante, en la preparación de nuestro curso de formación social, hoy llamado CUFOSO.

Nuestro objetivo quedó definido: «fomentar la investigación y estudio, la enseñanza y la difusión de la doctrina social cristiana en orden a promover en los cristianos y hombres de buena voluntad la renovación y cambio de mentalidad y actitudes de manera que, conociendo y viviendo esa doctrina, contribuyan a la creación de estructuras sociales inspiradas por el Evangelio».

La constitución del IMDOSOC tuvo lugar el 23 de junio de 1983, con la presencia del cardenal Corripio Ahumada, los obispos Genaro Alamilla, Jorge Martínez, Alfredo Torres, Carlos Talavera, quien más tarde fue miembro de su Consejo Directivo hasta su muerte, y más de 150 asociados.

Fue muy significativo el apoyo al IMDOSOC, en esa primera etapa, por parte del cardenal Roger Etchegaray, presidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz, de quien recordamos su sabia exhortación: «Deseo que el IMDOSOC ayude a reflexionar a los que actúan y ayude a actuar a los que reflexionan». Asimismo, Etchegaray nos insistió en la opción preferencial por los pobres que quedó plasmada en nuestro Ideario.

Desde el principio se insistió mucho en que el IMDOSOC sería una institución eclesial formada por laicos en estrecha comunión con los pastores, al mismo tiempo que autónoma. Su nacimiento fue muy oportuno, pues el Papa Juan Pablo II había mostrado ya un renovado interés por la doctrina social de la Iglesia.

Durante su pontificado, aparecieron las encíclicas sociales *Laborem Exercens*, en el 90° aniversario de la *Rerum Novarum*, *Sollicitudo Rei Socialis*, en el 20° aniversario de *Populorum Progressio*, a las que el IMDOSOC dio oportuna difusión. Y especialmente *Centesimus Annus*, que el IMDOSOC celebró en 1991 con un concurridísimo congreso bajo el título de “México a un siglo de *Rerum Novarum*”.

Con el apoyo de muchas personas que compartían nuestra fe cristiana y nuestras inquietudes sociales pudimos organizarnos. Nos instalamos en una casa propia en la colonia Guadalupe Inn y se incorporó a nuestra tarea el Lic. Manuel Gómez Granados, quien desde entonces es el director general del IMDOSOC.

Al ser nombrado el cardenal Van Thuan presidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz, el IMDOSOC fue grandemente beneficiado por su decidido apoyo e inspiración. Tuvimos la satisfacción de que nos visitara en varias ocasiones y publicamos con gran éxito sus libros, especialmente el titulado *Cinco panes y dos peces*, en el que el cardenal cuenta su itinerario espiritual en la cárcel de Vietnam

donde estuvo por más de trece años. El tiraje de este libro supera los cien mil ejemplares.

También hemos tenido la colaboración y el estímulo del cardenal Renato Raffaele Martino, actual presidente del citado consejo, con quien celebramos en México, en noviembre del 2005, la presentación continental del *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, en un acto que tuvo gran relevancia y al que asistieron cardenales, obispos, rectores de universidades, políticos y hasta el Presidente de México.

Desde el inicio, IMDOSOC decidió ponerse al servicio de toda la iglesia, acogiendo personas y grupos diversos que estuvieran interesados en conocer el rico patrimonio de la doctrina social de la Iglesia, que con sus grandes principios, criterios de juicio y directrices de acción ilumina y guía nuestro caminar en las actuales circunstancias que nos desafían al supeditar a las personas concretas a intereses materialistas y egoístas.

Al IMDOSOC lo distinguen dos tareas: la formación en doctrina social cristiana y su fondo editorial. Hemos contribuido a la formación no sólo de mexicanos, sino de centroamericanos y particularmente de cubanos.

El IMDOSOC ha apoyado y auspiciado varias obras sociales como la Fundación León XIII que promueve el desarrollo integral de comunidades indígenas.

Estoy convencido de que el IMDOSOC, como ha dicho el cardenal Etchegaray, es un don de Dios, pues ha puesto en esa institución una pléyade de personas extraordinarias como el Card. Corripio, el Card. Pironio, Mons. Carlos Talavera, Mons. Jorge Martínez, Mons. Alfredo Torres, el Card. Suárez, el Card. Van Thuan, Tere Laborde, Bernardo Pacheco, Gaspar Elizondo, Isaac Guzmán Valdivia, el P. Luciano Rivas Picorelli, SJ, el maestro Alejandro Avilés, don Salvador Villaseñor, José T. Mata, Pablo Reynoso, Sergio Barrera Graf, José Barragán Leñero, Alfredo Amezcua, Alberto de Icaza Gómez, Ma. Teresa Porcile, Carlos Castillo Peraza, don Vicente Martínez, el P. Héctor González Uribe, SJ, José N. Chávez, Jaime González Graf, Francisco Gutiérrez de Teresa, Ricardo Nieto, el P. Manuel Loza, SJ, el P. Antonio Roqueñí, el P. Jesús Herrera, el P. Alfonso Castro Pallares, el P. Picasso, el P. Chinchachoma, el P. Félix Pecharromán, el P. Sergio Ruiz Moctezuma, el P. Antonio Molina Meliá, todos ellos ya en presencia del Señor, y muchas otras personas que siguen activas. La oración y la intercesión de tanta gente buena explica la fecundidad modesta pero firme del IMDOSOC.

En estas obras el dinero es importante, pero también lo es la oración y la confianza en el Señor.

La USEM ha tenido una estrecha relación con el IMDOSOC. Muchos de sus socios y patrocinadores son también miembros de USEM, y el IMDOSOC publicó varios libros del P. Manuel Loza, quien fuera asesor moral de la USEM por muchos años.

Creo que en estos XXV años de trabajo del IMDOSOC hay una experiencia valiosa que ha forjado un estilo propio de vivir y enseñar la DSC, por lo que aprovecho la ocasión para invitarlos a ustedes a afiliarse al Instituto. Sus cursos, conferencias, libros y publicaciones son de gran actualidad y sólidos contenidos. Y el apoyo de ustedes sería muy útil para la tarea de llevar la enseñanza social de la Iglesia a otros sectores y grupos. ☞

La cuestión social, IMDOSOC, año 16, no. 2-3 (abril-sep., 2008), pp. 106-108.

# Familia, matrimonio y sexualidad

*A pesar de sus tensiones y conflictos, el matrimonio es la columna vertebral de la familia*

En la historia de la humanidad siempre hubo épocas en las cuales los vicios, la inmoralidad, la corrupción y la violencia llegaron a extremos inconcebibles. Puede decirse que hoy nos encontramos en una de esas épocas y esto está vulnerando severamente las bases mismas de la convivencia humana.

En la vida social, la familia es su cimiento básico. La familia y el hogar son el escenario donde se enseñan y se viven las normas fundamentales de la conducta personal. Allí, los miembros de la familia aprenden las virtudes esenciales: el respeto, la responsabilidad, la decencia, la disciplina, la honradez, la veracidad, la confianza, el perdón, la justicia, los buenos modales, el decoro, el trabajo, el ahorro...

A pesar de sus tensiones y conflictos, el matrimonio es la columna vertebral de la familia. El matrimonio es la unión estable y enriquecedora de una mujer y de un hombre, de un padre y de una madre.

La finalidad natural primaria del matrimonio es la procreación de los hijos, su cuidado y educación. Pero no lo es menos el compromiso de los cónyuges de ayudarse, acompañarse y quererse y todo lo que entraña su unión sexual.

En casi todas las culturas el matrimonio ha tenido una importancia muy grande. Por eso se le ha rodeado de requisitos, normas, ritos y celebraciones. Se le ha considerado fundamental para la solidez de la familia. Hoy, el matrimonio es una institución que en nuestros países se está debilitando de manera alarmante. Y de allí la desintegración familiar, las familias de un sólo padre, el divorcio.

## **¿Cuáles son las causas de esta crisis del matrimonio?**

Una de las principales es el trabajo externo de la mujer que le ha dado mayor independencia de su marido y ha debilitado el vínculo matrimonial. Pero hay otra causa, más de fondo, que conspira para destruirlo y que es el desorden sexual generalizado.

Por el desorden sexual puede entenderse una cultura muy extendida de la relación sexual fuera del matrimonio y que se presenta en muy variadas manifestaciones: promiscuidad, amor libre, relaciones prematrimoniales, infidelidad conyugal.

Esto, a su vez, se debe a un radical cambio cultural que ha otorgado una importancia desmedida a todo lo relacionado con la sexualidad.

Alguien ha dicho que vivimos en una sociedad afrodisíaca en la que las manifestaciones de lo sexual se multiplican en la publicidad, en los espectáculos y en las comunicaciones en general. Parece ser una obsesión incontrolable.

El origen de esto está, en parte, en la llamada 'liberación sexual' que puede atribuirse a las teorías de Freud sobre la inhibición sexual y las frustraciones. El uso de los anticonceptivos, por otra parte, ha conducido también a la liberación de la posibilidad del embarazo y de la maternidad y se ha propiciado la actividad sexual, no necesariamente dentro del matrimonio.

También ha contribuido a esta situación la educación sexual de los niños y jóvenes, prematura y muchas veces equivocada. En lugar de promover la virginidad y la abstinencia se ha favorecido la experimentación sexual en la adolescencia y las relaciones prematrimoniales de manera generalizada.


Las relaciones sexuales, tal como se describen hoy, tanto en el cine y la televisión como en las publicaciones, se plantean como algo que es normal y que se aprueba socialmente. La relación amorosa acaba siendo casi siempre un erotismo sin límites. La sexualidad, como manifestación de un amor verdadero, con todo lo que tiene de delicadeza, entrega, sa-

crificio, confianza y plenitud, se convierte en simple fisiología.

Las consecuencias de esta corriente están a la vista: el valor del matrimonio y la fidelidad de los cónyuges se pone en entredicho. Los matrimonios se disuelven y la familia se desintegra.

Si no se fortalece el matrimonio, si no se exaltan la virginidad y la abstinencia sexual de los hombres y mujeres jóvenes, se resentirá la familia y se resentirán también las bases mismas de la sociedad.

No es posible vivir en un clima de desenfreno sexual sin que se experimenten sus corrosivos efectos de desintegración familiar y social. Se desencadenan la pornografía, las perversiones, la violencia sexual y una dolorosa degradación humana.

Para remediar esta situación se requiere un gran esfuerzo de educación y comunicación que reivindique la dignidad de la mujer y el valor del matrimonio y la familia. Hay que tener la decisión de hablar abiertamente de pudor, virginidad, castidad y fidelidad como de las grandes virtudes indispensables para la solidez de la familia y la salud misma de la sociedad. 

Signo de los tiempos, *IMDOSOC*, año 20, no. 129 (abril, 2004), p. 6.

# Responsabilidad social y familia

*A pesar de sus tensiones y conflictos, el matrimonio es la columna vertebral de la familia*

**L**a familia, se ha dicho hasta la saciedad, es el cimiento mismo de la sociedad. Ella es indispensable para el pleno desarrollo de los seres humanos. En pocas palabras, para su felicidad.

## **¿Y qué puede entenderse por pleno desarrollo?**

Los seres humanos están impulsados, como decía Teilhard de Chardin, a ir arriba y adelante. Adelante, a avanzar, a progresar, en lo material, lo económico, lo político, para su bienestar. Hacia arriba, a crecer, a superarse, en lo estético, en lo moral, en lo religioso, en lo espiritual, hacia su bienestar, hacia Dios mismo. Ese alcanzar niveles y cuotas de bienestar y bienser, a mi juicio, constituye el pleno desarrollo.

## **¿Y qué encontramos en la realidad, ante este camino hacia nuestro pleno desarrollo?**

Hoy, la vida social está sufriendo un deterioro moral que ya es motivo de seria preocupación. Un deterioro moral que se manifiesta en vicios, deshonestidad, egoísmo desbordado, inseguridad pública y privada, corrupción, violencia y

falta de respeto a la ley y a la autoridad. Una descomposición de la fibra moral de las personas que, a su vez, ocasiona la destrucción misma del tejido social.

Incluso, muchas personas ya no se atreven a pronunciar ciertas palabras que tienen una connotación moral, más aún están desapareciendo del lenguaje. Por ejemplo: bien, bondad, buenas costumbres, deber, virtud, nobleza, recato, modestia, vergüenza, decoro, decencia..., y hasta se rehúye el uso de la palabra 'moral' y se prefiere decir 'ética'.

En Estados Unidos el deterioro moral, sobre todo de los jóvenes, ha llegado a extremos alarmantes. En 1940 los maestros se quejaban de que los alumnos en las clases hablaban sin levantar la mano, masticaban chicle, hacían ruido por los pasillos, se salían de las filas y se vestían inapropiadamente. Hoy se quejan del abuso de la droga y del alcohol, de los embarazos, las violaciones y de los robos.

Y con gran visión, Octavio Paz, el premio Nobel mexicano, decía: "cuando la virtud flaquea y nos dominan las pasiones —casi siempre las inferiores: la envidia,

la vanidad, la avaricia, la lujuria, la pereza— las repúblicas perecen. Cuando ya no podemos dominar nuestros apetitos, estamos listos para ser dominados por el extraño. A medida que la virtud se debilita, crece el río de sangre”.

### **¿A qué se debe este deterioro moral?**

Se debe, entre otros motivos, a la falta de educación moral de los niños y jóvenes, sobre todo en el hogar, a causa de la desintegración de la familia y como consecuencia de ello al debilitamiento de su importante papel de educadora de los hijos.

Esta desintegración se debe, en gran parte, a la crisis del matrimonio como institución indispensable para la estabilidad y felicidad de la familia misma.

A pesar de sus tensiones y conflictos, el matrimonio es la columna vertebral de la familia. El matrimonio es la unión estable y enriquecedora de una mujer y de un hombre, de un padre y una madre.

La finalidad natural primaria del matrimonio es acompañarse, quererse y todo lo que entraña su unión sexual; después viene la procreación de los hijos, su cuidado y educación. Pero no lo es menos el compromiso de ayudarse mutuamente.

En casi todas las culturas, el matrimonio ha tenido una importancia muy grande. Por eso, se le ha rodeado de requisitos, normas, ri-

tos y celebraciones. Se le ha considerado fundamental para la solidez de la familia. Hoy, el matrimonio es una institución que en nuestros países se está debilitando de manera alarmante. Y de allí la desintegración familiar, las familias de un solo padre, el divorcio.

### **¿Cuáles son las causas de esta crisis del matrimonio?**

Una de las principales es el trabajo externo de la mujer que le ha dado mayor independencia de su marido y ha debilitado el vínculo matrimonial. Pero hay otra causa, más de fondo, que conspira para destruirlo y que es el desorden sexual generalizado. Por desorden sexual puede entenderse una cultura muy extendida de la relación sexual fuera del matrimonio y que se presenta en muy variadas manifestaciones: promiscuidad, amor libre, relaciones prematrimoniales, infidelidad conyugal. Y las perversiones, como son la corrupción de menores, la pornografía y otras.

### **El origen de esto está en parte en la llamada liberación sexual**

Que puede atribuirse a las teorías de Freud sobre la inhibición sexual y las frustraciones. El uso de los anticonceptivos, por otra parte, ha conducido también a la liberación de la mujer de la posibilidad del embarazo y de la maternidad. Y se ha propiciado la actividad sexual no necesariamente dentro del matrimonio.

También, ha contribuido a esta situación la educación sexual de los niños y jóvenes, prematura y muchas veces equivocada. En lugar de promover la virginidad y la abstinencia se ha favorecido la experimentación sexual en la adolescencia y las relaciones prematrimoniales de manera generalizada.

Las relaciones amorosas, tal como se describen hoy tanto en el cine y la televisión como en las publicaciones, se plantean como algo que es normal y que se aprueba socialmente. La relación amorosa acaba siendo casi siempre un erotismo sin límites. La sexualidad, como manifestación de un amor verdadero, con todo lo que tiene de delicadeza, entrega, sacrificio, confianza y plenitud, se convierte en simple fisiología.

Muchas veces los medios de comunicación, para conseguir *ratings*, recurren al uso irresponsable y morboso de temas sexuales, de violencia y vulgaridad, sin la menor consideración para la sensibilidad y convicciones de la mayoría de la gente.

Hay una influencia creciente de estos medios en la formación de la manera de pensar y en la conducta de la gente.

Existe información de que la familia, en la sociedad clásica, influía en sus valores un 45% y los medios de comunicación un 5%. Hoy, en la sociedad moderna los porcentajes son 27 y 23%, según encuestas recientes.

Hemos hablado de la familia como la institución indispensable para

el pleno desarrollo de los seres humanos. Es evidente que constituye el ámbito privilegiado para la convivencia cotidiana, para compartir y ayudarse mutuamente, para satisfacer sus necesidades emocionales y, por la procreación, contribuir a la renovación de la especie humana. Y es también la institución económica que tiene vital relación con la producción y el consumo.

A pesar de las fallas de la familia (divorcios, abandono, violencia intrafamiliar, acoso sexual, lo que se ha llamado la disfuncionalidad de las familias), éstas siguen siendo de un gran beneficio para sus miembros. La familia es un baluarte para los malos tiempos. Las familias sólidas tienden a ser más saludables, con una mejor situación económica, capacidad de adaptación y mayores posibilidades de contribuir al bien social.

Pero un grave riesgo que se observa en las familias actuales y que contribuye al deterioro moral de la sociedad de que hemos hablado es toda una corriente que se observa en una buena parte de ellas. Se trata de un individualismo creciente de sus miembros, por la permisividad de los padres. Esto suele traducirse en el egoísmo, la irresponsabilidad y las exigencias de los hijos que muchas veces desembocan en la rebeldía, la violencia y aun en el delito.

**¿Ante esta situación quiénes tienen la responsabilidad de contribuir al fortalecimiento indispensable de la familia?**

No hay duda de que ante la gravedad del problema es responsabilidad de todos contribuir a su solución. Y siendo la mujer quien tiene el nobilísimo papel de traer nuevos seres al mundo y de ser su principal educadora, es indispensable que se le otorgue la mayor importancia en el proceso de solución.

A mi juicio, al tratar de definir responsable, hablaremos primero del Estado. Al que por definición se le considera como el guardián del bien común. A él le corresponde diseñar políticas públicas, dictar leyes y hacerlas operantes a favor de la mujer, el matrimonio y la familia, en orden a su revalorización, protección y fortalecimiento.

Las Iglesias, a su vez, deben contribuir con la valiosa aportación de sus principios morales y espiritualidad, que facilita y promueve el respeto, la comprensión, la ayuda mutua, la entrega y el afecto entre los miembros de la familia. Y muy especialmente por su insistencia en la santidad del matrimonio, la honestidad y el reconocimiento del privilegio y responsabilidad de la mujer, como madre y maestra de familia.

Las empresas tienen también una responsabilidad para el bien de la mujer, el matrimonio y la familia. Tienen necesidad de conciliar sus exigencias económicas con las exigencias de respeto a la dignidad y al trato justo a los hombres y mujeres que en ellas trabajan, sobre todo en condición de padres, madres o hijos de familia.

La empresa puede hacer mucho por el bien de la familia como institución clave de la sociedad. En la relación con su personal ha de crear condiciones de trabajo que protejan a quienes en ella trabajan, no simplemente como individuos, sino como miembros de una familia. De allí, por ejemplo, la necesidad de dar posibilidades de trabajo parcial y horarios flexibles y, en el caso de la mujer, facilidades para la maternidad y la lactancia.

Además, una valiosa aportación que puede hacer la empresa a favor de la familia de su personal es el de ayudarles de manera subsidiaria en aquellas necesidades que tienen de educación, salud, vivienda y otras. Esto, desde luego, sin paternalismo y teniendo en cuenta las exigencias económicas de la empresa.

Por otra parte, si las actividades de la empresa son la información o el entretenimiento —como son las de la televisión, la radio, el cine y las publicaciones—, ha de procurar no sólo no vulnerar los principios y valores morales de la familia, sino aun preservarlos y promoverlos.

Tenemos que conseguir que los productores de programas, los publicistas, los anunciantes y los medios de comunicación en general acepten no sólo desterrar de sus programas y mensajes todo aquello que desconcierta, empequeñece o degrada, sino destacar lo más valioso de la condición humana: los actos nobles, la compasión, el servicio, la generosidad, el sentido de la vida, el esfuerzo abnegado y

aun el heroísmo, lo mejor de nuestras tradiciones y costumbres.

También tienen una gran responsabilidad de hacer mucho a favor de la familia las organizaciones de la sociedad civil que han sido llamadas —no muy afortunadamente— organizaciones no gubernamentales. En ellas se da toda una rica variedad de actividades que van desde la defensa de la vida, la protección y promoción de la mujer, el cuidado de los niños, la abstención sexual de los jóvenes, como una formación en el camino del amor; la revalorización del matrimonio y hasta el más amplio apoyo a los derechos de la familia y al reconocimiento de su vital papel en la sociedad.

Y finalmente, y no por ello menos importante, es la responsabilidad que tienen las instituciones educativas en el buen éxito de los grandes temas de este Congreso. Es indispensable que las escuelas de todos los niveles contribuyan al desarrollo de toda una cultura a favor de la mujer, el matrimonio y la familia. Una contribución muy valiosa es la que pueden hacer las universidades en el campo de la investigación y en la que tienen influencia de todas las entidades de la sociedad.

Podemos decir que en esta gigantesca tarea de revertir el deterioro moral que padecemos, se impone realizar un enérgico esfuerzo, sobre todo en aspectos educativos. Debemos aspirar a que la educación sea capaz de mejorar la conducta de las personas, lo que se llamaron hace años las ‘buenas costumbres’. Buenas costumbres que se desarrollan en los buenos matrimonios y en las familias sólidas.

Y aquí hay que añadir lo que los destacados historiadores Will y Ariel Durant —no creyentes— han señalado: “No hay un ejemplo en la historia antes de nuestro tiempo, de una sociedad que mantenga eficazmente una vida moral sin la ayuda de una fe religiosa”.

En conclusión, pienso que estamos en una encrucijada de la historia. A la humanidad le costó mucho salir de la barbarie. Debemos hacer un gran esfuerzo para no regresar a ella. Y en ello, la familia tiene una gran responsabilidad. ❁

Signo de los tiempos, *IMDOSOC*, año 27, no. 220 (nov., 2011), pp. 13-17.

# Navidad: motivo de esperanza

Navidad 2007

**N**os ha llegado otra Navidad, con todo su caudal de regalos, saludos, abrazos y siempre con los mejores deseos para el Año Nuevo.

Y aquí estamos en Mazapil reunidos como todos los años, aunque con algunas ausencias como ha de esperarse. Pero ha sido un año de bendiciones para la familia: la llegada de los bebés Sofía, Santiago y Tomás, la boda de Cecilia y Roy, la feliz espera de Adriana, Marisita y Marina, así como el compromiso de los novios Fer y Lucía.

La Navidad es el recuerdo de la venida del Niño Jesús, en brazos de María, bajo la mirada de José, adorado por los pastores y festejado por el coro de ángeles. Ese niño, al que nos imaginamos como los angelitos que nos han llegado este año, siempre nos invita a que se manifieste lo mejor de nuestra naturaleza, que haya mayor comprensión, más ternura, sonrisas más francas, abrazos más cálidos, palabras más expresivas y que vivamos no sólo la generosidad de dar, sino también la generosidad de recibir, agradecer y perdonar.

Y ahora algunas reflexiones. Esto ha de inspirarnos a alejarnos del ajeteo y aun del vértigo de nuestra vida cotidiana que nos empujan demasiado a ir adelante.

Hemos de levantar la vista a la diadinidad del cielo, al esplendor del sol y al atrevido espectáculo de los árboles que quieren ir siempre hacia arriba, como un constante ejemplo para nosotros que tenemos que crecer; que mirar siempre hacia arriba, en la búsqueda de la bondad, la belleza, la verdad y de Dios mismo.

Aunque también hemos de mirar hacia abajo para no tropezar y para tender la mano a los caídos, hacia atrás para alentar a los rezagados y finalmente mirar hacia adentro de nosotros mismos para examinar nuestro propio *yo* y aproximarnos al Misterio, que hoy más que nunca nos interpela.

En este día sentimos a faltar a quienes por diversos motivos no están con nosotros, pero sobre todo a Carmen, mami querida, de quien con todo cariño y con tanto dolor recordamos su ausencia. Sin embargo, la Navidad debe ser para todos nosotros motivo de ocasión de esperanza. El espíritu de Dios nace, sobre todo hoy, en el corazón de sus fieles.

«Ven pues, Señor Jesús, y enciende en nosotros el fuego de tu amor para seguir adelante y sin prisa el arduo camino de la vida». ❁

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año26, no.209 (dic., 2010), p. 7.

# Los mayores

Los niños, ante lo desconocido y el peligro, se sienten protegidos por sus padres. En el fondo de su conciencia saben que aquellos tienen el deber de velar por ellos ante cualquier riesgo o amenaza.

En general, una cosa semejante nos pasa al común de la gente, sobre todo cuando somos jóvenes. Ante problemas que nos desbordan, pensamos que alguien más importante que nosotros, los *mayores*, se harán cargo de ellos.

Y, como ciudadanos, pensamos así de nuestros gobernantes. Ante la inflación, el endeudamiento del país, el auge petrolero, la explosión de la delincuencia, el crecimiento desorbitado de las ciudades y otros problemas parecidos, los ciudadanos creímos que los *mayores* estaban preocupados por ello... estaban haciendo algo... estaban cumpliendo su deber.

Sucedió que no lo estaban haciendo. Sucedió que todos los *mayores* estaban ocupados en cosas menores y desatendieron las trascenden-

tes. Y quienes confiamos en ellos fuimos defraudados. Pero también advertimos que algunos que en algún sentido éramos *mayores*, también nos habíamos descuidado... no habíamos cumplido nuestra tarea de *mayores* y así muchos tenemos que compartir la responsabilidad de lo que nos ha pasado.

Ser *mayor*, padre de familia, maestro, jefe o gobernante, pide obediencia y otorga privilegios; pero esto sólo se justifica si quienes dependen de los *mayores*, de algún modo se benefician de su mayor visión, su sentido de responsabilidad, su buen juicio.

No les queda a los *mayores* más remedio que estar a la altura de lo que los *menores* esperan de ellos. Deben estar pendientes de los grandes problemas, atenderlos a tiempo, buscar soluciones y, si no saben o pueden, advertir de su incapacidad a los que seguimos para que no nos culpen después de los desastres. ☞

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año24, no.177 (abril, 2008), pp. 5.

# El hombre del tercer milenio: retos, aspiraciones y compromisos

Se me ha pedido hablar del hombre del tercer milenio y mencionar cuáles serán los retos que habrá de afrontar, las aspiraciones que suponemos tendría o debería tener y los compromisos que en consecuencia habría que asumir.

Hablar del hombre del tercer milenio es para mí una tarea difícil. Soy hombre del siglo XX. Nací en 1918, poco después de terminada la Primera Guerra Mundial. ¡He visto tantas cosas! Un poco al desgaire les contaré algunas:

Desde los fogones de carbón y el boiler de leña en la cocina y el lavadero y el tendedero de ropa de mi casa, hasta la estufa y el calentador de gas y la lavadora y la secadora eléctrica que tienen hoy mis nietos.

Desde los tés, las cataplasmas, la friega y purgas con que me curaron de chico, hasta los antibióticos, las vitaminas y los mil medicamentos con que contamos hoy.

Desde las operaciones quirúrgicas traumáticas con el cloroformo como anestesia, hasta la microcirugía moderna y los trasplantes de órganos.

Desde el fonógrafo y el cine mudo, hasta la videocasetera y el disco compacto.

Desde el radio de audífonos, plagado de estática, hasta la televisión a colores y la computadora con acceso al Internet.

Desde las pizarras, las plumas y los tinteros para escribir en la escuela, hasta las computadoras procesadoras de la palabra.

Desde haberme transportado en coche de caballos, hasta viajar en aviones jet.

Desde transitar por las carreteras estrechas y peligrosas de los años 20, hasta hacerlo por las actuales autopistas de nuestro país.

Desde saber de la Revolución en Rusia de 1917, con el trauma de la amenaza comunista, hasta ver su derrumbe con la Caída del Muro de Berlín en 1989.

Desde enterarme del descubrimiento del Polo Norte y del Polo Sur y después del primer vuelo sobre el Atlántico, hasta ver por televisión al hombre en la Luna.

Desde saber de explosiones de dinamita en guerras y grandes obras, hasta ver, también por televisión, las explosiones atómicas.

Desde saber del placentero México agrícola y rural, hasta vivir el vertiginoso México urbano, industrial y financiero, hoy globalizado.

Desde el fraude abierto y la violencia en las elecciones de nuestro país, hasta el sufragio efectivo y pacífico del que disfrutamos hoy.

Y para terminar esta larga lista:

Desde la persecución religiosa en nuestro país de 1926 al 1929, hasta la amplia libertad para las Iglesias acordada en 1992.

Hablar del hombre del tercer milenio es tratar de inventar el futuro y nadie puede hacerlo. Simplemente hay demasiados conocimientos, demasiados proyectos, demasiadas posibilidades. Ya lo decía el humorista involuntario Yogui Berra: «La predicción es muy difícil, especialmente cuando se refiere al futuro».

Por ello, a la luz de los datos disponibles y mi experiencia, trataré de imaginar cómo podría ser ese hombre del tercer milenio: los retos que ha de afrontar, sus aspiraciones y finalmente a qué debe comprometerse.

Pero como ya hemos visto que la tarea es muy ardua, lo que imagine trataré de circunscribirlo a los próximos 25 años y como escenario, en lo posible: nuestro país.

El nuevo siglo y milenio, que están cronológicamente por comenzar, tienen ya su inicio en los acontecimientos de este siglo. Ja-

más se parte de cero. Los paradigmas que serán marco y brújula del hombre del tercer milenio hunden sus raíces en el pasado próximo y en el presente vertiginoso.

La actividad humana puede verse en sus diversas facetas de lo personal, lo familiar, lo profesional y lo social, a su vez influido, conformado o inspirado, de algún modo, por lo científico, lo económico, lo social, lo político, lo moral y lo religioso, todo ello relacionado en una intrincada vinculación.

En los últimos diez años ha habido mayores avances científicos que en toda la historia de la humanidad. Se prevé que estos avances en las primeras décadas del nuevo siglo serán sencillamente inimaginables para el común de los mortales. Y también lo serán las consecuencias que tendrán para la vida cotidiana.

En su libro *Visiones*, el físico Michio Ekaku ha afirmado que a finales del siglo XX la ciencia ha llegado a la terminación de una época, desentrañando los secretos del átomo, desmarañando la molécula de la vida y creando la computadora electrónica. Y que, con estos descubrimientos fundamentales, desencadenados por la revolución cuántica, la revolución del ADN y la revolución informática, se resuelven, en lo esencial, las leyes fundamentales de la materia, de la vida y de la mente.

Estos avances científicos traerán ventajas indudables al hombre del tercer milenio. La alimentación, la salud, la comunicación, el traba-

jo, el transporte, la educación, los intercambios y muchas otras cosas se verán enriquecidas con sus aportaciones.

Pero este hombre deberá afrontar retos enormes y evitar caer en la idolatría de lo material. Habrá de aspirar seriamente a ser dueño y señor de esos poderosos instrumentos y comprometerse a vigilar y pugnar porque no destruyan los valores propios de su naturaleza: su dignidad de persona humana, su espiritualidad, su sentido moral, su sensibilidad artística, su capacidad de amar y, en pocas palabras, su admiración y reverencia de Dios.

Por los avances científicos y su consiguiente desemboque tecnológico, la vida económica continuará también experimentando cambios radicales.

Alvin y Heidi Toffler, que hace 25 años publicaron un libro de gran circulación: *El shock del futuro*, dicen, en un libro reciente, que una nueva civilización está surgiendo; que la especie humana ha experimentado hasta ahora dos grandes olas de cambio: la primera —la revolución agrícola— que invirtió en su desarrollo miles de años y la segunda ola —el auge de la Revolución Industrial— con sólo trescientos años y que la tercera ola, en la que ya estamos inmersos, trae un estilo de vida auténticamente nuevo.

Esta civilización de la tercera ola está basada en nuevos métodos de crear y explotar conocimientos, cuenta con fuentes diversificadas y

renovables de energía y con sistemas de producción que dejan anticuadas a la mayoría de las cadenas fabriles de montaje. Se desmasifican los productos y se segmentan los mercados. La complejidad del sistema requiere un intercambio cada vez mayor de información y esto crea una necesidad voraz de computadoras, redes de comunicaciones digitales y nuevos medios de información.

En este nuevo mundo económico se presenta de manera abrumadora el fenómeno de la globalización, impulsado por las nuevas tecnologías de información y comunicación y por la eficiente modernización del transporte. La gente de todas partes se está conectando y es afectada por acontecimientos en remotos rincones del planeta. Esta globalización abre la vida de la gente a la cultura, a las corrientes de ideas y conocimientos, pero estas corrientes son desequilibradas, cargadas en un solo sentido: de los países ricos a los países pobres.

En este mundo globalizado tienen un papel preponderante las empresas transnacionales. Por ejemplo, las ventas combinadas de las 200 más grandes de ellas, equivalen al 30% del PIB mundial. Y si comparamos las economías de los países y de las empresas transnacionales, del 100% del total, ellas representan ya el 51%.

El hombre del tercer milenio habrá de enfrentar el reto de que lo económico, ya tan importante en su vida, no lo desborde y desqui-

cie. Hoy, la febril actividad productiva le resta tiempo y la seducción del consumo suele ser tan fuerte que desvía el sentido de su vida.

En este mundo económico la empresa, sin importar su tipo o tamaño, tiene un papel fundamental. Ella es escenario de una parte muy importante de la actividad humana. En ella se conjugan los ahorros de algunos, la dirección de otros y el trabajo de muchos. Y en su admirable función creativa, la aspiración sobre todo de los empresarios debe ser no sólo de hacer productivos los recursos a su disposición, sino pugnar porque el grupo humano que es, facilite a sus integrantes su pleno desarrollo humano.

En nuestro país, el empresario como factor clave de la vida social y económica tiene que comprometerse a desempeñar cabalmente su responsabilidad. La globalización trae aparejados riesgos y oportunidades. Él debe tener la visión y la tenacidad para sortear los primeros y aprovechar las segundas. Hoy, las empresas que tengan ciertas posibilidades de hacerlo no deben rehuir el tener acceso al mercado exterior. Las empresas mexicanas, por su gran mercado interno y por su privilegiada proximidad a Estados Unidos —el mercado mayor del mundo—, tienen que fortalecer su capacidad exportadora, sí, pero pugnar también por sustituir importaciones y elevar cada día su calidad y productividad. Como alguien ha dicho: hacer las cosas mejor, más rápido y más barato.

Es evidente que el desarrollo económico, que implica la producción, el ahorro, la inversión y como consecuencia el crecimiento y el consumo, tiene mayores posibilidades de éxito en una economía de mercado.

Desde los años 80 se vio en el mundo toda una corriente a favor de la economía de mercado, a la que incluso se le ha llamado —a veces peyorativamente— neoliberalismo. En esta economía la intervención del Estado se ha reducido mucho, los países se han abierto al comercio exterior, se han privatizado las empresas estatales, se han quitado permisos, controles y subsidios, los servicios sociales se han congelado o suprimido y el sindicalismo ha declinado.

En muchos países latinoamericanos, con dolorosos altibajos, la nueva política económica logró reducciones en la inflación, mayores tasas de crecimiento y una razonable estabilidad económica; aunque soportando el pesado lastre de una deuda externa muy alta, herencia de los excesos populistas anteriores a la década perdida.

Esta economía de mercado, aunada a la globalización, ha creado un fenómeno que en nuestro país es más preocupante: la brecha existente en el ingreso de ricos y pobres. Este aumento de la desigualdad económica y, por consiguiente, social en América Latina es creciente y muy grande.

El investigador canadiense Albert Berry ha señalado que «la

mayoría de los países latinoamericanos que han introducido reformas económicas a favor del mercado en los últimos 20 años han sufrido también serios incrementos en la desigualdad».

En 1995, una comisión de personalidades del BID, la CEPAL y el PNUD, presidida por Patricio Alwyn, que evaluó la situación social de la región, afirmaba: «Aunque la pobreza es un problema de larga data en la región, los procesos de ajuste y reestructuración (económica) de los años 80 acentuaron la concentración del ingreso y elevaron los niveles absolutos y relativos de la pobreza».

*The New York Times*, en 1997, señaló a América Latina como «la región que tiene la mayor brecha entre ricos y pobres». El 20% más rico de su población tenía el 52.9% del ingreso y el más pobre el 4.5% del ingreso, menos que en África. En nuestro país esas cifras fueron muy semejantes: 52.6 y 4.8%.

La nueva política económica, en los países en desarrollo, sostiene que una cierta desigualdad es inevitable en su inicio, pero que después habría un derrame o *trickle down* que reduciría las desigualdades. La realidad es que esto llega demasiado tarde o nunca.

Amartya Sen, premio Nobel de economía, ha afirmado que el crecimiento con equidad es perfectamente posible y Joseph Stiglitz, del Banco Mundial, ha dicho algo semejante: «Hay relaciones positivas entre cre-

cimiento e igualdad. Altas tasas de crecimiento proveen recursos que pueden ser usados para promover la igualdad. Y asimismo, un alto grado de igualdad ayuda a sostener altas tasas de crecimiento».

A pesar de ello, 80 países tienen todavía ingresos *per cápita* inferiores a los de hace un decenio y, por lo tanto, es evidente que han de adoptarse a escala mundial medidas para reducir la marginación de los países pobres y pequeños, y realizar actividades públicas encaminadas a desarrollar tecnologías a favor del desarrollo humano y la erradicación de la pobreza.

En nuestro país, la pobreza extrema —que más bien debería llamarse miseria— aflige a alrededor de 26 millones de personas y debe entenderse como tales quienes perciben menos de un dólar al día.

Ante esta situación en el mundo, y sobre todo en nuestro país, los hombres del tercer milenio habrán de afrontar seriamente el reto de erradicar la pobreza extrema, lastre económico y llaga social que clama a la conciencia. Han de aspirar a alcanzar en poco tiempo esta noble meta y comprometerse vivamente a luchar y trabajar para ello con todos los medios a su alcance.

En esta tarea fundamental de erradicar la pobreza extrema habrán de utilizarse todos los medios para hacer productivos a los pobres. Deberán promoverse al máximo los proyectos de autoempleo, microempresas, cooperativas, au-

toconstrucción de viviendas y promoción de indígenas y pequeños productores rurales.

Algo a lo que habrá que dar también atención en el nuevo siglo, ante el problema del desempleo —originado en buena parte por el avance tecnológico—, será fomentar al máximo el ahorro y la inversión productiva.

En países en desarrollo, para generar ocupación para los centenares de miles de individuos que cada año ingresan al mercado de trabajo, son necesarias muy altas tasas de ahorro, indispensables para financiar la inversión. Hoy, ante el desbordamiento del consumo, se impone una nueva cultura en la adquisición de bienes que hagan posible ese ahorro.

Es urgente crear conciencia de que los excesos en el consumo —que se han denominado ‘consumismo’— privan al conjunto de la sociedad de los bienes de producción para emplearse o trabajar por cuenta propia. Habrán que convencerse, sobre todo ustedes los jóvenes, de que el tener algo debe ser compatible con ponerlo a la disposición de los demás para que puedan ganarse la vida.

Y nunca se insistirá demasiado en que si se ha definido al empresario como ‘aquel que tiene la habilidad de invertir’, ustedes, quienes lo sean, deben comprometerse a ponerla en acción. Tienen el deber moral de hacerlo. México más que nunca, para el nuevo siglo, necesi-

tará esos empresarios dinámicos, capaces y comprometidos que contribuyan a incorporarnos como un país desarrollado en el concierto de las naciones del mundo.

En esta gran tarea, los empresarios tendrán que pugnar por desterrar la relación adversaria dentro de su empresa —fruto de la ideología de lucha de clases— y construir una nueva cultura laboral para unir a todos los integrantes de la empresa en un proyecto común. Éste es un signo de los tiempos muy alentador.

Otro objetivo al que deberá abocarse —sin remedio— el hombre del milenio es al cuidado del medio ambiente. Este objetivo, por desgracia, está fuera de la conciencia y de la responsabilidad de mucha gente, por los costos que tiene en el corto plazo.

El daño que el hombre de hoy está infligiendo al planeta es ignorado y menospreciado. La destrucción de los bosques aumenta, crece la desertificación, la contaminación del mar, los lagos y los ríos aumenta también, la capa de ozono de la atmósfera se deteriora y el calentamiento del globo se incrementa con riesgos inimaginables.

Mucho de lo que está ocurriendo se debe a la acción irrestricta de los actores del mercado que, de acuerdo con su lógica, ven solamente sus intereses y a corto plazo.

Esto nos lleva a la necesidad, ya frecuentemente señalada, de que

las actividades del mercado —movidas sólo por el interés propio— de algún modo deben ser vigiladas y en ciertos momentos aun ser controladas por el Estado, el cual tiene la responsabilidad de velar por el bien de todos los ciudadanos.

Ante el derrumbe del comunismo, los socialismos moderados como el laborismo inglés y la social-democracia alemana se replegaron, pero las fallas que ya muestra la política económica llamada 'neoliberal' está dando lugar a su retorno en algunos países, incluso bajo el título de 'tercera vía'.

En el fondo, esta tendencia es razonable. Debe desterrarse lo que se ha llamado 'economía de mercado' *a secas* y pugnar porque tenga una responsabilidad. Se quiere mercado, sí, pero con un Estado subsidiario y promotor y una sociedad participativa y solidaria para que esa economía esté verdaderamente al servicio de todo el hombre y todos los hombres.

El diseñar y mantener esa economía de mercado con responsabilidad social deberá ser aspiración y compromiso de los hombres del milenio para construir una convivencia justa, pacífica y civilizada.

Al llegar a este punto, debemos examinar cuál será o debería ser su actitud ante el Estado, o dicho de otro modo, cuál será o debería ser su conducta política.

El hombre de hoy no puede sus- traerse a lo político. Es imperati-

vo de algún modo participar en lo que se ha llamado la 'cosa pública'; participar en la construcción del bien común.

Y en esto se nos presenta la democracia, que si bien tiene imperfecciones, es todavía el sistema que mejor —o si se quiere, menos mal— ha hecho posible esa convivencia justa, pacífica y civilizada a la que aspiramos.

La democracia es confrontación, movimiento, cambio. Aquí vale la pena transcribir la definición de democracia, a mi juicio genial, del ex primer ministro de Israel, Shimon Peres:

«La democracia implica una división, una colección de desacuerdos. No es un lugar de gente similar, sino de gente diferente. Su principio no es la igualdad, sino la igualdad de derechos para que cada quien sea diferente; y no obstante las diferencias y los puntos de vista variados, sea posible vivir juntos y sin violencia. La democracia es la historia de la pluralidad y la tolerancia, no la de la victoria y la imposición. Por ello, no hay victorias en la democracia, hay paz; y la paz es la verdadera victoria de la vida política de los pueblos».

La democracia es el hogar de la diferencia, pero siempre y cuando acepte el ordenamiento axiológico de verdades múltiples, coexistiendo en el mismo tiempo y lugar.

Federico Reyes Heróles, destacado sociólogo, dice citando a un

reciente estudio de *Freedom House*, que si bien en la comunidad internacional ya hay 118 países que califican como democracias electorales, sólo 79 son considerados como democracias verdaderamente libres, y señala que estas democracias deben añadir a elecciones libres una serie de condiciones: poder judicial independiente, restricciones al Ejecutivo, protección a los derechos individuales y a las libertades de expresión, de creencias, de asociación y de participación y consideración a los derechos de las minorías, entre otras.

En nuestro país, el tránsito a la democracia ha avanzado sobre todo al disminuir la población rural dispersa y al aumentar la educación y las comunicaciones. El fraude se ha desterrado. Se fortalece un pensamiento de centro que ocupa alrededor del 85% del electorado.

El reto para los mexicanos en el próximo milenio es consolidar este avance democrático. Aspirar a una verdadera democracia en nuestro país es imperativo, pero para ello debemos comprometernos a su plena vigencia.

Las crisis recurrentes que hemos sufrido se deben, a mi juicio, a grandes fallas de nuestras autoridades. Unas han sido ineptas, otras corruptas y unas cuantas ambas cosas. Esto sólo se corregirá con una participación cívica y política de toda la ciudadanía. La acción del Estado es indispensable en muchos ámbitos de la vida humana, pero sólo se mantendrá

dentro de sus límites propios con una acción crítica y vigilante de esa ciudadanía.

Se impone en la sociedad plural —que ya es la nuestra— llegar a un acuerdo en lo esencial, en los valores mínimos para esa convivencia justa, pacífica y civilizada que hemos mencionado. Y aquí debe señalarse que una reafirmación del papel de la nación es importante como fuerza estabilizadora frente a la fragmentación que se advierte. Reconociendo que se debe ser tolerante con la diversidad y afiliación múltiple de la población, de todos modos esa reafirmación de la identidad es indispensable.

Al llegar a este punto en que debemos examinar lo social, salta a la vista de inmediato un fenómeno de las últimas décadas que es un individualismo utilitario y hedonista, en el que predomina lo que se ha llamado el “yo-primerero”. Una actitud muy extendida en los países desarrollados que nos llega también a México. Una falta de interés casi total por los demás y una afirmación desmesurada de lo propio.

Otro fenómeno social que también preocupa es el debilitamiento de la familia. En nuestro país, la familia que siempre supusimos era unida y estable está en crisis. Millones de hogares son sostenidos exclusivamente por mujeres. Miles de niños crecen sin conocer a sus padres.

Esta crisis de la familia se debe en parte a que cada día más la mujer trabaja fuera del hogar; pe-

ro sobre todo, a mi juicio, al debilitamiento del matrimonio como institución que protege y da estabilidad al vínculo conyugal. Y este debilitamiento se debe a su vez, debemos reconocerlo, a una nueva cultura a favor de la relación sexual fuera del matrimonio, que se manifiesta en la promiscuidad, el amor libre, las relaciones prematrimoniales, la infidelidad conyugal y las perversiones que, si bien siempre han existido, hoy se presentan de manera más extendida y aun, en ciertos medios, abiertamente aceptadas.

Este debilitamiento del matrimonio y la familia tiene como consecuencia que sufre la educación de los hijos. La educación en el hogar es el fundamento de la educación moral de niños y jóvenes. A falta de ella se deteriora la fibra moral de las personas y consecuentemente el tejido social, fenómeno generalizado que padecemos y que se manifiesta en inseguridad, violencia, deshonestidad, adicciones, corrupción y falta de respeto a la autoridad, entre otros males.

Por su lugar en la familia, y en forma creciente en el trabajo, la política y la vida social, debemos examinar cuál será en el futuro el papel de la mujer.

No hay duda del lugar relevante que la mujer ha alcanzado hoy en muchas actividades de la vida social, a las que ha aportado su singular habilidad y sensibilidad. Cada día se verá una mayor participación de ella en campos en los

que ha estado ausente o de manera mínima. Incluso, alguien ha afirmado que el hombre del tercer milenio será una mujer.

Sin embargo, las mujeres del tercer milenio deberán afrontar el reto de preservar la vocación de madre que la mujer tiene por su naturaleza y la de dueña y señora del hogar por su historia. Si en aras de afirmar su justificada igualdad esencial con el hombre la mujer se *masculiniza*, sería una gran pérdida para la humanidad.

Un fenómeno social al que la generación adulta, que se adentre en el nuevo siglo, habrá de abocarse es el de las migraciones humanas y los problemas que esas migraciones crean.

Y esto no se refiere sólo a los desplazamientos de unos países a otros con los problemas de desarraigo familiar y *shocks* culturales, sino en nuestro país a la migración campo-ciudad que da lugar a los asentamientos humanos irregulares y cinturones de miseria en la periferia de las ciudades. Esto causa graves problemas como delincuencia, insalubridad, ambulante y presiones sociales y políticas que se quieren combatir como causas mayores de otros males, cuando en realidad son sus consecuencias.

El crecimiento demográfico en México ha venido moderándose en los últimos años, pero sigue alto en zonas rurales e indígenas. Crear una mentalidad de paternidad responsable será necesario.

Todo esto nos lleva al que considero el gran tema del nuevo siglo: la educación y al que el hombre del milenio deberá comprometerse a brindarle su mayor atención. Se ha hablado mucho de que la educación es la gran palanca para el desarrollo. Y para impulsarla habrá que fortalecer la educación básica, aumentar el número de horas y días de estudio, realizar rigurosas evaluaciones periódicas, fomentar las escuelas de padres de familia, capacitar, responsabilizar y estimular más al magisterio y mejorar lo que publican y difunden los medios de comunicación.

Y en este propósito no sólo insistir en la instrucción y capacitación indispensables para la competitividad y la globalización, sino en lo que debe ser la educación en su más alto sentido, en la formación del carácter de los educandos, en la difusión de los principios y valores morales que contribuyan sobre todo a su bienestar, tarea a la que deben concurrir también la familia y las Iglesias.

Educación moral que se impondrá en un mundo donde el consumo excesivo, el ansia del placer y el egoísmo se están extendiendo. La decadencia de las naciones, según nos enseña la historia, se inicia cuando los pueblos abandonan los principios morales y la práctica de las virtudes indispensables para una sana convivencia. Esto ya lo dijo Octavio Paz elocuentemente:

«Lo mismo para los pensadores antiguos que para los modernos, de Aristóteles y Cicerón a Locke y

Montesquieu, sin olvidar al mismo Maquiavelo, la salud pública de las sociedades dependía de la virtud de los ciudadanos. Se discutió siempre el sentido de esa palabra, pero cualquiera que sea la aceptación que se escoja, el vocablo denota siempre dominio sobre nosotros mismos. Cuando la virtud flaquea y nos dominan las pasiones —casi siempre las inferiores: la envidia, la vanidad, la avaricia, la lujuria, la pereza— las repúblicas perecen. Cuando ya no podemos dominar a nuestros apetitos, estamos listos para ser dominados por el extraño. A medida que la virtud se debilita, crece el río de la sangre».

El reto del hombre del tercer milenio será que tendrá que enfrentarse a lo que se ha llamado 'relativismo moral', que es, en pocas palabras, dejar a la libertad de cada uno lo que es el bien y el mal.

Esta decisión no puede dejarse a la subjetividad de cada uno. Hay normas morales, de valor universal y permanente, que son válidas por sí mismas y que la sabiduría de casi todos los pueblos han hecho suyas y las han observado y pagado un altísimo precio cuando no lo han hecho.

Hoy, a tono con el individualismo prevaleciente, se insiste mucho en los derechos humanos y existe la famosa carta de las Naciones Unidas que los sustenta. ¿No nos está haciendo falta una carta de los deberes humanos?

En nuestro país este deterioro moral es evidente. Ya hemos

mencionado algunas de sus manifestaciones y una que desafortunadamente pesa mucho entre nosotros es la corrupción.

Federico Reyes Heróles, en su reciente libro *Memorial del mañana*, profundiza en el tema y lo que no dice es muy doloroso: «La corrupción en México es brutal». Uno de cada tres mexicanos considera que violar la ley no es grave; uno de cada cuatro considera natural que haya prácticas inmorales y uno de cada cinco ha caído en cierto desánimo y considera que siempre ha existido: “así somos y así seremos”.

Y añada que en un recuento reciente de Transparencia Internacional, México es calificado en esta materia entre los países más bajos superado sólo por: Pakistán, Rusia, Colombia, Bolivia y Nigeria.

Aquí es oportuno insistir en los daños que causan algunos contenidos de los mensajes, espectáculos y programas de los medios de comunicación como el cine, la radio, las publicaciones y la televisión. Especialmente, por el menosprecio de los valores de la familia, el desorden sexual y la violencia que de algún modo no sólo justifican, sino aun alientan.

Un estudio reciente afirma que alrededor de los años 50, en la manera de pensar de la gente y en su conducta, la influencia de la familia era aproximadamente del 45% y la de los medios de comunicación 5%; ahora es del 27 y 23%, respectivamente.

No hay duda que en la influencia de los medios de comunicación, la de la televisión, por mucho, es la más importante y entraña riesgos muy grandes no sólo en lo moral, sino también en lo político.

Karl Popper, famoso pensador, dijo unos meses antes de su muerte que el poder de la creciente influencia de la televisión era una real amenaza para la democracia y que el Estado debiera tenerlo muy en cuenta.

Educación del carácter, práctica de la virtud, promoción de los valores, formación moral. Cada día se habla más de esto porque se siente vivamente su necesidad. Estoy convencido que el hombre del tercer milenio tendrá que retornar al aprecio de la moral y a las buenas costumbres y comprometerse a sostenerlas por su propia supervivencia y felicidad.

Y debe señalarse que los principios morales tienen más solidez y fuerza cuando están fincados en una fe religiosa. Los destacados historiadores Will y Ariel Durant, no creyentes, afirmaron: «No hay un ejemplo en la historia, antes de nuestro tiempo, una sociedad que no mantenga eficazmente una vida moral sin la ayuda de la religión».

La realidad es que vivimos en un mundo en el que los medios de comunicación nos condenan a las apariencias y callan en lo esencial; en el que lo que dicen los líderes es para dar gusto a todos y así avanzamos hacia el porvenir. Es la cultura de hoy

que olvida las premisas que están en la conciencia del hombre, de donde brotan las últimas preguntas.

Preguntas malditas que decía Dostoievsky. Preguntas que Paul Gauguin inscribió en una de sus pinturas: «¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos?». A las que yo añadiría: ¿por qué estamos aquí? ¿Qué sentido tienen el mundo, el hombre; la vida y la muerte?

La fe nos lleva a adentrarnos en el misterio de Dios. Misterio insondable que se nos escapa, pero del que no podemos sustraernos. El hombre del tercer milenio, deslumbrado por los avances de la ciencia y adormecido por las comodidades de la modernidad, trata de no ir más allá de lo cotidiano; pero tendrá que afrontar tarde o temprano estas dramáticas preguntas, pues de lo contrario irá declinando irremediablemente su humanidad.

Los avances científicos, que he mencionado al inicio de esta exposición, son asombrosos y sus consecuencias, como dije, son inimaginables y podrían ser aterradoras. La aspiración prometeica de los hombres de ciencia, de ir cada día más al fondo de las cosas, es una tarea sin fin. Francesco Severi, matemático, amigo de Einstein, decía que cuando más se adentraba en la investigación científica, más se enfrentaba a un absoluto que se oponía a dejarse alcanzar por los medios a su disposición.

Prevalece hoy un nihilismo que es agnóstico, placentero, confor-

mista y que proclama la trivialización de la existencia. No hay esperanza, ningún ideal, ningún valor, sólo el tener un placer pronto y a cualquier precio. Hay un gran vacío en la vida humana. Y sin embargo, llega un momento en que los hombres de hoy buscan consciente o inconscientemente a Dios. Será necesaria una revolución en defensa del ser humano y ésta sólo podrá tener un signo: el signo religioso. Lo dijo André Malraux, quien fuera ministro de Cultura en Francia hace años: «El siglo XXI será religioso o no será».

Y en esta tarea los cristianos deberemos comprometernos en la búsqueda continua de Jesucristo, abrimos a su encuentro y presencia y perseverar en su seguimiento, de tal modo que con el amor al prójimo y nuestra conducta demos testimonio de nuestra fe y esperanza.

Los hombres y mujeres del tercer milenio han de afrontar no sólo una nueva sociedad, sino el comienzo de una civilización enteramente nueva, que no dispone todavía de sus instituciones. Les incumbe la responsabilidad de un cambio trascendental. Deben comenzar por sí mismos, aprendiendo a no cerrar sus mentes a lo aparentemente distinto y radical. A no adaptarse simplemente ante lo inevitable, sino influirlo para que se oriente en sentido constructivo. Han de ser protagonistas en su medio y escala y no ser simples espectadores resignados.

Han de aspirar a la paz, al equilibrio y a la serenidad, después de un siglo de polarizaciones ideológicas, excesos y violencia.

Todos los seres humanos anhelan la felicidad. Hay que construir-la paso a paso pugnando por la convivencia democrática, fortaleciendo la familia, insistiendo en el trabajo productivo, impulsando la educación que capacita y eleva, recatando lo espiritual y religioso y promoviendo la solidaridad entre los hombres que habrán de buscar, antes de un acuerdo de mentes, un acuerdo de corazones.

En un mundo complejo y vertiginoso nos acercamos al nuevo mile-

nio con incertidumbre y asombro. Sin embargo, los mexicanos hemos de afrontarlo con esperanza. En México tenemos un gran país y —a pesar de sus defectos— un gran pueblo. Tenemos fe en Dios, alegría de vivir, tradiciones valiosas, reciedumbre ante las vicisitudes, capacidad de entendimiento y sentido de nación. Enrique Krauze ha dicho que en México se nos ha dado la unidad en la diversidad y diversidad en la unidad, un verdadero milagro, y que lo único que nos hace falta es recobrar el ánimo. Tengamos confianza. 🌟

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 7, no. 4 (invierno, 1999), pp. 326-336.

# Los jóvenes ante la realidad de hoy

Cuando los jóvenes observan a los viejos, les cuesta entender que éstos fueron como ellos son ahora. Hay que descubrir, detrás de las arrugas y las canas, al joven que el viejo fue algún día, lleno de vigor, de vida y de ilusiones. Y quizás por eso nosotros los viejos, queremos hablar, queremos comunicarnos con ustedes, los jóvenes. Porque así tenemos la esperanza de que ustedes podrán continuar la obra emprendida.

La vida se abre ante ustedes, jóvenes, con todas sus posibilidades. Con la oportunidad de realizar ilusiones y proyectos. Con el riesgo de encontrar desengaños y fracasos.

Y a veces el aguijón clavado, la pregunta personal e insoslayable: ¿Quién soy yo? ¿Qué es todo lo que me rodea? ¿Quién es Dios? ¿Por qué estoy aquí? Como todos los seres humanos ustedes aspiran a la felicidad. La gran cuestión es discernir cuál es la verdadera felicidad y cuáles los medios para alcanzarla.

En la vida social hay fundamentalmente tres cauces ordenadores de la conducta: la ley, las buenas costumbres y la moral personal. La ley es el último recurso para ordenar la convivencia. Las normas sociales o buenas costumbres facilitan la ordenación de la conducta de los ciudadanos. Pero es la moral personal, con su mayor exigencia, la que en definitiva puede asegurarla.

¿Qué es la virtud? En pocas palabras puede decirse que es, en el orden natural, la buena disposición de los seres humanos para obrar el bien. La vida social, para su desenvolvimiento pacífico, próspero y civilizado requiere mujeres y hombres virtuosos.

A las virtudes del pensamiento clásico: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, el cristianismo añadió el mandato del amor fraterno.

La vida del ser humano se desenvuelve en cuatro áreas fundamentales, que para mejor ilustración podríamos inscribir en cuatro círculos concéntricos: La primera, la más interior, es el área personal. Corresponde a lo más íntimo de cada uno: su salud, su condición física, su presentación personal, sus conocimientos y su cultura, su formación moral, su vida espiritual.

Para nosotros los cristianos es llenar la sed que tenemos de infinito y de absoluto con la presencia cálida y definitiva de Jesucristo en nuestras vidas, con todo lo que ello comporta de fervor espiritual, oración, esperanza y conducta moral, que sobre todo debe manifestarse en el amor a Dios y a nuestros hermanos.

El área siguiente, la segunda, es la de la vida familiar y afectiva. De la familia se recibe apoyo, seguridad, consejo, ejemplo, afecto. Ella ha sido para la humanidad el refugio por excelencia.

De la relación amorosa que ya llegó o que llegará muy pronto a

sus vidas ¿qué puedo decirles? Las novias y los novios deben considerarse como una posibilidad para un mayor y definitivo compromiso y su preparación para el mismo.

La tercera área, que se refiere al mundo del trabajo. Descubrir la vocación personal es una de las tareas fundamentales de todo ser humano. Si siguen ustedes el camino para el que sus facultades y su habilidad les llaman es muy probable que alcancen el éxito.

Para ayudarse a descubrir la propia vocación e incluso para acrisolar el hábito del trabajo, no hay como comenzar a trabajar desde muy chico.

Si ustedes quieren conseguir buenos empleos, conservarlos y progresar, el tener sentido de responsabilidad es indispensable. Las personas responsables no abundan. Por eso quienes lo sean pueden estar seguras que se les abrirán insospechadamente oportunidades en todas partes. Otras dos cualidades que apreciamos mucho los jefes es la puntualidad y la asistencia.

En nuestro país, ahora han lanzado en muchas capas sociales, al vértigo del consumismo, al exceso desbordado de consumo, el insistir en el ahorro es de urgencia ineludible.

Veamos ahora la cuarta y última área de actividades. La de nuestra responsabilidad, más allá de nuestras familias y de nuestras amistades.

Todo esto se encuadra en el bien común, que es el conjunto de condiciones sociales (valores, recur-

sos, normas, instituciones) que hacen posible el pleno desarrollo de las personas y los grupos.

¿Saben ustedes de las innumerables necesidades no satisfechas que hay en nuestra sociedad? ¿Saben ustedes de las vidas perdidas, destrozadas, que terminan en los asilos, en los hospitales y en las prisiones?

Organícense para juntos ayudar a enfermos, a niños, a ancianos, a dar catecismo, a dar orientación y consejo. No solamente van ustedes a dar, van ustedes a recibir y muchas veces a recibir emocionantes lecciones de bondad humana.

Y también, en su momento, deben ustedes preocuparse por la vida cívica y política. La democracia y las libertades fundamentales sólo se alcanzan y conservan con la participación responsable de todos los ciudadanos, en la medida de sus posibilidades.

México es un país de jóvenes. No pueden ustedes cruzarse de brazos y esperar que los adultos hagamos todo.

Pugnen ustedes para que sus vidas dejen una huella, en lo personal, en sus familias, en sus estudios y trabajo, en la vida social, en nuestra patria.

Y lo van a conseguir, pero no se olviden que nada que vale la pena se consigue sin entusiasmo, esfuerzo, riesgo, sufrimiento y Gracia de Dios. ☪

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 20, no. 131 (jun., 2004), p. 7.

# Libertad sí, irresponsabilidad no

¿Puede alguien escandalizar a media noche y no dejar dormir a los demás? ¿Puede emborracharse y obligar a otros a oír sus impertinencias? ¿Puede enseñar a los niños a torturar a sus compañeros? ¿Puede incitar al robo, el odio o la violencia? ¿Puede desnudarse en un lugar público y obligar a ver su desnudez? ¿Puede enseñar a hacer explosivos y a emplearlos con fines terroristas? ¿Puede, sin razón, gritar «¡fuego!» en un cine lleno de gente? ¿Puede invitar a mi hija a prostituirse? ¿Puede insultarme, calumniarme o difamarme?

Es obvio que estas acciones y otras semejantes no pueden justificarse en uso de la libertad de expresión. Es evidente que esta libertad está limitada por la responsabilidad de responder de todos sus actos y de no dañar u ofender a los demás. Y en muchas ocasiones, la autoridad ha de intervenir para exigir esta responsabilidad y evitar que a nadie se ofenda o dañe.

Con demasiada facilidad, quienes hablan, escriben, enseñan o entretienen, hacen una defensa cerrada de la libertad de expresión: una libertad sin restricciones de ninguna especie. Y advierten de inmediato el peligro de la *mordaza* y la censura.

En toda sociedad, la libertad de expresión es un derecho humano fun-

damental. Sin ella, el intercambio de ideas, valores y proyectos, la creatividad artística, el desarrollo científico y el progreso económico difícilmente podrían existir, y la crítica social y política, tan necesaria para una vida democrática, sería casi imposible.

La libertad entraña audacia, riesgo, creatividad, imaginación, retos y rupturas, pero la realidad de la vida exige también orden, sensatez, prudencia, responsabilidad y disciplina, cauces civilizados para la libertad. Y muchos sostienen que esa libertad de expresión, que ha de tener la responsabilidad de responder de su ejercicio y no ofender o dañar a los demás, debe asimismo contribuir, de algún modo, a su bien para justificarse socialmente.

En los seres humanos, las ideas conducen a los actos y las malas ideas conducen a los actos malos. ¿Qué es lo que hace que una persona sea cada vez más persona? Hoy se plantea la cuestión de qué es bueno y qué es malo, y se dice que sobre esto no hay acuerdo porque todo es subjetivo. Sin embargo, en la mayoría de la gente hay una clara conciencia de lo que está bien y lo que está mal. Y las respuestas que se reciben a las preguntas arriba expresadas así lo demuestran.

Examinando la realidad, observamos que existen ideas y valo-

res que se oponen, pero que no se contradicen. Ideas y valores que se sustentan por sí mismos y que coexisten en esa realidad como polos de un todo. Y la gama de esos opuestos es muy extensa. Pensemos en naturaleza–cultura, razón–sentimiento, teoría–práctica, análisis–síntesis, trabajo–ocio, reflexión–acción... Y desde luego, libertad–responsabilidad.

En la vida cotidiana esta oposición tiene como rasgo fundamental una tensión permanente y requiere, para su eficacia, que se equilibre o armonice en una realidad difícil de definir y de alcanzar.

Otro binomio semejante a los anteriores es el de libertad–orden, cuya conciliación con frecuencia se exige en el campo económico. Acerca de esto, hace años el destacado economista Wilhem Roepke dijo que «así como un reloj necesita no sólo un volante que regule su marcha, sino además una cuerda que lo

mantenga en movimiento, así es imposible una economía satisfactoria sin un sistema de fuerzas propulsivas y ordenadoras».

Como conclusión puede decirse que la sociedad contemporánea, para asegurar una convivencia pacífica y civilizada, ha de esforzarse por respetar y sostener las ideas y valores fundamentales que le son indispensables y que inevitablemente han de conciliarse.

Juan Pablo II se preguntaba hace ya tiempo cómo podría vivirse la libertad sin que ésta se destruyese a sí misma. Y afirmaba que si la cultura es el motor de la historia, las economías libres y las comunidades democráticas deberían consolidar los cimientos de una moral pública enérgica, capaz de disciplinar la gran energía humana desatada por la libertad. 🌐

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 9, no. 2 (abril - jun., 2001), pp. 195-196.

# La juventud en la Iglesia

*Protagonistas y artífices de la evangelización*

Para muchos, los jóvenes son y seguirán siendo la riqueza humana más codiciada y quizá la más inexplorada de todas. Los jóvenes son, por así decirlo, tierra fértil donde puede darse casi cualquier cosa, buena o mala, y ello los hace ser, desde luego, presa fácil de la depredación humana.

Los jóvenes están llamados a ser no sólo objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia, sino que además son, y deben ser incitados a serlo, sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social. Pero, ¿cómo hacer que los jóvenes sean protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social?

*Christifideles Laici* nos dice que la juventud es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del propio «yo» y del propio «proyecto de vida»; la sensibilidad de la juventud percibe profundamente los valores de la justicia, de la no violencia y de la paz. Su corazón está abierto a la fraternidad, a la amistad y a la solidaridad.

A este respecto, Pablo VI nos dice que es necesario que los jóvenes, bien formados en la fe y arraigados en la oración, se conviertan cada vez más en los apóstoles de la juventud. La Iglesia debe buscar un diálogo con los jóvenes, toda vez que, como dice *Christifideles Laici*: la Igle-

sia tiene tantas cosas que decir a los jóvenes, y los jóvenes tienen tantas cosas que decir a la Iglesia.

El problema de cómo evangelizar es siempre actual, ya que éste cambia según las diversas circunstancias de tiempo, lugar e idiosincrasia; por eso plantean un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar.

La evangelización nos recuerda *Evangelii Nuntiandi*, pierde mucho de su fuerza y de su eficacia si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su «lenguaje», sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta.

¿Qué es lo que debemos transmitir a los jóvenes?

Debemos recordar que evangelizar es dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios.

Se trata, entonces, de impulsar a la creación de una comunidad que sea capaz de iniciar un diálogo con los jóvenes y los incite a ser sujetos activos de la evangelización y la renovación social, en una palabra, ser protagonistas de la acción social y política a la luz del Evangelio.

Signo de los tiempos, *IMDOSOC*, año 17, no. 100 (sep. - oct., 2001), p. 31.

# “La sociedad que cuida”: un nuevo concepto

En el pasado, la gente insistía en el valor del trabajo duro y encontraba en la familia, en la iglesia o en las organizaciones voluntarias privadas, la ayuda que necesitaba en épocas difíciles. Pero en el último siglo en el mundo occidental, el Estado ha tomado a su cargo lo que esas instituciones hacían, dando nacimiento a lo que se ha llamado el Estado benefactor (*welfare State*). El Estado, en la actualidad, ha asumido la responsabilidad de suministrar a la mayoría de la población cada vez más servicios y bienes gratuitos o subsidiados. Y esto lo ha realizado con el propósito de reducir las desigualdades sociales y “redistribuir el ingreso”.

La consecuencia de esta política es que más y más grupos de la sociedad, incluso sus clases medias, pretendan recibir los beneficios de esa redistribución del ingreso, con el resultado de que a muchos “se les quita con una mano lo que se les da con la otra”. Y como la intermediación gubernamental es costosa, a menudo reciben menos (en subsidios y servicios) que lo que aportan (en contribuciones e impuestos).

Sin duda, se espera que un Estado socorra a los más necesitados del país. Pero se supone que al cumplir con ello ha de hacerlo prudentemente. Las ayudas han de llegar,

sobre todo, a los que no pueden valerse por sí mismos. Y por otra parte, no deben darse a quienes sí tienen la capacidad de hacerlo.

Holanda es un país cuyo gobierno, en los últimos años, ha recordado las ayudas indiscriminadas por enfermedad, desempleo y otras eventualidades. De este modo, ha podido atender mejor a un número de beneficiados que estaban más urgidos por su impotencia para mirar por sí mismos. El criterio de juicio ha sido el de ayudar solamente a quienes lo necesitaban de verdad y no de ayudar por igual a quienes podían valerse por sí mismos. En parte, como resultado de esto, en los últimos tres años el gobierno ha podido reducir el gasto público 9% y disminuir su déficit por debajo del 8% del producto.

Kees van Kerbergen, politólogo de la Universidad de Amsterdam, prevé una sociedad que cuida (*caring society*), disminuida en sus alcances y menos reglamentada, que suplante al Estado benefactor. Esta sociedad que imagina, ayudaría solamente a aquellos muy necesitados y no trataría de hacerlo con todos por igual.

Juan José Llach dice que si se pone igual énfasis en una distribución igualitarista del ingreso que beneficie a las clases medias y en

la lucha contra la pobreza, el desarrollo es casi imposible. Y por eso, en la política social deben distinguirse más nítidamente que en el pasado los derechos igualitarios en general de los derechos de quienes viven en la pobreza extrema. Considera que es sobre estos últimos donde debe concentrarse la lucha por la justicia social.

No hay duda que ante los altísimos costos y limitaciones del Estado benefactor, la solución del futuro está en la sociedad que cuida. 🌀

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 3, no. 16 (sep. - oct., 1987), pp. 1-2.

# La conciliación de los opuestos

Examinando las ideas, se llega a observar que existen conceptos que son aparentemente opuestos o polos de una misma realidad. Pensemos en libertad-orden, persona-sociedad, reflexión-acción, sujeto-objeto, unidad-diversidad, naturaleza-cultura, trabajo-ocio, racionalidad-sentimiento, estabilidad-flexibilidad, sencillez-complejidad, y aun en igualdad esencial-desigualdad existencial y en amor a sí mismo-amor al prójimo.

Muchas veces se requiere que esta oposición aparente, esta bipolaridad, se disuelva, equilibre o integre en una realidad vital, difícil de definir, y que tiene como rasgos una tensión permanente y una variabilidad de grados de equilibrio o integración. No creo que este equilibrio o integración corresponda a la "síntesis" del proceso dialéctico, porque ésta surge de la negación de la tesis por la antítesis. Aquí los opuestos no se niegan, sino que se reconcilian o integran, funda mentalmente porque no son esencialmente opuestos.

Considero que es indispensable que se profundice en el conocimiento de este concepto no sólo por razones de carácter filosófico, sino porque su aplicación en la vida práctica, económica, social, cultural y política, puede tener una gran trascendencia.

El licenciado López Portillo algunas veces en sus discursos ha mencionado este concepto. En su mensaje de toma de posesión dijo textualmente: "Comprender que toda realidad está hecha de contradicciones. Entenderlas como problema es nuestro imperativo. Optar por resolverlas por destrucción y aniquilamiento de los opuestos o por integración y equilibrio dinámico; definir si la lealtad a la clase, al gremio o al interés parcial, son compatibles con la lealtad a México".

A continuación se transcriben algunos textos sobre este tema.

*Eupsychian Management. Abraham H. Maslow. págs. 96 y 97.*

Supongo que tengo que aclarar aquí la cuestión de la resolución de la dicotomía, al menos tratar de esclarecerla, ya que no está demasiado clara para mí. Por un lado hay que señalar que esto es diferente de la insistencia de Jung y Darwin en los beneficios del conflicto, en las influencias dinámicas o las consecuencias del conflicto en el fortalecimiento de la gente o cosas por el estilo. Esto puede ser. Hay ciertamente algunas buenas consecuencias del conflicto junto con malas consecuencias. Pero no es lo que quiero significar aquí. Lo que en realidad tenemos es *una trascendencia de la polaridad entre lo egoísta y lo no egoísta*. Es decir *uno se eleva por encima del conflicto*

en lugar de beneficiarse de él. Cesa de ser un conflicto, cesa de ser una oposición. Uno se da cuenta, o percibe o descubre que mi bien y tu bien, egoísmo y desprendimiento, que siempre hemos sido enseñados a percibir como diferentes uno de otro y mutuamente excluyentes y aun opuestos, no lo son en realidad bajo las circunstancias correctas.

Y donde el síndrome particular de la persona que se auto-actualiza es una muy peculiar mixtura y fusión de egoísmo y desprendimiento de tal suerte que finalmente es imposible etiquetar un acto particular ya sea como egoísta o no-egoísta. *Uno se da cuenta que son ambas cosas o ninguna.* Esto está también relacionado a la gran crítica de la lógica aristotélica, especialmente la ley del medio excluido, la mutua exclusión de Clase A y de la Clase no-A. Hay que ver al material no aristotélico de Korzybski para su crítica de la orientación doblemente valorada de la polarización y ver también las críticas del pensamiento en blanco y negro y del pensamiento sí-no y todo lo parecido. Ellas están relacionadas aquí al hecho de que *la sinergia representa una trascendencia de la dicotomía*, no un aprovechamiento del conflicto.

Creo que la sinergia es una percepción actual de una verdad más alta, de una realidad más alta... La verdad es que los intereses humanos, especialmente cuando la gente se conoce y se ama, se conjuntan más que se excluyen mutuamente. Un análisis de un buen matrimo-

nio y de una buena sociedad (asociación) demuestra esto.

*Las fuerzas económicas de nuestro tiempo.* J. L. Sampedro, págs. 101 y 102.

Vemos entretrejerse así siempre, en el telar de la historia, dos clases de fuerzas; las técnicas y las sociales. A ambas recurriremos también nosotros, por consiguiente, para comprender la dinámica económica de nuestra época.

Una *interpretación dualista* de las cosas no es nada nuevo. Hace más de cuatro mil años que la filosofía china empezó a sistematizar con ese enfoque su visión del mundo en el I-Ching, el "libro de las Mutaciones". En esa obra sorprendente, tan revalorizada por los psicólogos en nuestros días, todo se interpreta combinando dos principios, activo el uno y receptivo el otro: *el yang y el yin*. Algo parecido podría decirse de nuestra urdimbre y trama. Las fuerzas técnicas encarnarían la acción y la innovación, como el principio masculino *yang*, correspondiendo los factores sociales al principio femenino *yin*. Ambas fuerzas son creadoras a su manera: aquélla, introduciendo novedades; ésta, humanizando el artificio. Ambas se influyen, además, mutuamente. La técnica acaba con viejas estructuras y provoca otras, rompe y deforma el vaso recipiente colectivo; la sociedad hace posibles nuevas técnicas, las acoge y organiza a los hombres en relación con ellas.

*Small is beautiful, E.F. Schumacher, págs. 97, 99, 258 y 259.*

Es bastante fácil ver que a lo largo de todas nuestras vidas nos enfrentamos a la tarea de reconciliar opuestos que, en el pensamiento lógico, no pueden reconciliarse. Los típicos problemas de la vida son insolubles en el nivel del ser; en el que normalmente nos encontramos. ¿Cómo reconciliar las exigencias de libertad y de disciplina en la educación? Incontables madres y maestros, de hecho lo hacen, pero nadie ha escrito una solución. Ellos lo hacen introduciendo en la situación una fuerza que pertenece a un nivel más alto en el que *los opuestos se trascienden*, el poder del amor.

G. N. M. Tyrell ha propuesto los términos “divergente” y “convergente” para distinguir los problemas que no pueden resolverse por el razonamiento lógico, de aquellos que sí se pueden. La vida continúa su marcha por problemas divergentes que tienen que “vivirse” y que se resuelven sólo por la muerte. Los problemas convergentes, por otra parte, son una de las invenciones humanas más útiles. No existen como tales en la realidad pero son creados por un proceso de abstracción. Cuando se han resuelto, la solución puede escribirse y pasarse a otros, quienes pueden aplicarla sin el esfuerzo mental necesario para encontrarla. Si éste fuese el caso en las relaciones humanas, —en la vida familiar, economía, política, educación y otras— bueno, me siento perdido para terminar la frase. No habría más relaciones humanas sino

sólo reacciones mecánicas: la vida sería una muerte viviente. Los problemas divergentes, como tales, forzan al hombre a entrar en tensión a un nivel arriba de sí mismo. Piden, y por lo tanto provocan la aplicación de fuerzas de un nivel superior; trayendo así amor, belleza, bondad y verdad a nuestras vidas. Es sólo con la ayuda de estas fuerzas superiores como *los opuestos pueden reconciliarse en una situación viviente*.

Los verdaderos problemas de la vida —en política, economía, educación, matrimonio, etc.— son siempre problemas de sobreponerse a, o reconciliar los opuestos. Son problemas *divergentes* que no tienen solución en el sentido ordinario de la palabra. Piden al hombre no simplemente el empleo de su poder de razonamiento sino el compromiso de toda su personalidad. Naturalmente siempre se proponen soluciones espurias, por medio de fórmulas astutas, pero a la larga no funcionan porque invariablemente descuidan uno de los dos opuestos y así pierden la verdadera calidad de la vida humana. En economía, la solución propuesta puede dar lugar a la libertad pero no a la planeación, o viceversa. En la organización industrial puede dar lugar a la disciplina pero no a la participación de los trabajadores en la administración, o viceversa. En política puede proporcionar liderazgo sin democracia, o de nuevo, democracia sin liderazgo.

Tener que enfrentarse con problemas divergentes tiende a ser preocupante y agotador. De allí que la gente trate de evitarlo y huir de ello.

Un laborioso ejecutivo que ha estado manejando problemas divergentes todo el día, leerá una novela policíaca o resolverá un crucigrama en su viaje de regreso a casa. Ha estado usando su cerebro todo el día, ¿por qué continúa haciéndolo? La respuesta es que la novela policíaca y el crucigrama presentan problemas convergentes y *ése* es el relajamiento. Requieren un poco de actividad cerebral e incluso aún difícil actividad cerebral, pero no la tensión y la presión hacia un nivel más alto que es el reto específico de un problema divergente, un problema en el que los *opuestos irreconciliables* tienen que reconciliarse. Son éstos últimos los únicos que constituyen el material real de la vida.

La clave de la vida económica y ciertamente la de la vida en general es que constantemente requiere una viva *reconciliación de opuestos*, que en estricta lógica son irreconciliables.

No hay “soluciones finales” a esta clase de problema. Solamente hay una *solución viviente* alcanzada día a día sobre la base de un claro reconocimiento de *que ambos opuestos son válidos*.

*La democracia como forma política y forma de vida.* C. J. Friedrich. pág. 176.

La dialéctica del pensamiento político ha luchado con la paradoja de que “vivir en comunidad” parece ser una característica universal de la naturaleza humana, mientras que al mismo tiempo

estas comunidades *des exhiben* la mayor *variedad* y por lo tanto parece excluir la posibilidad de otras características “comunes” halladas dondequiera que el hombre está en política.

*La Propiedad.* Pierre Bigó. págs. 54 y 55

No se llega a una solución válida cuando se construye, o bien a partir del individuo, o bien a partir de la colectividad, considerados como absolutos. Es preciso construir a partir de la persona viva, que es a la vez individual y social.

Entonces se llega a un régimen en que las personas se sitúan unas respecto a otras, y respecto a la comunidad, de una manera compleja, en la cual *lo individual se mezcla constantemente con lo colectivo, manteniéndose en tensión con él*. Lejos de los simplismos del individualismo o del colectivismo jurídicos, se construye un régimen de bienes que los une a la vez a la persona moral colectiva y a las personas privadas del trabajador, del consumidor, del ahorrador. Se remedian entonces los antagonismos de clase, sin caer tampoco en el nivelamiento. Se establece un equilibrio entre las necesidades de una cierta “libertad” individual y de una cierta “coacción” colectiva.

A partir de un análisis económico que reconoce el carácter individual y a la vez social del “homo economicus”, se llega a una crítica de la propiedad capitalista que se

aleja tanto del esquema marxista como del esquema liberal.

*Alienation and Economics.* Walter A. Weisskopf. págs. 21 y 22.

La unión hacia arriba es el intento de superar la división entre uno mismo y el mundo sin la extinción de la conciencia, una síntesis de uno mismo y el mundo. La unión hacia abajo niega la conciencia; la unión hacia arriba la afirma. Valores como la verdad, la belleza y el amor son meta de una unión hacia arriba. El conocimiento de la verdad surge por un eros que une al conocedor con lo conocido. Muestra claramente el patrón de separación y alienación y el camino hacia la unión y la síntesis: un centro de conocimiento separado se une a su objeto de conocimiento sin destruir la separación. El conocimiento científico y tecnológico moderno, con su pretendida neutralidad por lo que se refiere a valores, pone excesivo énfasis en la separación y por lo tanto al negar la intuición y el conocimiento tácito no logra unir al conocedor y a lo conocido. Pero la experiencia creativa y re-creativa de la belleza implica una situación en la que el observador y el creador se unen y llegan a ser uno con el objeto bello sin destruir al sujeto ni al objeto de la creación artística o la experiencia, la relación amorosa es el camino más profundo y satisfactorio para sobreponerse a la separación de uno mismo y el mundo. Se requiere una afirmación completa e ilimitada del mundo, representado por el otro, el Tú, y la unión con

el otro sin sumisión o destrucción tanto del Yo como del Tú. En todas estas situaciones el esquema básico es el mismo; el sujeto y el objeto se unen en una síntesis más alta sin extinguirse en el proceso.

En la estructura de la existencia humana, sujeto y objeto son antinómicos pero también polares; son interdependientes; uno no puede ser sin el otro. Esta polaridad implica que las dos ramas de la antinomia son dos aspectos de la misma totalidad. Esta trinidad de sujeto, objeto y síntesis ha sido simbolizada lúcidamente en el signo Yín-Yang de la filosofía china, por dos mitades entrelazadas en blanco y negro, incluidas en la unión del círculo. Este símbolo no solamente representa el esquema básico de la alienación sino que señala el camino para sobreponerse a él: es decir por la unión o equilibrio entre las dos ramas de la antinomia.

La alienación existencial está causada también por la separación de la actualidad y la potencialidad en la existencia humana. La conciencia permite al hombre captar sus posibilidades. Puede avizorar lo que no es pero que puede ser. El hombre envejece, es finito, mortal, limitado en el tiempo y en el espacio y puede actualizar sólo unas cuantas de sus potencialidades. Al mismo tiempo está dotado o plagado con la habilidad de imaginar posibilidades no actualizadas debido a su habilidad de trascender, por su mente, los límites de su existencia. Su finitud le impide realizar todas sus potencialidades; pero su conciencia y trascendencia le permiten verlas. Esto

le crea lo que alguien podría llamar una situación de Tántalo. El hombre puede captar lo potencial pero está confinado a lo actual. Esto es, en la existencia humana, un conflicto continuo entre el amplio mundo de las posibilidades que se avizoran y el limitado mundo de la actualidad.

*Science and the modern world.*  
Alfred North Whitehead. págs. 287-289.

Hay dos principios inherentes a la propia naturaleza de las cosas y que reaparecen incorporados de manera particular en cualquier campo que exploremos. *Nada puede ser real sin ambos.* El simple cambio sin conservación es un paso de nada a nada ... La simple conservación sin cambio no puede conservarse.

*El tema de nuestro tiempo.* José Ortega y Gasset. págs. 91 y 92.

Contraponer la cultura a la vida y reclamar para ésta la plenitud de sus derechos frente a aquélla no es hacer profesión de fe anticultural. Si se interpreta así lo dicho anteriormente, se practica una perfecta tergiversación. Quedan intactos los valores de la cultura; únicamente se niega su exclusivismo. Durante siglos se viene hablando exclusivamente de la necesidad que la vida tiene de cultura. Sin desvirtuar lo más mínimo esta necesidad, se sostiene aquí que la cultura no necesita menos de la vida. *Ambos poderes —el imanente de lo biológico y el trascendente de la cultura— quedan de esta suerte cara a cara, con iguales títulos, sin supe-*

*ditación del uno al otro.* Este trato leal de ambos permite plantear de una manera clara el problema de sus relaciones y *preparar una síntesis más franca y sólida.* Por consiguiente, lo dicho hasta aquí es sólo preparación *para esa síntesis* en que *culturalismo y vitalismo, al fundirse, desaparecen.*

Recuérdese el comienzo de este estudio. La tradición moderna nos ofrece dos maneras opuestas de hacer frente a la antinomia entre vida y cultura. Una de ellas, el racionalismo, para salvar la cultura niega todo sentido a la vida. La otra, el relativismo, ensaya la operación inversa: desvanece el valor objetivo de la cultura para dejar paso a la vida. Ambas soluciones, que a las generaciones anteriores parecían suficientes, no encuentran eco en nuestra sensibilidad. Una y otra viven, a costa de cegueras complementarias. Como nuestro tiempo no padece esas obnubilaciones, como ve con toda claridad el sentido de ambas potencias litigantes, ni se aviene a aceptar que la verdad, que la justicia, que la belleza no existen, ni a olvidarse de que para existir necesitan el soporte de la vitalidad.

*Martín Lutero e Ignacio de Loyola.* Friedrich Richter, págs. 298 y 299.

La polaridad es una fecunda tensión en la co-eficiencia de dos cosas opuestas. Significa siempre un aumento de energía. Esta tensión polar la encontramos en la electricidad. Pero toda la vida está llena de tensiones polares, que

son necesarias para vivir. La ley de la polaridad se aplica también a la vida del espíritu. Está en vigor en las relaciones del Protestantismo con el Catolicismo. Los abusos que existían en la Iglesia, dieron origen a la Reforma protestante.

Esta estimuló al mismo tiempo los deseos de reforma que se manifestaban dentro del Catolicismo, haciéndoles cobrar gran pujanza, y llegándose de esa manera a la renovación interna de la Iglesia católica. Hay en el ser humano una tendencia al simplismo. Para captar la realidad se abstrae demasiado y en general muchas ideas son parciales, incompletas y además se tiende, sobre todo tratándose de fenómenos sociales, a rechazar a priori la posición contraria y aun a veces la posición aparentemente contraria. Se peca de “unidimensionalidad”.

La realidad social podría decirse que es como una esfera. Al observarla y examinarla simplistamente sólo se apreciaría una cara de ella. Hay que girarla lentamente, observar las zonas limítrofes, ver la otra cara y finalmente tener una visión integral de toda la esfera. Una visión totalizadora, global.

*Henri Bergson*

Es preciso obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción.

*El trabajo y los dioses. Maurice Blin. pág. 40.*

Es sobre esta alianza paradójica entre lo obscuro y lo claro, la pasión

tumultuosa y la voluntad metódica, que está construida la cultura humana. A cualquier dominio que ella pertenezca, religioso, político, militar, estético, una obra nace del encuentro entre una sensibilidad a la vez confusa y exigente y un cierto orden en el que a menudo ella se refleja y se calma como si las tinieblas se penetrasen de luz.

*Janus. Arthur Koestler. págs. 57, 58, 61, 62.*

Los “holones” que constituyen un organismo vivo o un cuerpo social, son entidades que se asemejan a Jano: la cara vuelta hacia los niveles más altos en la holarquía es la de una parte subordinada en un sistema mayor; la cara vuelta hacia los niveles inferiores muestra un todo casi autónomo por su propio derecho. Esto implica que cada “holón” está poseído por dos tendencias o potenciales opuestos: una *tendencia integrativa* para funcionar como parte de un todo mayor, y una *tendencia autoafirmativa* para preservar su autonomía individual.

La manifestación más obvia de esta polaridad básica se encuentra en las holarquías sociales. Aquí la autonomía de los “holones” constituyentes es celosamente guardada y afirmada en cada nivel, desde los derechos del individuo hasta los del clan o la tribu, desde los departamentos administrativos hasta los gobiernos locales, desde las minorías étnicas hasta las naciones soberanas. Cada “holón” social tiene una tendencia interconstruida

de preservar y defender su identidad de cuerpo. Esta *tendencia autoafirmativa* es indispensable para mantener la individualidad de los “holones” en todos los niveles, y de la jerarquía como un todo. Sin esto, la estructura social se disolvería en una gelatina amorfa o se disolvería en una tiranía monolítica. La historia da muchos ejemplos de ambas.

Al mismo tiempo el “holón” depende del sistema mayor que lo contiene y debe funcionar como una parte integrada a él; su *tendencia integrativa* o *autotrascedente*, que resulta de su carácter de parte, debe controlar su tendencia autoafirmativa. Bajo condiciones favorables, las dos tendencias básicas —*autoafirmación* e *integración*— están más o menos equilibradas, y el “holón” vive en una especie de equilibrio dinámico dentro del todo, las dos caras de Jano complementándose entre sí. Bajo condiciones desfavorables el equilibrio se altera con consecuencias terribles.

Así llegamos a la polaridad básica entre la *tendencia autoafirmativa* y la *tendencia integrativa* de los “holones” en cada nivel y, como veremos, en cada tipo de sistema jerárquico. Esta polaridad es un rasgo fundamental de la presente teoría y uno de sus *leitmotifs*. No es un producto de especulación metafísica, sino un hecho implicado en el modelo de la holarquía de múltiples niveles, porque la estabilidad del modelo depende del equilibramiento de los aspectos duales de sus “holones”, como todos y como partes. Esta polaridad o *coïn-*

*cidencia oppositorum* está presente en grados diversos en todas las manifestaciones de la vida. Sus implicaciones filosóficas se discutirán en posteriores capítulos; por el momento señalaremos que la *tendencia autoafirmativa* es la expresión dinámica de la totalidad del “holón”; su *tendencia integrativa* la expresión dinámica de su carácter de parte.

La dicotomía del carácter de todo y del carácter de parte, y su manifestación dinámica en la polaridad de las tendencias autoafirmativa e integrativa es inherente a todo nivel jerárquico de múltiples niveles y está implicado en el modelo conceptual. Encontramos esto reflejado aun en la naturaleza inanimada: en dondequiera que hay un sistema dinámico relativamente estable, desde los átomos hasta las galaxias, su estabilidad se mantiene por el equilibrio de fuerzas opuestas, una que puede ser centrífuga, —es decir, inerte o separadora—, la otra centrípeta, es decir, atractiva o cohesiva, que liga conjuntamente a las partes en un todo mayor sin sacrificar su identidad. (...)

Podríamos aventurarnos un poco más y observar al Principio de Complementaridad como un ejemplo más básico de nuestra polaridad. De acuerdo con este principio, que domina a la física moderna, todas las partículas —electrones, fotones, etc.— tienen el carácter dual de corpúsculos y ondas: de acuerdo con las circunstancias se comportan ya sea como granos de materia, o como ondas, sin atributos sustanciales o fronteras definibles.

Desde nuestro punto de vista el aspecto corpuscular del electrón —o de cualquier “holón” elemental— manifiesta su carácter de todo y su potencial autoafirmativo, mientras que su aspecto de onda manifiesta su carácter de parte y su potencial integrativo.

Es inútil decir que las manifestaciones de estas dos tendencias básicas aparecen de diferentes guías en diferentes niveles de la jerarquía, de acuerdo a códigos específicos —o “relaciones organizadoras”— características de ese nivel. Las reglas que gobiernan las interacciones de las partículas sub-atómicas no son las mismas que gobiernan las interacciones entre los átomos como todos; y las reglas éticas que gobiernan la conducta de los individuos no son las mismas que gobiernan la conducta de las muchedumbres o de los ejércitos. Y del mismo modo las manifestaciones de la polaridad de las tendencias autoafirmativas e integrativas, que encontramos en todos los fenómenos de la vida, tomarán diferentes formas según el nivel. Así, por ejemplo, encontraremos la polaridad reflejada como:

integración	autoafirmación
“partidad”	“totalidad”
dependencia	autonomía
centrípeto	contrífugo
cooperación	competencia
altruismo	egoísmo

*Compensation. Ralph: Waldo Emerson.* (Citado en el Reader’s Digest de mayo de 1979, pág. 79).

La Polaridad, o acción o reacción, la encontramos en todas las partes de la naturaleza: en la obscuridad y en la luz; en el calor y el frío, en lo masculino y lo femenino. Un inevitable dualismo bisecta la naturaleza, de tal modo que cada cosa es una mitad y sugiere otra cosa para hacerse entera. Así es en: hombre, mujer; fuera, dentro; descanso, movimiento.

Este mismo dualismo subraya la condición del hombre. Cada dulce tiene su amargo: cada mal su bien. Por cada cosa que se ha perdido, algo se ha ganado y por algo que se ha ganado, algo se ha perdido.

*“La preeminencia de la Civitas y la insuficiencia de la Polis. Una síntesis ontológica”.* Carlos A. Siri.

El hombre de que hablamos es muy rico y a la vez muy indigente. Rico, por la noble perfección substancial de su ser específico, por los dones inmanentes de su naturaleza espiritual y por la elevación suma de su último fin, a la cual tiende infrustrablemente. Pobre, por la imperfección y miseria de su existencia, que viene de la nada y que marcha hacia la muerte, siempre con la angustia de su estado de privación: forzado a recorrer un camino fatigoso, lleno de incertidumbres y adversidades; que solo, o aislado, no puede nada, y que acaba en la corrupción corporal, sin haber alcanzado, en su vida efímera, la plena beatitud por la cual brama.

*El cristianismo y sus tensiones contrarias.* Georges Ducoing, S. J. *Professions et entreprises.* sept. – oct. 1977. págs. 30 y 31.

Es cierto que el cristianismo está hecho de afirmaciones diversas, a menudo paradójicas, llenas de tensiones, aparentemente contradictorias y aun contradictorias. No son solamente afirmaciones, es la realidad misma del cristianismo.

Así nuestra fe cristiana se funda en Jesús, a la vez y al mismo tiempo *hombre* y *Dios*. Hombre verdadero que ha vivido en un lugar preciso, Palestina, y en un tiempo determinado. “El año quince del gobierno de Tiberio César...” (Lc 3,1) Pero también él ha sido reconocido como Dios: “Mi Señor y mi Dios”.

Este Jesús *ha muerto y ha resucitado*, dice el credo. Su fracaso por la muerte es al mismo tiempo su triunfo, y Juan, en su evangelio, habla de la muerte de Jesús como de su glorificación.

Hacemos notar esta tendencia evangélica: “Quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por causa mía, la hallará”. (Mt 16,25). Ciertamente se puede disertar y distinguir el aquí abajo y el más allá, el tiempo y la eternidad; pero cada uno no tiene más que una vida y la pierde o la gana.

Así el punto de partida de nuestra fe es una paradoja. Pero la paradoja continúa con el desarrollo del cristianismo.

A la base hay un *acontecimiento* preciso, fechado, localizado, Jesús de Nazaret. Pero este acontecimiento debe dominar *toda la historia*.

De allí sale una *tradicón*. ¿Pero cómo *el futuro* a *crearse* puede acomodarse a una tradición establecida?

*Una sociedad* se constituye, surgida de los apóstoles y de los primeros discípulos, la Iglesia, perfectamente jerarquizada. ¿Pero entonces qué pasa con el *valor personal* y la autonomía?

Y las parejas de oposiciones contradictorias se acumulan: la institución y la responsabilidad personal, la autoridad y la libertad, la obediencia y la independencia, la estabilidad y la iniciativa, el conservadurismo y el espíritu de cambio y de aventura. ¡Y se podrían añadir todavía otras!

Aquí se sitúa una de las dificultades concretas de nuestra fe cristiana. ¿Cómo mantener a la vez y al mismo tiempo los dos polos en tensión? Es conocida desde hace tiempo la expresión clásica: ¿Cómo sujetar los dos extremos de la cadena sin saber cómo está hecha la cadena que los une?

Todas las cosas de dos en dos, una frente a otra, y nada ha hecho deficiente.

Cada cosa afirma la excelencia de la otra, ¿quién se hartará de contemplar su gloria?

(Eclesiástico 42, 24, 25) ☪

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 28, no.229 (ago., 2012), pp. 15-20.

# La corresponsabilidad y su necesidad

Se ha hablado hasta la saciedad de la situación de pobreza de una porción importante de los habitantes de nuestro país, a los que se denominan también los marginados. Y se plantea con frecuencia la necesidad de que quienes integran la sociedad y en especial los marginados sean corresponsables en el proceso de su desarrollo y superación.

En esta exposición trataré primero de dar una definición del fenómeno de la marginación y una visión general del comportamiento de los seres humanos ante su desigualdad esencial y las consecuencias de ello en su convivencia cotidiana. Después examinaré los principios y valores que deben regir la vida en sociedad y como pueden orientar y alentar el ejercicio de la responsabilidad de cada uno. Y finalmente apuntaré algunas sugerencias concretas de cómo puede identificarse y promoverse la corresponsabilidad.

Según Coplamar, decía en 1977, «los marginados son aquellos grupos que han quedado al margen de los beneficios de la riqueza generada, pero no necesariamente al margen de la generación de riqueza ni mucho menos de las condiciones que la hacen posible».

Son aquellos que, ante los que van montados en el tren del desarrollo, sólo los ven pasar.

Y ellos, decía Julieta Campos en un libro que apareció en 1995: «Viven en zonas áridas o semiáridas: alcanzan apenas la mitad de los servicios indispensables y de sus bienes exiguos; no leen ni escriben o han cursado uno o dos años de primaria; minados por las enfermedades que el resto de la población no conoce, mueren hasta antes de tiempo y a veces en la primera infancia; están desnutrídos, hay hacinamiento en sus casas precarias, sin agua, sin drenaje, sin electricidad...».

Ante la igualdad esencial de todos los seres humanos, es también evidente su desigualdad existencial. Todos son desiguales por las innumerables diferencias que los particularizan como individuos y que surgen de numerosos y variados factores accidentales. En todos los grupos humanos observamos que siempre hay diferencias en el tener, el saber y en el poder; que siempre hay algunos que mandan y muchos que deben obedecer; que siempre hay un mayor y un menor.

En la vida social la autoridad es indispensable y también el poder

que la acompaña. Y por la fragilidad humana abundan las desviaciones de la autoridad y los excesos de poder. En tono menor aparecen el paternalismo y la manipulación, pero suelen sucederles el autoritarismo, la arbitrariedad y la explotación.

La existencia de personas que tienen mayor autoridad, más conocimientos o más recursos, y que he llamado mayores, indudablemente habría de ser para el bien de los menores. Así debe ser la relación padre-hijo, maestro-alumno, jefe-empleado, gobernantes-gobernados. Sin embargo, la realidad nos muestra que muchísimas veces quienes tienen esa superioridad no la ejercen para el bien de aquellos que de algún modo lo necesitan. Pensemos entre ellos como los explotan los caciques, los acaparadores, los agiotistas, «los coyotes»...

Y ante esta prepotencia de los mayores, como un condicionamiento fatal de los menores, éstos tienen una inclinación a someterse, adolecen de una baja estima y suelen sentirse incapaces de resolver los problemas, pero también a exigir que otros se los resuelvan. Al fenómeno del paternalismo de los providentes surge el infantilismo de los desposeídos; surgen lo que alguien ha denominado los integrantes de la «sociedad peticionaria», que extienden la mano para recibir sin sentirse responsables de ser ellos los principales responsables de su destino.

Esta actitud de unos y otros es manifestación de un fenómeno,

que Carlos Siri, distinguido pensador salvadoreño, denominó muy acertadamente el «quietismo social». Y quien afirmó que el individualismo, cuyas bases filosóficas arrancan del siglo XVII y se institucionalizan con la Revolución francesa, era la causa eficiente de este fenómeno social, enfermedad de la sociedad tan común en las naciones de América Latina.

Es muestra del «quietismo social» la preeminencia del hombre aislado, dedicado a sus fines particulares e inmediatos y totalmente desinteresado de los demás. Hay apatía para realizar junto con otros lo que podría beneficiar a todos. Hay indiferencia ante las necesidades de muchos por tener satisfacciones propias. La ley de la selva, el derecho del más fuerte, aunque disimulados, tienen todavía vigencia.

Siri decía que el hombre latinoamericano, por una deformación una secular de su conducta, todo lo esperaba de las autoridades del Estado y le daba lo menos posible.

Sobre este fenómeno de la irresponsabilidad social en nuestro país, Federico Reyes Heróles daba a conocer los resultados de una encuesta que revelaba lo siguiente: el 54 de los mexicanos no considera que en su comunidad existan problemas que le interese solucionar; que el 56 estima muy difícil organizarse con otros ciudadanos; que el 77 opina que sus conciudadanos sólo se ocupan de sí mismos y que el 82 acepta que nunca ha trabajado para resolver un problema común.

Y en lo que se refiere a la legalidad, a la necesidad de respetar las leyes y el orden público, señala el problema de la corrupción, fenómeno desafortunadamente muy extendido y creciente en nuestro país. Sobre esto dice que «la corrupción en México es brutal»; que cada uno de tres mexicanos considera que violar la ley no es grave; que uno de cada cuatro considera natural que haya prácticas inmorales y uno de cada cinco ha caído en cierto desánimo acerca de la corrupción y dice que siempre ha existido. «Así somos y así seremos».

No hay duda que la «sociedad peticionaria», esa actitud frecuente de muchos de los integrantes de las clases populares, se debe a la política de los gobiernos, especialmente en nuestro país, de granjearse el apoyo de estos votantes potenciales por medio de dádivas, dispensadas con graciosa benevolencia por el soberano en turno. Y esto se ha realizado en gran escala, fomentando no sólo la irresponsabilidad de los beneficiarios, sino también sus frecuentes y crecientes exigencias. Es la deplorable experiencia del «clientelismo político».

El carácter egocéntrico del hombre le es natural, como también lo es su inclinación a la generosidad y a la ayuda mutua. Sin embargo, en los grupos marginados suele darse una tendencia a ser dependientes, a esperar que el Estado o que la sociedad acuda en su ayuda. Hay el propósito oculto o abierto de conseguir algo por nada, de recibir sin dar nada a cambio, por poco que

sea. Una lamentable minoría de edad. Veamos ahora los principios y valores que, a mi juicio, deben regir la vida en sociedad y que pueden orientar y alentar el ejercicio de la responsabilidad de cada uno para el bien de todos. Estos principios y valores que propongo, son desde la perspectiva de mi fe cristiana y especialmente de su doctrina social, que considero son de una valiosa orientación para los creyentes y que pueden serlo también para los no creyentes.

El deber y el derecho de cada uno de participar en su propio progreso y desarrollo nacen de la eminente dignidad que tiene todo ser humano por ser persona; persona que en el orden natural es un ser individual, dotado de razón, de voluntad libre y de una sociabilidad natural. Dignidad que debe ser respetada porque es inherente a la naturaleza y destino trascendente del hombre y que le otorga derechos irrenunciables e inalienables, que la sociedad y el Estado deben respetar y promover.

La exigencia de participación de que hemos hablado brota también del principio de justicia que es la inclinación permanente de reconocer, respetar y dar a cada quien lo que le corresponda y que rige no solamente para los intercambios entre individuos o grupos, sino también para lo que los individuos deben a la sociedad y la sociedad les debe a ellos.

Además en los grupos humanos, para una convivencia pacífica y

próspera, es indispensable que rija el principio del orden. Orden que se estructura en toda sociedad a través de las buenas costumbres y las leyes y las autoridades necesarias para hacerlas cumplir. De ahí la importancia de lo que se ha llamado el Estado de derecho y que es esencial para el progreso y desarrollo de las personas, los grupos y las naciones. En nuestro país, por desgracia hay toda una inclinación a la ilegalidad, lamentablemente muy extendida. Ilegalidad que revela también una irresponsabilidad en relación a las disposiciones de la autoridad y los derechos de los demás.

Otro de los principios claves de la vida social es la solidaridad que es la determinación firme y perseverante de pugnar por el bien de todos y cada uno, de modo que puedan conseguir juntos aquello que aislado no podrían conseguir. En todo grupo humano todos sus integrantes son inevitablemente interdependientes. Tienen objetivos comunes y otros que se complementan, pero tienen también objetivos divergentes y aun antagónicos que requieren una negociación paciente para que se puedan alcanzar sus fines personales. Esta solidaridad brota de la igualdad esencial que tienen todos los seres humanos. Hace que todos los integrantes de grupos y comunidades sientan la tarea común como suya, de tal modo que sean suyos sus objetivos, suyos sus problemas y suyos sus éxitos.

El ser humano es social por naturaleza y alcanza su plenitud princi-

palmente dentro de la comunidad. Nació para ser útil a ella. Cuando da algo, la comunidad mejora y por reflejo él también mejora y cuando le quita algo, la comunidad se empobrece y por reflejo el también se empobrece. Las facultades que tenemos, Don de Dios, las tenemos para que las desarrollemos a fin de ser más útiles al prójimo. Y la mejor manera de desarrollarlas es tratando de servirlo. Se ha dicho que nuestro pueblo es muy solidario y ciertamente lo es en relación a su familia, pero es indispensable hacerlo consciente de la necesidad de esa solidaridad en relación también a la sociedad en la que se encuentra y al destino del país mismo.

Un principio que puede ser de gran orientación y aliento para el ejercicio de la responsabilidad es el llamado principio de subsidiaridad. Es un principio filosófico, jurídico y moral fundamental. Es la base de la eficiencia social, la ayuda mutua y la complementariedad humana. Tiene incluso un gran valor administrativo y práctico. Por eso voy a tratar de explicarlo con amplitud y aprovechamiento para ello las reflexiones que acerca de ella elaboró hace muchos años José María Basagoiti, destacado empresario y maestro. En general este principio ha sido poco difundido y aun mal entendido. Es simple y quizá por ello poco apreciado. Tiene grandes posibilidades para el hombre de hoy por su belleza y su utilidad.

En pocas palabras establece que en toda relación humana en la que hay un mayor y un menor, el menor

debe hacer lo más posible para su desarrollo y superación y el mayor sólo lo necesario. O dicho de otra manera que el mayor no haga lo que el menor puede hacer bien. El papel del mayor no es hacer las cosas por el menor, sino orientarlo y animarlo a que las haga por sí mismo.

La palabra «subsidio» viene del latín «subsidium» que significa ayuda extraordinaria. Y la «subsidiaridad» proviene de «subsidiarii», cuerpo de reserva de las legiones romanas. Esta subsidiaridad no es una ayuda lisa y llana, sino ayuda de reserva, provisional, temporal, condicionada, supletoria, complementaria y desarrolladora, respetuosa siempre de la responsabilidad primaria y original. Es una norma delimitadora de las actividades de los miembros de una sociedad. Los menores sólo deben ser ayudados cuando los medios con que cuentan sean insuficientes para el cumplimiento de sus tareas.

El principio de solidaridad se desprende de la igualdad esencial del ser humano y de allí la exigencia de la ayuda. Por su parte el principio de subsidiaridad supone la desigualdad existencial de los seres humanos, porque si éstos no fueran desiguales no se ayudarían unos a otros. Precisamente por ser desiguales existencialmente se agrupan en sociedad. En pocas palabras, la subsidiaridad establece como debe ser la ayuda solidaria.

La subsidiaridad parte del conocimiento de cada uno de su capacidad tanto de dar como de recibir. Es

el derecho que tiene a que le ayuden o suplan por el hecho de ser limitado, pero esto está estrechamente vinculado con la obligación y el derecho a ser autónomo y autosuficiente y por lo tanto a no ser despojado o suplantado en aquellas tareas en las que es capaz de bastarse a sí mismo y a dar a los demás.

Se es subsidiario tanto cuando uno pide ayuda como cuando uno la da a otro. El principio de subsidiaridad llena una necesidad entre el que necesita y el que puede. La subsidiaridad, evidentemente, excluye el autoritarismo y el paternalismo. En la economía de mercado la norma es la competencia, pero ésta, llevada demasiado lejos, conduce a lo que se ha llamado la relación adversaria, que debe desterrarse. La subsidiaridad conduce más bien a la ayuda mutua y la colaboración.

Otro principio fundamental es el de la libertad del ser humano que se desprende de su misma naturaleza ya que está dotado de voluntad libre. La libertad es la capacidad natural del ser humano de pensar y obrar de una manera u otra o de no hacerlo. Tiene relación desde luego con la dignidad de la persona y la justicia. No sólo entraña la independencia de restricciones del exterior, sino también el logro del señorío de sí mismo. Por eso se dice que hay una libertad externa y una libertad interna. Don **Quijote** afirmaba su valor al decir: «La libertad es uno de los dones más preciados que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre».

Sin embargo, la libertad debe ejercerse con responsabilidad porque nadie tiene derecho, al ejercerla, de dañar, ofender a los demás o de limitar sus derechos ni tampoco dañarse o destruirse a sí mismo. Esto tiene mucho que ver con la noción de la corresponsabilidad, tema fundamental de este artículo. No hay duda que los necesitados deben ser ayudados, pero por razones de su dignidad, de justicia, de solidaridad y de subsidiaridad, ellos deben ejercer plenamente su libertad y ser los principales responsables de su destino.

Ser responsable implica cumplir las obligaciones contraídas y afrontar las consecuencias de los actos propios. Es estar dispuesto a rendir cuentas, tanto en sentido de justificarse, como en el de pagar el precio de las molestias, los errores y los daños causados.

Veamos ahora algunas sugerencias prácticas, en el campo de la promoción «humana y la ayuda social, sobre como puede lograrse la corresponsabilidad». Esta, como su nombre lo indica, debe existir tanto por parte de quienes brindan la ayuda como parte de quienes la reciben.

Ante los proyectos de apoyo a los marginados, tarea fundamental de la Secretaría de Desarrollo Social, es evidente que éstos deben poner en ello su máxima colaboración, deben tener confianza en sí mismos y ser, como se ha dicho, los principales responsables de salir de su subdesarrollo, rechazando todo paternalismo público o privado.

Pero para que esto suceda, quienes prestan la ayuda han de estar firmemente convencidos de que su papel debe ser subsidiario: que la finalidad última de toda ayuda es dejar de ayudar.

Con frecuencia, en estas tareas de ayuda social, suele haber en quienes la brindan, la visión unilateral de la manera como los problemas tienen que resolverse. Es indispensable escuchar lo más posible a la gente y lograr descubrir sus necesidades sentidas y contar con su máxima participación en el diseño de las soluciones que se decidan.

En esta materia, el conseguir que los beneficiarios participen de manera importante en la solución de sus problemas, es necesaria una capacitación especializada que llegue a cambiar sus patrones de conducta a fin de que las soluciones a las que lleguen sean verdaderamente eficaces.

Algo muy importante en este proceso para que los beneficiarios tomen sus decisiones, además de la capacitación, es esencial que cuenten con una amplia información con todas las circunstancias que puedan afectar los resultados. Y que por ningún motivo ha de relevárseles fácilmente de sus problemas, sino que, por lo contrario, se les dé la oportunidad de afrontarlos. Alguien ha dicho que robar a la gente sus problemas es peor que robarles dinero y hay que evitarlo porque cuando identifica sus problemas y trata de resolver-

los contribuye a su madurez y al crecimiento de su responsabilidad.

La clave de la eficacia en la dirección de empresas, y creo que también en los proyectos de ayuda social, es la de lograr la mayor participación de los interesados en el proceso. Cuando se ha conseguido que alguien haga suyo el objetivo y haya puesto en ello lo mejor de sí mismo, serán más probables los buenos resultados. Hay que escuchar a los interesados lo más posible y darles una razonable oportunidad de equivocarse.

El ejercicio de la autoridad de manera imperativa puede conducir al desinterés, al cinismo, a la irresponsabilidad y a la destrucción de la gente. Se ha demostrado en la vida de las empresas que la autoridad cuando es participada, es el camino para conseguir mejores resultados. Si se desea una verdadera corresponsabilidad en este esfuerzo de desarrollo social, es indispensable un cambio cultural, sobre todo de los beneficiarios, un cambio de mentalidad de modo que no sólo obtengan más recursos, sino que tengan conciencia de su dignidad y de su valor como personas, que tengan la capacidad de organizarse,

de aceptar ideas nuevas, de pensar su futuro. Que combatan la desesperanza y el fatalismo, afirmen su autoestima y, como se ha dicho repetidamente, que tomen en sus manos su destino.

Para concluir este tema de la corresponsabilidad hay que hacer notar la importancia del concepto del deber de todos los involucrados. En todo proceso social ha de insistirse no sólo en los derechos, sino también en los deberes, en este caso de quienes brindan la ayuda y de los que la reciben.

«La sociedad moderna —decía Marañón— ha sofocado el sentido del deber». Hoy más que nunca debe proclamarse que sólo si estamos dispuestos a cumplir con nuestro deber podremos garantizar nuestros derechos. Y que si todos seguimos el imperativo de la fraternidad humana, el imperativo de servir y amar a nuestros semejantes, renacerá la esperanza de que podamos vivir en un mundo más justo, más fraternal y más humano. 🌱

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 14, no. 4 (oct.-dic., 2006), pp. 325-331.

# Mujeres del mañana

*Los retos que las mujeres enfrentan se pueden plantear en cuatro áreas de la vida: personal, familiar, profesional y social.*

En el área personal las mujeres deben emprender el conocimiento de su propia identidad, encontrar la unidad y la armonía en las cuatro facetas que ya se mencionaron: la personal, la familiar, profesional y social. También debe cuidar su salud y cultivar una sana condición física y espiritual. La formación académica en cuanto que logro personal también se encuentra en esta área.

También debe alcanzar una etapa de madurez en la que logre la unidad y la armonía en todos los ámbitos en los que se desenvuelva. Enriquecer su propia vida, la de su familia y la de quienes le rodean.

El papel de la mujer en la vida familiar debe ser fundamental. De su prudencia, sentido de responsabilidad y capacidad de amar dependerá el vínculo que la une al hombre en el matrimonio por el bien de ambos y de los hijos. Revelar su «maternidad espiritual»; ser portadora y comunicadora de virtudes y valores: respeto, confianza, ayuda mutua, afecto, tolerancia, disciplina, trabajo, servicio, amor.

En el ámbito profesional-laboral, si la mujer que trabaja no lo hace por necesidad, no debe descuidar al hogar y a la familia. En el caso de mujeres que sí necesiten trabajar, la legislación debe prever que

la mujer casada, y sobre todo con hijos, no trabaje jornada completa, pero que sí tenga salario completo. Las dotes propias de la mujer harán posible que en el mundo de la política aporte el sentido humano que le hace falta: conservación de lo valioso, paz, comprensión, tolerancia y perdón.

En el área social, se espera que las mujeres participen en grupos e instituciones de servicio civil o ayuda social con diversas áreas de interés, como educación, asistencia, cultura, deporte, derechos humanos, medio ambiente, entre otros. La Iglesia tiene en la mujer su mayor esperanza. La mujer posee facilidad para la comunicación de la fe, por lo que representa un gran valor para la evangelización y la catequesis. ☪

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 22, no. 160 (nov, 2006), p. 7.

# Un gran amigo

Conocí a Gaspar Elizondo en 1937. Fuimos compañeros en el Instituto de Ciencias que había organizado el maestro Antonio Caso con motivo de su salida transitoria de la Universidad Nacional. El Instituto estaba en el tercer piso de una casa en la calle de Motolinía, en el centro de la ciudad. Coincidimos en una clase de griego (daba el maestro Demetrio Frangos. Juntos conocimos las complicadas letras y términos de esa lengua y escuchábamos la explicación del maestro con citas de *La Iliada* que apenas entendíamos.

Terminó este breve episodio juvenil y pasaron varios años sin vernos. Lo encontré de nuevo, mucho tiempo después, al asistir a una conferencia del filósofo español, el P. José M. Gallegos Rocafull, refugiado en México después de la Guerra Civil Española, maestro de muy sólida doctrina y espléndida expresión. Gaspar lo conoció bastante y tenía para él una fraternal amistad y especial afecto.

Años más tarde, alrededor de 1961, entré en contacto nuevamente con Gaspar en su librería *Biblia, Arte y Liturgia*, en la calle de Berlín, en la colonia Juárez de la Ciudad de México. Tenía en la librería gran variedad de libros sobre los más diversos temas religiosos. Asistían a ella numerosas personas interesadas, con algunas de las cuales llegó a tener gran amistad. Acudía a librería con cier-

ta frecuencia porque compartía con Gaspar la fe cristiana y el amor por la lectura. Fueron aquellos tiempos en que en los medios católicos había un auténtico propósito de renovación y acción apostólica. Muchos de los libros de mi biblioteca, en el tema religioso, los adquirí en *Biblia, Arte y Liturgia*. Con frecuencia conversábamos sobre temas religiosos y su amplia cultura y actitud ponderada fueron para mí una valiosa orientación.

En la librería tuve oportunidad de conocer la revista *Informations Catholiques Internationales* que se publicaba en Francia. En 1963, junto con Gabriel Zaid, se nos ocurrió que podría convenir traducirla, publicarla en México y distribuirla tanto en nuestro país como en América Latina y España. Iniciamos el proyecto que para Gaspar se convirtió en una tarea apasionante y agotadora: mandar a traducir cada mes los originales que llegaban por correo aéreo de Francia, corregir las pruebas, vigilar la impresión, atender las suscripciones, distribuir la revista, todo esto siempre con grandes dificultades económicas. Por más esfuerzo que se hacía de ampliar la circulación de la revista, el número de suscripciones siempre era insuficiente.

La revista se publicó durante cuatro o cinco años. Tuvo particular difusión durante el Concilio Vaticano II (octubre 1962-diciembre 1963)

con noticias, reportajes y artículos de muy distinguidos colaboradores. Fue para esa época uno de los medios de información más importantes sobre los delicados temas religiosos que se debatieron durante aquella reunión de tanta trascendencia para la vida de la Iglesia. Gaspar dio a esta tarea su máxima atención con particular esfuerzo y sacrificio, y estoy seguro que fue uno de los trabajos de su vida que más satisfacción le brindó.

*Informaciones Católicas Internacionales* finalmente se tuvo que discontinuar porque llegó un momento en que ya no hubo suficiente interés de los lectores para sostenerla, cosa que tanto Gaspar como Gabriel y yo lamentamos profundamente.

Pocos años después Gaspar cerró la librería. En Bimbo lo invitamos entonces a colaborar con nosotros. Primero organizando nuestros primeros Cursos de Superación Personal, en los cuales daba la Conferencia de Cultura y se pasaba los tres días del curso, que se da siempre como un retiro laico, como director y animador del curso. Más tarde, en 1972, entró a trabajar ya regularmente en la empresa, como su primer director de Personal, a nivel corporativo, tarea para la que le consideramos especialmente idóneo por sus dotes de prudencia, buen juicio y gran sensibilidad humana. En la empresa, Gaspar organizó la función de Personal con particular acierto y estableció muchas de las directrices que hoy todavía subsisten.

Gaspar tenía un gran respeto por la dignidad de las personas. En su trabajo le gustaba el contacto con la gente. Urgía a sus colaboradores a dejar el escritorio para estar en la línea. Tenía una clara visión de lo que debía ser la misión de la función de Personal. En una ocasión le dijo a Javier Millán, el actual director: Javier, nosotros tenemos que ser como Juan el Bautista: debemos preparar el camino. El jefe es el que viene detrás».

Se jubiló en 1979, sobre todo para dedicar más tiempo a su familia. Ya retirado, continuó colaborando de vez en cuando en nuestra empresa, visitando las fábricas y entrevistando a trabajadores, empleados y jefes, para que en la Dirección General se tuviera una opinión independiente del clima laboral. Sus informes, realizados con gran prudencia y objetividad, nos permitieron conocer cada día mejor a nuestro personal y mejorar nuestra política de relaciones laborales.

Se recuerda de él su gran amor a la vida, sembraba paz, nadaba, charlaba a gusto. Fue muy dedicado a su familia. Era muy práctico, quizás por su origen regiomontano, iba al grano y tenía mucho sentido común. Su fe religiosa era muy sólida, nutrida por lecturas bíblicas y de los más variados escritores cristianos. Colaboró por más de tres años en el Consejo Directivo del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana y especialmente en el Consejo de Redacción de sus revistas *Signo de los Tiempos* y *Cuestión Social*. Sus aportaciones y

comentarios siempre fueron directos y muchas veces no convencionales. En el Instituto se recordará siempre su participación lúcida, original y realista.

De Gaspar me llamó siempre la atención su sencillez, su tranquilidad, su espíritu independiente y su franqueza. Fuimos amigos con una naturalidad admirable y su repentina desaparición, el mes de

octubre de 1966, ha sido para mí la pérdida de uno de mis mejores y más queridos amigos. ☹

*Fuente: Al aroma del café, Reflexiones acerca de Gaspar Elizondo, IMDOSOC, 1998, págs. 9-12.*

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 29, no. 238 (mayo, 2013), pp. 24-25.

# ¿Qué futuro para México?

En mi exposición primero trataré de hacer un balance para saber cómo estamos en nuestro país: nuestras fuerzas y nuestras debilidades. Después haré comparaciones para identificar en qué estamos atrasados, qué nos falta. Finalmente, apuntaré lo que creo debemos hacer para que nuestro país tenga un mejor futuro.

Para mi exposición he tomado en cuenta los valiosos puntos de vista del libro *Regreso al futuro*, de Héctor Aguilar Camín y Jorge G. Castañeda; las propuestas del movimiento *México a debate* y los interesantes resultados de la encuesta de la revista *Nexos* sobre los sueños y aspiraciones de los mexicanos.

Para comenzar: entre 191 países tenemos el lugar 11 en población, el 12 en tamaño de la economía y el 14 en territorio. Tenemos 31 ciudades de más de 500,000 habitantes. En la población 48% son hombres y 52% mujeres. Es urbana el 77% y 23% la rural. El índice de fertilidad es de 1.7 hijos por mujer en edad fértil. La alfabetización de adultos es de 93%, la expectativa de vida de los hombres 75 años y de las mujeres 80. El índice de bancarización es de 50% y el producto *per cápita* es de 13,200 dólares al año por habitante.

Como ventajas económicas, tenemos más de 112 millones de habitantes que constituyen un importante mercado interno. Otras ventajas son: nuestra vecin-

dad con Estados Unidos, petróleo y once mil kilómetros de costas con oportunidades para turismo, puertos y pesca. En el 93% de los hogares hay televisión, en 82% refrigerador, en el 66% lavadora y el 44% coche.

En los estudios citados se dice que México es ahora un país mejor en todos los órdenes de lo que ha sido en toda su historia, que ha cambiado enormemente en los últimos quince años y que hay un ensanchamiento de la clase media.

Debido a los recursos que el gobierno federal ha trasladado a los estados, todo habla de una holgura financiera en ellos. Se dice que México es un nuevo país regional cuya pluralidad salta por todos lados.

México ha cambiado. Es un país más próspero y menos pobre que en toda su historia. Sin embargo, nos pensamos como un país débil, condenado al fracaso, al estancamiento económico y al laberinto de la ilegalidad. Esto nos obliga a ver, con todo realismo, la otra cara de la moneda.

No hay duda que para el país el problema principal es la inseguridad y la delincuencia, muy vinculado a la corrupción y a la impunidad. Y ante el desafío de la inseguridad hay que convencerse que no sólo los policías están corrompidos, sino seguramente jueces, fiscales, alcaldes, militares y políticos. Es importante subrayar

que el verdadero guardián de la seguridad pública no es una policía limpia, sino el respeto a la ley.

Lo anterior nos lleva a la convicción de que necesitamos un Estado de derecho, donde las leyes y las autoridades sean respetadas y en donde las instituciones de la justicia y la legalidad se fortalezcan.

El siguiente problema es la situación de la educación en México. Es mala en todos los sentidos. Se ha dicho que sigue siendo “una catástrofe silenciosa”. Tiene el séptimo lugar de nuestras preocupaciones. Son un problema los pocos días y horas de clase. En México tenemos 200 días, Corea del Sur tiene 220 y Japón 243. Nuestras horas de clase son cuatro y media diarias comparadas con las de otros países que llegan a ser hasta el doble.

Los resultados de las pruebas, tanto internas como ENLACE, en las que el 51% de los alumnos quedaron abajo del básico y las internacionales como PISA, revelan el bajísimo desempeño de nuestros estudiantes.

Lo anterior se debe sobre todo a las deficiencias de los maestros. En una prueba reciente para acceder a nuevas plazas, 65% reprobaron. Y no hay duda que los resultados serían igualmente pobres si se examinara a los maestros en servicio, lo cual no se hace. Los maestros están muy reacios cuando se habla de evaluación. Y sólo el 35% de los profesores quieren seguir enseñando en las aulas. Se ha

insistido mucho en la importancia del director de la escuela y en esto tampoco se ha avanzado.

Se necesita implementar la escuela de horario completo, pero esto se logrará si hay recursos fiscales que deben proceder sobre todo del impuesto predial.

Una de las grandes contradicciones del reto educativo es que la gente no percibe tal reto. La mayoría de los padres de familia están de acuerdo con su escuela.

Uno de los principales obstáculos para la reforma educativa es la actitud del sindicato de maestros que se resiste a cualquier cambio que afecte los privilegios con que cuenta.

Hay que pugnar por poner una computadora en manos de cada niño, entre los seis y los doce años. Y qué decir de la enseñanza del inglés. En China ya se enseña inglés desde la primaria.

El tercer problema que debe afrontarse para que el país salga adelante es la necesidad de una reforma política. Hace falta un orden político democrático cuyo gobierno garantice resolver los conflictos dentro del marco institucional y con la posibilidad de construir acuerdos positivos.

Una reforma política que favorezca la conciliación entre los partidos; que reconozca la necesidad de reelección de legisladores y alcaldes con buen desempeño, la disminu-

ción del número de diputados y senadores; la iniciativa preferente, pero sobre todo un poder federal fuerte que pueda contrarrestar la fuerza y la autonomía alcanzadas, para bien y para mal, por los poderes locales.

El dinero federal de márgenes de autonomía a los gobiernos estatales, nunca vistos. La extraordinaria transferencia de dinero federal a los estados se utiliza más o menos libremente, entre otras cosas para aceptar la política local.

Se antoja difícil que gobernantes y políticos puedan responder a estos retos por la falta de un piso común de las demandas de los ciudadanos. El país está harto de la inmovilidad y el desacuerdo de sus políticos. Dicen que el cambio político que el país requiere sólo puede realizarlo en los hechos, el único con la voz que escuchan todos los mexicanos: el Presidente.

El siguiente problema que debe afrontarse es la falta de crecimiento económico y de empleo. Es lamentable nuestro crecimiento en comparación al de otros países. Para este año esperamos un crecimiento cercano al 4%, cuando otros países crecen al 8% o al 10%.

Y otro problema más: nuestro alto nivel de pobreza, cercano al 50% de la población. Y dentro de este renglón la pobreza extrema, llamada pobreza alimentaria, que alcanza 19.4%. A todo esto hay que agregar la gran desigualdad en el ingreso que hay en el país. El decil más alto de la pobla-

ción en 2008 recibía el 40.3% y el decil más bajo el 1.2%.

Este problema de la pobreza debe preocuparnos más a los mexicanos. Como hemos visto, tiene una importancia muy alta. Debe comenzar a resolverse mediante la educación y el crecimiento económico, pero no basta. Es indispensable desarrollar en los pobres una cultura de responsabilidad de su propio destino y de no estar ateniéndose a las dádivas del gobierno.

Podríamos añadir otros problemas del país, como la recaudación fiscal que es muy deficiente; los privilegios y prestaciones de las empresas estatales y la seguridad social, pero los primeros mencionados son los más importantes y urgentes.

Ante esta situación, ante la pregunta de qué futuro queremos para México, hay que decidir qué hacer. Hemos de reconocer que falta un verdadero proyecto de nación y una imagen de futuro susceptible de ser compartida por una mayoría clara de los mexicanos. México no alberga un sueño claro y explícito que sirva de guía y encamine las fuerzas de todos los mexicanos.

México es un país vasto en el que conviven diferentes maneras de pensar, sentir y mirar el pasado y el futuro. No todos los mexicanos piensan y sienten igual. Un país en el que los sólidos vínculos comunitarios están ausentes, salvo en los pequeños estrechos lazos familiares.

En el libro citado de Aguilar Camín y Castañeda, se menciona que los mexicanos de hoy aceptan que el poder político se gana o se pierde en las urnas; que aceptan como principios no negociables las libertades individuales y los derechos humanos; que aceptan que vivimos en una economía de mercado; que nuestra economía debe estar abierta y finalmente comparten la convicción de que debe haber una política social de algún tipo para los menos favorecidos.

Y plantean que hay cuatro grandes requisitos necesarios para un país moderno: debe ser próspero, equitativo, democrático y con un ingreso de países desarrollados y clases medias consolidadas. Para lograrlo, su estrategia es doble: plantear las propuestas a los políticos profesionales para suscitar o cotejarla con la suya e impulsar en la sociedad civil y en la opinión pública la exigencia de una agenda moderna venida a los políticos desde la sociedad.

Pero las preguntas asaltan de nuevo: ¿qué debe hacerse para conseguirlo y quién debe hacerlo? No hay duda de que los responsables de esto son las autoridades y los políticos, pero la realidad es que las metas no se están alcanzando o no se alcanzan en la medida deseable.

### **¿Qué falta entonces?**

Ante esta situación es necesario que la sociedad, los ciudadanos, se involucren en los asuntos públicos, en la política, para que puedan alcanzarse los objetivos citados.

Esta participación ciudadana que se ve indispensable no se dará por generación espontánea. Hay que pugnar por desarrollarla.

Existe en nosotros lo que muy acertadamente llamó Carlos Siri el 'quietismo social' que es la prevalencia del hombre aislado, dedicado sólo a sus fines particulares e inmediatos y totalmente desinteresado de los demás; que es la apatía para realizar junto con otros aquello que podría beneficiar a todos; que es la indiferencia ante las necesidades de muchos por tener satisfechas las propias.

Se ha dicho que los avances en el campo político se dan siempre por las minorías activas, por las fuerzas regeneradoras de la sociedad de las que hablaba Messner.

Pero la realidad es que la fuerza ciudadana en nuestro país es muy baja. En una encuesta reciente el 86% de la gente dijo interesarse sólo por lo que tiene que ver con su bienestar personal y su familia. Y en otra encuesta de hace unos años, el 85% de los mexicanos dijeron no pertenecer a ninguna organización de la sociedad civil y que en ese porcentaje los afiliados a alguna actividad política eran sólo alrededor del 3%.

Hay que pugnar, pues, por una acción participativa y solidaria de los ciudadanos. Con este propósito un grupo de mil mexicanos hemos decidido crear la asociación Más Ciudadanía. Pretendemos fomentar la involucración de los ciudadanos en

las organizaciones de la sociedad civil y vincular el esfuerzo de todos para influir de manera determinante en los temas clave nacionales.

Luis Rubio, analista político, ha dicho que ante el diagnóstico político de nuestra realidad, se necesita una organización que vaya sumando gente para crear una masa crítica que se convierta en un factor político. La solución tendrá que venir de una ciudadanía pujante que esté dispuesta a convertirse en un contrapeso efectivo. A esto, estoy convencido, hemos de aspirar.

Debemos ser capaces de unirnos en esta acción ciudadana, de unirnos en lo esencial para dar respuesta a los distintos retos

que como Nación debemos encarar. Los cambios se darán por la persuasión de las élites y por la presión de los ciudadanos.

¿De dónde saldrá todo esto? Del mismo lugar donde salió la democracia: del hartazgo y de la exigencia de los mexicanos. México es un país moderno y próspero al que llegaremos como nos llegó la democracia.

México es infinitamente mejor que el que los mexicanos tenemos en nuestras cabezas. 🇲🇽

Signo de los tiempos, IMDO-SOC, año 27, no. 218 (sep., 2011), pp. 13-17.

# Juntos por México

Agradezco la invitación de estar con ustedes esta mañana para darles mis puntos de vista de lo que debemos hacer los apostolados de los laicos para contribuir al bien común de nuestro país. Primero, trataré de describirles cómo veo la situación de los católicos, de la Iglesia: la progresiva descristianización de la sociedad y un deterioro moral creciente. Además, la situación de nuestra vida cotidiana, de nuestros recursos y de los problemas del país, algunos muy graves, que afectan la paz, el desarrollo y el bienestar.

Después, examinaré y juzgaré esta situación en orden a una solución positiva. Y finalmente, señalaré a ustedes, a mi juicio, qué hay que hacer en los distintos órdenes de la sociedad, sobre todo en los campos económico, social y político. Veamos primero nuestra situación como católicos.

Hay una progresiva descristianización en la sociedad

- Para mucha gente, Cristo ya no tiene ninguna relevancia en sus vidas.
- Hay ignorancia de la fe cristiana, indiferencia a sus enseñanzas, alejamiento de la Iglesia.
- No hay tiempo para Dios, no hay práctica religiosa, no hay oración, sacramento ni Misa.
- Falta de vivencia del amor cristiano al prójimo.

- La secularización se extiende. Trabajar, vivir bien, tener cosas y divertirse es lo único que importa en la vida.
- No hay suficientes grupos de apostolado que sean testimonio de Cristo y de educación en la fe.
- La práctica religiosa entre los jóvenes ha disminuido mucho.

Hay un deterioro moral creciente

- Desintegración familiar, desenfreno sexual, egoísmo desbordado, falta de honradez, corrupción, inseguridad y violencia.
- Se ha deformado la conciencia personal y se ha perdido el sentido del pecado. Se desprecian las normas objetivas.
- Hay separación entre la vida religiosa y las actividades cotidianas.
- La práctica de la virtud es algo ajeno a la vida diaria.
- Se insiste mucho en los derechos de la persona y poco en sus deberes.
- Prevalecen el individualismo, el materialismo y el hedonismo.
- El respeto, la modestia y el recato se han debilitado mucho entre los jóvenes.
- La mortificación y la penitencia han desaparecido de las costumbres cristianas.

Ahora veamos cuáles son nuestros recursos y cuáles son los más

importantes problemas económicos, sociales y políticos del país

Entre 191 países, tenemos el lugar 11 en población, el 12 en economía y el 14 en territorio. Tenemos 31 ciudades con más de 500 mil habitantes. En la población, 48% son hombres, 51% mujeres, el índice de natalidad es del 1.7 hijos por mujer fértil.

La población urbana es 77%, mientras que la rural 23%. Adultos alfabetizados hay 93%. La expectativa de vida de los hombres es de 75 años y de las mujeres 80 años. El índice de bancarización es 50% y el producto *per cápita* es de 9,680 dólares al año.

Ventajas económicas: un mercado interno de 112 millones de habitantes, vecindad con Estados Unidos. Tenemos petróleo y 11 mil kilómetros de costas. Por cada 100 hogares: hay 93 con TV, 82 con refrigerador, 66 con lavadora y 44 con coche.

México ha cambiado mucho en los últimos 15 años, la clase media se ha ensanchado. En los estados hay una holgura financiera notable. Pero nos pensamos como un país débil condenado al estancamiento y la ilegalidad. Esto nos obliga a ver la otra cara de la moneda. El problema principal es la inseguridad y la delincuencia, vinculados a la corrupción y la impunidad. No sólo los policías están corrompidos.

El siguiente problema es la situación de la educación. Se ha dicho que es una "catástrofe silenciosa". Comparados con otros países, te-

nemos pocos días y horas de clase. Los resultados de las pruebas, tanto nacionales como internacionales, revelan el bajo desempeño de nuestros estudiantes. Esto se debe a deficiencias de los maestros.

En pruebas para nuevas plazas, 65% de los maestros reprobaron y algo parecido resultaría si se hacen a maestros en servicio. Un obstáculo es la actitud del sindicato de maestros y una contradicción del reto educativo es el poco interés de los padres de familia. Todo estudiante debería tener una computadora y extenderse la enseñanza del inglés. En China se enseña desde la primaria.

El tercer problema, es la necesidad de una verdadera reforma política para resolver los conflictos desde un marco institucional que permita acuerdos positivos. Esta reforma política debe reconocer, entre otras, la reelección de diputados, la iniciativa preferente, lo que favorezca la conciliación de los partidos y un poder federal fuerte.

El dinero federal da margen nunca visto a los gobiernos estatales. La transferencia de dinero federal se está usando libremente. El país está hartado del desacuerdo de sus políticos.

El siguiente problema que debe afrontarse es el insuficiente crecimiento económico y empleo. El reciente casi 4% es bueno, pero necesitaríamos más para resolver el desempleo.

Y otro problema. Nuestro índice de pobreza, cercano al 50%, y la gran desigualdad del ingreso. El decil más

alto de la población recibe 40.3% y el más bajo 1.2%. El problema de la pobreza de México es importante, debe preocuparnos más. Tienen que comenzar a resolverse sobre todo con mejor educación, crecimiento económico y con mayor responsabilidad de los mismos pobres.

Hay más problemas. Uno es la baja recaudación fiscal. Los privilegios del sindicato de ciertas empresas estatales. La defectuosa seguridad y la protección social, son un serio problema.

Ante la pregunta de qué futuro queremos para México, hay que decidir qué hacer. Falta un verdadero proyecto de nación y una imagen de futuro compartida. México no alberga un sueño claro que sea guía de todos los mexicanos. Es un país en el que conviven diferentes maneras de ver el pasado y el futuro. Los mexicanos aceptamos que el poder político se gana o pierde en las urnas. Y aceptamos como principios las libertades individuales y los derechos humanos.

Ahora debemos preguntarnos: ¿por qué estamos como estamos

A mi juicio, porque a los católicos y a los mexicanos en general nos han faltado responsabilidad y solidaridad para atender los grandes problemas nacionales. Se ha dicho que el 86% de la gente no se preocupa más que por su bienestar personal y de su familia.

Porque no hemos tenido conciencia de la situación del país

en algunos casos graves, ni de la necesidad de actuar de manera decidida.

- Porque desde nuestra labor apostólica nos ha faltado una orientación sólida para contribuir y aportar soluciones.
- Porque en general los católicos no hemos sabido conciliar nuestra vida espiritual y religiosa con las tareas, sobre todo económicas y políticas, que una convivencia pacífica y civilizada exige.
- Porque los distintos movimientos de apostolado no han sabido o no han podido unir sus esfuerzos en proyectos comunes de gran alcance, de beneficio general.
- Porque no hemos tenido conciencia de que nuestro carácter de católicos nos exige siempre la justicia y el amor fraterno en nuestra convivencia cotidiana.

En pocas palabras, no nos hemos preocupado suficientemente por el bien común que, según la doctrina social de la Iglesia, es el conjunto de condiciones sociales que hacen posible el pleno desarrollo de las personas y grupos.

La necesidad de actuar es evidente. A continuación doy a ustedes mis puntos de vista de lo que creo que, como laicos católicos, por nuestra exigencia religiosa y moral, debemos hacer:

- Conocer la realidad: salir de nuestros espacios cerrados

y enterarnos de lo que pasa más allá de nuestra vida personal, familiar y de grupo.

- Conocer y aplicar la doctrina social de la Iglesia, con su conjunto de principios de reflexión, criterios de juicio y directrices de acción que se ha dicho es el instrumento esencial para la nueva evangelización. Sobre este tema, el IMDOSOC con sus conferencias, cursos y publicaciones ha hecho un trabajo inapreciable.
- Tratar de entendernos, no sólo dentro de nuestras organizaciones, sino también en nuestra relación con otras, pugnando por llegar a acuerdos en beneficio de todos. Esto requiere capacidad de diálogo y un esfuerzo especial por conciliar lo que se ha llamado los 'opuestos inevitables en toda relación social'. Hay que hacer una realidad el nombre de este evento: Juntos por México.
- Ocuparnos no sólo de lo religioso y moral. Por las exi-

gencias de la justicia y la solidaridad debemos ocuparnos también de lo económico y político. Y tratar de influir en lo que se han llamado las estructuras sociales que son los valores, las costumbres, las leyes y las instituciones.

Es evidente la importancia de la unión y solidaridad de las distintas asociaciones religiosas para su influencia política, sin la cual muchos problemas no se resolverán. Una muestra de ello es el importante peso político que ya tienen en México los cristianos evangélicos protestantes.

Para concluir, sólo quiero decirles que nuestra acción tendrá el privilegio de la inspiración y aliento que nos dan nuestra fe y esperanza en Cristo Jesús, Señor Nuestro. ☪

La cuestión social, IMDOSOC, año 19, no. 4 (oct.-dic., 2011), pp. 332-336.

# ¿Hay alternativa?

*Muchos problemas afligen a México: la miseria, la violencia, fallas crónicas en la educación, mejorar las condiciones de vida de la población... Es indispensable que quienes gobiernan tengan la voluntad de asumir riesgos y, todos, de aceptar sacrificios.*

A México le afligen muchos problemas pero, sin duda, entre los más importantes están los siguientes: la situación de miseria o de pobreza extrema de más del 20% de la población; la falta generalizada de seguridad pública; el atraso e insuficiencia de la educación; y el rezago de las obras de infraestructura física del país.

Estos problemas deben resolverse, si se quiere que todos los mexicanos tengamos ese nivel de paz y bienestar, indispensable para una vida digna y civilizada.

La lacerante miseria de una parte importante de la población, además de que es un lastre económico, es un riesgo para la paz social y un exigente reclamo a nuestra conciencia moral.

La proliferación, casi incontrolada, de robos, asaltos, secuestros y actos de violencia, ha llegado a extremos de creciente preocupación para muchísima gente.

La educación, gran instrumento para el crecimiento económico y el avance social, adolece de fallas crónicas y se encuentra en un inaceptable estancamiento.

Y finalmente, ante las exigencias del crecimiento económico para aumentar el empleo y mejorar las condiciones de vida de toda la población, hay que señalar las carencias y rezagos en materia de infraestructura (carreteras, puertos, ferrocarriles y generación eléctrica). Estas deficiencias, agravadas por los ajustes presupuestales recientes, afectan la competitividad del país, hoy más que nunca condición vital en un mundo económicamente globalizado.

Desde luego que para remediar todo esto es indispensable que quienes gobiernan tengan la voluntad política de emprender la tarea y asumir los riesgos consiguientes. Sobre todo porque hay un factor limitante para hacerlo, que ha de encararse con lucidez y energía: el Gobierno necesita más dinero. No hay que hacerse ilusiones, es infantil creer que todas esas cosas se pueden hacer sin dinero.

El general Álvaro Obregón dijo que el dinero había que buscarlo donde lo hubiera. Este dinero tiene que conseguirlo el Gobierno, desde luego, con el crecimiento económico, con un mejor uso de los recursos públicos, con una mayor disciplina fiscal y con honestidad administrativa pero, a riesgo de crear una po-

lémica, se debe afirmar sin rodeos que el Gobierno tiene que obtenerlo de los contribuyentes, no de préstamos. No hay alternativa.

Y lo tiene que conseguir, sobre todo de esos millones de mexicanos que no pagan impuestos o pagan muy poco, y que sin embargo usan y disfrutan de los servicios del Gobierno, buenos, malos o regulares. Veamos qué es lo que se podría hacer:

Crear un impuesto sobre ganancias de capital en todas las operaciones de Bolsa que realizan las personas físicas. Hoy están exentas y en muchos casos estas ganancias son de dimensiones cuantiosas. En varios países, entre ellos Estados Unidos, están gravadas.

Establecer, como ya se hizo hace algunos años, un impuesto sobre las utilidades excedentes de algunas empresas que las obtienen en una proporción muy alta en relación con su inversión, tomando desde luego en cuenta el grado de inmovilización de sus activos, la índole de su actividad y los riesgos consiguientes.

1. Crear una escala superior en el Impuesto Sobre la Renta (ISR) para gravar en mayor proporción los ingresos exorbitantes de personas físicas, como los de algunos artistas, deportistas y altos funcionarios de empresas.
2. Gravar en mayor medida con IVA o derechos de im-

portación, el gasto llamado suntuario: joyas, objetos de arte, mansiones, automóviles de lujo, aviones, yates, cruceros, etc.

3. Buscar la manera de cobrar impuestos a los integrantes de la amplísima economía informal: entre otros a los ambulantes, tianguistas, grandes comerciantes emboscados *propineros* y también a quienes lindan con la delincuencia, como los agiotistas, los *coyotes* y los *vendedores de chueco*.
4. Hacer un esfuerzo especial para un mejor cumplimiento del IVA. Hay muchas empresas registradas que no declaran todos sus ingresos. La evasión de este impuesto es muy grande, sobre todo por parte de empresas medianas y pequeñas. Sin embargo, habría que combatir eficazmente la economía informal, porque muchas veces dichas empresas están siendo orilladas a la evasión por la fuerte y desleal competencia de la economía informal.
5. Y finalmente, si algunas de estas medidas no se pudieran aplicar habría que aumentar el impuesto a la gasolina. Este impuesto, si se conserva su impacto en el transporte público, es el más seguro y general porque lo pagan lo mismo cumplidos que evasores, formales que informales. En Europa su uso está muy

extendido. Sin amargo, para compensar de algún modo a los que sí pagan, habría que reducir un poco el IVA. Esto se hizo en el sexenio pasado.

México es uno de los países en donde la distribución del ingreso es de las más inequitativas: el 10% más bajo de la población recibe el 1.1% del ingreso, mientras que el más alto recibe el 41.2%.

Estas medidas para resolver los graves y urgentes problemas ya mencionados afectarían los intereses de muchísima gente que no contribuye con nada o con muy poco a los gastos de la nación. Hoy, un obrero que tiene un ingreso de tres salarios mínimos gana menos y paga más impuestos que muchos *falsos pobres* de la economía informal.

Hablando claro, deben tomarse medidas drásticas en esta materia. Esto implica un alto riesgo político para cualquier partido que las proponga: las personas afectadas son votantes. La única solución es que los tres grandes partidos de México, con gran sentido patriótico y de responsabilidad ciudadana, hagan a un lado sus proyectos partidistas y se pongan de acuerdo para realizar esta tarea crucial y urgente que requeriría también un titánico esfuerzo de comunicación. Si queremos resolver realmente los problemas que nos preocupan, tenemos que aceptar sacrificios. Ésta es la única alternativa. 🗣️

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 6, no. 2 (verano, 1998), pp. 163-166.

# México y su miseria

Julia tiene 15 años y está esperando un hijo. Ha llegado al hospital hace unas horas y ya le han comenzado las contracciones y el dolor que anuncian el parto. Frágil, delgada, víctima de hambre y la miseria, Julia está tuberculosa y espera el trance definitivo de ser madre.

Con prisa se le pasa a la sala de parto. Sus familiares esperan afuera. El médico no llega, está terminando una operación. La frecuencia de las contracciones aumenta. La Hermana de la Caridad que la acompaña trata de reconfortarla. Julia tiene un cansancio infinito y siente que la vida se le escapa. Sangra profusamente y su pulso desciende. Por fin, el médico acude. Hay que practicar una cesárea, pero el cansado corazón de Julia deja de latir. Hay que salvar al niño. Un llanto repetido anuncia su nacimiento. Muerte y vida en un hospital de Altamirano en Chiapas, en 1988.

De la lejana Oaxaca llegó Erasmo a Tijuana. Había logrado pasar *al otro lado*, pero siempre la *migra* lo había devuelto. Decidió quedarse en la ciudad y llamó a su mujer y a sus dos hijos. Vivían precariamente en una *casucha* hecha con hojas de triplay y lámina de cartón, en el costado de una barranca profunda. No tenían agua ni luz. Los desechos iban al arroyo que corría en medio de las casas, siempre arrastrando las inmundicias de los de arriba. Un día de pronto, comenzó a llo-

ver torrencialmente. Una enorme tromba corrió por la barranca y se llevó consigo árboles, casas y gente, a Erasmo, a su esposa y a sus hijos, junto con su miseria.

Los campesinos de aquella rancharía del Valle de Mezquital habían vivido siempre en la miseria. Muchos habitaban todavía en covachas construidas con carrizos y piedras amontonadas y cubiertas con pencas de maguey. Las mujeres tenían ayates o morrales y pastoreaban escuálidas cabras. Los hombres iban a trabajar como jornaleros en el campo o en las ciudades vecinas, en lo que podían. Un día supieron que iba a llegarles agua por un canal de la presa lejana. Por fin iban a poder labrar la tierra y vivir mejor. Pero al poco tiempo llegaron unos hombres armados que les dijeron que las tierras por regarse iban a ser de un tal señor vecino y que se conformaran si algo les daba. Y así lo hicieron y así acabaron sus esperanzas.

Esos son algunos sufrimientos y desgracias de los pobres. Pero ¿por qué son pobres? Lo son porque no tienen con qué ganarse la vida. Porque no tienen bienes para producir lo que necesitan, no tienen empleo, no tienen educación, no tienen quien los ayude. Y su situación suele obedecer ya sea a azares de la vida, ya sea a obstáculos del medio en que se encuentran, ya sea los atropellos que sufren, ya sea el egoísmo que las ignora, ya sea a las estructuras que los oprimen, ya sea a su manera de ser.

Sin embargo, otras estrujantes preguntas nos asaltan: ¿por qué unos tenemos todo en abundancia y a otros les falta aun lo indispensable? ¿Por qué unos nacemos en un medio que no sólo favorece nuestra supervivencia sino aun nuestra comodidad, y otros en la ignorancia, la miseria y el abandono? ¿Por qué unos tenemos conocimientos, bienes o autoridad que nos permiten afrontar las necesidades y contingencias de la vida y otros no? Obviamente la respuesta no es sencilla.

La pobreza cristiana, que es la virtud del desprendimiento, la moderación en el uso de los bienes y la disposición a compartirlos, que es la privación voluntaria siguiendo el mandato del Evangelio y que se asume con dependencia y confianza filial en Dios, debemos aceptarla y aun amarla. Pero la pobreza inhumana, la que implica el sufrimiento involuntario del desamparado y el inocente, la que degrada y destruye al ser humano, la que la impide vivir con dignidad y obrar bien y que se sufre sin esperanza, no sólo no podemos aceptarla, sino que debemos combatirla.

Ante tal radical exigencia de cortar las extremas desigualdades sociales y de combatir la pobreza, los cristianos debemos trabajar incansablemente para aliviar la situación de los pobres, con nuestra atención y nuestra ayuda, por medio de las buenas obras, tanto las de asistencia como las de promoción humana y desarrollo.

Pero también debemos pugnar por poner a su alcance todo aquello que les permita ganarse la vida, como los bienes productivos, el empleo y la educación, por remover todos los obstáculos y estructuras que los hundan en el desamparo y la miseria y por corregir las causas que los originan. La finalidad de la Iglesia es extender el Reino de Dios y esta obra de salvación aparece «indisolublemente ligada a la labor de mejorar y elevar las condiciones de la vida humana en este mundo» (ILCL). Ésta es para todos los cristianos una tarea inaplazable.

La pobreza inhumana es una vergüenza de la humanidad y un pecado que clama al cielo. Pero para avanzar con eficacia en su combate es indispensable que la conozcamos a fondo. Hay que ir a donde están los pobres y conocer de cerca la situación del trabajador que ha perdido su empleo o no lo tiene, palpar su angustia para pagar la renta o al médico o para llevar el pan a su familia. Para conocer la situación de los huérfanos, de los niños de la calle, de las madres solteras o abandonadas, de los jóvenes alcohólicos o drogadictos, de las personas con discapacidad o de los ancianos olvidados, de las decenas de miles de gente del campo que emigran a las ciudades y que viven en cinturones de miseria, de las vidas destrozadas que terminan en los asilos, en los hospitales o en las prisiones.

La necesidad de este conocimiento se impone con exigencia, ante la ignorancia y la incomprensión. Y al

respecto alguien contaba la anécdota, sin duda imaginaria, de la niña rica a quien su profesora le encomendó una composición sobre una familia pobre. Y la niña escribió: «Ésta era una familia muy pobre, tenía una casa muy pobre, un jardín muy pobre, una cocinera muy pobre, un coche muy pobre...».

Por estas razones, el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana pensó en la necesidad de que se escribiera un libro que relatara la situación de la pobreza en nuestro país, especialmente la llamada 'extrema', que es el otro nombre de la miseria. Y encomendó su realización a Wilfrido Perea, María de la Luz Sevilla y Nelson Álvarez Licón, que hoy presentamos.

Y en este libro, bajo el título *México y su miseria*, se cuentan las historias desgarradoras que van desde la de Reyna García, de 19 años, del Distrito Federal, enferma de sida y desahuciada, hasta la de Francisco García, de 74 años, de Tepelmeme, Oaxaca, que en su ancianidad malvive haciendo uno o dos sombreros a la semana por los que le pagan menos de tres pesos cada uno. Desfile dantesco de vidas inútiles y sin esperanza, ante las cuales algunos se revelan con rencor y amargura y otros se resignan como Margarito Cruz, que dijo: «La desgracia les toca a los más desgraciados y ni modo, nos tocó a nosotros».

En la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, Juan Pablo II afirma que «tanto los pueblos como las personas individualmente deben disfru-

tar de una igualdad fundamental, sobre la que se basa, por ejemplo, la Carta de Organizaciones de las Naciones Unidas, igualdad que es el fundamento del derecho de todos a la participación en el proceso de desarrollo pleno».

Por otra parte, en *Gaudium et Spes* se dice que: «La igualdad fundamental entre todos los hombres exige un mayor reconocimiento cada vez mayor. Porque todos ellos, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y de idéntico destino». Y se subraya: «resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos de una familia humana».

Todos los hombres, tanto desde el punto de vista natural como sobrenatural, son esencialmente iguales por tener el mismo origen, dignidad y destino, esencia de la que procede la unidad del género humano. Y todos los hombres son existencialmente desiguales por las innumerables diferencias que los particularizan como individuos y que surgen de muchos y muy variados factores accidentales, extrínsecos a la esencia del hombre.

Si la igualdad esencial de todos los seres humanos como individuos les confiere derechos fundamentales e inalienables, esto implica para los individuos superiores, ya sea en riqueza, poder o conocimientos,

que deben pugnar por la vigencia de esos derechos y que las desigualdades existentes dentro de los países se vayan reduciendo de algún modo. A este propósito, Juan XXIII señala: «resultan anacrónicas las teorías, que duraron tantos siglos, por virtud de las cuales ciertas clases recibían un trato de inferioridad, mientras otras exigían posiciones privilegiadas a causa de la situación económica y social, del sexo o de la categoría política. Hoy, por el contrario, se ha extendido y consolidado por doquiera la convicción de que todos los hombres son, por dignidad natural, iguales entre sí» (*Pacem in Terris*, 43-44).

Ante esta situación hay que mencionar el fenómeno de la gigantesca explosión de las comunicaciones y sus consecuencias. No hay duda que los pobres de otros tiempos eran más miserables y sus condiciones de vida más desesperadas, pero no tenían aunque fuese una televisión destartada para ver cómo vivían los ricos. Y para estos últimos también esa visión constante de las desgracias de los demás los están haciendo insensibles a la desgracia en general, porque se apodera de ellos una sensación de impotencia y desánimo que les orilla simplemente a cambiar de canal. La pobreza actual existe junto a una riqueza tan ostentosa que ambas se conocen como nunca antes se habían conocido.

La igualdad esencial de los seres humanos, creados a imagen y semejanza de Dios, con un destino eterno y llamados a vivir en socie-

dad, exige que todos tengan un mínimo de bienestar que les permita vivir y obrar bien. Ya nuestro poeta Díaz Mirón había dicho: «Nadie tendrá derecho a lo superfluo mientras alguien carezca de lo estricto».

La pobreza extrema no debe ser sufrida en silencio por los pobres ni debe ser tolerada por quienes están en situación de cambiarla.

Ante la aspiración de los pobres del mundo de mejorar su condición y de reducir las desigualdades, hay que reconocer, con realismo, la limitación de los recursos del planeta, el dinamismo del crecimiento demográfico y el deterioro del medio ambiente. Por ello, debe plantearse esta inescapable pregunta: ¿quienes ganan mucho y tienen todo, tanto dentro de los países como entre los países, estarían dispuestos a ganar y tener menos para que quienes ganan poco o no tienen nada puedan ganar y tener lo necesario para vivir dignamente?

La respuesta es que, es casi imposible que quienes viven en la abundancia estén dispuestos a reducir su nivel de vida, pero la pregunta sigue en pie. Es indudable que no hay ni habrá mucho para todos.

Si se requiere avanzar en este azaroso camino de aumentar el crecimiento para reducir la pobreza y las desigualdades, esto sólo se conseguirá si se concilian las exigencias de la libertad, con todo lo que ésta tiene de creatividad y progreso, con las exigencias del orden y de la justicia, indispensables para una

convivencia pacífica y solidaria. Y sólo si se lleva a cabo una acción concertada del mercado, el Estado y la sociedad a fin de cambiar las llamadas 'estructuras sociales': costumbres, leyes e instituciones para alcanzar dicho fin.

Una nueva corriente está surgiendo en los países desarrollados a favor de un nivel de vida más sencillo, con un consumo menor de las cosas y el destierro del desperdicio. Es el regreso a aquellas prácticas de otros tiempos de remendar la ropa, ahorrar el agua, apagar las luces, no dejar comida en el plato y guardar todo aquello que podía ser útil.

Ese cambio cultural radical debe ser fundamentalmente un cambio moral, un renacimiento generalizado de los principios y valores que la humanidad requiere para su dignidad, supervivencia y bienestar. Alguien ha dicho que la revolución del siglo XXI será moral o no será.

La práctica de las virtudes tradicionales de la generosidad, la compasión, la justicia, la honradez, el amor al prójimo es indispensable para la convivencia pacífica y próspera de los hombres y los pueblos. No se puede aspirar a que se disminuya la pobreza y se erradique la miseria si no hacemos un esfuerzo sobrehumano para atenuarlas lo más posible dentro de nuestro pro-

pio país, a la luz de un renacimiento moral indispensable.

Es indispensable combatir los excesos del consumo y el hedonismo característicos de los países desarrollados, que desafortunadamente se extienden a los países pobres, sobre todo por el afecto de las comunicaciones y el intercambio comercial. La moderación en las expectativas de la gente en general y la austeridad en el consumo son vitalmente necesarias para el ahorro y la inversión que exige el crecimiento económico indispensable para solucionar estos problemas.

Cada pobre es una persona humana, tiene un rostro, un nombre, una historia, una familia. Sólo conociendo de cerca su terrible desamparo, que difícilmente imaginamos, y tomando conciencia de la injusticia de todo aquello que lo margina y oprime, sólo así, podremos comprender la atroz realidad que es la pobreza y la miseria, y con verdadero celo, imaginación y entrega, obrar en consecuencia.

Pero esto exige en nosotros un profundo cambio, una conversión moral, conversión que sólo será posible si está animada verdaderamente por el Espíritu del Evangelio. ☪

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 9, no. 3 (jul. - sep., 2001), pp. 291-295.

# México: visión y futuro

*Ponencia sustentada en el IMDOSOC el 12 de marzo de 1996*

Ante la situación de nuestro país en estos momentos, se impone una observación objetiva de la realidad en sus diversos aspectos, un juicio crítico y un conjunto de propuestas para afrontarla.

Desde luego que todo lo que pueda decir yo en relación a lo anterior, por más que me esfuerce, será un punto de vista muy personal y por lo tanto sujeto a la interpretación y evaluación de cada uno de ustedes.

Para tener una visión lo más completa posible, examinaré la situación de México en cinco aspectos: político, económico, social, moral y religioso, a sabiendas de que todos ellos están inextricablemente vinculados y que sólo los distingo así para fines de exposición y análisis.

Puede decirse que durante 1995, aunque modestamente, se avanzó en lo político. El Presidente Zedillo logró resolver algunos de los problemas que obstaculizaban la transformación política del país. El conflicto de Chiapas ha sido contenido y encauzado. Un nuevo tipo de relación se ha establecido con los partidos de oposición. Las elecciones en 13 estados fueron tranquilas y no impugnadas, salvo la de Yucatán y Tabasco, de 1994.

Los veinte compromisos por la democracia que en 1994 los partidos acordaron y que sus candidatos a la presidencia suscribieron, aunque

después no se explicaron integralmente, fueron una base excelente para progresar en el difícil tránsito de México hacia la democracia.

Las conversaciones de los presidentes del PRI, PAN y PRD que tuvieron lugar en las reuniones llamadas del Castillo de Chapultepec y en el IFE, bajo los auspicios de los consejeros ciudadanos, produjeron un acuerdo de 93 puntos para la reforma electoral, que serán planteados próximamente al poder legislativo para su debate. Esto constituye también un cierto avance.

La libertad de prensa y de comunicación en general es, sin duda, mucho mayor que antes. Hoy, sobre todo en las publicaciones y radio, se puede hablar abiertamente y las censuras al Gobierno abundan. La preocupación por los derechos humanos se ha extendido y cada día hay mayores presiones para su observancia. Se dice que existen más de 200 instituciones o grupos interesados en ellos.

La ciudadanía en general, sobre todo después de los temblores de 1985, se ha manifestado de mil maneras para llenar el vacío en las actividades del Gobierno. Hay ya una concientización de la necesidad de participación cívica y política.

Pero a pesar de todo lo anterior, persiste el clima de incertidumbre

y descontento en lo político. Podría decirse que por los asesinatos políticos no aclarados y por la evidencia de la corrupción desorbitada de funcionarios. También, porque la vigencia de un auténtico federalismo, reclamo constante de todos los partidos, va muy despacio. Estados y municipios requieren más libertad de acción y más recursos. Asimismo, aunque hay avances, el peso y la independencia de los poderes legislativo y judicial no son suficientes.

Además, otro punto importante, inscrito decididamente en lo político, es la falta de la vigencia plena del Estado de derecho. Hoy la autoridad —con demasiada frecuencia, no tanto por prudencia explicable, sino por consideraciones de política electoral— se acomoda y claudica ante presiones de personas, grupos y partidos, definitivamente violatorias de la ley.

También en México, a pesar de repetidas demandas, no tenemos instrumentos de la llamada 'democracia participativa' como en otros países, como son el referéndum, el plebiscito, la iniciativa popular y el derecho de petición para la remoción de funcionarios públicos.

Pero más grave aún es lo que ha salido a la luz pública en estos últimos días, con motivo del retiro del PAN del diálogo sobre la reforma del Estado, y es su descontento, más que por el problema electoral de Huejotzingo, porque las conversaciones se han alargado indebidamente y los acuerdos no se han cumplido, lo que ha llevado a la convicción de que no

hay una voluntad real de las autoridades y del PRI de que exista en el país una democracia verdadera.

A pesar de esto, para el presente año el panorama político tiene que ser menos desalentador. El conflicto de Chiapas parece desembocar en una oportunidad política concreta para el EZLN. Las elecciones locales serán solamente en 8 estados y en ninguno de ellos para gobernador. Salvo quizás Guerrero y San Luis Potosí, no se esperan mayores tensiones. El PRI tendrá que irse ajustando a una nueva posición de menor peso político, a pesar de la presión de políticos desplazados o que se sienten amenazados, que procurarán recobrar o defender posiciones. El cambio democrático no retrocederá.

No hay duda de que la mayor parte de las presiones que el Gobierno afronta y los quebrantos que el PRI sufre se deben al severo deterioro de la situación económica del país. Se considera que nos encontramos en la peor crisis económica de los últimos 60 años. Lo más grave ha sido la disminución del crecimiento, que para 1995 se estima que será alrededor del 7%, sólo inferior a la de 1932, que fue de 9%.

Lo anterior ha dado lugar a que la tasa de desempleo abierto — que en 1993 era de 3.2%— en noviembre pasado fuera de 6.2%, y a que el rezago salarial se haya incrementado, pues ante un aumento de los precios en 1995 de 52%, el aumento de los salarios en general ha sido alrededor del 25%. También ello ha provocado

una contracción radical de la planta productiva, que ha visto disminuir sus ventas, en algunas ramas a niveles increíblemente bajos. Numerosas empresas que ya en 1994 se encontraban en mala situación, han tenido que recurrir a despedir trabajadores, a suspensiones de pagos y aun a cierres definitivos.

Además, el desplome financiero del país, con la consecuencia de tasas de interés exorbitantes, agravó la situación de endeudamiento de cientos de miles de personas y empresas, con el consiguiente quebranto para los bancos y sus accionistas, muchos de los cuales han perdido casi toda su inversión.

Sin embargo, algunos hemos llegado a pensar que ya se ha tocado fondo. Ciertos indicadores económicos así lo señalan: el déficit en cuenta corriente ha bajado y la inversión, aunque levemente, ha repuntado. El índice de desempleo ha mejorado y el tipo de cambio está en niveles razonables. Pero otros, desgraciadamente, desconciertan: la Bolsa, que había subido, ha tenido una de sus bajas más severas; los intereses, que habían bajado, se han incrementado y la inflación está resultando más resistente de lo previsto. Además, subsiste el problema del endeudamiento de personas y empresas, aunque se ha avanzado algo en su reducción. Y subsiste también, en forma preocupante, la situación crítica de los bancos por los elevadísimos montos de su cartera vencida.

Por otra parte, la necesidad urgente de reactivar la economía no se resuel-

ve. Salvo las empresas que pueden exportar y algunas otras, el resto se ve todavía vulnerado por las ventas excesivamente bajas y los problemas de liquidez. El gobierno ha manifestado su propósito de aumentar el gasto público, sobre todo en el primer semestre del año, pero esto no será suficiente para salir de la recesión.

A pesar de que en enero el índice inflacionario ha sido alto, no hay duda de que la inflación va descendiendo y aunque la meta de 20.5% de los planes del gobierno no se alcanzara, ciertamente la inflación en el año podrá llegar a ser de la mitad de la de 1995. Sin embargo, debe insistirse en que la lucha contra la inflación, mediante la política monetaria restrictiva del Banco de México, contribuye al doloroso estancamiento de las ventas y del empleo.

Para este problema de cómo reactivar la economía, algunos economistas han propuesto que con extrema prudencia y en forma gradual y moderada se emita circulante y que éste no se canalice al gasto público, sino que a través de la banca comercial vaya a las empresas, tanto para reducir su carga financiera como para que otorguen crédito a su vez y así se puedan aumentar las ventas y después el empleo.

Esta propuesta no ha sido aceptada por las autoridades, quienes aducen que cualquier modificación a la política monetaria restrictiva, en vista de la estricta vigilancia del Fondo Monetario Internacional y de la comunidad financiera del extranjero, causaría de inmediato una

alarma con el consiguiente aumento en el tipo de cambio y en las tasas de interés. Por otra parte, aducen que en virtud de que la liquidez internacional se ha incrementado y sus tasas de interés han descendido, comienzan ya a llegar recursos del exterior.

Esta entrada de recursos, que en su gran mayoría son para inversiones de portafolio y no directas, ha preocupado mucho por su volatilidad. Se ha propuesto a las autoridades que de alguna manera se regule su entrada, como se hace en Chile; se nos ha dicho que en principio, dada la situación económica del país, esto no es conveniente, pero que se tratará de inducir su mayor permanencia mediante una colocación con mejor interés y a plazos medianos o largos.

El Presidente Zedillo ha reiterado con firmeza su perseverancia en la política económica del gobierno, precisada en las metas para 1996 de la Alianza para la Recuperación Económica (ARE) que se definieron a fines de octubre del año pasado. A grandes rasgos, estas metas son: crecimiento 3%, inflación 20% y finanzas públicas equilibradas. Entre los medios para conseguirlas se cuentan: la disciplina en el manejo de la política fiscal; el estímulo a la inversión privada, el ahorro interno y la exportación; la participación privada en ferrocarriles, telecomunicaciones, energía y gas; la desregulación para el establecimiento y operación de las empresas; la libre flotación del tipo de cambio y una política monetaria congruente con los objetivos de inflación y creci-

miento. Y todo esto con mayores recursos para el gasto social.

Luis Rubio, destacado sociólogo, dice que «el gobierno lleva muchos meses dándole forma a un programa económico sumamente ambicioso y visionario, pero que probablemente no rendirá frutos antes de bien entrada la primera década del próximo siglo», y en relación con este año afirma que «la mejoría será mucho menor de lo que la mayoría de los mexicanos desea y sin duda merece».

Rubio sostiene también que el planteamiento del gobierno de lograr tasas elevadas de crecimiento basadas en los factores estructurales de ahorro interno, legalidad y educación, implica el problema de que ninguno de ellos puede ser corregido en un plazo breve, y eso si todo sale perfectamente bien. Y señala el otro obstáculo para el logro de los objetivos gubernamentales, que es el de cómo satisfacer las demandas urgentes de la población en términos de ingresos y empleos, con los grandes planes de largo plazo. «No es realista —dice— suponer que la población va a tolerar años de estancamiento en aras de la panacea en el futuro. Por ello, por encomiable que sea la noción de construir el futuro, es igualmente necesario avanzar en el presente».

Los problemas de los empresarios se concretan en la falta de demanda, en la baja de las ventas y en la falta de liquidez, en el endeudamiento y en las tasas de interés excesivas.

Y sus problemas se convierten a su vez en problemas para quienes

pierden el trabajo o no pueden conseguirlo. Se instala así una espiral diabólica: no tenemos crédito, no podemos pagar intereses altos, no producimos, quitamos gente, no hay consumo, no nos compran, no vendemos, quitamos gente, no vendemos y así al abismo.

Con todo esto, en nuestro país aumenta la pobreza y la disparidad en el ingreso de la población. En 1992 el 20% más alto de la población recibía el 54.2% del ingreso y el 20% más bajo el 4.3%. Hoy, sin duda, esta relación se ha agravado. Luis Felipe Barrón, investigador del Centro de Investigaciones para el Desarrollo, afirmaba a principios del año pasado que, debido a la crisis, uno de cada tres mexicanos que no era pobre iba a serlo.

En lo social subsisten muchos problemas crónicos y algunos incluso se han agravado. Muchos de ellos se deben sobre todo a la crisis económica, pero otros reflejan el rezago y aun el descuido que ha habido en su solución.

Entre éstos se cuenta de manera importante la situación de la educación, que como se ha visto, tiene un papel fundamental en el progreso de los países.

Del total de la población mayor de los 15 años, 11.2% es analfabeta y en los estados de Guerrero, Oaxaca y Chiapas lo es en 24% o más. En 1995, la población que no asistió a primaria o no la concluyó fue 31.5% del total.

Entre 1994 y 1995, 300 mil jóvenes presentaron examen para entrar a preparatoria. En ninguna materia la calificación en promedio fue superior a 5 puntos. En español fue 4.3 y en matemáticas 3.7.

En materia de salud, también en nuestro país padecemos grandes deficiencias y rezagos. Por ejemplo, la mortalidad de los adultos en Oaxaca es comparable a la de India. En Nuevo León es comparable a la de varios países europeos.

Otros datos: en toda América Latina y Caribe, México es el país con el menor número de camas por habitante. En 1991, México perdió 12.8 millones de años de vida saludable, debido a muerte prematura y a discapacidad.

La tasa de muertes por violencia es del doble de la de Estados Unidos, que ya es muy alta. Entre los hombres de 15 a 44 años las lesiones por accidente son responsables del 56% de la pérdida de vida saludable. Únicamente 5% del gasto público se destina a servicios preventivos, mientras los curativos absorben 64%.

El progreso económico y social del país depende de una población saludable. La necesidad de hacer más eficientes los servicios de las instituciones dedicadas al cuidado de la salud es evidente. Se dice que si la seguridad social siguiera creciendo al mismo ritmo promedio de 1943 a la fecha, ésta cubriría el 100% de la población hasta el año 2030.

Otro problema social cuya solución ha sido olvidada constantemente por las autoridades es el que se crea por la migración campo-ciudad, que casi siempre causa asentamientos urbanos precarios y desordenados en las ciudades grandes, medianas y aun en las pequeñas. Los llamados 'cinturones de miseria' y colonias proletarias están creciendo de forma desorbitada, con su cauda de deterioro del medio ambiente, demanda de servicios, presiones políticas, ambulantaje y aun delincuencia.

La emigración de gente del campo en busca de trabajo, sobre todo a Estados Unidos, también tiene repercusiones sociales, por los problemas personales y familiares de los emigrantes.

La falta generalizada de vivienda en el país, consecuencia de los repetidos períodos de crisis económica que hemos padecido, constituye uno de nuestros problemas sociales más graves. La forma en que viven —si así se le puede llamar— millones de personas en nuestro país, hacinadas en habitaciones exiguas, en mal estado y sin los más elementales servicios, es una vergüenza nacional. Y aquí se debe mencionar la falla tremenda del Infonavit, que por su pésimo desempeño ha privado al país de cientos de miles de viviendas que en el curso de su historia debiera haberle proporcionado.

El narcotráfico, con su repercusión en aspectos políticos y económicos, es un problema social

enorme y creciente. Su solución no se ve fácilmente posible, sobre todo porque tiende a la corrupción de funcionarios, policías y jueces como su principal instrumento. Y esta lacra de la corrupción por desgracia existe no solamente en relación con las autoridades, sino que se ha extendido a otras actividades de la población.

Y en esta lista de problemas sociales tenemos que señalar uno más, que se ha incrementado alarmantemente en los últimos años, y es el de la falta de seguridad personal. Podemos decir que casi nadie, ya sea en lo individual o en sus familiares, no ha sufrido un robo o un asalto. Éste es el síntoma de un grave desquiciamiento social y moral que requerirá un esfuerzo coordinado del gobierno y los ciudadanos para verdaderamente corregirlo.

Hablando de lo moral, podemos decir que nuestra sociedad se enfrenta hoy a un creciente deterioro en ese aspecto, que se manifiesta de muchas maneras: falta generalizada de honradez y de respeto a la autoridad y a la ley, desintegración familiar, desenfreno sexual, egoísmo desbordado, indiferencia al mal ajeno, violencia y corrupción. Trabajar sólo para vivir bien, tener cosas y divertirse parece ser lo único que importa en la vida. El dominio de sí mismo y la capacidad de sacrificio han desaparecido de las costumbres de muchísima gente.

En la vida social hay fundamentalmente tres cauces ordenadores de la conducta: la ley, las buenas

costumbres y la moral personal. La ley es el último recurso para ordenar la convivencia. Las normas sociales y las buenas costumbres facilitan la ordenación de la conducta de los ciudadanos. Pero es la moral personal, la conciencia de cada uno con su mayor exigencia, la que en definitiva puede asegurarla.

Pero esta conciencia personal se ha deformado; con frecuencia se desprecian las normas morales objetivas; prevalece el relativismo moral y el pragmatismo, especialmente en el mundo de los negocios. Hoy se insiste mucho en los derechos de la persona y poco en sus deberes. Incluso, se ha perdido el sentido del pecado. El sacrificio, el perdón, las exigencias de la justicia, el servicio a los demás y el amor al prójimo son ajenos a la mayoría de la gente.

Con pena puede afirmarse que los medios de comunicación y la escuela, tanto pública como privada, con sus carencias y fallas, han contribuido a esta situación. Hoy nuestras escuelas ya no educan — en el amplio sentido del término—, ya no forman el carácter, ya no contribuyen a que haya *hombres buenos*. La práctica de las virtudes ya ni se propone: suena algo pasado de moda. Y la labor disolvente de los medios de comunicación, sobre todo de la televisión, ha llegado a límites inimaginables. No hay duda de que en este campo, las personas, la sociedad, la Iglesia y el gobierno tienen muchísimo que hacer.

Octavio Paz ha dicho: «Lo mismo para pensadores antiguos que para

los modernos, de Aristóteles y Cicerón a Locke y Montesquieu, sin olvidar al mismo Maquiavelo, la salud pública de las sociedades dependía de la virtud de los ciudadanos. (...) Cuando la virtud flaquea y nos dominan las pasiones —casi siempre las inferiores: la envidia, la vanidad, la avaricia, la lujuria, la pereza— las repúblicas perecen».

Y los destacados autores Will y Ariel Durant, en su libro *Las lecciones de la historia*, afirman que no hay un ejemplo significativo en la historia, antes de nuestro tiempo, de que una sociedad pueda sostener eficazmente una vida moral sin la ayuda de la religión.

No hay duda de que los deberes morales, cuando están fincados en una fe religiosa, tienen una mayor fuerza y exigencia. Y esto me lleva a examinar la situación de la religión católica en nuestro país.

Es evidente que la proporción de católicos en México ha bajado mucho. Hace algún tiempo, el Lic. Nicéforo Guerrero, quien fue coordinador de Asuntos Religiosos en la Secretaría de Gobernación, nos decía que estimaba que los católicos representábamos en México no más de un 70%, en virtud de la penetración de las Iglesias protestantes desde hace muchísimos años, y más recientemente de las sectas de todo signo.

Por otra parte, una observación superficial nos revela que la práctica religiosa ha descendido mucho. En el Distrito Federal se estima

que no más de un 10% de los católicos asiste a Misa los domingos. Y entre los jóvenes esta situación es aún más preocupante.

En general, entre los bautizados hay mucha ignorancia de la fe cristiana, indiferencia a sus enseñanzas y alejamiento de la Iglesia. Para mucha gente, Cristo ya no tiene ninguna relevancia en su vida. No hay tiempo para Dios, no hay oración, no se frecuentan los sacramentos. El secularismo se extiende. No evangelizamos, no damos testimonio de nuestra fe.

México podría considerarse, a la luz de estos hechos, un país de misión. Por desgracia, a nivel de muchos obispos, sacerdotes y religiosos no se reconoce debidamente esto. Y no sólo no hay suficientes sacerdotes, sino, más grave aún, en muchos de ellos la formación es deficiente. Y lo mismo puede decirse de los seminaristas.

Ante la situación descrita llegamos al punto de plantear qué se puede hacer para enfrentarla.

En lo político, nos encontramos en una etapa de transición en la que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Quienes vivimos las épocas en que la prepotencia del grupo político en el poder era abrumadora y menudeaban los atropellos a la voluntad ciudadana, vemos con esperanza cómo se está dando este gradual y azaroso tránsito a la democracia.

Por ello, no debemos insistir en rencillas y agravios pasados, ni alimentar rumores que hacen cundir la incertidumbre y el desconcierto. Es evidente que al Presidente de la República le falta experiencia política y ha tenido que enfrentar problemas de una magnitud que nunca sospechó, pero tiene a su favor que recibió un mandato muy claro y tiene que aprender.

Un avance que en los últimos años se observa es la apertura de las autoridades, aunque modesta, al diálogo y la participación. Sin embargo, ésta todavía no es suficiente. Las autoridades deben escuchar a la ciudadanía cada vez más y mejor; convencerse de que con su colaboración resolverán mejor los problemas y no tratar de manipularla.

Pero precisamente para evitar retrocesos lamentables es indispensable que se dé la verdadera participación de los ciudadanos en la vida pública, ya sea a través de los partidos políticos o de los organismos intermedios gremiales o cívicos. La ausencia y abstención política en nuestro país, de gran parte de la población, es lo que ha permitido los malos gobiernos que hemos padecido.

Y como punto clave de nuestra vida pública debemos insistir denodadamente en la absoluta necesidad de que rijan un Estado de derecho, en el que la ley y la autoridad sean respetadas. No puede aceptarse que minorías audaces puedan conseguir con su presión y violencia lo que la ley no les permite ni otorga.

En lo económico ¿qué debería hacerse? De inmediato:

- Pugnar por una pronta reactivación económica. Debemos salir de la recesión, problema principal de nuestro país, y presionar al gobierno para que tome las medidas necesarias. Va demasiado despacio y la planta productiva está resintiendo daños, en muchos casos irremediables.
  - Resolver el problema de la situación financiera de los bancos y de sus acreedores. Lo que se ha hecho hasta hoy no es suficiente. El hacerlo traerá costos para el fisco y los accionistas de los bancos, pero parece que no hay otro remedio.
  - Continuar con la política de adelgazamiento del Estado y la reducción de la burocracia y de sus privilegios y prebendas. Todavía hay mucho qué recortar en Pemex, en la Comisión Federal de Electricidad, en el Instituto Mexicano del Seguro Social y en otras dependencias.
  - Impulsar la exportación, que constituye la actividad que actualmente puede contribuir más a nuestro crecimiento económico y también a la industria de la construcción, que se encuentra estancada y que puede ayudar en mayor medida a la reactivación y el empleo.
- Pero simultáneamente con lo anterior y con una visión del futuro habría que hacer lo siguiente:
- Velar rigurosamente de que por ningún motivo vuelva a sobrevaluarse nuestra moneda. Reaccionar de inmediato cuando se observe que comience el proceso. Hemos sufrido tanto daño por no hacerlo, que debemos estar alerta siempre.
  - Cuidar de que los créditos que recibamos del extranjero sean a largo plazo y para bienes de capital y no para bienes de consumo. Buena parte de nuestro endeudamiento externo se debió a gasto corriente, a consumo y a inversiones no generadoras de divisas.
  - Diseñar una política de desarrollo a largo plazo, con una meta de crecimiento del 6% anual, indispensable para generar los empleos que nuestro crecimiento demográfico requiere.
  - Fomentar el ahorro interno para alcanzar una tasa de ahorro del 30% del PIB, indispensable para lograr el crecimiento mencionado.
  - Trazar una política industrial realista que permita un máximo aprovechamiento de nuestros recursos en la competencia internacional.
  - Pugnar por superar la relación adversaria que ha existido con los trabajadores e impulsar los logros de la nueva cultura laboral de cooperación y armonía acordada entre la CTM y la Coparmex, que constituye un extraordinario avance en las relaciones

de trabajo, de importancia histórica en nuestro país.

- Fomentar la formación y el fortalecimiento de una clase empresarial dinámica y responsable, indispensable para el desarrollo sólido del país. Empresarios que inviertan, sepan competir y asuman riesgos.

Todo ello debe conducir a generar empleos, combatir la pobreza y reducir las lacerantes discrepancias en el ingreso de los mexicanos.

Y por lo tanto, hay que insistir en la afirmación de Luis Rubio, que mencioné antes, de que la población no va a tolerar años de estancamiento en aras de la panacea de largo plazo, y que aunque es encomiable tratar de construir el futuro, es igualmente necesario avanzar en el presente.

En lo social mucho debe hacerse:

- En lo que se refiere a educación, debe haber una disposición de la ciudadanía para que se dediquen mayores recursos a esta actividad clave de la vida social y económica, aunque haya que pagar mayores impuestos, pero también exigir mayor eficacia en su utilización.
- En educación, también insistir en que quienes sean padres de familia, maestros o interesados en ella participen en los consejos que, a nivel de escuelas, municipios, estados y federación, las recientes disposiciones establecen.

- Pugnar porque la escuela tanto pública como privada tenga como uno de sus objetivos principales la educación del carácter y la formación en valores de educandos.
- Por los daños que produce la migración campo-ciudad desordenada, presionar a la autoridad para que dé una adecuada atención a este problema, hasta ahora lamentablemente descuidado.

Por lo que se refiere a la falta de vivienda, este problema no se comenzará a resolver sino hasta que tenga lugar la reactivación económica; pero mientras tanto, habría que corregir la lamentable situación del Infonavit.

En cuanto a la falta de seguridad personal de los mexicanos, éste es un problema cuya importancia exige un análisis a fondo y un trabajo conjunto de las autoridades y la sociedad para encontrar la solución, que es muy difícil, pero que hay que buscar con todo empeño.

Ante el creciente y doloroso deterioro moral de nuestra sociedad, se hace indispensable una profunda renovación moral. Una gran parte de los problemas políticos, económicos y sociales de México tienen su raíz en la corrupción y la irresponsabilidad de muchas autoridades y ciudadanos. El debilitamiento en su fibra moral lleva a las civilizaciones a su destrucción.

La familia, la escuela, la Iglesia y también la empresa deben insistir

en la necesidad de los principios morales y de los valores fundamentales, y convencer de la importancia del dominio de sí mismo y del vencimiento de las pasiones.

Es indispensable enseñar a los jóvenes el valor de la castidad, el amor verdadero, la santidad del matrimonio y la responsabilidad de ser padres de familia.

También, con una acción concertada, hay que pugnar por desterrar de los medios de comunicación y de las empresas del entretenimiento los mensajes en contra de la moral y las buenas costumbres.

En general, se debe fomentar el respeto a la dignidad de la persona humana, la reducción de las desigualdades económicas y sociales, la ayuda mutua y la preocupación por el bien común.

Y a la par de esa renovación moral, debemos convencernos de que hay que trabajar por un renacimiento cristiano, verdadero y profundo.


La gente en su intimidad siente ansia de Dios, de un Alguien trascendente, infinito y eterno, que dé

sentido a sus vidas. Es indispensable fortalecer la fe y el espíritu mediante la oración y los sacramentos, y estar cerca de quienes con su consejo y ejemplo estimulen a amar y servir a Cristo.

Si somos cristianos debemos sentir vivamente el mandato de evangelizar y el deber de compartir con los demás, con amor verdadero, el tesoro de nuestra fe y nuestra esperanza.

Los retos son enormes y la tarea es ardua, pero como hombres de acción que somos debemos afrontarla con entusiasmo, esfuerzo y sacrificio, pero con esperanza.

Concluyo con las recientes palabras de Juan Pablo II en la ONU:

«La humanidad debe aprender a perder el miedo. Debemos aprender a no tener miedo, recuperando el espíritu de confianza y esperanza». 

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 4, no. 1 (primavera, 1996), pp. 57-65.

# La política económica y social para México 2000-2006

*Conferencia presentada el 19.X.99 en la Coordinadora Ciudadana, APN, Fundación Konrad Adenauer*

Se nos ha pedido a quienes hemos actuado o estamos actuando en el campo económico y social de nuestro país que expresemos nuestros puntos de vista acerca de lo que se debería hacer en el próximo sexenio. Propuestas concretas de política económica y social.

Estas propuestas deben inscribirse en un marco político que las haga posibles: Estado de derecho, democracia, justicia, participación ciudadana y —añadiría yo— gobernabilidad, conducente todo ello a que exista el clima de confianza necesario para que pueda llevarse a cabo una política económica y social eficaz. Veamos primero las propuestas propiamente económicas:

**Crecimiento.** Para atender la necesidad de trabajo de los jóvenes que se incorporan a la población económicamente activa, y para comenzar a reducir el rezago que existe en este aspecto, es indispensable que nuestra economía crezca a un 6% del Producto Interno Bruto cada año.

**Ahorro e inversión.** Para que pueda darse el crecimiento mencionado se requiere que el ahorro interno, que incluye el del Gobierno, las empresas y los hogares, sea

alrededor del 30% del PIB y que junto a ese ahorro se dé la inversión correspondiente. Se impone un gran esfuerzo nacional a favor del ahorro que debe conducir a la moderación del consumo del endeudamiento personal: un verdadero cambio cultural.

**Productividad.** Aumentar la productividad es una propuesta que surge inevitablemente cuando se habla de crecimiento económico. En nuestro país es indispensable un esfuerzo titánico en esta materia. Esfuerzo que implica aprovechamiento máximo de la tecnología, especialmente de la informática. Y también una cruzada nacional que cree conciencia de su necesidad en trabajadores y empresarios, sobre todo de los niveles medios y bajos.

**Nueva cultura laboral.** El artificio de que se iniciara entre obreros y empresarios y entre sus organizaciones una nueva relación, orientada a desterrar la tradicional relación adversaria y a lograr el fortalecimiento de la empresa en beneficio de todos. Un acuerdo que ha marcado una etapa alentadora de importancia histórica en el ámbito laboral de nuestro país y que constituye un elemento fundamental para su crecimiento económico.

### **Un empresariado dinámico.**

Sin una clase empresarial dinámica, responsable y visionaria, los países están condenados al subdesarrollo. Necesitamos que en nuestro país haya un mayor aprecio y comprensión de la función empresarial que crea riqueza y da trabajo. Para ello, hay que insistir en que empresario lo es desde el propietario de un pequeño taller o tienda hasta el directivo de una gran compañía, pasando por una amplia gama de empresas de todos tipos y tamaños. Suscitar la vocación empresarial es a todas luces indispensable y en esta materia DESEM —institución dedicada a promoverla, sobre todo entre los jóvenes— hace un trabajo encomiable que debe difundirse y apoyarse lo más posible.

**Política industrial.** Hablar de política industrial se ha visto siempre con suspicacia porque se piensa de inmediato en protecciones, subsidios y una intervención preocupante del Estado. Pero una política industrial orientada a la promoción de la inversión y de la productividad es indispensable. Se requiere el fomento de la pequeña y mediana industria que sirve a las grandes empresas y articular las cadenas productivas. Hay que pugnar por que se produzcan en el país, de manera competitiva, muchos productos que se importen y atender debidamente el mercado interno que ofrece grandes posibilidades.

**Sistema financiero.** Se ha dicho hasta la saciedad que la debilidad de nuestro sistema financiero constituye un obstáculo grave pa-

ra nuestro desarrollo económico. Debe crearse el clima de confianza para que venga la inversión extranjera indispensable. Y que se den los cambios legislativos para su buen funcionamiento. Y aquí debe subrayarse la necesidad de que los partidos políticos se comporten con la mayor responsabilidad posible y que el Ejecutivo haga también lo más posible por entenderse con los legisladores.

**Vivienda.** Siempre se ha dicho que la construcción de la vivienda es uno de los más eficaces detonadores del crecimiento económico. Hace falta que el Gobierno dé a esta actividad mayor atención, y ayudaría mucho a esto el mejoramiento del sector financiero. Además, se respondería a una de las demandas más antiguas e insistentes de las clases populares.

**Reforma fiscal.** Hay que reconocer que ante las necesidades de seguridad pública, educación, combate a la pobreza y construcción de la estructura física del país y otros, los recursos del erario son insuficientes. Cuando se habla de la reforma fiscal se piensa sobre todo en hacerla más ágil y equitativa. Sin embargo, debe aceptarse que si queremos hacer frente de verdad a las necesidades arriba descritas se necesita una mayor recaudación fiscal y, para ello, el Gobierno ha de buscar gravar lo que es más difícil de evadir, como lo ha sido por ejemplo la gasolina. Yo no entiendo por qué, en esa línea, se dio marcha atrás en el impuesto al servicio telefónico y por qué no se gravan las utilidades en la Bolsa.

Aunque lo económico está estrechamente vinculado con lo social, veamos ahora algunas propuestas que podrían considerarse más dentro del ámbito económico que en lo social.

**Pobreza.** No hay duda que la erradicación de la pobreza, sobre todo de la llamada pobreza extrema o miseria, debe ser uno de los objetivos principales de la política social. Para el caso de la pobreza extrema la acción asistencial del Estado es evidentemente de importancia primordial. Algunas acciones de las autoridades como el programa Progresá y los tortibonos han sido criticadas, y aunque podrían manejarse mejor, no por ello deben dejar de realizarse.

**Desigualdades sociales.** Se ha dicho repetidamente que en los países de América Latina —y México no es una excepción— las desigualdades en el ingreso de la población son altamente inequitativas. ¿Qué puede hacerse ante este problema? A mi juicio hay que llevar a cabo programas para incrementar la capacidad productiva de las clases populares. Hay que fomentar esa capacidad sobre todo mediante capacitación, crédito y organización administrativa. Hay que promover la difusión del autoempleo, la microempresa, las cooperativas y programas de vivienda popular, como antes mencioné.

**Ahorro y crédito popular.** Para apoyar las actividades productivas de los pobres y marginados, y también para subvenir a sus necesidades personales y familiares de emergencia, es indispensable pro-

mover las cajas de ahorro y crédito. En esta materia hay una gran experiencia, tanto en México como en el extranjero, y su desarrollo, si se hace de manera ordenada y eficiente, puede ser sumamente útil.

**Asentamientos humanos.** La corriente de asentamientos humanos precarios y desordenados, sobre todo en la periferia de ciudades grandes y medianas, constituye un problema social al que no se ha dado suficiente importancia. En estos lugares muchas veces las autoridades no tienen acceso. Prolifera la delincuencia, la economía informal y la manipulación política de las presiones populares. El remedio de esta situación implica una política de asentamientos urbanos, que se adelante a los problemas de invasiones y vayan dando cauce a estos asentamiento, que por otra parte, son inevitables por la migración del campo a las ciudades.

**Familia.** Es un lugar común afirmar que la familia como célula básica de la sociedad se está deteriorando. La familia, además de ser el fundamento de la vida social, constituye un valioso soporte económico. A niveles populares, su aportación al trabajo y al ingreso es evidente y su sentido de solidaridad también. Hay que hacer un gran esfuerzo público y privado para fortalecer la familia, insistiendo en el valor del matrimonio como institución indispensable para esa fortaleza.

**Educación.** Se ha hablado hasta la saciedad de la educación como instrumento indispensable para el de-

sarrollo económico y social de todo país, y es una gran verdad. Muchas cosas hay que hacer en esta materia, como aumentar los días y horas de estudio, mejorar la calidad de la enseñanza, evaluar sus resultados y publicarlos, requerir la participación de los padres de familia, crear las llamadas 'escuelas de padres' y dedicar una atención especial a la educación básica que en nuestro país tiene serias fallas. También debe pugnarse por la llamada 'vinculación escuela-empresa', sobre todo con las instituciones de educación superior; a fin de que se impartan las materias que en las empresas se requieren y que todo sea conducente a una mayor productividad, necesidad en la que tanto hemos insistido.

#### **Principios y valores morales.**

Éste es un tema en que también se ha venido insistiendo en los últimos años. Aparte del papel que tiene la familia, que debe apoyarse como maestra educadora invaluable en esta materia, hay que pedir a las autoridades que en las escuelas públicas y privadas se promueva la enseñanza de principios y valores morales. La falta de ellos se debe gran parte a los problemas que hoy aquejan a la sociedad como son la violencia, la deshonestidad, la corrupción, la falta de responsabilidad y de respeto, las adicciones y el egoísmo desbordado, entre otros. Y en el deterioro de estos principios y valores morales tienen una gran influencia los medios de comunicación en algunos de sus mensajes, programas y espectáculos. Un esfuerzo de corrección en esta materia lo está llevando a cabo la Asociación a Favor en los Medios, que merece apoyarse.

**Vertebración social.** Se ha dicho que las masas impersonales y amorfas que constituyen la sociedad deben convertirse en pueblo, y eso sólo se logra si se fortalecen los grupos primarios como son las familias y las empresas y se promueve la máxima difusión de organismos intermedios de la sociedad, asociaciones, instituciones y grupos de lo más diverso. El Gobierno debe dar facilidades y apoyo para que esto se realice. En este aspecto la labor de las organizaciones civiles —mal llamadas 'no gubernamentales'— es indispensable.

#### **Participación cívica y política.**

Necesitamos mejores autoridades y sólo se lograrán si los ciudadanos nos decidimos a participar en organizaciones sociales primero y después en organizaciones cívicas, como pueden ser uniones de padres de familia, asociaciones de vecinos, instituciones para el mejoramiento de las comunicaciones, etc. Y finalmente, participar en política en la medida de la capacidad e inclinación de cada uno.

Éstas y otras propuestas deben hacerse y llevarse a la práctica si queremos que en los próximos años exista en nuestro país una política económica y social, que haga posible un mejor nivel de vida y un mayor desarrollo humano de todos los mexicanos. Se dice que los seres humanos viven en el futuro. Debemos darles las razones y los medios para que vivan con esperanza ese futuro. ☪

*La cuestión social, IMDOSOC, año 8, no. 1 (ene. - mar., 2000), pp. 26-29.*

# El futuro de México y la educación

*DESEM, México, D. F., 30 de marzo del 2000.*

Para examinar el futuro de México y la educación conviene, antes, tener una visión general de la situación de nuestro país.

En lo económico los llamados indicadores «macro» andan bien, para este año se espera un crecimiento alrededor de 5%, que es muy bueno. El desempleo está bajando. Las exportaciones crecen al 10%, los intereses bajan y, ante el dólar; el peso se fortalece.

Todo esto, de algún modo se está reflejando en la microeconomía. El problema consiste en que, si bien la situación mejora, el nivel de los salarios de 1994 todavía no se recupera; aunque año por año ha habido pequeños avances. Y por otro lado, las grandes desigualdades que existen en nuestro país no se reducen.

Además, el lastre económico del que tardaremos muchos años en deshacernos es la gran deuda externa que contrajimos en los años de crisis y la deuda interna; recientemente incrementada por el tan repetido Fobaproa.

En lo que se refiere al desempleo, por pequeño que sea, se debe a que mucha gente es «inempleable», por su falta del nivel de educación, que muchísimas empresas exigen hoy.

En lo social, siguen pesando problemas no resueltos como la pobreza extrema de cerca de una cuarta parte de la población; la falta de vivienda y, especialmente, el deterioro moral de la sociedad que se manifiesta, entre otras cosas, en la inseguridad pública y privada, la falta de honradez y de respeto a la ley y a la autoridad, el desorden sexual, el narcotráfico y la corrupción.

Este deterioro moral se debe, sobre todo, a la falta de principios y valores morales en la población en general, al relativismo moral —la definición subjetiva de lo que es bien y de lo que es mal—, al hedonismo o la busca de la satisfacción personal y el placer a toda costa y el individualismo egoísta; la llamada cultura del «yo primero» con una absoluta despreocupación por los demás.

Ante esta situación, hay que examinar cuál es la posible influencia de la educación en la solución de los problemas planteados.

La educación es una de esas tareas prácticas y perennes, que no podemos discutir sin involucrarnos en las más profundas consideraciones especulativas.

La educación debe buscar desarrollar las excelentes características de que los seres humanos son capa-

ces. Sus fines últimos son la felicidad humana y el bien de la sociedad.

La UNESCO ha dicho que la educación debe ser un compromiso de por vida y que debe enseñar cómo aprender a aprender, cómo aprender a hacer, cómo aprender a ser y cómo aprender a vivir juntos.

Y también ha dicho que la educación —de algún modo— sea una utopía orientadora que logre que el mundo converja hacia un mayor entendimiento mutuo, un mayor sentido de responsabilidad y una mayor solidaridad; sobre la base de la aceptación de nuestras diferencias espirituales y culturales. Y que la educación tiene un papel muy concreto que desempeñar en la realización de esta tarea universal: ayudar a comprender el mundo y a comprender a los demás para comprenderse mejor a sí mismo.

Se ha insistido, sobre todo últimamente, en que la educación debe incluir no sólo la tarea de impartir conocimientos y habilidades para ganarse la vida y desenvolverse en la sociedad; ahora indispensables para sobrevivir en la globalización y la competitividad, sino también, la de promover actitudes constructivas y sanas, formar el carácter y el sentido moral de los educandos, para que sea posible, una convivencia justa, pacífica y civilizada. Lo que se ha llamado educar en principios y valores morales.

No hay duda que el deterioro moral de la sociedad que padecemos se debe a que la educación ha de-

jado de enseñar esos principios y valores morales indispensables. La decadencia de las naciones se inicia, según nos enseña la historia, cuando los pueblos los abandonan y la práctica de las virtudes desaparece. Lo ha dicho Octavio Paz, elocuentemente al referirse a la virtud:

«Se discutió siempre el sentido de esa palabra, pero cualquiera que sea la aceptación que se escoja, el vocablo siempre denota dominio sobre nosotros mismos. Cuando la virtud flaquea y nos dominan las pasiones —casi siempre las inferiores: la envidia, la vanidad, la avaricia, la lujuria, la pereza— las repúblicas perecen. Cuando ya no podemos dominar a nuestros apetitos, estamos listos para ser dominados por el extraño. A la medida que la virtud se debilita, crece el río de sangre».

En relación a este deterioro moral debemos subrayar a una de sus manifestaciones que es la corrupción y que pesa mucho entre nosotros. Federico Reyes Heróles ha dicho recientemente que «la corrupción en México es brutal». Uno de cada tres mexicanos considera que violar la ley no es grave; uno de cada cuatro considera natural que haya prácticas inmorales y, uno de cada cinco ha caído en cierto desánimo y considera que siempre ha existido: «así somos y así seremos».

En lo que respecta a la tan mencionada necesidad que tenemos de prepararnos con mejores conocimientos para enfrentar la globalización y la competitividad, ya no me

referiré a la conveniencia de aprender computación e inglés como lo dijo Francisco Labastida. Me referiré más bien al conocimiento de las matemáticas y de la ciencia, materias en las que tenemos serias deficiencias.

En un informe de 1997, del Tercer Estudio Internacional de Matemáticas y Ciencia se señalaba el gran avance que tenían Japón y algunos países del Sudeste Asiático y, que esto, no se debía a que hubiera clases de pocos alumnos, o que se invirtiera más tiempo y dinero en ello, sino a que se insistía en lo básico, en el cálculo mental, en las manualidades estandarizados y bien probados, en la participación de todos los alumnos y en el apoyo de los que se retrasaran.

### **¿Quiénes son los responsables de la educación?**

Al hablar de educación suele pensarse en la escuela como el único agente educativo, pero es indispensable que a la escuela se le sume como una tarea vital, la de los padres de familia, sobre todo en la educación básica. Para realmente involucrarlos a ello, las llamadas «escuelas de padres» pueden contribuir mucho. El problema es la falta de interés y de tiempo de los padres de familia. Pero hay que subrayar que en la formación del carácter de los educandos, en su educación moral, el papel de la familia es definitivo.

Otro agente educativo y de carácter permanente, es la empresa, la cual, de algún modo, debe com-

plementar, suplir y perfeccionar la educación impartida en las aulas.

Y, finalmente, hay que advertir la responsabilidad que en materia de educación tienen los medios de comunicación, que pueden hacer mucho a favor de ella, pero a los que se les podría pedir siquiera que no mermen o destruyan lo que la escuela y padres de familia hacen a favor de sus hijos y alumnos.

Al mencionar los agentes educativos, nos hemos referido a la empresa. La empresa tiene finalidades económicas, propias de su naturaleza, pero también tiene finalidades sociales y una de ellas es contribuir al pleno desarrollo de sus integrantes, especialmente a su personal.

En la empresa, los trabajadores además de adquirir los conocimientos y habilidades concretas para el desempeño de su trabajo han de adquirir hábitos de responsabilidad, orden, disciplina y en general, aquel comportamiento que toda empresa requiere para su eficiencia y eficacia. Pero también la empresa siente la necesidad de contribuir no sólo al bienestar del trabajador sino también a lo que se ha llamado a su bienser, a su superación como persona humana. En cierto modo debe ser para él una segunda escuela.

Si bien hay muchos agentes educativos, la escuela, en la práctica, es el más importante. En muchos casos los padres de familia, depositan a sus hijos en la escuela y dicen a los maestros «edúquenlos». No hay duda, que todos los agentes educa-

tivos cuentan, pero hay que reconocer la realidad de la escuela y por ello pugnar por su excelencia.

Y sobre esto, la sociedad ha expresado sus sugerencias y propuestas:

- Educación con principios y valores morales.
- Medición, evaluación de su desempeño y publicarlo.
- Participación de los padres de familia y de la comunidad educativa.
- Mejorar la calidad de la educación.
- Capacitación y desarrollo de los maestros.
- Optimización del uso de los recursos.

Se ha dicho que una empresa es tan buena, tan valiosa como lo sea su gente. Y nosotros hemos añadido que la gente de una empresa, su personal, es tan buena y capaz como lo sean sus jefes.

De algún modo, lo mismo podemos decir de la escuela: el factor más importante de ella no son ni los planes y programas ni los libros de texto ni las instalaciones. Lo más importante de una escuela son sus maestros y su dirección. Todo ello, nos lleva a subrayar la importancia del maestro en la educación.

La sociedad siempre ha afirmado la importancia de la labor eminentemente constructiva del maestro, y ha cifrado en ella sus mejores esperanzas de superación y progreso.

Y ha visto en él no al simple transmisor de conocimientos sino al forjador del carácter de los niños y jóvenes. Aquel hombre o aquella mujer que no sólo nos hicieron aprender a leer, a escribir y a hacer cuentas. Que no sólo nos explicaron la historia, la geografía y las ciencias, sino que nos enseñaron a portarnos bien, a ser ordenados y puntuales, a ir aseados, a respetar y ayudar a los demás, a querer a México... Aquellos que nos hicieron amar el estudio, la lectura, el trabajo, la belleza. ¡Benditos maestros!

Por tanto que recibimos de ello y por tanto que les somos deudores, es indispensable que pugnemos porque la noble misión del maestro sea cada día mejor reconocida, tanto en términos del aprecio social que merece, como el de su remuneración económica.

El maestro al realizar, esta tarea que ha elegido no sólo como un medio de ganarse el sustento sino como la meta profesional de su vida, no hay duda que ama lo que hace, asume la nobleza de su misión y da lo mejor de sí mismo.

Y el mejor elogio que he conocido, ya no sólo de los maestros propiamente dichos, sino de quienes realizan una labor educativa auténtica, es lo que dijo hace muchos años Simone Weil, escritora, periodista y heroica luchadora social: «No es cierto que la igualdad sea la primera preocupación natural y moral de los hombres, ni aun su necesidad. Lo que ellos desean, lo que ellos esperan siempre, es tener maestros admirables.

Al llegar a este punto considero indispensable profundizar aún más en la trascendencia de la educación.

Los seres humanos sueñan con la felicidad. Quieren realizar todas las potencialidades de su naturaleza humana. Aspiran a salir de su estancamiento y su pobreza material y espiritual.

Se ha dicho que el desarrollo, palabra mágica, consiste en pasar de un nivel de vida menos humano, a uno más humano en el menor tiempo posible y al menor costo posible. Pero también puede decirse que ese desarrollo, parafraseando a **Teilhard**, que no a **Echeverría**, consiste en ir arriba y adelante. Adelante: avance y progreso económico y aún político en pos de un mayor bienestar. Pero también arriba, ascenso, superación que comprenden lo estético, lo moral, lo religioso en pos del «bienser», de Dios mismo.

La educación es el instrumento más idóneo para este progreso y superación. A la educación todos debemos prestarle nuestra máxima atención si queremos salir del subdesarrollo y de la mediocridad.

Se ha dicho que el ser humano vive en el futuro. Si todos, padres de familia, maestros, comunicadores, empresarios y gobernantes nos abocamos a esta noble y vital tarea, con más atención, más talento, más recursos y más entrega, sin duda lograremos que los niños y jóvenes mexicanos de hoy puedan vivir, con esperanza ese futuro. 🌀

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 8, no. 3 (jul. - sep., 2000), pp. 228-231.

# ¡Qué los últimos sean los primeros!

*Igualdad y desigualdad*

**E**n libros y periódicos, en cátedras y conferencias, en foros y asambleas, se ha repetido que nuestra sociedad necesita una transformación fundamental y que ésta consiste, sobre todo, en redistribuir la riqueza, el poder político y la cultura. O para decirlo de otro modo, esa transformación exige disminuir la desigualdad en el tener, en el poder y en el saber.

Hoy, aspiran a tener más tanto el ejecutivo asegurado de las sociedades de consumo como el campesino destituido del Tercer Mundo. Y esto, en opinión del sociólogo Daniel Bell, está evolucionando a lo que él denomina la 'revolución por más y más derechos', en la que ya no simplemente se espera más, sino en la que todos los grupos sociales presionan y exigen que se les reconozca como derechos: mayor remuneración, mayor seguridad y mayores servicios, muchas veces fuera de toda posibilidad realista.

Un proverbio chino dice: "El agua busca un nivel más bajo, pero el hombre un nivel más alto". Aristóteles en su *Política* atribuía a la lucha por la igualdad y por la desigualdad el sentimiento revolucionario y expresaba que «los inferiores se sublevan como objeto de poder ser iguales, y los iguales para poder ser superiores».

## **El pensamiento de la Iglesia**

Hay en la *Sagrada Escritura* y en los documentos pontificios del último siglo, expresiones que se refieren tanto a la igualdad como a la desigualdad humana. Pero, es indispensable discernir cuando se refieren en unos casos a la igualdad esencial y cuando, en otros, a la desigualdad existencial. Veamos un texto que subraya la igualdad: «Por el bautismo no hay ya judío ni gentil. No hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, pues todos sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3,28). Ahora veamos otros textos que subrayan la desigualdad: «Porque al que tiene le será dado y lo será en abundancia; pero a aquel que no tiene, aún lo que tienen se le quitará» (Mateo 13,12).

## **¿Qué hacer?**

Primero. Aceptar que es indispensable la reducción de las desigualdades económicas entre los miembros de una sociedad, no solamente por razones de paz social, sino por el más elemental sentido de fraternidad humana. Segundo. Aceptar que en toda sociedad habrá hombres superiores en inteligencia, en voluntad, en liderazgo, y que —aunque en un momento dado nos cueste reconocerlo— esos hombres serán mejor remunerados y disfrutarán de un mayor bienestar ma-

terial. Si esto parece injusto, es lamentable pero es realista.

La solución estará en que los hombres sobresalientes, los mejor dotados, no sean remunerados en forma ilimitada como lo son hoy. Y que los destituidos ya sea por la naturaleza o por el azar; los mal dotados, puedan disponer de lo mínimo para una vida digna. Esto implica que habrá que quitar a unos para dar a otros y tendremos que aceptarlo. Es necesario evitar que se acumule en unos pocos ya sea la riqueza, ya la miseria, no robando al que trabaja, sino legislando para que unos no tengan ni ganen sobremedida, y otros

cuenten con las oportunidades y ayudas básicas. En esta dirección marcha el mundo.

Una idea semejante expresó hace ya muchos años una escritora y periodista, heroica luchadora social, Simone Weil: «No es cierto que la igualdad sea la primera preocupación natural y moral de los hombres, ni aún su necesidad —decía—; lo que ellos quieren, lo que ellos desean, lo que ellos esperan siempre, es tener maestros admirables». 🌐

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 24, no. 184 (nov, 2008), p. 18.

# Igualdad y desigualdad entre las naciones

**A**l examinar a los países del mundo observamos, por una parte, la tremenda desigualdad que existe entre ellos y, por la otra, el complejo fenómeno de la globalización que producirá inevitablemente cambios fundamentales tanto entre unos países y otros, como dentro de sus propios países.

¿Cuál es la situación de los distintos países? ¿Qué indicadores nos revelan su situación? ¿Por qué se encuentran donde se encuentran? ¿Qué factores determinan su desarrollo? ¿Cuál es su futuro? ¿Cómo es el proceso de globalización? ¿Qué alcances tendrá en los distintos países? ¿Es posible un mundo en que se reduzcan las desigualdades y haya posibilidades para todos de una vida digna? ¿Qué podemos y qué debemos hacer?

El objeto de esta exposición es tratar de responder a estas y muchas otras preguntas, aunque para algunas no tendremos respuesta.

Los países del mundo, en relación con su nivel de vida, se han definido que son de dos tipos: desarrollados y en desarrollo. Pero en rigor, deben dividirse en tres: desarrollados, en desarrollo y subdesarrollados, aunque haya resistencia a usar este último término.

De todos los países, a un poco menos de cincuenta se les considera

desarrollados y se les llama también ricos, adelantados o industrializados.

Un poco más de cuarenta son los más pobres, los países de la miseria extrema y que propiamente deben denominarse subdesarrollados.

En una posición intermedia están los países restantes, que pueden considerarse realmente países en desarrollo porque tienen algunos recursos a su favor; están pugnando por modernizarse y tratan de mejorar el nivel de vida de sus poblaciones.

Sin embargo, aun dentro de los países en desarrollo hay que hacer distinciones importantes. Los hay de desarrollo lento —como algunos de Centro y Sudamérica y el Sur de Asia y otros—, aunque rezagados —como China, India, Pakistán, Indonesia y Nigeria— tienen mayores posibilidades que les aseguran un gran mercado interno. Si a China se le calcula el ingreso de sus habitantes por su capacidad de compra interna, China es la segunda economía del mundo.

El gran problema, tanto de los países en desarrollo como de los subdesarrollados, es que muchos de ellos, por su crecimiento demográfico, insalubridad crónica, baja escolaridad, inestabilidad política y deterioro ecológico, se les dificulta y aun se les imposibilita cumplir con los estándares internacionales

para atraer inversión y generar el crecimiento que requieren.

Esos países están fuera de la racionalidad mínima que exigen los inversionistas, que para invertir toman en cuenta muy diversos factores políticos, económicos y sociales e incluso ambientales y de corrupción. La realidad es que la inversión extranjera va sólo y como máximo a unos sesenta países y deja prácticamente afuera a dos tercios de la humanidad.

Se ha hablado mucho de la tensión Norte-Sur en el planeta, ubicando a los países pobres al sur y los ricos al norte. La afirmación de que estos últimos están al norte es casi exacta ya que, a excepción de Australia y Nueva Zelanda, los países desarrollados se encuentran a unos cuantos paralelos al norte del Ecuador.

Lo importante no es tanto su ubicación, sino la enorme desigualdad que existe entre esos países del Norte y los demás, sobre todo con los subdesarrollados. En 1990 se estimaba que 18% de la población mundial producía y se beneficiaba del 66% de los bienes y servicios del mundo, mientras que el 82% restante, mayoritariamente pobre, lo hacía sólo en 34%. Y más lamentable aún es que en muchos países subdesarrollados su exiguo capital y conocimientos se desperdician masivamente.

A la luz de todo esto, puede decirse que la economía mundial está objetivamente dominada por un poco más de 30 países ricos y que las relaciones internacionales son pre-

ponderantemente entre ellos mismos. En 1989 los préstamos hechos al extranjero fueron en 87% a países ricos. El resto se repartió entre los demás, aunque la mayoría de los países más pobres no recibió ni un dólar de estos préstamos. El comercio entre las empresas transnacionales representa ya más de la mitad del comercio exterior mundial.

Los pobladores de los países subdesarrollados son los marginados, los excluidos, *los parias del planeta*. No se les conoce; no se necesita lo que ellos producen; no compran lo que los ricos venden; no se les presta ni se les cobra. No son ni siquiera el Sur, ni el Tercer Mundo. Son, como alguien los denominó, el *Row (Rest of the World)*, el resto del mundo.

En general, a los gobernantes del Norte esos países no les interesan y si les dispensan alguna atención es sólo por razones políticas y humanitarias, no por económicas.

Según el último Informe sobre Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, el progreso logrado en la reducción de la pobreza en el siglo XX es notable y no tiene precedentes, pero insiste en que los adelantos han sido desiguales y aun afectados por retrocesos. Una cuarta parte de la población mundial sigue sumida en la pobreza extrema. Alrededor de 1,300 millones de personas tienen un ingreso inferior a un dólar diario.

Paul Kennedy, distinguido historiador, ha afirmado recientemente: «Nos estamos encaminando al siglo XXI a un mundo que consistirá en

una cantidad relativamente pequeña de sociedades ricas, saciadas y estancadas demográficamente y un gran número de naciones azotadas por la pobreza y desprovistas de recursos, cuyas poblaciones se duplican cada 25 años o menos».

Estas enormes diferencias entre los países del mundo obedecen a numerosas causas y en diferente medida: condiciones geográficas, disponibilidad original de recursos, características de sus poblaciones, historia, política, oportunidades de educación, propensión al trabajo, al ahorro o al consumo, calidad de sus gobernantes y de sus empresarios.

Y lo más grave de estas desigualdades es que se dan también y muchas veces en forma extrema dentro de sus propias poblaciones. Los promedios suelen ocultar dolorosas tragedias humanas.

A este dramático escenario se está presentando el fenómeno de la globalización o mundialización. Se habla del mundo como la *aldea global*, la fábrica floral, el mercado global. La globalización es un proceso de creciente articulación e interdependencia de las actividades económicas, políticas y culturales que se llevan a cabo en diversas latitudes en las que todos los ámbitos geográficos y regionales están ligados. Este proceso presupone la universalización de un conjunto de principios organizadores con una racionalidad dominante que es la del neoliberalismo.

La difusión rápida de la ciencia y de la tecnología, sobre todo la de la tec-

nología de la información (semiconductores, computadoras, *software* y telecomunicaciones), al aplastar el tiempo y el espacio, han ayudado a globalizar los mercados de la producción y financieros. En las dos últimas décadas, la red global de computadoras, teléfonos y televisores ha incrementado su capacidad de llevar información un millón de veces. La capacidad de las computadoras se duplica cada 18 meses.

Este colosal avance de las comunicaciones, junto con la liberación del comercio y de los flujos del capital y la mayor capacidad de la transferencia de la tecnología, han hecho que más economías se incorporen al mercado mundial y a que se haya incrementado la oportunidad de competir para los países en desarrollo.

Lo anterior está teniendo grandes consecuencias para las empresas, trabajadores y gobierno. Los costos y beneficios de la globalización se están distribuyendo en forma desigual. Hay ganadores y perdedores. Esto está ensanchando la brecha en el ingreso y en las posibilidades de empleo, sobre todo entre trabajadores capacitados y no capacitados.

Esto está ocurriendo no sólo en los países en desarrollo, sino también en los industrializados. Sobre todo en Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda la brecha entre los trabajadores instruidos y los otros se ha incrementado desde principios de los años ochenta.

Por otra parte, no hay duda que la globalización tendrá como resultado

una tendencia a que se vaya cerrando la enorme desigualdad en los salarios que existen en los diversos países del mundo. Así lo ha afirmado el Presidente del Instituto de Estrategia Económica en Washington, diciendo que esto será «una mala noticia para muchísimos americanos».

«La globalización es una realidad y quienes digan que quieren que ocurra o no, viven en un mundo de fantasía», ha afirmado un líder obrero francés. La globalización es un proceso que realmente nadie controla. El tránsito de las mercancías y de la inversión a través de las fronteras revela que el capital creador de empleos fluye a donde puede ser más productivo y no a donde los gobiernos o los trabajadores quisieran que fuese. La globalización está cambiando el panorama del comercio mundial. La proporción del 24% que la Comunidad Europea tenía de este comercio en 1978, bajó al 18% en 1992 y recientemente puede estar en 14%.

La globalización y el crecimiento consiguiente aliviarán la situación económica y social de muchos países, pero los subdesarrollados y aun algunos en desarrollo quedarán fuera, con lo que persistirá la profunda desigualdad entre países ricos y pobres que se ha descrito.

Esta desigualdad está alimentada por el crecimiento demográfico de los países pobres, con el consiguiente agotamiento de sus recursos y el deterioro ecológico de sus territorios y, como consecuencia, la acentuación de un fenómeno

no que puede tener proporciones alarmantes: la migración galopante de los habitantes de los países pobres hacia los más ricos.

Esta migración parece ser un fenómeno inevitable cuyas consecuencias no han sido todavía debidamente aquilatadas.

El fenómeno fue descrito en 1973 en la novela apocalíptica de Jean Raspail titulada *El campo de los santos*. En ella se relataba el éxodo de un millón de indios que abandonaban las horribles condiciones del centro de Calcuta y pueblos vecinos y que abordaban una armada de barcos decrepitos para zarpar hacia las costas de la Riviera Francesa. Y que las autoridades de Francia se planteaban el terrible dilema de dejarse invadir o luchar y que los invasores miserables tuviesen que morir.

Algunas manifestaciones de lo anterior han sido los *boat-people* que salieron de Vietnam a donde fuera; los albaneses rumbo a Italia; los haitianos que trataron de desembarcar en Miami; los magrebíes que cruzaron el estrecho de Gibraltar para entrar clandestinamente a España y, finalmente, la marea irresistible de mexicanos y centroamericanos hacia Estados Unidos.

Todos estos preocupantes fenómenos se dan en el marco de la ideología del capitalismo, hoy triunfante en el mundo con sus luces y sombras: el llamado neoliberalismo cuyos conceptos básicos son el mercado, la competencia, la apertura, las

privatizaciones, la desregulación, la disciplina fiscal, la reducción del Estado y de su acción social y la declinación del sindicalismo.

### **¿Tendrá esta ideología la capacidad de resolver los problemas planteados?**

Hace más de 35 años, Bárbara Ward, en su libro *Las naciones ricas y las naciones pobres*, decía que se estaba experimentando un proceso de cambio en la manera de vivir y ver las cosas, un proceso que cambiaba todo y pronto, y que este proceso lo constituían cuatro revoluciones.

Una de ellas era la idea del progreso, con la posibilidad de un cambio material que condujera a una vida mejor. Otra, el repentino y vasto crecimiento de la raza humana en la faz de la tierra. Otra más, la aplicación de la ciencia, del ahorro y de la inversión en los procesos económicos. Y en primer lugar, en el campo de las ideas, la revolución de la igualdad, una de las mayores fuerzas que mueven al mundo hoy.

La revolución de la igualdad, decía Ward, tiene sus raíces en dos profundas tradiciones de la sociedad occidental: la griega y la judeo-cristiana. Los griegos, a pesar de que excluían a las mujeres y a los esclavos como ciudadanos, disfrutaban de igualdad ante la ley, que era su escudo ante la tiranía. La visión judeo-cristiana se finca en la creencia de que todos los seres humanos son iguales ante Dios y que, por tanto, su igualdad es innata, metafísica e

independiente de consideraciones de raza, clase o cultura.

En la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, Juan Pablo II afirma que: «tanto los pueblos como las personas individualmente deben disfrutar de una igualdad fundamental sobre la que se basa, por ejemplo, la Carta de Organización de las Naciones Unidas: igualdad que es el fundamento del derecho de todos a la participación en el proceso de desarrollo pleno» (SRS, 33).

Por otra parte, en *Gaudium et Spes* se dice: «La igualdad fundamental entre todos los hombres exige un reconocimiento cada vez mayor. Porque todos ellos, dotados de alma racional y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutaban de la misma vocación y de idéntico destino». Y se subraya: «resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos de una misma familia humana» (GS, 29).

Todos los hombres, tanto desde el punto de vista natural como sobrenatural, son esencialmente iguales por tener el mismo origen, dignidad y destino, esencia de la que procede la unidad del género humano. Y todos los hombres son existencialmente desiguales por las innumerables diferencias que los particularizan como individuos y que surgen de muchos y muy variados factores accidentales, extrínsecos a la esencia del hombre.

Si la igualdad esencial de todos los seres humanos como individuos les confiere derechos fundamentales e inalienables, esto implica para los individuos superiores —ya sea en riqueza, poder o conocimientos— que deben pugnar por la vigencia de esos derechos y que las desigualdades existentes dentro de los países se vayan reduciendo de algún modo.

A este propósito, Juan XXIII señala: «resultan anacrónicas las teorías, que duraron tantos siglos, por virtud de las cuales ciertas clases recibían un trato de inferioridad, mientras otras exigían posiciones privilegiadas a causa de la situación económica y social, del sexo o de la categoría política. Hoy, por el contrario, se ha extendido y consolidado por doquiera la convicción de que todos los hombres son, por dignidad natural, iguales entre sí» (PT, 43-44).

Ahora bien, ¿esto que es válido para las personas individuales lo es para los países mucho menores que a otros, cuyas poblaciones están también constituidas por personas individuales?

Quizás la desigualdad existencial entre los países desarrollados y en desarrollo pueda irse mitigando, pero por lo que se refiere a la diferencia de los primeros con los países de la pobreza extrema, ésta es tan grande que no se ve cómo las exigencias de la igualdad esencial de sus pobladores puedan ser atendidas.

Como solución a este gravísimo problema, tanto de los países en desarrollo como de los subdesarrolla-

dos, se ha planteado la globalización y el crecimiento económico. Existe crecimiento cuando una población puede producir y consumir mayores bienes y servicios, ya sea por emplear más capital, más trabajo, mejores técnicas, todo ello conducente a tener una mayor productividad.

La esperanza de que el crecimiento económico sea la fórmula para reducir las desigualdades no sólo dentro de los países, sino entre los países, ha sido muy discutida, toda vez que se piensa no sólo en el crecimiento que beneficia a unos cuantos, sino al que beneficia todas las personas y a todos los países.

Una voz de advertencia acerca de las posibilidades reales de esta fórmula se dio hace más de 25 años en el libro del Club de Roma, titulado *Los límites del crecimiento*, el cual causó gran controversia por la metodología empleada y las afirmaciones respecto al futuro del mundo.

En relación al mismo tema, dos años después, apareció la obra *La humanidad en la encrucijada*, de M. Mesarovic y E. Pestel, auspiciada también por el Club de Roma, en la que los autores, con mayores reservas y precisión, insistieron en que: si bien las brechas entre el hombre y la naturaleza y el Norte y el Sur deberían reducirse para evitar catástrofes que pudieran destruir al mundo, eso sólo se lograría si se reconociese explícitamente la *unidad* global y lo *finito* de la Tierra.

Es evidente que pretender alcanzar tasas muy altas de crecimiento

en todo el mundo, sin el consiguiente ajuste en el nivel de vida de muchos países desarrollados, no es realista. No se puede pensar en crecimiento del 6% o más de todo el mundo sin que en el largo plazo no tenga lugar un agotamiento final de los recursos.

Sin embargo, para reducir las desigualdades, un cierto crecimiento es indispensable, pero habría que discernir muy bien, tomando en cuenta consideraciones tanto técnicas como ecológicas y desarrollo humano. ¿Qué tipo de crecimiento, su forma, sus tiempos y sus procesos? Según la ONU, los programas de crecimiento han fallado para la cuarta parte de la población mundial. Algunos países, casi la mitad, están en peor situación que hace diez años.

No existe, ha dicho James Gustave Spetch, director del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, un vínculo automático entre el crecimiento económico y el desarrollo humano, lo que al parecer confirma la falsedad de que la riqueza «ya irá permeado» a todas las clases de la sociedad. Y lo mismo podría decirse a todos los países del mundo.

Aunque no se ha dicho expresamente que la globalización económica sea un instrumento específico para reducir las desigualdades entre los países ricos y pobres, sí se ha afirmado que el aumento en el intercambio mundial, el desarrollo de nuevos mercados, inevitablemente mejoraría la situación de muchos países en desarrollo, aunque no la

de los subdesarrollados. Por ello, es indispensable señalar las ventajas y desventajas de la globalización.

La vinculación de una *economía planetaria* en una familia de personas y de naciones es una inmensa oportunidad para la humanidad. «Es buena y provechosa», dijo Juan Pablo II en *Centesimus Annus*, la globalización abre a muchos países mercados para sus productos y, consiguientemente, empleo para sus trabajadores. La división internacional del trabajo permite a los países aprovechar sus ventajas comparativas.

Sin embargo, son muy numerosos los inconvenientes que existen y que requieren ser evaluados cuidadosamente: se desplaza la oferta interna por las importaciones, hay vulnerabilidad frente a los flujos del capital financiero; el Estado-nación es rebasado en sus decisiones económicas; hay desindustrialización y ruptura de las cadenas productivas y, muy especialmente, dada la importancia de las empresas transnacionales, hay un desfase entre su racionalidad privada y la lógica del interés nacional.

Además, se insiste en que muchas de las decisiones que afectan a la macroeconomía de los países pobres se toman fuera de ellos: la inversión extranjera, las tasas de interés, los precios de intercambio, la tecnología. Y que en la globalización salen beneficiados aquellos a quienes la internacionalización aumenta sus posibilidades de lucro y pierden aquellos que quedan aislados, al margen de toda ventaja, por incompetencia u otras razones.

Debe señalarse que en el mundo existen muchas empresas multinacionales. Tienen 60 millones de trabajadores y empleados, un tercio de los activos privados del mundo y producen una cuarta parte de sus bienes y servicios. Constituyen una fuerza colosal poco controlada.

Ya hemos señalado el fenómeno de la migración de los habitantes de los países pobres hacia los países ricos con las presiones y conflictos consiguientes y la preocupación por esta migración en sus gobernantes. La globalización económica implica que todos los factores de producción —capital, conocimientos, administración— se muevan a través de las fronteras nacionales en forma de inversiones, experiencia de consultores, nuevas plantas y otras cosas. Hay también intercambio de mercancías. Pero hay un factor de la producción que no ha sido liberado: el trabajo.

Lo anterior es algo que repugna a la conciencia. ¿Por qué si tú tienes la libertad de venderme lo que produces, yo no puedo venderte mi trabajo? Y aún más, ¿si tú me vendes lo que produces y eso antes yo lo producía, cómo quieres que te lo compre ahora, si ya no tengo empleo y no te lo puedo comprar?

A estos problemas se refirió hace años Paul A. Samuelson al postular su teorema de la igualación de los precios de los factores, que plantea que: en condiciones de competencia perfecta y libre movimiento de mercancías, el comercio internacional produciría la igualación en términos

absolutos y relativos de la remuneración de los factores de la producción, entre otros, del trabajo.

Desde luego que ese planteamiento es muy teórico, aunque no hay duda que una forma de retener a quienes quieren emigrar es que tengan oportunidad de ganarse razonablemente la vida en su propio país produciendo mercancías que compren quienes viven en el país al que quieren emigrar. El problema estriba en que las trabas arancelarias y no arancelarias, por una parte, y las diferencias en los términos de intercambio y los tipos de cambio consiguientes, por la otra, hacen que esta igualación sea más aparente que real.

Otra de las manifestaciones de la globalización que ya hemos mencionado es la gigantesca explosión de las comunicaciones y sus consecuencias. No hay duda que los pobres de otros tiempos eran más miserables y sus condiciones de vida más desesperadas, pero no tenían aunque fuese una televisión destartada para ver cómo vivían los ricos. Y para estos últimos también esa visión constante de las desgracias de los demás los está haciendo insensibles a la desgracia en general, porque se apodera de ellos una sensación de impotencia y desánimo que les orilla simplemente a cambiar de canal. La pobreza actual existe junto a una riqueza tan ostentosa que ambas se conocen como nunca antes se habían conocido.

Es evidente la existencia de esta insensibilidad hacia las necesidades y el mal de los demás. Hay una erosión profunda de la solidaridad humana que ha hecho mella en amplios sectores de los países y del mundo. Y tenemos que reconocer que esto, en buena parte, se debe al espíritu mismo de una economía de mercado *a secas*.

Como empresarios, estamos desde luego a favor de una economía de mercado, pero estamos conscientes de sus límites e imperfecciones. No podemos estar conformes con ese espíritu que suele animarla: espíritu de cálculo, avaricia, ambición desbordada, indiferencia hacia los demás y lucha sin cuartel. Octavio Paz ha dicho certeramente: «El mercado es un mecanismo que ignora la justicia y la piedad. Debemos humanizarlo. Es una creación nuestra, de modo que podemos orientarlo y volverlo más equitativo y menos anárquico».

Luis de Sebastián ha afirmado que el liberalismo económico de hoy es una lucha de todos contra todos, que discrimina a favor de los más fuertes. La competencia es el nombre de esta lucha, que manifiesta las posibilidades de supervivencia de los más fuertes a costa de los menos fuertes y de los positivamente débiles. En esta concepción económica no hay mucho espacio para la compasión, como tampoco lo hay para la igualdad y la solidaridad. Se dice que el problema crucial de esta idea es que, si bien en un primer momento efectivamente los beneficios de un mayor intercam-

bio y competencia son a favor de los más fuertes, en el futuro la mayor actividad económica de algún modo descenderá también a favor de los más débiles. La realidad es que este *trickle down*, que tanto se ha mencionado, les llega exiguamente o no les llega nunca a los pobres.

La reforma económica que se ha denominado 'neoliberalismo' se define por el predominio del interés particular como eje organizador y principio de racionalidad de la vida social, dentro de la más rigurosa ortodoxia del liberalismo económico. Pero hoy, el sujeto portador del interés particular no es el individuo que compete en condiciones de igualdad con una multiplicidad de individuos semejantes. Ahora, el portador del interés particular es un sujeto corporativo, transnacional, anónimo y, a menudo, ubicuo.

Aquí cabe mencionar lo dicho por Juan Pablo II en *Sollicitudo Rei Socialis*: «es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de unos y de pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen, a causa de su mismo funcionamiento, los intereses de los que maniobran, aunque terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados. Es necesario someter en el futuro estos

mecanismos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral» (SRS, 16). «A este respecto deseo recordar particularmente: la reforma del sistema internacional de comercio, hipotecado por el proteccionismo, la reforma del sistema monetario financiero mundial, reconocido hoy como insuficiente, la cuestión de los intercambios de tecnologías de su uso adecuado; la necesidad de una revisión de la estructura de las organizaciones internacionales existentes, en el marco de un orden jurídico internacional» (SRS, 43).

Hay una aspiración generalizada y legítima de todos los seres humanos de mejorar su nivel de vida. Se pugna en todos los países por un mayor bienestar material y se postulan como medios para alcanzarlo un mayor intercambio mundial, la globalización, el crecimiento. Pero hay que señalar con realismo los límites a los que debe enfrentarse ese propósito. No es posible que el nivel de vida de los países desarrollados pueda ser el de muchísimos en desarrollo, ni qué decir el de alguno de los subdesarrollados. Decía Mahatma Gandhi: «La tierra puede producir lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada persona, pero no la codicia de cada individuo». Y Gabriel Zaid ha dicho: «Después de tantas soluciones costosas y fracasadas, hay que buscar maneras de ser más con menos». Estas sobrias y nobles advertencias nos deben hacer reflexionar.

Michel Falise, quien fue presidente de la Unión Europea de Universidades Católicas, ha dicho que: «como todo cambio importante, la

interdependencia económica y financiera cada vez mayor abre el campo del futuro, tano en sus aspectos positivos como negativos (...) En una palabra, puede ser su mejor oportunidad para un incremento de la solidaridad; pero también hay que contar con el riesgo contrario: el del miedo, el de negarse a la apertura, el replegarse sobre sí mismo».

Añade: «la acentuación de las desigualdades a escala internacional plantea otro problema ético. ¿Hasta dónde deben extenderse nuestras preocupaciones y nuestros compromisos concretos de solidaridad? (...) ¿El bien común, que supera nuestro interés individual, se circunscribe a un espacio determinado?, ¿tiene que detenerse en alguna parte?, ¿dónde? La respuesta no es sencilla. Y es ante todo de orden ético».

Finalmente, afirma: «que de las dos críticas anteriores de tipo ético se desprende una tercera: la del abandono de ciertas parcelas de soberanía nacional en beneficio de los poderes públicos internacionales».

Ante esta situación de la enorme desigualdad entre países ricos y pobres hay que insistir, desde una perspectiva cristiana, en esa urgente y absoluta necesidad de la solidaridad internacional. Debe ser una solidaridad visionaria y efectiva que supla la falta de sistemas redistributivos formales a escala internacional, aunque sea a costa de sacrificios de quienes están mejor.

El Papa Juan XXIII en la encíclica *Pacem in Terris* decía: «Y como hoy

el bien común de todos los pueblos plantea problemas que afectan a todas las naciones, y como semejantes problemas solamente puede afrontarlos una autoridad pública cuyo poder, estructura y medios sean suficientemente amplios y cuyo radio de acción tenga un alcance mundial, resulta, en consecuencia, que, por imposición del mismo orden moral, es preciso constituir una autoridad pública general» (PT, 137).

Y Bárbara Ward, en las últimas páginas de su libro que hemos mencionado, hacía esta dramática requisitoria: «¿Si consideramos la igualdad de los seres humanos como un hecho moral y profundo, podemos realmente contentarnos de verlos en continua inanición y mala salud, pasar hambre y morir, cuando tenemos medios para ayudarles?».

Hemos señalado las estrujantes diferencias entre los diversos países del mundo, sus exigencias, sus esperanzas y los riesgos de la indiferencia y pasividad. Hemos examinado los fenómenos del crecimiento económico, del desarrollo humano, de la demografía y de la globalización. Hemos escuchado los juicios acerca de esta situación y las voces que apelan a nuestra conciencia moral y nos instan a encontrar soluciones. ¿Qué hacer?

Es evidente que tratar de que se reduzcan los índices de pobreza y desigualdad en el mundo es una tarea gigantesca y que solamente se avanzará en ese propósito si se da un cambio cultural radical en los pobladores del planeta y, sobre todo, en sus gobernantes.

Ese cambio cultural radical debe ser fundamentalmente un cambio moral, un renacimiento generalizado de los principios y valores que la humanidad requiere para su dignidad, supervivencia y bienestar. Alguien ha dicho que la revolución del siglo XXI será moral o no será.

La práctica de las virtudes tradicionales de la generosidad, la compasión, la justicia, la honradez, el amor al prójimo es indispensable para la convivencia pacífica y próspera de los hombres y de los pueblos. No se puede aspirar a que se disminuyan las desigualdades entre los países si no hacemos un esfuerzo sobrehumano para atenuarlas lo más posible dentro de nuestros propios países, a la luz de ese renacimiento moral indispensable.

Es indispensable combatir los excesos del consumo y el hedonismo, característicos de los países desarrollados, que desafortunadamente se extienden a los países pobres, sobre todo por el efecto de las comunicaciones y el intercambio comercial. La moderación de las expectativas de la gente en general y la austeridad en el consumo son vitalmente necesarias para el ahorro y la inversión que exige el crecimiento económico al que aspiran esos países.

Para conseguir la ambiciosa meta de reducir las desigualdades, está en nuestras manos un instrumento formidable: la educación, que tanto se ha mencionado como la gran palanca para el crecimiento económico y el desarrollo humano. Pero debe ser educación integral, en su

más profundo sentido de conocimientos y aptitudes para ganarse la vida, pero también los principios y valores para la formación de su carácter y su voluntad en orden a una conducta moral y civilizada.

Esta vital tarea ha estado tradicionalmente encomendada a la escuela, pero es indudable que a ella deben concurrir desde luego la familia y la Iglesia, pero también lo más posible la empresa. Ante las deficiencias de los agentes educativos formales, la empresa tiene una responsabilidad ineludible en esta materia.

En América Latina, en 1970, la educación era comparable con la del Sudeste asiático. Hoy, el adulto latinoamericano tiene en promedio sólo cinco años de estudios en comparación con su contraparte en el Sudeste asiático, de nueve años. La raíz de la profunda desigualdad social en América Latina está en el acceso desigual a la educación. Una investigación del Banco Interamericano de Desarrollo muestra que mejorar la extensión y calidad de la educación haría más que cualquier otra medida para incrementar el crecimiento e igualar la distribución del ingreso.

El propósito de disminuir las desigualdades, tanto dentro de los países como entre los países, debe tener como uno de los objetivos prioritarios y expresos de su política económica erradicar la pobreza de sus poblaciones. El esfuerzo de algunos países en este sentido es notable. Un ejemplo es Malasia: en 1970, 60% de su población vivía por deba-

jo de la línea de la pobreza de ingreso; en 1993 estaba en 14% y para el año 2000 se ha fijado la meta de 7%.

Muchos afirman que no es posible incurrir en el gasto que implica la erradicación de la pobreza. Esto no es así. Según el Informe sobre Desarrollo Humano de las Naciones Unidas que hemos mencionado, con alrededor del 1% del ingreso de los países en desarrollo se estima que bastaría para cubrir el costo adicional para lograr prestar servicios sociales básicos a todos los países en desarrollo.

A pesar de sus limitaciones, el crecimiento económico es el instrumento principal para la reducción de la pobreza y las desigualdades. Requiere numerosas medidas, entre otras reducir el desempleo, promover la agricultura en pequeña escala, la microempresas y el sector no estructurado, rescatar las zonas ecológicamente deterioradas, fomentar el ahorro popular e impulsar la participación de los interesados. Sobre todo en esto se insiste mucho en la participación de la mujer.

A cerca de este último punto, Paul Kennedy ha afirmado que no hay una acción individual que pueda contribuir más en el desarrollo que invertir en las niñas, lo que tiene el doble efecto de disminuir la presión demográfica al retrasar su maternidad. Y también invertir en el desarrollo de las mujeres, sobre todo en el de las más pobres, quienes tienen una gran capacidad emprendedora y logran hacer mucho con muy poco.

Sin embargo, el simple crecimiento económico no es suficiente para reducir las desigualdades. Es indispensable que, a la par que crece el ingreso de las personas y de los países, se incrementen también las condiciones de vida y que ese mayor bienestar se extienda de algún modo a todas las capas de la población.

El desarrollo humano, según los indicadores de las Naciones Unidas, comprende no sólo un mayor ingreso, sino mejor salud para una vida más larga y menos mortalidad infantil, mayor educación y alfabetización y más oportunidades de ganarse la vida; cuando se invierte en desarrollo humano juntamente con el crecimiento económico se generan más aptitudes en la gente, se obtiene una espiral virtuosa de reducción de la pobreza de ingreso y de la pobreza humana. Indonesia, Malasia y Corea así lo hicieron. No así Egipto y Pakistán.

Es interesante presentar aquí los datos de dos países: México y Sri Lanka, la antigua isla de Ceilán. El primero tiene un producto *per cápita* ajustado de 5,915 dólares y el segundo de 3,277; sin embargo, los dos tienen la misma esperanza de vida al nacer (72 años), la misma tasa de alfabetización de adultos (90%) y la misma matrícula en educación básica (66%).

Es evidente que el crecimiento económico y el desarrollo humano son medios idóneos para alcanzar ese bienestar y bienser al que aspiran todos los seres humanos y para reducir las extremas desigualdades

que les aquejan. Pero esos medios, a su vez, requieren un elemento fundamental que es escaso y que está en la raíz de todas las carencias y rezagos de la población del mundo: los recursos financieros, el capital, la inversión, el dinero...

Ante la escasez de este bien indispensable que es el capital, hay que pugnar por generarlo y evitar que se desperdicie. No hay duda que se produce para consumir, pero cuando un bien se consume, su capacidad de reproducirse —su fecundidad— se pierde para siempre, mientras que un bien que se invierte la conserva para siempre. Es increíble cómo se desperdicia el capital en el mundo, tanto en los países ricos como en los pobres.

En la primera época del desarrollo no hay ninguna esperanza de crecimiento, a menos que pueda persuadirse a la gente en general a asumir un programa ambicioso y creciente de ahorro y de formación de capital. Sin embargo, ahorrar implica privación, reducción del consumo ordinario. ¿Puede persuadirse a la gente pobre, y menos aún a votar, para someterse a un compromiso de reducir su consumo por cinco o diez años para tal fin?

Éste es un dilema inescapable y exige, sobre todo de los gobernantes de los países pobres, un liderazgo excepcional. La creación del capital, en el interior de los países, implica todo un cambio cultural: moderación y sacrificios de grandes capas de la población, desarrollo del espíritu emprendedor con su capacidad

de asumir riesgos, de inventiva y de aumento de la productividad.

Y también se requiere un esfuerzo en el cual lo que hagan o dejen de hacer los países desarrollados tiene una influencia decisiva en los demás: comercio exterior equitativo, deuda externa en condiciones favorables, inversiones pertinentes con visión de largo plazo, ciertas facilidades para la emigración y también ayuda directa. En relación a esta ayuda directa cabe señalar que en los años 70 las Naciones Unidas pidieron a los países de la OCDE que para lo que iba a ser la década del desarrollo destinaran 0.7% de su Producto Interno Bruto a este fin. No lo han cumplido. Estados Unidos lo hace sólo en 0.2%. Y desgraciadamente, mucha de esta ayuda ha caído en malas manos y se ha usado para otros propósitos.

Juan Pablo II ha dicho: «los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar, entre otras cosas, en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional que grava sobre el destino de muchas naciones». Es alentador que hace unas semanas el Banco Mundial ha informado su acuerdo de reducir drásticamente y aun cancelar la deuda externa de varios países subdesarrollados y también la de algunos en desarrollo.

La acción de los países ricos a favor de los países en desarrollo y de los subdesarrollados tiene que fincar en la convicción profunda de

la necesidad de la solidaridad internacional. Esta solidaridad, como se dijo en la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*: «no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos» (SRS, 38). Y en *Populorum Progressio* se afirma: «El deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos: los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vía de desarrollo... Lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres» (PP, 48-49).

Esta solidaridad hay que cultivarla subjetivamente para equilibrar el motivo de lucro de los comportamientos humanos y plasmarla conscientemente en estructuras objetivas. Debe ser una solidaridad que supla la falta de sistemas redistributivos formales a escala mundial y que contribuya a paliar los efectos que genera la internacionalización, particularmente el aislamiento y la marginación de los países más pobres. Debe ser una solidaridad que de algún modo limite las tendencias hegemónicas de las grandes potencias y las ambiciones de predominio absoluto de las empresas multinacionales.

Bárbara Ward decía: «Los países ricos deben aceptar la obligación común de proveer de capital y asistencia técnica a los países subdesarrollados y al hacerlo ampliarán también su prosperidad y bienes-

tar. Una de las pruebas más vivas de que hay un gobierno moral en el universo es el hecho de que cuando los hombres o los gobiernos trabajan inteligentemente y con visión de futuro por el bien de los demás, alcanzan su propia prosperidad».

Esta solidaridad debe cristalizarse en organizaciones a escala mundial que de algún modo establezcan obligaciones y compromisos a favor de una mayor justicia internacional. Desde luego que no puede pensarse en una sociedad política mundial integrada, pero es posible concebir muchas etapas intermedias: cooperaciones informales, cooperaciones institucionalizadas y duraderas, entidades regionales de tipo federal, instancias internacionales con competencias especializadas. Es indispensable imaginar e innovar mucho en este camino.

Se ha dicho que el mundo se encuentra en un período de transición en el que se está dando una aceleración del tiempo histórico. En el libro *El futuro del capitalismo*, que apareció el año pasado, el autor, Lester C. Thurow, dice que la humanidad se encuentra hoy como aquel pez que había sido sacado del agua y que se sacudía desesperadamente para encontrar su camino de retorno y que en esa situación nunca se planteó a dónde le llevaría el próximo aleteo, sino sólo sentía que era intolerable y debía intentar algo más. Y subraya que para sentirnos seguros en el nuevo medio, en el cual repentinamente nos encontramos como el pez, debemos comprenderlo.

Thurow afirma que el mundo económico de hoy está en un período de equilibrio interrumpido que se ha configurado por cinco fenómenos: el fin del comunismo, el cambio tecnológico basado en la capacidad intelectual del hombre, una demografía nunca antes vista, una economía global y una era sin un poder económico, político o militar dominante. Y se pregunta, en relación a la ideología del liberalismo económico renovado, qué es lo que tiene que hacer y cómo hacerlo si quiere sobrevivir, hasta dónde puede llegar la desigualdad creciente antes de que el sistema se derrumbe; qué hace el capitalismo para adaptarse a las nuevas circunstancias cuando no existen las amenazas externas del comunismo ni las amenazas internas del socialismo.

Como ya hemos indicado, la economía de mercado *a secas* del neoliberalismo es inaceptable. Hay una acción del Estado insustituible no sólo para corregir los excesos del mercado, sino para ayudar a los débiles y atenuar las desigualdades. Pero esta necesaria acción del Estado, si no queremos que caiga de nuevo en el caos de las economías dirigidas y los devaneos populistas, es indispensable que la sociedad, a través de sus grupos intermedios y sus organizaciones gremiales, cívicas y políticas, la equilibre.

Para concluir, la igualdad esencial de los seres humanos, creados a imagen y semejanza de Dios, con un destino eterno y llamados a vivir en sociedad, exige que todos tengan un mínimo de bienestar que les permita vivir y lograr bien. Ya nuestro poe-

ta Díaz Mirón había dicho: «Nadie tendrá derecho a lo superfluo mientras alguien carezca de lo estricto».

La pobreza extrema no debe ser sufrida en silencio por los pobres ni debe ser tolerada por quienes están en situación de cambiarla.

Ante la aspiración de los pobres del mundo de mejorar su condición y de reducir las desigualdades, hay que reconocer, con realismo, la limitación de los recursos del planeta, el dinamismo del crecimiento demográfico y el deterioro del medio ambiente. Por ello, debe plantearse esta inescapable pregunta: quienes ganan mucho y tienen todo, tanto dentro de los países como entre los países, ¿estarían dispuestos a ganar y tener menos para que quienes ganan poco o no tienen nada puedan ganar y tener lo necesario para vivir dignamente?

La respuesta es que es casi imposible que quienes viven en la abundancia estén dispuestos a reducir su nivel de vida, pero la pregunta sigue en pie. Es indudable que no hay ni habrá mucho para todos.

Si se quiere avanzar en este azaroso camino de aumentar el crecimiento para reducir la pobreza y las desigualdades, esto sólo se conseguirá si se concilian las exigencias del orden y de la justicia, indispensables para una convivencia pacífica y solidaria. Y sólo si se lleva a cabo una acción concertada del merca-

do, el Estado y la sociedad a fin de cambiar las llamadas estructuras sociales: costumbres, leyes e instituciones para alcanzar dicho fin.

Una nueva corriente está surgiendo en los países desarrollados a favor de un nivel de vida más sencillo, con un consumo menor de las cosas y el destierro del desperdicio. Es el regreso a aquellas prácticas de otros tiempos de remendar la ropa, ahorrar el agua, apagar las luces, no dejar comida en el plato y guardar todo aquello que podía ser útil.

Pero este cambio en las estructuras, en las costumbres, las leyes y las instituciones sólo se dará si a su vez quienes participan en la vida económica cambian su conducta personal, toman conciencia del problema y asumen el compromiso de contribuir a resolverlo. Se necesitará este profundo cambio en quienes investigan, enseñan y comunican; en quienes gobiernan, legislan y juzgan, en quienes invierten, producen y administran y en quienes trabajan, ahorran y consumen.

Este profundo cambio de todos implica una conversión moral, conversión que sólo será posible en realidad si es animada verdaderamente por el espíritu del Evangelio. ☞

La cuestión social, *IMDOSOC*, año 5, no. 4 (invierno, 1997) pp. 344-357.

# ¿Qué debemos hacer?

Debemos convencernos que es indispensable un profundo cambio cultural en relación al consumo y a la distribución de la riqueza que una sociedad produce.

A lo largo de la historia siempre hubo personas y aun grupos que llevaron el consumo a extremos de lujo, extravagancia y despilfarro. El ansia de placer, el deseo de gratificarse o de mostrarse superiores a otros les impulsaba a adquirir, acumular bienes y procurarse servicios con abundancia y variedad. El *consumismo*, fenómeno social y económico del que hoy se habla tanto, es algo más que un simple consumo excesivo. Es la propensión de mucha gente a adquirir cosas o a procurarse satisfacciones, casi como autómatas, sin suficiente reflexión, inducidos por la publicidad, por la moda o por las costumbres de los demás. Consumir sin razones verdaderamente válidas, comprar por comprar, distraerse por distraerse. Hipertrofiar —digámoslo así— el consumo, esto es el *consumismo*.

Manifestaciones de este fenómeno son comprar demasiadas unidades de la misma cosa: demasiados vestidos, demasiadas corbatas, demasiados relojes... Llenarse de cosas innecesarias, *gadgets*, baratijas. Comprar cosas que, aunque nos gustan, no vamos a usar por falta de tiempo: los libros que no vamos a leer, los discos que no vamos a oír... Adquirir cosas simplemente

porque otros las adquieren, el *esnobismo*, la imitación, el seguimiento dócil y sin discernimiento de patrones de consumo de personas de niveles superiores o de otros países. Cambiar lo que tenemos, simplemente por cambiarlo, el equipo más automatizado sin necesidad —pensemos en el cepillo de dientes eléctrico—, el refrigerador de distinto color, el coche de último modelo. Descartar las cosas antes de tiempo, sin siquiera esperar que termine su vida razonablemente útil. Querer siempre lo nuevo, simplemente por nuevo y no por mejor. El desperdicio, los sobrantes innecesarios, los platos rebosantes que no vamos a acabarnos. Las envolturas exageradas, los envases que valen más que lo que contienen.

En el campo de los servicios sucede lo mismo. Se come fuera de casa con excesiva frecuencia y a costos altos. Hay que salir a divertirse casi por obligación. La gente viaja y se desplaza como queriendo huir de algo.

Y todo el proceso estimulado y apoyado por la publicidad —realizada hoy aprovechando ya los avances de las ciencias de la conducta—, las ventas a plazos y esa varita mágica moderna que es hoy la tarjeta de crédito.

Nuestro país es más bien una colectividad de acusados contrastes, al grado que se ha dicho que existen

dos Méxicos. Uno, el de quienes tienen propiedad o tienen empleo, pueden alimentarse bien, disponen de habitación decorosa, reciben educación, atención médica y sienten que es posible un futuro mejor para ellos y para sus hijos. Y otro Méxicos, el de quienes no tienen propiedad alguna ni empleo estable, quienes pasan hambre y visten andrajosamente, viven en habitaciones infrahumanas, no tienen acceso real a la educación ni a la atención médica y para quienes sólo hay un futuro sin esperanza.

Para México, el problema de los altos patrones de consumo, el *consumismo*, se nos ha presentado por la gran difusión de las comunicaciones y por la cercanía de Estados Unidos. Y entre nosotros la revolución de las expectativas y exigencias crecientes se agrava, pues nuestra economía no cuenta con los recursos ni con la tecnología ni con la productividad para satisfacerlas.

El consumo excesivo, propiciado por quienes han tenido interés en producir y vender, y realizado por quienes se han dejado arrastrar por él, está llevando a una parte de la humanidad a una materialización creciente de la vida y sus consecuencias son la angustia, la desorientación, el hastío.

Nuestra conciencia moral y el sentido común nos dicen que debemos salir de la trampa en que torpemente nos hemos encerrado.

Esta elevada propensión al consumo es en México causa muy importante de nuestra falta de ahorro, que

es a su vez causa de falta de capitales, de inversión y de creación de fuentes de empleo.

Los mexicanos que hoy consumimos mucho, tenemos una responsabilidad hacia los mexicanos que consumen poco, y hacia los mexicanos de las generaciones futuras. La situación actual no puede continuar. ¿Qué debemos hacer?

Nuestra generación ha heredado un sistema de vida en el que las grandes diferencias sociales se ignoran o se justifican; en donde lo que cuenta es lo que cada individuo quiere, sin preocuparse por las consecuencias que sus actos tengan en sus semejantes; en el que parece desconocerse lo limitado de los recursos naturales y lo finito del mundo; en el que una mala entendida libertad se rebela a aceptar las restricciones que el bien común exige.

Debemos convencernos que es indispensable un profundo cambio cultural en relación al consumo y a la distribución de la riqueza que una sociedad produce.

Tenemos derecho a la alegría y a la felicidad. Pero para ello, se requiere un nuevo estilo de vivir, una vida más sencilla y moderada, con respeto para la naturaleza, considerando las necesidades de los demás y con el propósito de contribuir a la instauración de una convivencia más justa, más humana y más fraterna. ☪

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 19, no. 125 (dic., 2003), pp. 3-4.

# Igualdad y desigualdad

*En el fondo de todas las tentaciones y conflictos sociales se advierte como una recurrente el propósito de los hombres de borrar su desigualdad, igualándose a otros, o de alcanzar la desigualdad superándolos.*

*Alguien dijo que cada hombre es, en cierto modo, como todos los hombres, como algún hombre y como ningún hombre. O dicho de una manera, todos los hombres son esencialmente iguales por tener el mismo origen, dignidad y destino, esencia de la que procede la unidad del género humano. Y todos los hombres son existencialmente desiguales por las innumerables diferencias que los particularizan como individuos y que surgen de muchos y muy variados factores accidentales, extrínsecos a la esencia del hombre.*

**E**n libros y periódicos, en cátedras y conferencias, en foros y asambleas, se ha repetido que nuestra sociedad necesita una transformación fundamental que consiste, sobre todo, en redistribuir la riqueza, el poder político y la cultura. O para decirlo de otro modo: esa transformación exige disminuir la desigualdad en el tener, poder y saber.

Hay desigualdades entre los hombres de naturaleza biológica y psicológica, mentalidad, inclinaciones, habilidad, costumbres, gustos, que no tienen importancia en sí mismas y que contribuyen a esa maravillosa diversidad del fenómeno humano. Pero son las desigualdades de talento, educación, relaciones, oportunidades y podríamos decir de suerte, las que hieren y que se rechazan porque suelen producir desigualdades de poder o riqueza que entrañan, para quienes no los tienen, el que se vean precisados a depender, de un modo u otro, de quienes sí los tienen.

## Desigualdad económica

La desigualdad económica se manifiesta en cómo se reparte el ingreso. La diferencia entre los más pobres y los más ricos dentro de una sociedad varía según los países. Hay casos en que el 10% de la población más rico lo es 11 veces más que el 10% más pobre y casos en que esta proporción es de 30 veces o más.

La desigualdad en el ingreso entre diversas zonas de un mismo país también es muy acusada, así como entre los diversos países del mundo. Si se compara el ingreso de los principales países desarrollados con el de los más subdesarrollados, se advierte que el de los primero es 50 veces o más que de los segundos.

Otra desigualdad económica, más aguda que la del ingreso y menos conocida, es la desigualdad de la riqueza. No tenemos datos de ella en México. En Inglaterra, en 1960, el 1% de la población tenía el 42% de la riqueza privada. En Estados Uni-

dos, en 1962, el 1% de las familias tenía el 33%. En Francia, la desigualdad en la riqueza es del doble de la desigualdad en el ingreso.

Galbraith sostiene que la preocupación por reducir la desigualdad social y política ha venido declinando en urgencia por una variedad de razones, pero sobre todo por el hecho de una producción incrementada. Otros opinan lo contrario. Sostienen que al reducirse las diferencias sociales, la lucha de los prójimos entre sí se ha hecho más aguda y las demandas mayores son las de aquellos que han subido demasiado aprisa. Por la difusión de la educación y de las comunicaciones, las aspiraciones de los hombres han crecido, dando lugar a lo que se ha llamado la 'revolución de las expectativas crecientes'. Hoy aspiran a tener más tanto el ejecutivo asegurado de las sociedades de consumo como el campesino destituido del Tercer Mundo. Y esto, en opinión del sociólogo Daniel Bell, está evolucionando a lo que él denomina la 'revolución por más y más derechos', en la que ya no simplemente se espera más, sino en la que todos los grupos sociales presionan y exigen que se les reconozcan como derechos: mayor remuneración, mayor seguridad y mayores servicios, muchas veces fuera de toda posibilidad realista.

## **El problema de fondo**

El hombre se encuentra desgarrado entre su conciencia de la desigualdad esencial que tiene con otros hombres, sus semejantes, y la realidad de su desigualdad existencial, expresada ya sea en términos de

superioridad o inferioridad, que lo pone en tensión o conflicto con otros hombres, distintos de él.

Un proverbio chino dice: "El agua busca un nivel más bajo, pero el hombre un nivel más alto". Aristóteles en su *Política* atribuía ya a la lucha por la igualdad y por la desigualdad el sentimiento revolucionario y expresaba que "los inferiores se sublevan con objeto de poder ser iguales, y los iguales para poder ser superiores".

El individuo rechaza la igualdad porque necesita afirmar su identidad personal. Se dice a sí mismo: si eres igual a los demás, no eres nadie; tienes que ser distinto y si eres superior, mejor. Quizás la lucha por ser superior a los iguales sea más enérgica que la lucha por ser igual a los superiores. Se persigue más despegarse de aquello con quien uno vive, que acercarse a aquellos que están lejos o muy arriba de uno.

Parece ser que nuestra identidad como especie nos pide ser iguales a nuestros semejantes y nuestra identidad como individuos nos pide ser desiguales a ellos. Luchamos juntos, como especie, contra lo que es ajeno a nosotros. Luchamos entre nosotros como individuos, por nuestra identidad personal, por lo nuestro, por lo que vitalmente nos atañe a cada uno.

## **El pensamiento de la Iglesia**

Hay en la Sagrada Escritura y en los documentos pontificios del último siglo, expresiones que se refieren tanto a la igualdad como a la desigualdad humana. Pero es indispen-

sable discernir cuando se refieren en unos casos a la igualdad esencial y cuando, en otros, a la desigualdad existencial.

Veamos algunos textos que subrayan la igualdad:

“Así lo hicieron los hijos de Israel, unos recogieron mucho y otros poco. Pero cuando lo midieron con el gomor ni los que recogieron mucho tenían de más, ni lo que recogieron poco tenían de menos. Cada uno había recibido lo que necesitaba para su sustento” (Éxodo 16 a 18).

“Por el bautismo no hay ya judío ni gentil. No hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, pues todos sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3, 28).

“La igualdad fundamental entre todos los hombres exige un reconocimiento cada vez mayor. Porque todos ellos, dotados de un alma racional, y creados a imagen de Dios, tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y de idéntico destino” (*Gaudium et Spes*, 29).

Ahora, veamos otros textos que subrayan la desigualdad:

“Y así los puso Dios en la Iglesia: primeramente como apóstoles; en segundo lugar

como profetas; en tercer lugar como maestros; luego el poder de los milagros...” (1 Corintios, 12, 28).

“Cada uno permanezca ante Dios en la condición en que fue llamado”.

“Porque al que tiene le será dado y lo será en abundancia; pero a aquel que no tiene, aún lo que tiene se le quitará” (Mateo 13, 12).

“Y hay, por naturaleza, entre los hombres muchas y grandes diferencias; no son iguales los talentos de todos, ni la habilidad, ni la salud, ni lo son las fuerzas, y de la inevitable diferencia de estas cosas brota espontáneamente la diferencia de fortuna” (*Rerum Novarum*, 13).

Además, en el Evangelio se dice que un vigilante difiere de otro en su actuación. Algunas vírgenes son tontas, otras sensatas. El hijo obediente no recibe ningún festejo comparable al que otorga el padre al hijo pródigo. A los trabajadores que llegan a última hora les dan el mismo salario que a quienes soportan el calor de todo el día. Algunos que reciben muchos talentos hacen poco con ellos, los despilfarran o los entierran; otros producen con ellos más de los que recibieron. San Pablo incita a todos a competir, a medirse como él se mide a sí mismo, y a superarlo si alguno puede...

Podría decirse que la desigualdad existencia de los hombres, con todo lo que conlleva, es parte del misterio de la vida y de Dios. Los cristianos

sólo sabemos que tendremos que dar cuenta de los talentos recibidos. En el Evangelio de san Lucas se lee que a quien se le dio mucho se le reclamará mucho y que a quien se le confió mucho se le pedirá más.

### **¿Que hacer?**

Entre los caminos prácticos que podrían seguirse para alcanzar el necesario equilibrio entre igualdad y desigualdad, sobre todo en el aspecto económico, hay fundamentalmente dos:

Primero. Aceptar que es indispensable la reducción de las desigualdades económicas entre los miembros de una sociedad. No solamente por razones de paz social, sino por el más elemental sentido de fraternidad humana.

Segundo. Aceptar que en toda sociedad habrá hombres superiores en inteligencia, voluntad, liderazgo, y que —aunque en un momento dado nos cueste reconocerlo— esos hombres serán mejor remunerados y disfrutarán de un mayor bienestar material. Si esto parece injusto es lamentable, pero es realista.

El ideal comunitario postula que todos los hombres debieran aportar según sus capacidades y recibir según sus necesidades. Es decir que el acceso a los bienes materiales estuviese determinado para los hombres por las necesidades que tuviesen y no por la contribución que hubiesen hecho para crearlos por medio de su inteligencia o trabajo.

Tal planteamiento ha funcionado en la familia, que es una comunidad cuyo vínculo esencial es el amor. Ha funcionado también en algunas tribus primitivas, verdaderas extensiones de la familia, y también en comunidades religiosas, en donde la fe y la renuncia personal han tenido un papel decisivo para hacerlo posible.

Pero la sociedad moderna es heterogénea, está integrada por numerosos individuos y grupos, y vinculada sobre todo por razones de interés y ayuda mutua. Por ello, pretender que en esta sociedad sus hombres sobresalientes, quienes tienen el mando, quienes la guían, quienes crean riqueza e impulsan su progreso, se conformen simplemente con la satisfacción que esto les pueda proporcionar y no aspiren a un mejor bienestar material, por más noble y deseable que esto sea, es desafortunadamente una utopía.

La solución estará en que los hombres sobresalientes, los mejor dotados, no sean remunerados en forma ilimitada como lo son hoy. Y que los destituidos, ya sea por la naturaleza o por el azar, los mal dotados, puedan disponer de lo mínimo para una vida digna. Esto implica que habrá que quitar a unos para dar a otros y tenderemos que aceptarlo. Es necesario evitar que se acumule en unos pocos ya sea la riqueza, la miseria, no robando al que trabaja, sino legislando para que unos no tengan ni ganen sobre-medida, y otros cuenten con las oportunidades y ayudas básicas. En esta dirección marcha el mundo.

Por otra parte, habrá que aceptar también lo que dice Abraham H. Maslow, que en una sociedad ideal la habilidad de seguir, admirar y escoger al líder más eficiente y la habilidad para detectar la verdadera superioridad, son indispensables para que cualquier cultura funcione y que tienen que ir juntas con un mínimo de antagonismo y de hostilidad hacia esos superiores. Y que en conclusión, una buena sociedad es imposible a menos que desarrollemos la habilidad de admirar la superioridad.

Una idea semejante expresó hace ya muchos años una escritora y periodista, heroica luchadora social, Simone Weil: «No es cierto que la igualdad sea la primera preocupación natural y moral de los hombres, ni aún su necesidad —decía—; lo que ellos quieren, lo que ellos de-

sean, lo que ellos esperan siempre, es tener maestros admirables”.

Sin embargo, nunca se dirá que quien ejerce la autoridad y disfruta de los privilegios consiguientes, no estará legitimando en su cargo o puesto si no se compenetra de su obligación de pugnar por el bien común y entregarse al servicio de quienes lo han elegido. Hay que recordar el mensaje evangélico: “Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellas se hacen llamar bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda como el que sirve”. ☞

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 1, no. 3 (jul. - ago, 1985), pp. 10-12.

# Propuestas para la distribución del ingreso en América Latina

*Congreso Latinoamericano UNIAPAC 2000. Aguascalientes, México, 26 al 28 de octubre del 2000*

**E**n la primera conferencia de este congreso se ha examinado cuál es la situación en materia de creación y distribución de la riqueza en América Latina, tanto por los avances logrados como por las carencias y rezagos que se sufren. Para este examen se han tomado en cuenta los indicadores del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en relación con nuestros países. En la segunda conferencia se ha examinado dicha situación, con un propósito de diagnóstico a la luz del pensamiento social cristiano: ¿cómo llegamos aquí y por qué?

En mi exposición presentaré lo que puede ser una estrategia —con las propuestas consiguientes— para que el desarrollo económico de América Latina sea sostenible, compartido y verdaderamente humano y que para ello se corrijan las tremendas desigualdades que nos aquejan. Y además, definir las responsabilidades que nos toca asumir en este proceso.

Aunque en las conferencias citadas se han dado ya datos y emitido juicios acerca de la situación de desigualdad y pobreza en nuestros países, no me resisto a rei-

terar a ustedes, porque lo siento muy hondamente, la realidad de esa desigualdad desgarradora que hemos mencionado, y me refiero sobre todo a la que aqueja a nuestros países.

Al lado de una minoría adinerada con todas las comodidades del mundo moderno (buena alimentación, casa confortable, automóviles, ropa a la última moda, atención médica oportuna y educación avanzada), mal vive una mayoría en la más dolorosa destitución (desnutrición, ignorancia, vivienda precaria, salud deficiente, desempleo y un futuro sin esperanza).

Esta situación de desigualdad, pobreza y aun miseria es una realidad que clama a nuestra conciencia. Y ello nos obliga a esforzarnos a «moderar tanto la indigencia como la opulencia», recogiendo la frase memorable de Morelos, héroe patrio de México.

Esta voluntad de reducir las desigualdades debe traducirse en nuestros países en un aumento sustancial de las clases medias, lo cual tiene repercusiones positivas en la paz social y el crecimiento económico. Estas clases medias

—entendidas como el conjunto de personas cuyo ingreso es cercano a la media de la nación— caracterizan sobre todo a los países más desarrollados. En Estados Unidos representan el 50% de la población, 75% en Alemania, 80% en Suecia y Suiza y 89% en Japón.

Esta reducción de las desigualdades no limita el crecimiento económico. Joseph Stiglitz, del Banco Mundial, ha afirmado que hay relaciones positivas entre crecimiento e igualdad. Altas tasas de crecimiento proveen de recursos que pueden ser usados para promover la igualdad y, asimismo, un alto grado de igualdad ayuda a sostener altas tasas de crecimiento.

Y no debemos olvidar que la enseñanza social de la Iglesia señala que la obra de salvación está indisolublemente ligada a la labor de mejorar y elevar las condiciones de la vida humana en este mundo.

Reducir las grandes desigualdades que hay en el ingreso de nuestros países es un objetivo inaplazable. Pienso que la manera más inmediata de hacerlo es tratando de erradicar la pobreza que les aqueja. Y dentro de ella, esforzarse por poner aún más atención a la pobreza extrema, que se ha definido como la de aquellos que tienen un ingreso inferior a un dólar al día.

En el *Informe sobre Desarrollo Humano* de la ONU de 1997 se decía que erradicar esta pobreza es un imperativo moral, un objetivo alcanzable. Y que al no ser ya inevi-

table, debe relegarse la pobreza a la historia, junto con la esclavitud, el colonialismo y la guerra nuclear.

¿Quiénes son los responsables en esta lucha contra la pobreza? Evidentemente, y esto ha sido probado empíricamente, los pobres mismos deben ser los primeros responsables de salir de su condición. Muchos planes de erradicación de la pobreza han fracasado por no involucrar a los pobres en la solución del problema. Cuanto más los pobres participan en el proceso, hay más posibilidades de lograr resultados satisfactorios.

Otros responsables son los gobiernos que deben llevar a cabo planes realistas para lograrlo, incorporando a ellos las mejores experiencias de otros países.

Desde luego, otro agente muy importante en este esfuerzo es la empresa, por su capacidad de generar empleo.

Y finalmente, para ese propósito debe aprovecharse la colaboración de las organizaciones de la sociedad civil, que cada día más colaboran en la solución del problema con aportaciones originales y valiosas.

Se consideran pobres aquellos que carecen de los satisfactores básicos para su supervivencia: alimento, vestido, vivienda, que son analfabetas, cuya vida es breve por mala salud y que en general están excluidos de todo aquello que brinda la civilización.

Pero debemos preguntarnos: ¿por qué los pobres son pobres? Lo son porque no tienen con qué ganarse la vida. Porque no tienen los bienes para producir lo que necesitan, no tienen empleo, no tienen educación, no tienen quien les ayude. Y su situación suele obedecer ya sea a azares de la vida, ya sea a obstáculos del medio en que se encuentran, ya sea a los atropellos que sufren, ya sea a las estructuras que los oprimen, ya sea a su manera de ser, ya sea al egoísmo que los ignora.

Hemos de señalar que la pobreza cristiana, que es la virtud del desprendimiento, la moderación en el uso de los bienes y la disposición a compartirlos, que es la privación voluntaria siguiendo el mandato del Evangelio y que se asume con dependencia y confianza filial en Dios, debemos aceptarla y aun amarla. Pero la pobreza inhumana, la que implica el sufrimiento involuntario del desamparado y el inocente, la que degrada y destruye al ser humano, la que le impide vivir con dignidad y obrar bien y que sufre sin esperanza, no sólo no podemos aceptarla, sino que debemos combatirla.

Una cuestión que se impone es examinar el origen de la riqueza y la pobreza. En relación con ello, quiero relatar a ustedes algo que leí hace poco y que son las interesantes reflexiones que hace un viajero imaginario a un país rico.

Decía el viajero que además del avance tecnológico, lo que más le asombró fue el comportamiento de

la gente: una serie de actitudes no comunes en nuestros países: la primera, un orden que se reflejaba en todo lugar y circunstancia. Después, fue la limpieza en calles, hoteles, baños, taxis, autobuses, trenes y en el vestir de la gente.

Otra cosa que le llamó la atención fue la exactitud matemática de los horarios de salida y de llegada de los aviones, trenes y otros medios de transporte. Una puntualidad envidiable. Además, observó que la responsabilidad, el sentido del deber de la gente, estaba muy arraigado y también que una actitud sobresaliente era su fuerte deseo de superación, que estaba presente en la mayoría de las personas.

Desde luego, comprobó que la honradez era una práctica común, así como el respeto a los derechos de los demás, a la ley y a los reglamentos que se cumplían rigurosamente. Y como un corolario de todo esto, advirtió que existía un gran amor al trabajo y un afán por el ahorro y la inversión.

No hay duda que este cuadro de ejemplar disciplina —escenario ideal para que desaparezca la pobreza— es difícil que se dé en la realidad, pero tampoco hay duda que debe pugnarse por establecerlo si se requiere avanzar en este propósito. Se requiere toda una cultura que propicie la creación de riqueza, para desterrar la pobreza.

Sin embargo, el crecimiento del Producto Interno Bruto, y otras circunstancias de carácter económico,

no es lo único importante. Reducir las privaciones políticas puede ayudar a disminuir la vulnerabilidad económica. Hay muchas pruebas que la democracia, así como los derechos civiles y políticos, pueden ayudar a generar seguridad económica dando voz a quienes sufren carencias y rezagos.

Amartya Sen, economista premio Nobel, ha afirmado reiteradamente que la pobreza no debe verse como una simple privación de recursos económicos, sino también como una falta de derechos civiles y políticos.

Otra observación acerca de la pobreza es que, en la lógica del neoliberalismo, quienes pierden en la lucha del mercado se descartan sin misericordia alguna. En el régimen de Margaret Thatcher solía decirse que si en aras del progreso de la mayoría, quedaban unos cuantos al margen de éste, eso era muy doloroso pero inevitable. Desde entonces se ha creado mayor conciencia de este fenómeno de los excluidos y el término que los describe se usa más y más.

Antes de entrar a enumerar algunas propuestas para reducir las desigualdades y erradicar la pobreza en nuestros países, debo señalar que hay un punto previo y es que el Estado tiene un papel de importancia capital, pero para desempeñarlo cabalmente requiere disponer de recursos suficientes. Uno de los problemas frecuentes de los gobiernos de nuestros países es la falta crónica de ingresos para realizar todo lo que han de hacer, no sólo en materia de combate a la pobreza, sino para

otros fines de gobierno. Su papel redistributivo es insoslayable ante la gran brecha de la desigualdad social.

Muchos consideramos que esta escasez de recursos se debe sobre todo a una deficiente política impositiva. Acerca de esto, se ha insistido constantemente en que la norma debiera ser gravar más el consumo que las utilidades de las empresas. Esto de no gravar tanto las utilidades de las empresas tiene mucho sentido porque va orientado a la creación de riqueza y de empleo. Y el impuesto a los dividendos o al consumo toma más en cuenta consideraciones de equidad social.

En materia impositiva, nuestros gobiernos tienen que acudir más a gravar las actividades especulativas y a las llamadas ganancias de capital. Con objeto de evitar lo más posible la evasión, pueden recurrir a los impuestos vía gasolina, luz y teléfonos, que son más fáciles de controlar y recaudar. Asimismo, tienen que considerar la posibilidad de impuestos al patrimonio como los que existen en algunos países europeos. Desde luego que todo esto exige la honradez y la eficiencia administrativa de los funcionarios y empleados públicos, pero es indispensable insistir en un mayor ingreso fiscal. En México, al menos, mucha gente no paga impuestos o paga muy poco. Una buena parte de los ambiciosos programas de los gobiernos se ven limitados por la falta de recursos.

El Papa Juan Pablo II ha dicho que la cultura es la principal responsable de fomentar «la confian-

za en el potencial humano de los pobres y, por consiguiente, en su capacidad de mejorar su situación mediante el trabajo, o de realizar una contribución positiva a la prosperidad económica». Veamos ahora algunas propuestas concretas para combatir la pobreza.

### **Alimentación y salud**

El mejoramiento de la alimentación y la salud de los pobres pueden considerarse como un resultado de luchar contra la pobreza, pero al mismo tiempo es un prerrequisito para que los pobres puedan salir de su situación. Por lo tanto, es responsabilidad de los gobiernos mejorar la alimentación de los indigentes, en particular de las mujeres embarazadas, madres lactantes y niños pequeños, mediante programas de amplia asistencia social. La adición de proteínas a los alimentos básicos del pueblo es un medio eficaz para reducir daños de la desnutrición de los pobres. Los desayunos escolares para niños pobres y los complementos alimenticios para madres y recién nacidos de zonas de extrema pobreza son programas en nuestro país que están teniendo resultados muy satisfactorios.

En materia de salud, también se requiere de amplios programas orientados a prevenir y curar las enfermedades más comunes de los pobres, sobre todo en las zonas de población indígena o muy apartadas. En nuestro país esta tarea se está orientando a las enfermedades respiratorias y digestivas, que son las más frecuentes. Otra actividad

en la que también hay avances notables es la de programas de vacunación, que han conseguido una cobertura casi total de la población.

Otro de los requisitos para mejorar la salud de los pobres es que tengan acceso a servicios de agua potable, drenaje, comunicación y salubridad en general. Hay que recordar la condición de limpieza que le llamó la atención al viajero imaginario que visitó un país rico y que antes mencioné.

### **Educación**

Se ha hablado hasta la saciedad de la educación como el instrumento más idóneo para salir del subdesarrollo y es una gran verdad. Se impone que en nuestros países, la educación no sea una simple instrucción que dé a los educandos los conocimientos y aptitudes para ganarse la vida. Una verdadera educación debe, además, contribuir a la formación de carácter de los educandos, facilitar la adquisición de los principios y valores que le permitan alcanzar no sólo su bienestar, sino también su bienser. Hábitos y virtudes —como los que el viajero imaginario mencionó— de honradez, orden, responsabilidad, respeto a los demás, amor al trabajo y afán por el ahorro.

En esta materia debe ponerse un énfasis especial en la alfabetización de adultos y la educación básica, indispensables para los estudios siguientes o la capacitación. A este propósito pueden ser de gran ayuda las llamadas 'escue-

las de padres' y las diversas y ricas aportaciones de las organizaciones de la sociedad civil.

## **Vivienda**

Para erradicar la pobreza, es indispensable toda una cultura a favor de una vivienda digna. Debe dotarse a las familias de una percepción amplia de su situación y brindárseles elementos para remontarla. Tanto los gobiernos como las organizaciones interesadas en el problema deben ofrecer programas de construcción de viviendas que, ante la escasez de recursos para este fin, favorezcan la autoconstrucción, aporten asistencia técnica y financiamiento.

## **Participación**

Uno de los medios más valiosos para que los pobres salgan de su pobreza es potenciar su participación en las decisiones que afectan sus vidas y permitirles aumentar sus puntos fuertes. En casi todos los planes de desarrollo popular se ha hablado mucho de esto últimamente, en pugnar por la involucración de las mujeres. Se ha comprobado que todo lo que se haga en favor de las mujeres y las niñas tiene un efecto multiplicador insospechado.

## **Tecnología y recursos propios**

Uno de los errores más frecuentes en muchos planes de reducción de la pobreza es tratar de aplicar recursos y soluciones para los problemas de los pobres que no corresponden a su cultura ni a

su capacidad de aprovecharlos. Es muy importante respetar los patrones de conducta y las necesidades sentidas de las personas a quienes se quiere beneficiar. Hay, lo que se ha llamado, la tecnología adecuada y fórmulas sencillas de bajo costo que rinden resultados satisfactorios. Debe evitarse que quienes llevan a cabo planes de combate a la pobreza transmitan sus conceptos, no necesariamente aplicables, de lo que es bienestar y desarrollo.

## **Patrones de consumo**

Un fenómeno, de algún modo asociado con lo anterior, es la copia por parte de los pobres de los hábitos de consumo de las clases medias y aun de las altas, lo cual tiene repercusiones en su consumo básico y en su capacidad de ahorro. Es justa su aspiración de disfrutar de mejores satisfactores, pero hay que llevar a cabo una tarea educativa que les oriente a no dejarse seducir por los reclamos de la publicidad, muchas veces destructiva, a la que se ven sometidos. Aquí cabe mencionar el consumismo como un mal de la sociedad actual que la Iglesia frecuentemente ha señalado.

## **Crecimiento**

Ya se ha dicho que para que se reduzca la pobreza es indispensable el crecimiento económico, pero hay que evitar ese crecimiento que muchas veces sólo beneficia al sector urbano ya modernizado y conduce a una mayor desigualdad en el ingreso. Ante esta situación, la acción redistributiva de Estado es insoslayable, debiendo

sólo evitar llevarla demasiado lejos, ya que de otra forma desalentaría la inversión necesaria.

Después de las propuestas de tipo general para reducir la pobreza arriba mencionadas, cabe recoger aquí la propuesta muy concreta de Peter Drucker de que hay que lograr que los pobres sean productivos para que puedan salir de su pobreza.

Y si al comenzar esta exposición hemos afirmado que los pobres lo son porque carecen de medios de producción, advertimos que pueden hacerlo fundamentalmente de dos maneras: trabajando por su cuenta con medios propios o trabajando por cuenta ajena mediante un empleo.

### **Autoempleo, microempresa, cooperativismo**

Los pobres pueden trabajar por cuenta propia mediante el autoempleo, la microempresa o formando parte de cooperativas o instituciones semejantes.

Para quienes deseen trabajar de esta manera, debe facilitárseles su capacitación en oficios u otras actividades productivas; poner a su alcance medios de financiamiento; asesorarles en materia de organización y administración, simplificar los trámites legales y fiscales a los que deban someterse.

En lo que se refiere al financiamiento de actividades de las clases necesitadas, es muy importante fomentar las llamadas 'cajas popula-

res de ahorro y crédito' que existen con diversas modalidades en muchos países. Un ejemplo de esto es el ya muy famoso Banco Grameen de Bangladesh, con una gran experiencia en microcrédito para muy diversas finalidades y en beneficio especialmente de mujeres. Sus servicios alcanzan a centenares de miles de personas y sus actividades ya se extienden a otros países.

La experiencia del ahorro y crédito popular ha desmentido muchos mitos: los pobres sí ahorran; los pobres sí pagan sus deudas; los pobres pueden pagar intereses altos.

En materia de ahorro y crédito popular, además de la experiencia del Grameen Bank, cabe mencionar que en América Latina existen desde principios del siglo pasado instituciones de este tipo, inspiradas por una preocupación social cristiana. En México, desde hace unos cuantos años, se han creado dos instituciones semejantes a iniciativa de socios de USEM: una es la Unión de Crédito Fin Común y la otra la Fundación Economía Solidaria. Aunque son de tamaño muy distinto, ambas han hecho un gran esfuerzo por difundir el microcrédito y el ahorro popular. Una de sus características es que invitan a personas y grupos que, aunque no sean pobres, deseen invertir en ellas, dando con esto la oportunidad para que los pobres disfruten de mayores volúmenes de crédito.

Una institución europea, ecuménica, Oikocredit, existe desde 1968 con propósitos muy semejantes a los arriba mencionados.

## **Empleo**

Hemos dicho que la otra modalidad del trabajo de los pobres es hacerlo por cuenta ajena, es decir empleándose en una empresa, en el gobierno o en alguna otra institución. Es indudable que el aumento del empleo y su mejor calificación es uno de los mejores medios para combatir la pobreza.

La importancia de la empresa como proveedora de empleo es definitiva. De allí su responsabilidad de ser productiva, a fin de que no sólo dé oportunidades de empleo a la gente que lo requiera, sino también la estabilidad a la que también esa gente aspira. La responsabilidad de crear y mantener fuentes de trabajo es muy directa y la UNIAPAC siempre ha insistido en esta responsabilidad, es la de promover lo más posible la productividad de los trabajadores a fin de que puedan progresar y alcanzar un mejor nivel de vida.

Peter Drucker sostiene que la productividad es proceso y resultado, cuyo protagonista y beneficiario es la misma persona y constituye la vía directa para la superación de la pobreza y al camino que conduce al desarrollo. Si el trabajo es el único recurso del pobre, hay que pugnar por que sea altamente productivo por la adquisición de conocimientos y habilidades.

### **Responsabilidades de la empresa**

Todo lo anterior lleva a los empresarios y, en particular, a los

miembros de UNIAPAC a ser cada día más conscientes de nuestro papel clave en la sociedad que espera mucho de nosotros, no sólo para su bienestar y progreso, sino también para su superación y desarrollo. Además, por deber de estado, debemos hacer a nuestras empresas muy productivas. Hemos de pugnar por que haya en ellas un profundo sentido humano: se destierre la relación adversaria, se otorgue participación cada día más a quienes en ella trabajan y pueda ser un escenario para su realización plena.

El Papa Juan Pablo II dijo en Durango, México, en su segundo viaje a nuestro país: «Una empresa eficiente, competitiva y justa es el mejor instrumento que ha creado el hombre para erradicar la pobreza extrema de los pueblos... las empresas productivas son la clave del desarrollo y el bienestar de las naciones».

Es bien sabido que las empresas medianas y pequeñas son las que ocupan un mayor número de trabajadores en nuestros países. De allí que este tipo de empresas deben ser objeto de una especial atención por parte de los gobiernos. Deben existir planes para su desarrollo mediante su promoción, asesoría y financiamiento.

Por la importancia de la cultura empresarial en el desarrollo de los pueblos y particularmente en los que existen porcentajes altos de pobreza, es indispensable que la sociedad y el Estado auspicien y promuevan el surgimiento de empresarios y empresas. Toda una corriente de reconocimien-

to y estímulo a la actividad empresarial se requiere para el combate a la pobreza y el desarrollo económico de nuestros países.

En este aspecto, es pertinente mencionar aquí la labor que realiza una institución en México y en algunos países de América Latina que promueve entre estudiantes de nivel medio la formación de lo que se ha llamado 'empresas juveniles' y que consiste en que organicen, con la asesoría debida de empresarios, pequeñísimas empresas durante su año escolar, a modo de aprendizaje. De esta experiencia han salido jóvenes que descubrieron su vocación empresarial y formaron después sus propias empresas.

Como empresarios de la UNIA-PAC, de cara al futuro, deseamos influir en nuestros países en la gestación de una cultura que fortalezca y vivifique el tejido social y que incorpore de manera eficaz a quienes hayan quedado rezagados o excluidos del progreso. Contribuir a reducir las desigualdades sociales y a erradicar la pobreza es un objetivo al que debemos aspirar desde nuestro ámbito especial de empresarios y nuestra condición de cristianos.

Si la pobreza cristiana es una virtud, la pobreza inhumana es una vergüenza de la humanidad y un pecado que clama al cielo. Para avanzar con eficacia en su combate es indispensable que la conozcamos a fondo. Hay que ir a donde están los pobres y sentir de cerca su situación de terrible desamparo. Cada pobre es una persona huma-

na, tiene un rostro, un nombre, una historia, una familia. Sólo conociéndolo mejor y tomando conciencia de la injusticia de todo aquello que lo margina y oprime, sólo así podremos comprender la realidad atroz que es la pobreza y la miseria, y con verdadero celo, imaginación y entrega, tratar de remediarla.

En el último *Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU* se dice que la atención y el cuidado de los demás es el corazón invisible del desarrollo del hombre y de sus capacidades. Que es indispensable nutrir las relaciones humanas con amor, altruismo, reciprocidad y confianza.

Y Amartya Sen ha dicho: «Si tengo esperanza en el futuro es porque veo la exigencia, cada vez más manifiesta, de democracia en el mundo y la convicción cada vez mayor de que la justicia social es necesaria».

Debemos tener una perspectiva de la pobreza suficientemente amplia como para asegurarnos de que los pobres tienen una razón para la esperanza.

Estoy convencido que quienes somos empresarios, quienes tenemos conocimientos, autoridad, recursos y además el don de la fe cristiana, tenemos la responsabilidad de que los pobres tengan efectivamente razón para la esperanza. ☞

La cuestión social, IMDOSOC, año 9, no. 1 (ene. - mar., 2001), pp. 15-23.

# La revolución de la igualdad

¿Es posible un mundo en el que se reduzcan las desigualdades y haya posibilidades para todos de una vida digna? ¿Qué podemos hacer y qué debemos hacer?

El gran problema, tanto de los países en desarrollo como de los subdesarrollados, es que muchos de ellos, por su crecimiento demográfico, insalubridad crónica, baja escolaridad, inestabilidad política y deterioro ecológico, se les dificulta y aun se les imposibilita cumplir con los estándares internacionales para atraer inversión y generar el crecimiento que requieren.

La realidad es que la inversión extranjera va sólo a unos sesenta países y deja prácticamente fuera a dos tercios de la humanidad. A la luz de todo esto, puede decirse que la economía mundial está objetivamente dominada por poco más de 30 países ricos y que las relaciones internacionales son preponderantemente entre ellos mismos.

Los pobladores de los países subdesarrollados son los marginados, los excluidos, los parias del planeta. No se les conoce; no se necesita lo que ellos producen; no compran lo que los ricos venden; no se les presta ni se les cobra.

La globalización y el crecimiento consiguiente aliviarán la situación económica y social de muchos países, pero los subdesarrollados y aun algunos en desarrollo quedarán fuera, con lo que persistirá la profunda

desigualdad entre países ricos y pobres que se ha descrito.

Todos estos preocupantes fenómenos se dan en el marco de la ideología del capitalismo, hoy triunfante en el mundo, con sus luces y sobras: el llamado neoliberalismo, cuyos conceptos básicos son el mercado, la competencia, la apertura, las privatizaciones, la desregulación, la disciplina fiscal, la reducción del Estado y de su acción social y la declinación del sindicalismo. ¿Tendrá esta ideología la capacidad de resolver los problemas planteados?

En la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, Juan Pablo II afirma que: «tanto los pueblos como las personas individualmente deben disfrutar de una igualdad fundamental, sobre la que se basa, por ejemplo, la Carta de Organización de las Naciones Unidas, igualdad que es el fundamento del derecho de todos a la participación en el proceso de desarrollo pleno» (SRS, 33).

Todos los hombres, tanto desde el punto de vista natural como sobrenatural, son esencialmente iguales por tener el mismo origen, dignidad y destino, esencia de la que procede la unidad del género humano. Y todos los hombres son existencialmente desiguales por las innumerables diferencias que los particularizan como individuos y que surgen de muchos y muy variados factores accidentales, extrínsecos a la esencia del hombre.

Decía Mahatma Gandhi: «La tierra puede producir lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada persona, pero no la codicia de cada individuo». Y Gabriel Zaid ha dicho: «Después de tantas soluciones costosas y fracasadas, hay que buscar maneras de hacer más con menos». Estas sobrias y nobles advertencias nos deben hacer reflexionar.

Es evidente que tratar de que se reduzcan los índices de la pobreza y desigualdad en el mundo es una tarea gigantesca, y que solamente se avanzará en ese propósito si se da un cambio cultural radical en los pobladores del planeta y sobre todo en sus gobernantes.

Ese cambio cultural radical debe ser fundamentalmente un cambio moral, un renacimiento generalizado de los principios y valores que la humanidad requiere para su dignidad, supervivencia y bienestar.

Es indispensable combatir los excesos del consumo y el hedonismo característicos de los países desarrollados, que desafortunadamente se extienden a los países pobres, sobre todo por el efecto de las comunicaciones y el intercambio comercial. La moderación en las expectativas de la gente en general y la austeridad en el consumo son vitalmente necesarias para el ahorro.

La ambiciosa meta de reducir las desigualdades está en nuestras manos con un instrumento formidable: la educación.

El crecimiento económico es el instrumento principal para la reducción de la pobreza y las desigualdades. Requiere numerosas medidas, entre otras reducir el desempleo, promover la agricultura en pequeña escala, las microempresas y el sector no estructurado, rescatar las zonas ecológicamente deterioradas, fomentar el ahorro popular e impulsar la participación de los interesados y sobre todo —en esto se insiste mucho— en la participación de la mujer:

El desarrollo humano, según los indicadores de las Naciones Unidas, comprende no sólo un mayor ingreso, sino mejor salud para una vida más larga y menos mortalidad infantil, mayor educación y alfabetización y más oportunidades de ganarse la vida.

Ante la escasez de este bien indispensable que es el capital, hay que pugnar por generarlo y evitar que se desperdicie. No hay duda que se produce para consumir, pero cuando un bien se consume, su capacidad de reproducirse —su fecundidad— se pierde para siempre, mientras que un bien que se invierte la conserva para siempre. Es increíble cómo se desperdicia el capital en el mundo, tanto en los países ricos como en los pobres.

La acción de los países ricos a favor de los países en desarrollo y de los subdesarrollados tiene que fincarse en la convicción profunda de la necesidad de la solidaridad internacional. En *Populorum Progressio* se afirma: «El deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos:

los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vías de desarrollo... Lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres» (48-49).

Esta solidaridad debe cristalizarse en organizaciones a escala mundial que de algún modo establezcan obligaciones y compromisos a favor de una mayor justicia internacional. Para concluir, la igualdad esencial de los seres humanos, creados a imagen y semejanza de Dios, con un destino eterno y llamados a vivir en sociedad, exige que todos tengan un mínimo de bienestar que les permita vivir y obrar bien. Ya nuestro poeta Díaz Mirón había dicho: «Nadie tendrá derecho a lo superfluo mientras alguien carezca de lo estricto».

Por ello, debe plantearse esta inescapable pregunta: quienes ganan mucho y tienen todo, tanto dentro de los países como entre los países, ¿estarían dispuestos a ganar y tener menos, para que quienes ganan poco o no tienen nada puedan ganar y tener lo necesario para vivir dignamente?

Una nueva corriente está surgiendo en los países desarrollados a favor de un nivel de vida más sencillo con un consumo menor de las cosas y el destierro del desperdicio. El cambio en las estructuras, costumbres, leyes e instituciones sólo se dará si, a su vez, quienes participan en la vida económica cambian su conducta personal, toman conciencia del problema y asumen el compromiso de contribuir a resolverlo. Se necesitará este profundo cambio moral en quienes investigan, enseñan y comunican; en quienes gobiernan, legislan y juzgan; en quienes invierten, producen y administran; y en quienes trabajan, ahorran y consumen.

Este profundo cambio de todos implica una conversión moral, que sólo será posible en realidad si es animada verdaderamente por el espíritu del Evangelio. ☞

Signo de los tiempos, *IMDOSOC*, año 24, no. 175 (feb., 2008), pp. 3-4.

# Obispos y empresarios ante la pobreza

*CEPS y USEM organizaron un encuentro entre obispos y empresarios.  
Este texto es el punto de vista de uno de los participantes*

No hay duda de que uno de los grandes problemas de nuestro país es la pobreza de un porcentaje muy alto de la población. Las medidas para derrotarla están muy ligadas a la necesidad de crear empleos, corregir la marginación y mejorar la distribución de la riqueza. Ella tiene lugar cuando capas importantes de la población están desempleadas o tienen un empleo transitorio o precario. La marginación da lugar al fenómeno de la economía informal o subterránea.

El Dr. Ernesto Zedillo ha dicho que México tiene necesidad de crear un millón de empleos al año y de reducir la economía subterránea.

El concepto de pobreza tiene un significado primordialmente económico. Se considera *pobre* al hogar cuyo ingreso por persona es inferior a dos veces el valor de una canasta básica de alimentos. *Pobre extremo* o indigente es el hogar cuyo ingreso *per cápita* es inferior al valor de una canasta básica de alimentos.

La condición de pobreza está relacionada también con la aptitud de conseguir trabajo, lo cual depende sobre todo de su nivel de educación y también de la condición del entorno en que viven los pobres: agua potable, drenaje, electricidad, salud, escuela.

Patricio Allwyn, ex presidente de Chile, ha dicho que: «El mayor escándalo de este fin de siglo es la magnitud de la pobreza en un mundo tan rico y el injustificable abismo entre ricos y pobres. Este drama no sólo debiera golpear la conciencia de todos los hombres y mujeres que abrigan sentimientos humanos, sino aún más la de quienes nos llamamos cristianos, lo que además nos obliga a todos a contribuir con nuestra aportación a la lucha para derrotar la pobreza».

El combate a la pobreza, afirma Allwyn, tiene una dimensión moral y cultural, pero también una trascendencia política y constituye un deber social.

Tiene una dimensión moral y cultural porque es la expresión del individualismo y egoísmo exacerbado que prevalecen en nuestras sociedades, manifestaciones de una cultura materialista que ha olvidado la práctica de las virtudes del amor al prójimo, la solidaridad y la justicia.

Tiene una trascendencia política porque genera un riesgo permanente de inseguridad y violencia en las sociedades, con la consiguiente amenaza para la estabilidad de las instituciones democráticas.

Y constituye un deber social porque ninguna persona consciente de su pertenencia a la comunidad humana puede cruzarse de brazos ante lo que objetivamente es un mal, sin disponerse a aportar lo que es posible para remediarlo.

Una quinta parte de la población del mundo vive en la pobreza. En América Latina 46% de la población total vive en condiciones de pobreza, de la cual casi la mitad (22%) en pobreza extrema.

En el mundo en general hay un creciente aumento de la distancia entre ricos y pobres. En México el 20% más alto de la población recibía en 1992 el 54.18% del ingreso y el 20% más bajo el 4.31%. En 1984 los porcentajes eran 49.50% y 4.83%, respectivamente.

Se ha hablado mucho de la necesidad de la redistribución del ingreso. La experiencia, sin embargo, demuestra que para superar la pobreza no bastan las políticas redistributivas. En países en desarrollo como el nuestro, si no se aumenta la riqueza la sola redistribución sólo reparte la pobreza y, generalmente, estimula la inflación, que termina perjudicando a los más pobres.

La experiencia también demuestra que la pobreza no se termina por el simple crecimiento. Éste no basta para derrotarla.

Michel Camdessus, director gerente del Fondo Monetario Internacional, ha dicho: «Quisiera hacer hincapié en que el crecimiento eco-

nómico puramente cuantitativo no es nuestro objetivo único. Nuestra meta es lograr lo que se ha denominado un 'crecimiento de alta calidad', es decir, un crecimiento que sea viable, que permita alcanzar el pleno empleo y la reducción de la pobreza en forma duradera, que reduzca las excesivas desigualdades del ingreso y que respete la libertad humana y el medio ambiente».

Y en relación con las economías de mercado es indispensable señalar que sus mecanismos, si bien han demostrado eficiencia para generar riquezas, no dan por sí solos respuesta a los requerimientos del desarrollo social. Sobre todo, porque con mucha frecuencia olvidamos la existencia de lo que Juan Pablo II llama 'estructuras de pecado'.

Patricio Allwyn sostiene que: «Las características de la economía de mercado, con su publicidad ilimitada, incentiva el consumismo en términos trágicos para los sectores pobres de la población, sea por su incapacidad de comprar los bienes que se le exhiben a cada instante como apetecibles o por la tentación de adquirirlos sacrificando necesidades prioritarias o incurriendo en conductas ilícitas o delictuosas».

La solución del problema de la pobreza, la marginación y el desempleo es desde luego muy difícil. En pocas palabras, puede decirse que consiste en aumentar la creación de la riqueza y en distribuirla mejor. Para ello se requieren, en forma importante, medidas de carácter macroeconómico, pero también medidas en otros

aspectos de la economía y de la vida social en general.

Veamos las propuestas de lo que le correspondería hacer al Gobierno, a la Iglesia y al empresariado, según sus responsabilidades particulares. El número de medidas puede parecer excesivo, pero la complejidad del problema exige atacarlo en varios frentes.

**Estabilidad económica.** Asegurar la estabilidad económica continuando el combate a la inflación, y con el equilibrio de las finanzas públicas y la disciplina fiscal.

**Estabilidad Política.** Pugnar también por la estabilidad política, indispensable para un clima general de certidumbre y confianza.

**Ahorro.** Promover al máximo hábitos de ahorro en los individuos, en los hogares y en las empresas, indispensables para la inversión. Combatir a fondo el consumismo. Aceptar que se incremente la cooperación empresarial al Sistema de Ahorro para el Retiro de los trabajadores (SAR) y fomentar las cajas populares de ahorro y préstamo. El ahorro en México es del 17% del PIB. En varios países asiáticos es del doble o más de este porcentaje.

**Crecimiento.** Contribuir a la reactivación de la economía y al crecimiento del producto. La meta ha de ser 4% como mínimo, arriba del crecimiento demográfico en 1995 y mayor en los años siguientes.

**Inversión.** Fomentar la inversión productiva, generadora de empleos, y orientarla sobre todo a la satisfacción de necesidades prioritarias. Ésta es una obligación moral del empresario.

**Iniciativa empresarial.** Promover la iniciativa y el espíritu empresario. Sin esa iniciativa, el trabajo perseverante y la voluntad de asumir riesgos del verdadero empresario, los países están condenados al subdesarrollo.

**Educación.** Elevar los niveles de calidad y eficiencia de la educación básica, media y superior. Insistir en la necesidad de que esta educación no sólo imparta conocimientos, sino que contribuya a la formación del carácter de los educandos y la promoción de los valores.

**Productividad.** Impulsar el aumento de la productividad no sólo en las empresas, sino también en el Gobierno y en otras instituciones.

**Corrupción.** Luchar por desterrar la corrupción en todas sus manifestaciones. Los ingresos por corrupción violan la justicia en la distribución del ingreso.

**Evasión fiscal.** Pugnar por el cumplimiento fiscal de todos los contribuyentes. La evasión de impuestos por parte de algunos perjudica a los demás.

**Oficios y autoempleo.** Promover la capacitación en oficios y revalorizarlos socialmente. Fomentar y apoyar al autoempleo y a la microempresa.

Relación adversaria. Desterrar la *relación adversaria* entre trabajadores, empresarios, Gobierno y otros grupos sociales.

Participación. Facilitar y alentar la participación de todas las personas y grupos en la solución de los problemas económicos y sociales que los afecten.

Gasto social. Pugnar por que se aumente el gasto social en educación, salud, vivienda e infraestructura vial y sanitaria.

Campo. Promover este sector, que es el más rezagado. Perfeccionar los subsidios de PROCAMPO.

Pronasol. Mejorar el Programa Nacional de Solidaridad, quitándole cualquier carácter partidista.

Competencia. Estimular una sana competencia en el mercado, combatiendo prácticas desleales o monopólicas.

Disciplina fiscal. Corregir las ineficiencias y dispendios de las empresas estatales, erradicar gastos improductivos en el Gobierno y reducir o suprimir subsidios innecesarios.

Política tributaria. Reformar la política tributaria, en orden a una mayor eficiencia y simplificación administrativa, para aumentar los ingresos del Gobierno a fin de que pueda ampliar su gasto social.

Sindicalismo. Pugnar por la existencia de un sindicalismo auténtico, independiente y responsable.

Natalidad. Insistir en la necesidad de la planeación familiar y la paternidad responsable.

Cultura de la pobreza. Examinar la llamada 'cultura de la pobreza' para salvar los obstáculos que impiden a mucha gente salir de la pobreza y la marginación.

Enseñanza de la economía. Difundir la enseñanza de cómo funciona el sistema económico, a fin de que los integrantes de la sociedad, con ese conocimiento, puedan otorgarle a la actividad económica su aquiescencia y su cooperación.

Finalmente, dar a conocer la doctrina social de la Iglesia a los diversos agentes económicos, especialmente a los empresarios, a fin de que tengan la orientación moral y la animación con el espíritu del Evangelio, que se requieren ante la complejidad y la resistencia del problema de la marginación, el desempleo y la pobreza.

Y así, con todo esto, habremos de movilizar a toda la sociedad con urgencia, desde los propios pobres, marginados y desempleados, hasta todos aquellos que, de algún modo, podemos y debemos coadyuvar a que mejore su situación. ❁

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 10, no. 59 (nov. - dic., 1994), pp. 26-28.

# Hablemos de desarrollo social

*Intervención en la LXII Convención Bancaria 1999, el 10 de abril en Acapulco, Gro.*

Agradezco la invitación de estar con ustedes esta mañana para hablar sobre el desarrollo económico y el desarrollo social y su obligada vinculación. Estoy convencido de la necesidad de examinar y profundizar en estos temas por su trascendencia en el ámbito económico y político en nuestro país.

En mi exposición hablaré de la situación en los países de América Latina y especialmente en nuestro país; de los avances del desarrollo económico y la necesidad de lo que se ha llamado el desarrollo social, de lo que estamos haciendo en esta materia y, finalmente, lo que a mi juicio debíamos hacer.

Se ha dicho que el desarrollo económico es el paso de un determinado nivel de vida a otro más alto, en el menor tiempo posible y al menor costo posible. Desarrollo fundamentalmente orientado a un mayor bienestar material.

Al derrumbe del comunismo y al repliegue de los socialismos, a fines de la década pasada, llegó una versión de economía de mercado que se ha denominado, muchas veces peyorativamente, 'neoliberalismo' y que se caracteriza por la reducción del papel del Estado en la economía, la apertura comercial,

la desregulación administrativa, la privatización de las empresas públicas, la disciplina fiscal y el debilitamiento del sindicalismo.

Este proceso se extendió a muchos países, y de algún modo al nuestro durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Fue el período llamado del *cambio estructural*, orientado sobre todo a la estabilización económica, que propicia la eficiencia, el crecimiento, el ahorro y la inversión.

En muchos países de la región, con dolorosos altibajos, la nueva política económica logró reducciones en la inflación, mayores tasas de crecimiento y una razonable estabilidad económica, aunque soportando el pesado lastre de una deuda externa muy alta, herencia de los excesos populistas de la década perdida y avanzando, aunque lentamente, a una mayor apertura comercial y financiera.

No hay duda que esta liberalización de la economía, con su mayor eficiencia, ha propiciado en nuestros países una mejoría en el nivel de vida de la población, como puede ser la reducción del analfabetismo, el aumento de esperanza de vida al nacer, el incremento de los niveles de escolaridad, todo ello gracias a programas de gobierno en educación, salud y servicios públicos.

Sin embargo, ante estos avances innegables deben señalarse datos adversos y desconcertantes. Hay, evidentemente, un aumento en el ingreso *per cápita* de la población, pero los promedios ocultan dolorosos extremos de desigualdad. Hay en la región, y desde luego en nuestro país, lo que se ha llamado el 'dualismo social'. Al lado de una minoría con todos los recursos y comodidades del mundo moderno, vive una mayoría, gran parte de ella, en la más dolorosa indigencia, con desnutrición, ignorancia, salud precaria, desempleo y un futuro sin esperanza.

En los medios internacionales, a América Latina se le considera como la región con mayores niveles de desigualdad. Shadid Burke, vicepresidente para América Latina del Banco Mundial, decía en 1996: «La región de América Latina y el Caribe tienen la más pronunciada disparidad en los ingresos de todas las regiones de desarrollo del mundo».

El *New York Times*, en 1997, señalaba a América Latina como la región «que tiene la mayor brecha entre ricos y pobres». El 20% más rico de su población tiene el 52.9% del ingreso, proporción muy superior incluso a la de África. Y el 20% más pobre sólo accede al 4.5% del ingreso, también menos que en África. En nuestro país, en 1996, esas cifras fueron muy semejantes: 52.6% y 4.8%.

Y esta situación es más grave porque revela una tendencia. Un informe de la CEPAL ha dicho que en la región la pobreza ha crecido significativamente en los últimos años. En 1980, 40% de la población estaba por de-

bajo de la línea de pobreza. Ahora se ha elevado alrededor de 47%.

En México, a pesar de avances evidentes, la pobreza alcanza todavía cifras muy altas. En Guerrero, Chiapas, Hidalgo, Oaxaca, Puebla y Campeche existe en más del 57% de la población. Y la pobreza absoluta, que podemos llamarla 'misericordia', es de 26 millones de habitantes que, según el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PDNU) corresponde al ingreso de un dólar por día.

Los indicadores de la inequidad en la distribución del ingreso en América Latina se manifiestan en carencias y rezagos en materia de salud, educación, propiedad de la tierra, salarios, empleo y crédito. En algunos países centroamericanos la esperanza de vida de los niños al nacer en grupos pobres es de 10 años menor a la de los niños de grupos no pobres de la población. En lo que respecta a la educación, en los sectores pobres la deserción y la repetición son más frecuentes. Cerca de 30% de los hogares de la región son actualmente de familias con un solo titular.

¿Por qué se ha agravado la inequidad en las dos décadas pasadas como lo indican las cifras disponibles? El investigador canadiense Alberth Berry ha señalado que «la mayoría de los países latinoamericanos que han introducido reformas económicas a favor del mercado en los últimos 20 años han sufrido también serios incrementos en la desigualdad».

En 1995, una comisión de personalidades del BID, la CEPAL y

el PNUD, presidida por Patricio Alwyn, que evaluó la situación social de la región, afirmaba: «Aun cuando la pobreza es un problema de larga data en la región, los procesos de ajuste y reestructuración (económica) de los años 80 acentuaron la concentración del ingreso y elevaron los niveles absolutos y relativos de la pobreza».

Ante esta situación de crecimiento, y del consiguiente desarrollo económico en la región, que no han ido acompañados por un mejor nivel de vida para gran parte de sus pobladores, se impone la pregunta de por qué ha sucedido esto y qué debería hacerse para remediarlo.

Este mejoramiento de nivel de vida, a la que todos aspiran, no hay duda que podría alcanzarse con una mayor equidad en la distribución del ingreso. Y aquí hay que afirmar que son totalmente erróneas las teorías convencionales que sostienen que la eficiencia económica tiene por fuerza un costo social y que una alta inequidad es necesaria para alcanzar la acumulación de capital e impulsar el crecimiento.

Bernardo Kilsberg, coordinador del Instituto Interamericano para el Desarrollo Social, afirma que hay países que practican políticas sistemáticas de mejoramiento de la equidad que logran resultados efectivos y no bloquea su crecimiento económico, sino que, por lo contrario, lo ha favorecido de modo muy relevante, generando círculos virtuosos de crecimiento. La experiencia de países como Suecia,

Dinamarca, Noruega, Finlandia, Holanda y Bélgica, así como Japón, Corea, Israel y Canadá lo demuestra.

Amartya Sen, en 1992, se refirió en sus investigaciones sobre Costa Rica y el estado de Kerala, en la India, que a ambos, con recursos económicos de partida muy limitados, lograron dar a sus poblaciones altos estándares de esperanza de vida, educación, salud y desarrollo humano en general, con políticas que favorecieron activamente la equidad.

Joseph Stiglitz, del Banco Mundial, ha afirmado que «hay relaciones positivas entre crecimiento e igualdad. Altas tasas de crecimiento proveen recursos que pueden ser usados para promover la igualdad. Y, asimismo, un alto grado de igualdad ayuda a sostener altas tasas de crecimiento».

Sin embargo, si bien el crecimiento económico y el reparto de sus frutos se hacen con equidad, esto es un requisito necesario pero no suficiente para el pleno desarrollo de los seres humanos. El bienestar material, aunque es de gran importancia, no es a lo único que aspiran.

Una definición de desarrollo general, parafraseando a Teilhard, que no a Echeverría, puede decirse que es el tránsito de una sociedad *arriba y adelante*. Hacia adelante: avance y progreso para alcanzar su bienestar; que es casa, vestido, sustento, salud, diversión... Y hacia arriba: superación y ascenso para alcanzar su bienestar; que es lo cívico, estético, moral, religioso, Dios mismo... Un adelante y arriba en estrecha vinculación.

De lo anterior se desprende que un verdadero desarrollo implica que el desarrollo económico debe estar acompañado del desarrollo social, entendiendo este último no sólo como una mejor distribución del ingreso, sino el que pone el énfasis en el bienestar del hombre, que le facilita la convivencia con sus semejantes, que le impulsa a la participación y a la ayuda mutua, que insiste en la vigencia de la ley y la vida democrática, que le abre los horizontes de la educación y la cultura, que favorece su acceso al tener, saber y poder, para ser más...

A este esfuerzo por alcanzar el bienestar y el bienestar, a esta conjunción de desarrollo económico y desarrollo social podría llamársele 'desarrollo humano', no sólo al simple aumento del bienestar, sino al proceso de ampliación de las opciones humanas que permiten a la gente vivir una vida larga, sana y creativa.

Ahora les ruego permitirme hacer un ejercicio singular y es el de comparar varios índices de desarrollo de México y Sri Lanka, la antigua Ceilán. En el informe antes citado, México ocupa el lugar 49 y Sri Lanka el 90. Sri Lanka está debajo de México en el ingreso *per cápita* y en el consumo de calorías; pero está prácticamente igual en esperanza de vida al nacer, alfabetización de adultos, matriculación escolar, población con servicios de salud; pero está mejor en número de niños que llegan a 5º año de primaria, en participación en elecciones y en población arriba de un dólar diario de ingreso. ¿A qué se deberá esto? Creo que vale la pena

investigarlo, pero lo que parece es que no todo se debe al progreso económico, que se mide por el ingreso *per cápita* y el consumo de calorías.

Veamos ahora qué es lo que estamos haciendo en México en materia de desarrollo social. Como punto de partida, hay que afirmar que los datos macroeconómicos, tomando en cuenta el contexto internacional y nuestra historia reciente, son satisfactorios. Sin embargo, en lo que se refiere a mejorar la injusta distribución del ingreso, no hemos avanzado. Subsiste la concentración del ingreso y la existencia de dos Méxicos opuestos, como resultado de la implacable lógica del mercado.

En relación con lo que se podría decir específicamente del desarrollo social, examinemos qué estamos haciendo. Por el lado del Gobierno concurren a ello las Secretarías de Educación, Salud y, desde luego, la de Desarrollo Social. A pesar de su insuficiencia ante la magnitud de las necesidades, son innegables los esfuerzos que realizan y los resultados que se consiguen. La cobertura de la educación ha crecido y los años de escolaridad han aumentado. Las campañas de vacunación en general han sido exitosas y se avanza en el combate de diversas enfermedades.

En especial, debe señalarse el esfuerzo de la Secretaría de Desarrollo Social. Realiza programas en cooperación con las Secretarías de Educación y Salud, especialmente el llamado Progresá, que trata de mejorar la alimentación, la salud y la educación de las familias en extrema

pobreza y que constituye el segundo en importancia de esa Secretaría.

Además de esto, es de mencionarse lo que está haciendo la sociedad civil mediante el trabajo de un número creciente de organizaciones voluntarias no lucrativas. Éste es signo alentador de una mayor conciencia solidaria en nuestro país y que se manifiesta en las más variadas actividades de ayuda a la comunidad.

Al llegar a este punto, veamos qué se debería hacer para impulsar efectivamente el desarrollo social en nuestro país. Reiterando lo que se ha dicho, debe subrayarse que el desarrollo social, dando por aceptada la necesidad del desarrollo económico, se centra en la gente y considera que el crecimiento y el mayor consumo, aunque necesarios, no son suficientes para lograr el pleno desarrollo de los seres humanos.

Y antes de entrar a propuestas concretas, considero indispensable insistir en la vigencia de los valores fundamentales que deben regir toda la vida económica y social y que, para muchos de nosotros, son los del pensamiento social cristiano, que nos interpela: ¿en las actividades económicas se toma en cuenta la dignidad de la persona humana? ¿Se respetan sus derechos y no se soslayan sus obligaciones? ¿Se insiste en la solidaridad social que nos impulsa a sentir como propias las necesidades de los demás y a conseguir juntos lo que no podemos lograr solos? ¿Se reconoce la exigencia de la subsidiaridad para que haga la sociedad lo más posible y el gobierno solamente lo necesario?

¿Se ejerce la autoridad con sentido de servicio? ¿Hay suficientes espacios de libertad para el pleno desarrollo de los individuos y los grupos? ¿Se pugna por la responsabilidad de la propiedad privada y por su difusión? ¿Se otorga amplia vigencia a la justicia? ¿Se insiste en la obligación de aportar al bien común si se quiere alcanzar el beneficio de todos?

Por principio de cuentas, considero que debemos aspirar a un desarrollo económico distinto, con los siguientes objetivos:

- Cambiar las pautas actuales de consumo
- Reducir la concentración del ingreso.
- Erradicar la pobreza extrema.
- Reorientar la política fiscal.
- Aumentar dramáticamente la productividad.

En el Informe de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas que hemos mencionado, se afirma que el consumo contribuye claramente al desarrollo humano cuando aumenta la capacidad y enriquece la vida de la gente sin afectar negativamente el bienestar de otros, pero que con frecuencia ocurre e insiste en que el consumo debe ser compartido, socialmente responsable y sostenible. Plantea que es indispensable cambiar los patrones actuales de consumo, más hacia la satisfacción de las necesidades básicas y generales que hacia las necesidades más sofisticadas de las minorías de la población, y subraya que las presiones cada vez mayores de consumo conspicuo pueden volver-

se destructivas, reforzando la exclusión, la pobreza y la desigualdad.

La pobreza extrema, que es otra manera de llamar a la miseria, alcanza en nuestro país la cifra de 26 millones de personas. Esta situación clama a nuestra conciencia y exige al Gobierno y a la sociedad esfuerzos muy concretos para erradicarla, ¿cómo hacerlo?

Decía Peter Drucker que para combatir la pobreza había que hacer productivos a los pobres. Y los pobres lo son sobre todo porque no tienen medios de producción, es decir, porque no tienen capital físico ni educación o no tienen empleo. El aumento de la productividad, exigencia fundamental del desarrollo económico, lo es aún más para la erradicación de la pobreza extrema. Hay que llevar financiamiento a los pobres, y para hacerlo existen probados modelos exitosos de cajas populares de ahorro y préstamo. Hay que fomentar el autoempleo y las microempresas. Nuestro pueblo tiene un gran sentido empresarial y una ayuda directa en estos aspectos puede ser muy fructífera.

Pero la gran palanca para el desarrollo económico y el desarrollo social y que tanto se ha mencionado, es la educación. Y para esto hay que fortalecer la educación básica, aumentar el número y días de estudio, realizar rigurosas evaluaciones periódicas, fomentar las escuelas de padres de familia, capacitar, responsabilizar y estimular más al magisterio y mejorar lo que publican y lo que difunden los medios de co-

municación. Y, a este propósito, no sólo insistir en la instrucción propiamente dicha, sino en lo que debe ser la educación en su más alto sentido, en la formación del carácter de los educandos, en la difusión de los principios y valores morales que contribuyan sobre todo a su bienestar; tarea a la que deben concurrir también la familia y las Iglesias.

Otro elemento, con frecuencia muy poco considerado, es que existan suficientes recursos fiscales para todas las tareas que el desarrollo social y obras de Gobierno, también muy importantes, requieren. La realidad es que en nuestro país mucha gente no paga o paga muy pocos impuestos. Por ejemplo, si comparáramos los ingresos del gobierno mexicano con los de Brasil, el nuestro es de ocho puntos porcentuales menor, sin contar los petroleros. Es infantil creer que se van a poder atender las necesidades de seguridad y de erradicación de la pobreza, sin mayores recursos.

Ante la situación del país, no hay duda que a los empresarios nos toca desempeñar un papel fundamental. Somos una minoría, pero lo que nosotros hagamos tiene un peso decisivo en nuestra vida económica y social, sobre todo si tenemos sensibilidad para atender los problemas que hemos mencionado.

El panorama tiene riesgos y oportunidades, mucho dependerá de nuestra actitud. Y al llegar aquí menciono lo que un viejo filósofo chino decía a su emperador: «Un reino necesita armas, alimento y la confianza

del pueblo en las autoridades. En un caso extremo puede prescindir de armas y los alimentos, pero no de la confianza, porque si se pierde, se pierde el reino».

Para concluir: estoy convencido de que tenemos un gran país y, a pesar de sus defectos, un pueblo extraordi-

nario. Podemos salir adelante. Para ello, como ha dicho Enrique Krauze, lo que hay que hacer es recobrar el ánimo. Tengamos confianza. 🌐

La cuestión social, IMDOSOC, año 7, no. 2 (verano, 1999), pp. 135-140.

# Dimensión socioeconómica de la fe

*Iglesia y justicia a 30 años de las conclusiones del Episcopado Latinoamericano en su Conferencia de Medellín*

*Conferencia presentada en la Universidad Iberoamericana, Santa Fe, 10.VI.98*

En esta exposición intentaré explicar el concepto de 'lo socioeconómico'. Examinaré el juicio y las exigencias de la fe cristiana a la vida económica y las reflexiones y conclusiones del Episcopado Latinoamericano en su Segunda Conferencia de Medellín (1968), especialmente en sus capítulos referentes a justicia y paz. Haré un breve bosquejo de la situación de América Latina y concluiré con algunas observaciones acerca de un tema tan controvertido y actual como lo es el cómo debiera organizarse la vida económica a la luz de la fe y del Evangelio.

Veamos el concepto de 'lo social'. El hombre es un ser sociable por naturaleza. Nace, crece, se desarrolla y muere en la sociedad. Necesita de ella invariablemente para su supervivencia. Pero no es sólo por necesidad, sino por una existencia profunda de su naturaleza lo que le inclina a buscar y relacionarse con los demás. Es un impulso vital, más fuerte que él mismo y que le ayuda a definir su identidad. Ve en el otro a una reduplicación de sí mismo y siente esa necesidad que se manifiesta de mil maneras: conversación, amistad, generosidad, ayuda mutua, afecto.

Veamos ahora 'lo económico'. Los recursos materiales, así como los servicios, no están disponibles de manera ilimitada. Las necesidades humanas son muy amplias. Lo económico nace de la insuficiencia. El campo de la economía es lo que concierne directa o indirectamente al esfuerzo de los seres humanos ante esa insuficiencia, ya sea para reducirla o repartirla. La actividad económica suele constituir para el hombre de hoy su preocupación dominante. Ganar el pan y vivir cada día mejor son aspiraciones de todos los hombres en general.

La vinculación de lo social y lo económico es evidente. Dentro del gran marco del trabajo, vocación fundamental del hombre, se inscriben la multitud de actividades de la economía que son eminentemente sociales: producir, vender, comprar, comunicar, transportar, financiar, contratar, capacitar, competir, anunciar, consumir...

Pero el ser humano no es simplemente un *homo economicus*. No es sólo un productor y un consumidor: es un padre o un hijo de familia, un miembro o no de alguna asociación, un elector, un ciudadano. Y desde luego, creyente o no, un ser que necesita

plantearse el sentido de su existencia. Y eso nos lleva a los cristianos al deber de examinar la dimensión socioeconómica de nuestra fe.

Fe que implica creer en la existencia de Dios, de sus designios sobre el mundo, la vida y el hombre, que reclama sentir vivamente la presencia de Jesucristo en nuestras vidas, con todas sus exigencias de justicia y de amor al prójimo y que compromete a trabajar por el advenimiento del Reino con la fe, la esperanza y el amor que nos pide el Evangelio.

Es así como la dimensión socioeconómica de la fe está inextricablemente involucrada en nuestra vida de todos los días. Todo lo que hagamos en este ámbito ha de juzgarse ante los mandatos de la justicia, del amor y de la paz. ¡Y cómo la indiferencia, la vacilación y el miedo los destierran!

El impacto de lo económico es definitivo en la vida de muchísima gente. Las necesidades de alimentación, vestido, vivienda, salud y aun educación constituyen para ellos una carga abrumadora y continua. No es posible obrar ni vivir bien sin un mínimo de bienestar.

En América Latina, la pobreza ha crecido significativamente en los últimos años. Un informe de la CEPAL ha dicho que 40% de su población por debajo de la línea de la pobreza era en 1980 del 40% del total y que ahora se ha elevado alrededor del 47%. La UNESCO dice que un latinoamericano promedio estará llegando al año 2000 con una escolaridad aproximada de cinco años

en comparación con quienes nacieron en el sudeste asiático, que tienen actualmente un promedio de 9.2 años. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) afirma que más de la mitad de los empleos latinoamericanos son informales. El Banco Mundial expresa que la mortalidad materna en el subcontinente es siete veces más alta que en los países desarrollados. Con razón se ha caracterizado a América Latina como “tierra de pobreza, inequidad y exclusión social”.

Uno de los fenómenos más graves de nuestros países es la desigualdad desgarradora de su población. Al lado de una minoría adinerada con todas las comodidades del mundo moderno: buena alimentación, casas confortables, automóviles, ropa a la última moda, atención médica oportuna, educación avanzada; malvive una mayoría en la más dolorosa indigencia: desnutrición, ignorancia, vivienda precaria, salud deficiente, desempleo y un futuro sin esperanza.

Al cuadro estrujante de la pobreza urbana, de las colonias proletarias y de los cinturones de miseria, se suma la de nuestros campesinos, pueblos indígenas y trabajadores migrantes. En México, más de 22 millones de personas viven en condiciones de pobreza extrema.

El desequilibrio en el ingreso en nuestro país ha venido agravándose. Datos recientes indican que el 20% más alto de la población recibe 54.5% del ingreso y el 20% más bajo 4.4%. Los promedios suelen ocultar dolorosas tragedias humanas. Y esta distribu-

ción es muy semejante en la mayoría de los países de América Latina.

En el mundo de la empresa ocurre algo semejante. Las grandes y medianas empresas con acceso al crédito extranjero, a la tecnología más avanzada y a las mejores técnicas de administración y productividad, con capacidad exportadora y dedicadas principalmente al mercado moderno, sobreviven mejor a las crisis. Por lo contrario, las empresas pequeñas y las microempresas, sin capital ni crédito, con poco acceso a las nuevas tecnologías, van quedando atrás y han desaparecido. Y lo mismo pasa a los trabajadores de casi todas las empresas que no han podido atrapar el rezago salarial, herencia de las numerosas devaluaciones.

Todo esto ha venido agravándose por el fenómeno de la globalización económica y, sobre todo, por la gran movilidad de los capitales en el mundo, con su capacidad muy real de crear de la noche a la mañana crisis tremendas como las que hemos venido experimentando los países del sudeste asiático y los de América Latina.

Ha llegado el momento de examinar la situación actual de América Latina a la luz de lo que se dijo en Medellín en 1968. Lo socioeconómico se trata sobre todo en los capítulos "Justicia" y "Paz" de su documento de conclusiones. La realidad es que, si bien ha habido avances, la mayoría de los problemas que preocupaban a los pastores en esa época subsisten todavía. Se insistía en la formación de comunidades nacionales que reflejaran una organización global, donde toda la po-

blación, pero muy especialmente las clases populares, tuviera a través de estructuras territoriales y funcionales una participación activa y receptiva, creadora y decisiva, en la construcción de una nueva sociedad. Desde luego, desde entonces hasta ahora hemos visto una sorprendente proliferación de organizaciones voluntarias de la sociedad civil —mal llamadas no gubernamentales—, que de algún modo han recogido esa preocupación; sin embargo, no tienen el alcance ni la profundidad que la declaración arriba citada propugnaba.

En lo que se relaciona a la empresa y los empresarios, el documento les exhortaba a que modificaran radicalmente la valoración, las actividades y las medidas con respecto de la finalidad, organización y funcionamiento de las empresas. Y enviaba un mensaje de aliento a aquellos que, individualmente o a través de sus organizaciones, hicieran esfuerzos por inspirar a las empresas dentro de las orientaciones del Magisterio social de la Iglesia y que de ello dependería fundamentalmente el cambio social y económico de América Latina hacia una economía verdaderamente humana.

La respuesta a esta exhortación por parte del empresariado latinoamericano ha sido modestísima. Prevalce la empresa pragmática, orientada principalmente a su finalidad económica y financiera. En América Latina existen varias organizaciones empresariales que trabajan por poner en práctica las enseñanzas sociales de la Iglesia, organizaciones casi todas ellas afiliadas a la Unión Internacio-

nal Cristiana de Dirigentes de Empresa (UNIAPAC), a la que pertenece en nuestro país la Unión Social de Empresarios de México (USEM), y de la que formó parte desde 1963.

En el capítulo sobre “La paz” en el *Documento de Medellín* se llamaba la atención sobre aquellos aspectos que constituyen una amenaza o negación de la misma. Entre éstos se mencionaban las diversas formas de marginalidad, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, las desigualdades excesivas ante las clases sociales, las formas de opresión de grupos y sectores dominantes y, como consecuencia, las frustraciones crecientes y la toma de conciencia de los sectores oprimidos. En el aspecto económico, se mencionaba la fuga de capitales, técnicos y personal competente, la evasión de impuestos y, sobre todo, el endeudamiento progresivo de todos los países del área, fenómeno que en los años siguientes en lugar de decrecer ha aumentado considerablemente.

En lo político, puede decirse que los países del área se encontraron, salvo casos contados, bajo gobiernos autoritarios, y algunos encabezados por militares que se denominaron de “Seguridad Nacional”. Hubo varios movimientos guerrilleros importantes. Algunos fueron reprimidos brutalmente, otros se disolvieron por vías conciliatorias y muy pocos subsisten todavía. En los últimos diez años, el narcotráfico ha cobrado una dimensión alarmante con su cauda de corrupción y violencia.

El alentador tránsito a la democracia, lento y desigual, vino a darse prácticamente durante los últimos diez años en todos los países, a excepción de Cuba.

En lo económico, también en la mayoría de esos países prevalecieron por más de veinte años las llamadas ‘economías mixtas’, muchas de ellas con rasgos populistas y aun socializantes. En estas economías, el Estado tenía una gran intervención en la dirección de la economía: era dueño de numerosas empresas, algunas de ellas muy grandes, y existían abultadas burocracias. Había una gran protección al comercio exterior con permisos tanto para la importación como para la exportación de mercancías y altos aranceles.

Además, en muchos países se subsidiaban ciertos bienes de consumo necesario y se mantenían controles de precios y, en algunos casos, controles de cambio. Los déficits fiscales solían ser elevados y se resolvían con emisión de circulante que fatalmente desembocaba en devaluaciones y crisis recurrentes. La inflación, y en montos altísimos, ocurría con frecuencia en el área. Se llevaron a cabo nacionalizaciones de empresas y obras públicas muy costosas que se financiaban con alto endeudamiento interno y externo. La situación actual de la deuda externa de América Latina se debe en buena parte al financiamiento que se requirió para todas estas actividades. Con toda razón el período de los 80 llegó a llamarse, para América Latina, la *década perdida*.

Como consecuencia de todo esto, las clases populares sufrieron un deterioro severo en su nivel de vida, al no poder afrontar, por su ignorancia y debilidad, las perturbaciones económicas; mientras que las clases acomodadas, por su mejor conocimiento de lo que ocurría, se defendieron mejor. La fuga de capitales y la evasión fiscal fueron endémicas.

No cabe duda que *Medellín* fue un hito en la historia de la Iglesia y de la sociedad en América Latina. Tuvo un efecto catalizador en la reflexión teológica y pastoral que se venía gestando en varios de nuestros países y un efecto dinamizador de las fuerzas existentes. Ante una situación que parecía legitimar la violencia como alternativa, generó la necesidad de construir una *teología de la no violencia*, en la necesidad de crear formas de presión alternativas y mecanismos para realizar la justicia sin perder la eficacia de la paz y del amor con toda su fuerza intrínseca.

También *Medellín* fue un detonador de las llamadas, más tarde, 'comunidades eclesiales de base' cuya misión se identifica desde entonces como una instancia de interpretación de la propia realidad social a partir de la Palabra de Dios y la acción consiguiente. Esta concientización estuvo presente en muchas personas que ejercían un liderazgo social y que cabe llamarlas luchadores sociales, mismos que se convirtieron en fermento de la organización civil.

Además desde *Medellín*, se tomó con fuerza y sin temor la opción preferencial por los pobres, que en cier-

tos medios suele no entenderse y se ve con recelo. «Cristo en su condición humana eligió un estado de pobreza e indigencia, a fin de mostrar en qué consiste la verdadera riqueza que se ha de buscar, es decir, la comunión de vida con Dios». «La Iglesia, desde sus orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviar, defender y liberar a los pobres».

En el desarrollo de esta exposición sobre la dimensión socioeconómica de la fe, he de referirme obligadamente a la doctrina social de la Iglesia, enseñanza que tiene su fuerte, desde luego, en la Sagrada Escritura y en las enseñanzas de los Padres y grandes teólogos de la Iglesia y en el Magisterio, especialmente el de los últimos papas.

Poco después del Concilio Vaticano II, la doctrina social de la Iglesia pasó por un período de cierto menosprecio y olvido. Puede decirse que no es sino hasta quince años después, con motivo de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Puebla, cuando cobra un nuevo impulso y se pone de una manera directa y más eficaz a los católicos de América Latina.

En el *Documento de Puebla* se afirma que esta enseñanza tiene como propia una visión global y dinámica del hombre y de la humanidad; que su objeto primario es la dignidad personal del hombre, imagen de Dios, y la tutela de sus derechos inalienables; que su finalidad es siempre la liberación integral de la persona humana, en su dimensión terrena y trascen-

dente; y que en su elaboración los laicos no deben ser pasivos ejecutores, sino activos colaboradores con los pastores, a quienes aportan su experiencia profesional y científica; y que para que esta enseñanza sea creíble y aceptada por todos, debe responder de manera eficaz a los desafíos y problemas graves que surgen en la realidad latinoamericana.

También, en el *Documento* se insiste en que «ni el Evangelio ni la doctrina o enseñanza social que de él provienen son ideologías. Por el contrario, representan para éstas una poderosa fuente de cuestionamientos para sus límites y ambigüedades».

En el Documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, titulado *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*, se reafirma que la Iglesia ofrece en su doctrina social un conjunto de principios de reflexión, criterios de juicio y de directrices de acción para que los cambios en profundidad que exigen las situaciones de miseria y de injusticia sean llevados a cabo de una manera tal que sirvan al verdadero bien de los hombres. Y se insiste en que la obra de salvación aparece indisolublemente ligada a la labor de mejorar y elevar las condiciones de la vida humana en este mundo, exigencia ineludible de la dimensión económica de la fe, objeto de esta exposición.

Los criterios y directrices, pero sobre todo los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia, tienen una gran relevancia para la economía en general y para la empresa en particular. Se encuentra entre estos

últimos la dignidad de la persona humana, con la exigencia de sus derechos inviolables e imprescriptibles; la solidaridad que impulse a los hombres a sentir como propias las necesidades de los demás y a conseguir juntos lo que no podrían conseguir solos; la subsidiaridad, para que las entidades menores hagan lo más posible y las mayores sólo lo necesario; el destino universal de los bienes con su exigencia de justicia; el trabajo como instrumento para la plena realización humana; el bien común, como obra de todos para beneficio también de todos; y, desde luego, el amor al prójimo, mandato vital del Evangelio.

A esta exposición de la realidad económica y social de América Latina y de los principios de la doctrina social de la Iglesia que deben orientarla y juzgarla, hemos de añadir el examen del sistema o sistemas vigentes en el área.

Puede decirse que a mediados de la década de los 80 comenzó a darse aquí una transición de los regímenes estatistas y populistas hacia un nuevo modelo, mediante la estabilización económica y el llamado *cambio estructural*, orientado a disminuir la protección de la producción nacional ante la competencia extranjera, a la privatización de las empresas estatales, a la reducción de la reglamentación y los controles burocráticos y en general a disminuir el tamaño y las atribuciones del Estado.

Esta economía de mercado *a secas*, que muchos han denominado 'neoliberalismo', ha mejorado la eficiencia y el crecimiento económico, el

ahorro y la inversión. Sostiene que, finalmente, el aumento de la prosperidad de la parte más dinámica de la sociedad se derrama hacia los demás. La realidad es que este derrame no les llega nunca o exiguamente y la brecha entre ricos y pobres se ha ensanchado y se ha propiciado la corrupción y el desempleo.

A este escenario desconcertante se está presentando el fenómeno de la globalización económica mundial. El colosal aumento de la comunicación, junto con la liberación del comercio y de los flujos de capital, así como el desarrollo y la transferencia de la tecnología, si bien ha aportado beneficios, también han creado distorsiones económicas severas, con el consiguiente perjuicio de personas y empresas.

Ante esta economía de mercado, impersonal y despiadada, se ha vuelto a plantear la necesidad de definición del dilema existente en el mundo por muchísimos años: cómo organizar la vida económica con justicia. Por una parte, la economía socialista, comunista o reformista ya superadas y, por la otra, la economía de mercado en su nueva versión de neoliberalismo.

Juan Pablo II ha dicho: «La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer sólo de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afrontan los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orien-

tación ideal e indispensable, la doctrina social, que si bien reconoce lo positivo del mercado y de la empresa, reconoce también que éstos han de estar orientados al bien común».

Ante el fracaso de las soluciones colectivistas y estatistas, es evidente el valor de la propiedad privada, la iniciativa de emprender y la competencia para la eficacia de la economía de mercado. Pero la conciencia cristiana no puede aceptar el espíritu que suele animarla, de cálculo, avaricia, ambición desbordada, indiferencia hacia los demás y lucha sin cuartel, que las leyes no pueden evitar pero que deberían contribuir a moderar. Los problemas y desafíos de nuestra sociedad reclaman cada día más una conciencia y orientación moral.

Hace falta una economía que esté verdaderamente al servicio del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres. Una economía en la que la moral tenga primacía sobre la técnica, el trabajo sobre el capital y el hombre sobre las cosas. Una economía en la que se concilien las exigencias de la libertad, con todo lo que tiene de creatividad y progreso, con las exigencias de la justicia, indispensable para una convivencia pacífica y solidaria. Una economía ordenada en la que las imperfecciones y el rigor de la libertad económica sean corregidos de algún modo.

Se ha hablado mucho de esta economía; se le ha denominado una economía de mercado con responsabilidad social, una economía de rostro humano, una economía al servicio

del hombre. Hemos llegado al punto en que nos pide y nos corresponde a los laicos proponer el modelo económico que puede ser más conforme a nuestra fe de cristianos. Tarea difícil y muy controvertida.

Alguien ha dicho que a la mano invisible del mercado se le debe sumar la mano de la justicia del Estado y la mano solidaria de la sociedad. Esto suena muy bien, pero se requiere profundizar en la idea y explicitar los *cómos*, en los cuales suelen estancarse las propuestas.

La vida del hombre de hoy se desenvuelve sobre todo en el ámbito del mercado y del Estado, a los que de algún modo se somete. Es un productor, un vendedor, un consumidor. Es un ciudadano, un contribuyente, un elector. Está sujeto a la ley de la oferta y la demanda y a las leyes y reglamentos del Gobierno. En ambos casos, se ejerce sobre él una coerción de la que puede sustraerse.

Y también está sujeto a la influencia de los modernos medios de comunicación, que hoy ejercen sobre él una coerción sutil sobre sus gustos, opiniones y costumbres, más allá de lo que él mismo es consciente.

¿Tendrá un sistema económico que reducirse a la interacción del mercado, el Estado y las comunicaciones, y ser el hombre simplemente un objeto de los intereses, la influencia, las presiones y aun los caprichos de unos y otros?

Evidentemente no, porque hay en la convivencia humana otro mundo

que está fincado en lo más profundo de nuestro ser; que calladamente añoramos y que nos pide y aun nos exige reivindicarlo. Es el mundo de la confianza, la amistad y la alegría. El mundo de la generosidad, la tolerancia, la ayuda mutua, la cortesía, el perdón y otros valores fundamentales.

Es la existencia de lo que Husserl llamó el *lebenswelt*, como verdadero cimiento de la sociedad, el del *ethos* primario de la vida, el mundo de las relaciones personales y comunitarias. O como denominó Gaos, el mundo que está fuera del intercambio riguroso y del contrato que piden exactamente el precio. Es un mundo en el que hay, sí, cierta reciprocidad, pero no exigencia de la misma. En el que alguien ha dicho “se toma sin quitar y se da sin perder”.

De algún modo, la depositaria de todo este mundo es lo que se ha llamado la ‘sociedad civil’, entendiéndola como el rico tejido no sólo de asociaciones y grupos voluntarios no lucrativos de toda índole, sino también las parroquias, los clubes, los barrios y, aún más, las familias, las escuelas, los sindicatos, las organizaciones profesionales, las empresas, los partidos políticos y hoy las redes de amigos y personas afines, vinculadas por los más diversos motivos.

Aun en esta área de la sociedad civil, un destacado economista, Stefano Zamagni, señala que existe lo que él llama ‘economía civil’, constituida por una variedad de organizaciones y grupos cuyo objetivo no es filantrópico, pero tampoco estrictamente lucrativo. Organismos y grupos que piden una

cierta reciprocidad por lo que ofrecen o venden. Empresas cooperativas, mutualidades, comunidades de apoyo, prestadoras de servicios semi-gratuitos, instituciones culturales o de promoción humana, cajas de ahorro y préstamos populares.

En la vida social hay fundamentalmente tres cauces ordenadores para la conducta: la ley, las buenas costumbres y la moral personal. La ley es el último recurso para ordenar la convivencia. Las normas sociales o buenas costumbres facilitan la ordenación de la conducta de los ciudadanos. Pero es la moral personal, con su mayor exigencia, la que en definitiva puede asegurarla.

El Estado, como responsable de promulgar y hacer cumplir las leyes, tiene una ineludible responsabilidad en el campo económico. Como reacción ante los excesos de los socialismos y de los regímenes estatistas, su papel en la economía se ha visto disminuido en las versiones actuales de la economía de mercado. Es indispensable restituirle las atribuciones que legítimamente le corresponden de acuerdo con las exigencias del bien común y de la subsidiaridad. Hay que rechazar tanto la idolatría como la satanización del Estado.

Tiene funciones que él y sólo él puede desempeñar. Para evitar sus excesos, se impone una permanente actitud crítica y vigilante de los ciudadanos. El vacío cívico y político siempre ha conducido al desbordamiento del Estado.

El Papa Juan Pablo II, en *Centesimus Annus*, dice que «la actividad económica, en particular la economía de mercado, no puede desenvolverse en medio de un vacío institucional, jurídico y político». E insiste en que «es deber del Estado proveer a la defensa y tutela de los bienes colectivos, como son el ambiente natural y el ambiente humano, cuya salvaguardia no puede estar asegurada por los simples mecanismos del mercado».

Una nación responsable y subsidiaria del Estado ha sido reivindicada por muchos pensadores políticos. Es indispensable para prevenir los excesos, superar las limitaciones y corregir las imperfecciones de la economía de mercado. Hace algunos años se expresó en este sentido Federico Mayor, director general de la UNESCO, y recientemente Nelson Mandela, presidente de Sudáfrica, y Fernando Henrique Cardoso, de Brasil.

Se ha dicho que a la mano invisible del mercado había que sumarle la mano de justicia del Estado. Aparte de la responsabilidad del Estado en materia de seguridad pública e impartición de justicia hoy enérgicamente reclamadas, el Estado en materia económica también está siendo reclamado en su obligación de desterrar la miseria, reducir la pobreza y tratar de corregir la excesiva desigualdad en el ingreso de la población de nuestros países.

Una parte de los ingresos del Estado tiene un fin redistributivo. Por principio de cuentas, en nuestros países, el Estado ha de aumentar

su capacidad de obtener ingresos, tanto por el aumento de impuestos como por su mejor cobranza y buen manejo. El gasto suntuario, la especulación y las ganancias excesivas han de gravarse más. Esto, desde luego, debe hacerse con prudencia para no desalentar la inversión productiva. Y también debe combatir la evasión fiscal y velar por la eficiencia y honradez administrativa de los servidores públicos.

Ante esta exigencia de justicia de las mayorías, el Estado tiene que asignar acertadamente mayores recursos para la satisfacción de las necesidades básicas de las clases muy necesitadas. Son adecuados los programas de alimentación como ahora se llevan a cabo en las zonas de extrema pobreza y el subsidio selectivo a la tortilla en México. Habrá que promover más, de manera sistemática, los programas de salud, seguridad social, vivienda popular y sobre todo los de educación, que todavía en nuestros países tiene serios rezagos y deficiencias.

El economista René Villarreal ha propuesto en un interesante libro, *Hacia una nueva economía de mercado*, la idea de que la mano de la justicia del Estado debe ser además una mano promotora. Insiste que en nuestro país se ha privilegiado la exportación como pivote del desarrollo, pero que debe darse una mayor atención a la sustitución de importaciones y a lo que él llama el 'mercado endógeno'.

La actividad promotora del Estado implica, a mi juicio, una política industrial, una amplia campaña a

favor del ahorro interno, promoción de la capacitación y el aprendizaje en todas las empresas, desarrollo de un auténtico cooperativismo, mayor apoyo al autoempleo, a la micro y pequeña empresa y a los pequeños productores rurales, facilitar la construcción de viviendas modestas y fomentar las instituciones de ahorro y crédito popular. También es muy importante la reorientación de las actividades productivas mediante apoyos fiscales y concesión selectiva de crédito, a fin de que las inversiones se destinen en mayor medida a la satisfacción eficiente de las necesidades de los sectores más pobres.

Entre otras, éstas son las acciones que el Estado debería llevar a cabo para cumplir el mandato de hacer más equitativa a la economía de mercado; sin embargo, queda pendiente lo que debe realizar la sociedad, como arriba la hemos definido, toda vez que el efecto de las disposiciones legales no es suficiente.

Esto nos lleva al indispensable desarrollo de las buenas costumbres o, si se quiere llamar de otra manera, una ética social, es decir, a una manera de comportarse de los agentes económicos del más diverso tipo, como son los consumidores, las empresas, las organizaciones gremiales y otros; de modo que, por convencimiento profundo de su responsabilidad social, adopten políticas de creación de confianza, respeto al bien común, solidaridad humana y que esto se traduzca en muchos casos en una acción cívica y aun política que lleve a cambios en la legislación y a la constitución de organismos privados de

apoyo complementario a las agencias gubernamentales.

En pocas palabras, debemos buscar en nuestros países una definición de una política económica del Estado congruente con nuestra manera de ser y nuestras necesidades. A esta definición deben concurrir todas las fuerzas sociales, sobre todo partidos políticos, universidades, empresas y sus asociaciones, sindicatos, Iglesias y los más destacados portavoces de la llamada 'economía civil'.

Pero, como hemos dicho, la vida económica en último análisis no podrá ordenarse sin las exigencias de la conciencia moral de todos los actores de esa vida económica, seres humanos concretos, con sus fortalezas y debilidades, con sus ideales y sus prejuicios, con sus recursos y necesidades. Se ha hablado mucho de que se requiere el cambio de las estructuras de nuestra vida moderna, de las leyes, costumbres, institucio-

nes y valores que la rigen. Pero ese cambio no se dará si antes no hay un cambio en la conducta personal de quienes participan en la vida económica, toman conciencia de los problemas y asumen el compromiso de contribuir a resolverlos. Se necesitará este profundo cambio en quienes investigan, enseñan y comunican, en quienes gobiernan, legislan y juzgan, en quienes invierten, producen y administran y en quienes trabajan, ahorran y consumen.

Se necesitará para todos, y especialmente para los cristianos, una conversión moral, que sólo será posible si es animada verdaderamente por el espíritu del Evangelio, si vivimos plenamente la dimensión socioeconómica de nuestra fe. Sólo así podremos contribuir a que América Latina, como a partir de *Medellín* se dijo, sea "el continente de la esperanza". ☪

La cuestión social, IMDOSOC, año 6, no. 4 (invierno, 1998), pp. 339-348.

# Manifiesto por un desarrollo solidario

*¿Por qué un manifiesto? ¿Por qué por un desarrollo solidario?*

**1**848. Marx y Engels lanzan al mundo su famoso *Manifiesto del Partido Comunista*, que puede considerarse como el punto de arranque de esa ideología social, económica y política, el comunismo, que conmovió al mundo por casi ciento cincuenta años.

Y por considerar que la lucha contra la pobreza —pero sobre todo contra la pobreza extrema, la miseria—, por ser uno de los males más graves que agobian a la humanidad en la época actual, precisamente por ello, he escogido la palabra ‘manifiesto’, para darle a estas palabras más un acento de desafío, de urgencia, de responsabilidad y de acicate para la acción.

Y un manifiesto por un desarrollo solidario, porque estoy convencido que el desarrollo social y económico debe ser un desarrollo para todos, ese progreso y superación que todos los seres humanos ambicionan, al que todos debemos contribuir y que debe ser, por lo tanto, ‘solidario’.

## **¿Cuál es la dimensión de la pobreza, sobre todo de la pobreza extrema?**

Los datos acerca de la pobreza extrema en México se han dado a conocer repetidamente.

Tenemos rezagos y carencias en salud, nutrición, servicios y empleo, especialmente en estados de la República como Oaxaca, Guerrero, Chiapas, Puebla y otros.

Se ha dicho recientemente que en nuestro país hay 53 millones de pobres y que, de éstos, al menos 12 millones viven —si así se le puede llamar— en pobreza extrema, que es el otro nombre de la miseria.

## **¿Por qué los pobres son pobres?**

Los pobres son pobres, esencialmente, porque no tienen los medios de producción para ganarse la vida. Es decir, no tienen para trabajar por su cuenta o no tienen empleo. No pueden conseguir que alguien ponga a su disposición esos medios de producción que necesitan. Otra manera de decirlo es que no cuentan con activos generadores de ingresos.

Y la pregunta siguiente es ¿or qué ocurre esto? Porque no hay empleo, porque la actividad económica está restringida, no hay quién invierta y cree empleos. Porque no tienen medios propios para trabajar por su cuenta por azares de la vida, porque tienen poca inclinación para trabajar, ahorrar e invertir. O porque de algún modo enfrentan obs-

táculos para conseguir esos medios de producción: ignorancia, aislamiento, explotación.

### **¿Cómo remediar la situación de los pobres?**

En estudios, artículos y conferencias se han mencionado con frecuencia los instrumentos que deben emplearse para combatir la pobreza. En aras de simplificar la cuestión, podemos examinar los ocho frentes que se estiman fundamentales en esta lucha contra la pobreza. Estos ocho frentes considero que son los siguientes:

### **¿Qué tan importantes son la nutrición y la salud en el combate a la pobreza?**

El frente de la nutrición y la salud es indudablemente, en orden de tiempo, el primero que debe confrontarse, porque sin nutrición y salud no hay sujeto para todo lo demás. Pero nos encontramos en un círculo vicioso; para que haya salud se requiere nutrición y para que haya nutrición se debe dejar de ser pobre. Este círculo hay que romperlo de algún modo y el antiguo programa Progreso de Sedesol —hoy Oportunidades— va en esa dirección.

Y desde luego, los programas de salud pública son indispensables. Atender las enfermedades crónicas: tuberculosis y paludismo, pero desde luego: las enfermedades gastrointestinales y respiratorias, que son las más comunes. Y también se requieren los indispensables servicios públicos de agua y drenaje.

### **¿Cuáles son los alcances de la educación?**

Se ha hablado mucho que la educación es la gran palanca del desarrollo. En nuestro país se ha avanzado mucho en la cobertura de la misma. Nuestra gran carencia es la calidad de la educación.

Pero en la lucha contra la pobreza debemos insistir en la calidad, sobre todo en la alfabetización, educación básica y educación de adultos. Hay 32 millones de mexicanos que no están alfabetizados, no completaron la primaria o la secundaria. Aquí hay un inmenso campo de acción y el Conevit (Consejo Nacional de la Educación para la Vida y el Trabajo) está haciendo un destacado esfuerzo.

### **¿Por qué hay que legalizar la propiedad precaria de los pobres?**

Unos de los problemas crónicos que subyace en la pobreza es la inseguridad que los pobres tienen de la propiedad de sus terrenos o casas, tanto en las ciudades como en el campo.

Hernando de Soto ha hablado de ese problema desde hace más de 20 años y es, sin duda, un problema que si se soluciona puede contribuir mucho a que los pobres salgan de su pobreza, pero para ello es indispensable que haya una legislación adecuada a sus circunstancias. El reconocimiento y la protección de la propiedad precaria es un medio valiosísimo para el mejoramiento material de los pobres.

## **¿Es posible propiciar la producción para los pobres y por los pobres?**

No hay duda que la producción de bienes y servicios en nuestra sociedad está orientada más bien a clases medias, tanto bajas como altas, y para las clases altas.

Hacen falta productos diseñados para los pobres y en lo posible fabricados por los pobres. De ahí la necesidad de propiciar el autoempleo, la microempresa, los talleres artesanales, las cooperativas.

Hay ejemplos de gran éxito en India y China, donde se diseñaron productos económicos para los pobres y sistemas de distribución novedosos. El resultado fue un consumo insopechado de esos productos.

## **¿Qué tan importante es el ahorro y el crédito popular?**

El pobre es víctima del *coyote* y del *acaparador*, pero sobre todo del *agiotista*. Hay deudas que constituyen una verdadera esclavitud. La solución para esta situación es propiciar la existencia de las llamadas 'cajas populares', tanto de ahorro como crédito. En esto se ha avanzado mucho y hay que pugnar por entenderlo al máximo con apoyos legales y fiscales. Hay tres mitos:

- Que el pobre no ahorra.
- Que el pobre no paga sus deudas.
- Que el pobre no paga intereses altos.

Estas afirmaciones son falsas y deben desecharse: los pobres ahorran, pagan sus deudas e intereses altos. Lo que necesitan es tener servicios financieros confiables a su nivel y a su alcance.

## **¿Es posible la construcción de un millón de viviendas anualmente en México?**

Para este año hay prevista la construcción de un poco más de 500 mil.

Hay quien dice que se pueden hacer 850 mil, ya que hay recursos para hacerlo. Pero el déficit de vivienda en nuestro país es de 5 millones. Hay que hacer un esfuerzo titánico para avanzar en esto. Utilizar lo más posible la autoconstrucción. Destruir lo que se oponga.

Una gran cruzada a favor de la vivienda tendría grandes frutos sociales y económicos.

## **¿Qué tan grave es la falta de protección y seguridad social en los pobres?**

A los pobres, cuando se les presenta una desgracia como una enfermedad larga, una muerte o ruptura familiar sus exiguos recursos desaparecen, se acaba su patrimonio y deben comenzar de nuevo con gran dificultad. Es indispensable el seguro para quienes están fuera del IMSS y del ISSSTE. El problema es que esto requiere una fuerte aportación del Estado.

Quizás en las sociedades de ahorro y préstamo podrían proporcionar servicios de seguro elemental.

## **¿Cuál es el gran cambio cultural que hay que llevar a cabo para que los pobres dejen de serlo?**

Hemos examinado los diversos frentes por lo que hay que atacar la pobreza, pero el más importante es lograr cambiar la mentalidad y la conducta de los pobres, de modo que no sólo tengan más recursos, sino consciencia de su dignidad y de su valor como personas, que tengan la capacidad de organizarse, de aceptar las cosas nuevas, de planear su futuro.

Necesitan desterrar los condicionamientos colectivos que existen fuera de sus conciencias individuales.

Necesitan combatir la desesperanza y el fatalismo, afirmar su autoestima y tener confianza en sí mismos para salir de su subdesarrollo, rechazando todo paternalismo ya sea público o privado. Aquí la subsidiaridad, de que haga el menos lo más posible y el mayor sólo lo necesario, se impone decididamente.

## **¿Quiénes deben ser los principales actores en la lucha contra la pobreza?**

En esta lucha contra la pobreza es indispensable la acción del gobierno, porque es el único que cuenta con los inmensos recursos que se requieren. Y desde luego, la cooperación de la sociedad, mediante la acción de los numerosos grupos altruistas y filantrópicos que de algún modo trabajan para desterrar la pobreza.

Sin embargo, la acción de los pobres mismos es vitalmente necesaria y a ellos debe conducir una tarea educativa especial y del más largo alcance para esa promoción de una nueva cultura, para ese cambio de mentalidad y de la conducta de los pobres, indispensable para salir de su pobreza.

Es un cambio moral que comprende su responsabilidad y compromiso de modo que ello sean los verdaderos autores de su progreso y superación, acordes con su dignidad de personas.

Si todo lo anterior se ha dicho muchas veces, ¿qué es lo que falta para resolver este problema?

Y para esta lucha contra la pobreza —especialmente contra la miseria— se requiere de todos una férrea voluntad, una decisión inquebrantable, sobre todo del gobierno para que *ya*, en materia de políticas públicas y asignación de recursos, se lleve a cabo una estrategia del más alto nivel y con una rigurosa evaluación periódica para su necesaria eficacia.

En este sentido, es alentador lo decidido por la Secretaría de Desarrollo Social en su estrategia Contigo, que es la primera de una nueva generación de políticas sociales que deben sentar las bases para una política de Estado, caracterizada por una mayor y mejor interacción entre y dentro de los tres órdenes de gobierno.

## **Y para concluir**

Ya hemos visto que para combatir la pobreza hay que hacer muchas cosas.

En lo material, necesitamos más actividad económica, mejor recaudación fiscal, eficiencia administrativa del gobierno, pero sobre todo una mística poderosa que remueva obstáculos y que consiga que por encima de conferencias y declaraciones haya una acción tenaz y decidida para afrontar con energía este gravísimo problema, *ya*.

¡Unámonos todos para erradicar al menos la miseria de los pobres de nuestro pobre México! ❁

La cuestión social, IMDOSOC, año 11, no. 3 (jul. - sep., 2003), pp. 210-214.

# Schuman. Un político cristiano

## 1. Los primeros años

Roberto Schuman nace en la capital del Gran Ducado de Luxemburgo, ese minúsculo país europeo contiguo a Bélgica, en 1886, dieciséis años después de la Guerra Franco-Prusiana y cuatro años antes de la caída de Bismark, el artífice de la unidad alemana y el Imperio Alemán. Su padre Jean-Pierre, originario de Lorena, agricultor y rentista se había casado a los 47 años con Eugenia Duré joven luxemburguesa de 20 años.

Robert pasa una infancia feliz entre un padre más bien severo y una madre fina, sensible y de una profunda piedad. Durante sus vacaciones de verano sus padres lo llevan a Kruth, en Alsacia, donde su madre vivió de pequeña. El amor que ella tenía a Francia y su dominio de la lengua francesa tienen este origen.

A los seis años entra en la escuela primaria, sabiendo ya leer y escribir, su abuelo y su madre le habían enseñado. En cuatro años domina el programa de seis años de primaria. A los diez años entra al Ateneo, la institución de enseñanza secundaria en Luxemburgo. Es una escuela de gran prestigio y alimentada de una doble cultura. La enseñanza es bilingüe, aunque es privilegiada la lengua francesa.

A los 14 años muere su padre y los lazos que le unían a su madre se

estrechan aún más. Compartían el gusto por la lectura que una biblioteca de autores franceses y alemanes facilitaba y gustaban de la buena música. Pero tenían sobre todo en común su interés por las cosas del espíritu y su profunda fe cristiana, que se expresaba particularmente por la meditación diaria, la piedad mariana y la comunión frecuente.

## 2. El estudiante

Los siete años pasados en el Ateneo estructuran armoniosamente su inteligencia. Aprende a razonar, a abordar las cuestiones de la manera más objetiva posible. A los 17 años, cuando deja el Ateneo, ya está preparado para afrontar los combates de la vida. Su carácter está formado de una disciplina y un rigor a los cuales se somete con gracia y delicadeza.

Robert tiene 26 años. A la Asamblea de la Unión Popular Católica le dice que para afrontar el individualismo de competencia descarnada de la civilización industrial, hay que formar al pueblo, pues de lo contrario queda indefenso ante el egoísmo brutal en el seno de la sociedad. Hay que pugnar por preservar al obrero amenazado por el embrutecimiento y la ausencia de esperanza. La formación se hace por el conocimiento de las instituciones sociales y políticas; por la lectura, especialmente de los periódicos cristianos; por la iniciación en el apostolado. Cada cristiano está llamado a comprometerse como apóstol.

El obispo de Metz, Msr. Willibrord Brenzler se da cuenta pronto de la gran piedad del joven abogado, la amplitud de su inteligencia, su vibrante deseo de hacer el bien y crea una estructura a su medida: «La Dirección de las Obras Diocesanas de la Juventud», de la que Robert es nombrado presidente. Su área de acción se extiende por toda la diócesis que recorre sin descanso, dándose a conocer y apreciar por todos sin la menor pretensión política.

La acción de Msr. Brenzler marca profundamente su pensamiento. Un día le encarga estudiar el tomismo y él sigue su consejo a la letra. Estudia las obras del doctor Angélico y no cesará de hacerlo, sino hasta el fin de su vida. A través de esto consolida su filosofía de la naturaleza y del hombre así como su obrar moral y puede establecer una síntesis precisa y sistemática en el dominio de la fe.

Con el lanzamiento de los «Círculos obreros» el obispo sensibiliza a los lorenenses en la lucha por la justicia social, reforzada desde 1891 por la encíclica *Rerum Novarum* y es precisamente la misión que le confiere a Robert la cabeza de las Obras Diocesanas de la Juventud, de difundir estas ideas renovadoras entre la generación que se le presenta.

En 1903, a pesar de haber decidido continuar sus estudios en Metz, ciudad de Lorena, todavía parte del Imperio Alemán, conscientemente elige a Francia, a la que esta región volverá a formar parte 15 años después.

En el Liceo Imperial de Metz sigue siendo el alumno brillante que fue en el Ateneo de Luxemburgo y continúa sus estudios universitarios en Bonn y Munich. En 1908, en Berlín, se gradúa como licenciado en derecho y dos años después obtiene en la Universidad de Estrasburgo el doctorado con la más alta distinción.

### 3. El abogado

Además del doctorado, Robert recibe el «Asesorado», grado que le permite como abogado, asistir al presidente de un tribunal. Entre los cuarenta y cinco candidatos él es el más joven y el más brillante.

A los 26 años abre su despacho de abogado en Metz, ciudad ahora bajo el dominio alemán que cada día más es abandonada por los lorenenses y ocupada por los alemanes. Su actividad profesional prospera. Litiga en alemán y sus demandas llaman la atención por su seriedad, el rigor de su argumentación, la honradez de las pruebas, las objeciones y las refutaciones. Los miembros de la Barra de Metz se dan cuenta que es un abogado de peso, no obstante de su juventud, de su modestia y de su inclinación a pasar inadvertido. Al cabo de un año de trabajo su reputación es ya sólida.

### 4. El apóstol

El 30 de agosto de 1911 muere su madre. Este acontecimiento crea un vacío doloroso en su vida. Llega a pensar en ser sacerdote. Su mejor amigo, Henri S. Eschbach lo disuade. Le dice: «En nuestra sociedad, el

apostolado laico es una necesidad urgente. Yo no puedo imaginar un mejor apóstol que tú. Seguirás siendo laico porque lograrás 'hacer el bien mucho mejor' y que esa sea tu única preocupación».

Hereda de su madre la caridad eficaz, una honestidad escrupulosa, el amor por el trabajo bien hecho, la fidelidad a las prácticas religiosas, el cuidado por el perfeccionamiento interior, la sensibilidad musical y literaria.

A pesar de su trabajo absorbente como abogado pugna por «hacer el bien». Da conferencias en un Congreso de «Cáritas» sobre los niños abandonados y los jóvenes delincuentes. Se afilia a la Unión Popular Católica Lorenense cuyo objetivo es «propagar el orden cristiano en la sociedad, de rechazar los ataques lanzados contra los fundamentos religiosos de la sociedad y combatir los errores aparecidos en el terreno social».

Robert se ve como apóstol en la ciudad. Lo que menos piensa es participar en política. Es al amparo de la Iglesia como quiere actuar. A un año de haber llegado a Metz, en uno de los diarios de la ciudad se dice de él: «Aunque recién llegado ya es muy conocido. La parte que toma en todas las manifestaciones católicas, así como su entrega sin límites a las obras de beneficencia han hecho de él uno de los hombres más queridos y ya un líder respetado y escuchado».

## 5. El político

Robert Schuman, como Konrad Adenauer y Alcides de Gasperi, es un

hombre de frontera. Aunque nace en Luxemburgo, su origen es lorenés. Su padre había combatido como soldado francés contra los alemanes durante la Guerra Franco-Prusiana. Por eso y sobre todo su patria es Francia. Lorena, junto con Alsacia eran provincias francesas que fueron anexadas por el Imperio Alemán después de la mencionada guerra. Después de la Primera Guerra Mundial pasaron de nuevo a Francia, pero Hitler se apoderó de ellas durante la Segunda Guerra Mundial, para que después de su derrota fuesen reintegradas a Francia. A pesar de estos avatares el patriotismo francés de los lorenenses se mantuvo.

En 1908 a Robert, que es considerado ciudadano alemán, se le exceptúa del servicio militar por razones de salud. En 1914, al estallar la Segunda Guerra Mundial, se le destina a algunos trabajos en el ejército y después como trabajador auxiliar en una ciudad cercana a Metz hasta terminar el conflicto. Su experiencia de la guerra, aunque distante, fortalece su profunda aversión a toda violencia. Y es así como este hombre, de gran dulzura y moderación y dotado de una sensibilidad evangélica, el futuro artífice de la paz, escapa a los torrentes de violencia del viejo continente.

Al reintegrarse Lorena a Francia en 1918 hay una gran conmoción porque el gobierno francés es muy drástico con la población alemana, incluso con el obispo Benzler que es deportado y además por la legislación sectaria en contra de los católicos lorenenses. Robert tiene treinta y dos años. Ha abierto de nuevo su

despacho de abogado en Metz y reanuda sus actividades al servicio de la Diócesis. De inmediato le piden participar en la Comisión Municipal, encargada de administrar la ciudad hasta las elecciones. Acepta, su deseo es servir y no tiene ninguna ambición política.

Con motivo de esas elecciones se forma el Partido Unión Popular Republicana e inmediatamente le piden su colaboración. Era cuestión de contar con un hombre que pudiese contribuir a la integración armoniosa de las provincias recuperadas en el conjunto francés. Robert dice que no, y sólo se rinde después de insistentes ruegos de sus amigos. Es así como el futuro «Padre de Europa» entra en política. Y ante esta responsabilidad inesperada reconoce la voluntad de Dios y se abandona a su Providencia.

En 1924 hay nuevas elecciones y el partido lo elige como portavoz de su delegación. El día de las elecciones alcanza en su nombre propio más del 52% del sufragio, lo cual confirma su prestigio. En París encabeza a la delegación de Alsacia y en Lorena a la Cámara de diputados. Ayuda a desbrozar el cúmulo de problemas que se presentan por la indispensable armonización de las legislaciones. Se admira su extraordinaria capacidad de trabajo y su integridad moral. En particular destaca su respeto por la justicia. Robert se adhiere a este principio toda su vida. Además para él, el futuro de la humanidad se encuentra en la unidad y no en los fraccionamientos. Una unificación debe respetar las identidades regionales y locales, si-

guiendo el principio de subsidiaridad que él cita mucho antes que la Europa Comunitaria lo adopte.

Al llegar las elecciones legislativas de 1928 obtiene la mayoría de votos y en 1931 consigue lo mismo. Más se le conoce más se le aprecia. Ante una personalidad íntegra, entregada y competente el buen sentido popular no se equivoca. Se inscribe en el Partido Demócrata Popular; considerado como la vanguardia del catolicismo social en el que juega un papel importante conforme a su naturaleza profunda y su función conciliadora y reconciliadora. Al terminar su legislatura bate todos los récords parlamentarios de autores y reportadores de proyectos y de preparación de leyes.

En la víspera del cataclismo mundial en 1939, se une al Movimiento Republicano Popular; de opciones sociales de avanzada, así como a favor de una política europea de reconciliación y de unión. Es como miembro de este partido que por fin podrá dar una muestra plena de su inspiración y talento de hombre de estado. Lucha por el progreso social, sin medidas demagógicas y sin el peso insoportable para las finanzas públicas.

En lo que concierne al Estado pugna por reformas constitucionales profundas. Atribuye la inestabilidad gubernamental al deterioro moral de la sociedad así como por la guerra.

Durante los cuatro años de la Segunda Guerra Mundial su vida es muy azarosa. Se traslada a París y después a Vichy para cumplir con sus

funciones oficiales y decide dimitir a fin de regresar a Lorena. Llega a Metz en donde es de inmediato detenido por las autoridades alemanas y encarcelado por siete meses. Deja la prisión bajo libertad provisional.

Un año después decide escapar y cuando los nazis se dan cuenta de ello ponen precio a su cabeza. El resto del tiempo hasta la terminación de la guerra está en continuo movimiento, viviendo por períodos breves en residencias de sus amigos o en conventos o casas de religiosos. Durante este tiempo consciente de la inevitable derrota alemana, está convencido de que Francia y Alemania deben unirse de una vez por todas y formar las dos el núcleo de la unificación de Europa. Además llega a redactar un proyecto de constitución para Francia de la postguerra.

## 6. El estadista

Terminada la guerra, Schuman tiene casi sesenta años y se pregunta si debe regresar a la política o si hay algo mejor que hacer. Escribe a un amigo: «La vida sin responsabilidad política es ciertamente más fácil sobre todo en el desconcierto actual, pero nadie tiene ahora el derecho a sustraerse a ella». Lanza con un amigo un movimiento local denominado Agrupación Democrática de Mosela. Se presenta a elecciones junto con el Movimiento Republicano Popular, MRP, que pierden y ya después sólo con el MRP que ganan.

El nuevo gobierno emanado de esa elección va a consagrarlo como hombre de Estado. Se le nombra Minis-

tro de Finanzas, función de la que ya tenía cierta experiencia. La situación financiera de Francia en esos momentos es preocupante y Schuman propone medidas drásticas para salir adelante. Su lema «realismo sin ideología», define su política y lo aplica también a las finanzas con éxito.

El gobierno de que forma parte cae en noviembre de 1949. El que le sucede le pide que lo encabece nada menos que como Presidente del Consejo de Ministros. Desde su inicio no pierde el tiempo. Su programa de gobierno se resume en dos expresiones: «hablar claro y obrar pronto». De inmediato tiene que hacer frente a una situación de extrema gravedad. Las huelgas se extienden afectando sectores vitales y toman un carácter insurreccional.

El país está paralizado. Pero Schuman está decidido a no dejarse intimidar. Hace frente a la sedición con una calma y una especie de despreocupación extraordinarias. Su firmeza da resultado y Francia recobra la confianza.

Sin embargo, la situación económica se agrava día a día. Las diferencias entre los partidos hacen imposibles los acuerdos para gobernar. El país se encuentra a la deriva. Schuman tiene serias dificultades con el general De Gaulle, quien ha entrado recientemente a la arena política. Finalmente dimite, al cabo de ocho meses escasos de su investidura.

Casi de inmediato es nombrado Ministro de Asuntos Extranjeros. Le favorece el conocimiento amplio que tiene de lo que acontece en el

mundo. Su visión política va más allá de las fronteras de Francia. Como diputado ha visitado Roma, Viena, Berlín, Belgrado y Budapest. Al inicio de su gestión los dos bloques antagonistas que se reparten el mundo entran a un período de enfrentamiento y choques. Por todas partes los comunistas aprueban los métodos estalinianos y anuncian el advenimiento de una nueva humanidad. Una buena parte de la intelectualidad francesa sucumbe al canto de la sirena marxista.

En el curso de esta realidad, cargada de peligros, incluyendo la guerra nuclear, está la cuestión alemana. Schuman, consciente de este contexto, comienza a ejercer su responsabilidad con un objetivo que lo obsesiona: una Europa unificada que no será posible más que por la reconciliación de Francia y Alemania.

Un vínculo personal hace maravillas. Schuman conoce a Konrad Adenauer en 1949 cuando éste era Presidente del Partido Demócrata Cristiano de Alemania del Oeste. El encuentro es providencial. Los dos son hombres de frontera, conocidos por su integridad y rectitud, animados de una misma fe cristiana, con gustos comunes de frugalidad, simplicidad y sentido del humor. Esta relación hace que puedan comunicarse fácilmente. El Señor de la Historia dispone de dos seres humanos excepcionales para servir a un propósito que los sobrepasa. Si se les añade Alcides de Gasperi, Jefe del Gobierno Italiano, que se parece a ellos, por su origen, fe, visión y gustos, tiene lugar la «Tercia» más prodigiosa de la postguerra.

En 1951 antes de comenzar las difíciles negociaciones para el famoso *Tratado de París*, ellos se reunieron en un monasterio benedictino a orillas del Rhin para meditar y orar juntos.

Es admirable la prudencia y habilidad con que Schuman consigue proponer que la producción de carbón y acero de Francia y Alemania se coloque «bajo una Alta Autoridad común en un organismo abierto a otros países de Europa». El proyecto visionario es de Jean Monnet y ambos están de acuerdo en que el momento es particularmente favorable para lanzarlo. Schuman habla casi al terminar el Consejo de Ministros y es aprobado con poca discusión. En Alemania, tras una breve deliberación en el Consejo de Gobierno Alemán, Adenauer transmite a Schuman su aprobación y más tarde en sus «Memorias dice, que el 9 de Mayo de 1950 fue el día más hermoso de su vida. La declaración del proyecto se inicia con la frase, que parece escrita con letras de sangre: «La paz mundial no podrá salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan».

En esa fecha memorable Robert Schuman entra definitivamente en la escena mundial y alcanza el cénit de su vida. Es el momento en que invita a las naciones democráticas europeas a asociarse en una «comunidad de destino», sin precedentes en la historia. Seis responden: y así nace la Europa comunitaria, que abre un nuevo capítulo en la historia de Europa y quizá del mundo. En 1951 este proyecto cristaliza en la constitu-

ción de la Comunidad Europea del Cartón y del Acero.

En Enero de 1953, después de cuatro años y medio en el cargo, deja el Ministerio de Asuntos Extranjeros y dos años más tarde el Gobierno de Francia le llama de nuevo, ahora como Ministro de Justicia. «Pronto constata que la justicia está 'politi-zada' más allá de lo que podía imaginar. Insiste en que la independencia de la autoridad judicial es crucial para la paz civil y la tranquilidad de los ciudadanos». Deja el cargo y al cabo de diez meses, en Mayo de 1958, la Asamblea parlamentaria única de los tres países y comunidades existentes entonces, que pronto fue llamada Parlamento de Europa, le elige como su Presidente, cargo que desempeña con talento y su celo acostumbrado. Lo deja dos años después. Así termina la actividad pública de este hombre extraordinario que por su gran servicio a los países europeos ha sido llamado con toda propiedad «Padre de Europa».

## 7. El líder cristiano

Hombre de fe, de meditación diaria y piedad mariana, asiste a la Eucaristía cuantas veces le es posible. De nariz aguileña, cráneo desnudo, rostro anguloso, una mirada enérgica pero benévola, los hombros algo encorvados, una sonrisa franca y abierta y siempre bien vestido, así lo recuerdan sus contemporáneos. Es un hombre pacífico y aun tímido. Fue célibe por su absorbente actividad política que consideró siempre como un deber de estado. Fue un hombre consagrado a su tarea, sin

deseos personales y sin otra ambición más que la de servir. Sin embargo, cuando está seguro de lo que su voz interior le exige, toma brusca-mente las iniciativas más atrevidas y las lleva hasta el final, insensible a las críticas, los ataques y las amenazas.

En su primera intervención en la Cámara presenta la doctrina social de la Iglesia, en la que había sido plenamente iniciado desde su juventud. Sus discursos fueron siempre medurados ante las posiciones adversas, pero sin claudicaciones expresa clara y simplemente sus propias posiciones tomadas a la luz de la fe y la doctrina de la Iglesia. Estudia a Maurice Blondel y de él descubre la justificación razonada de la unidad profunda de la persona humana, la del ser y la de la acción. Dice: «La tarea del hombre político responsable consiste en conciliar en una síntesis, a veces delicada pero necesaria, lo espiritual y lo profano».

En sus discursos no oculta su inquietud ante la evolución materialista de la sociedad. Insiste en que hay que velar porque el progreso espiritual vaya a la par de los avances materiales. En su momento tiene la audacia de proponer al mundo una prueba evidente de perdón, reconciliación y solidaridad entre los pueblos y dejando fuera rumores y todos los esquemas en boga, se atreve a pedir del pueblo de Francia que debe olvidar agravios pasados y ponerse a la cabeza de una Europa unida y fuerte. En su libro *Por Europa* dice: «El cristianismo ha enseñado la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos de un mismo Dios,

rescatados por el mismo Cristo sin distinciones de raza, color, categoría social o profesión».

Dos viajes marcan su vida de cristiano. En 1955, va en peregrinación a Tierra Santa y de ella habla con una emoción poco común para alguien tan reservado. En 1959, visita Roma en donde tiene la oportunidad de entrevistarse con Juan XXIII. Etienne Borne dice de él, que si bien no existe una política cristiana, sí es posible en medio de los riesgos y las aproximaciones de la acción, servir cristianamente, a un conjunto de valores de razón y comunes a creyentes e incrédulos y que en ese sentido puede considerarse honrosamente a Robert Schuman como un político cristiano. La santidad de la política de Schuman se manifiesta no sólo en la habilidad y el saber hacer las cosas sino en la consagración de un ser abandonado todo a Dios, del que se sabe el instrumento.

## 8. El santo

A sus 38 años había comprado una finca en Scy-Chazelles, a unos cuan-

tos kilómetros de Metz que sería su residencia de paz entre los avatares de su actividad política. A ese lugar retorna con frecuencia, y allí pasa sus últimos años, en un retiro forzado por la esclerosis cerebral que poco a poco lo va destruyendo. El 13 de septiembre de 1963, entrega su bella alma a Dios a quien ha servido con tanta fidelidad a lo largo de su vida. Por el mérito de sus virtudes en grado heroico y su vida ejemplar la causa de la beatificación de Robert Schuman se encuentra en la recta final y muchos anhelamos sea pronto aprobada. 🌟

La mayoría de los textos de esta conferencia son del libro *Robert Schuman, Le pere D'Europe* de René Lejeune.

Capítulo 3 del libro *Cinco cristianos en política*, IMDOSOC, México, 2005, págs. 61-72.

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 28, no. 231 (oct, 2012), pp. 15-20.

# Ozanam. Un líder cristiano

## Los primeros años

Federico Ozanam nace en Milán en 1813, cinco años antes que Marx y un año antes del fin del Emperador Napoleón. Su padre, Juan Antonio, oficial del Ejército Francés y después médico, había casado con María Nantas, ambos de profunda fe religiosa y caridad ejemplar.

A los dos años la familia se traslada a Lyon, Francia, patria de sus padres y que será la suya. De esta ciudad decía que “si bien París era la capital de Francia, Lyon era su corazón”. Allí estudia en el Colegio Real donde hace sólidos y brillantes estudios clásicos. Y todavía en este colegio, a los 15 años, asaltado por las dudas, ve vacilar su fe, pero con los sabios consejos de su maestro el Abate Noirot, sale fortalecido y decía: “creo de hoy en adelante en una fe reafirmada, y tocado de un favor tan excepcional, que prometo a Dios dedicar mis días al servicio de la verdad que me da la luz”.

## El estudiante

A los 16 años Federico termina su bachillerato en letras y entra con un abogado para comenzar a practicar sus estudios de derecho. Dos años después parte para París para entrar a La Sorbona. Esta ciudad le impresiona porque al lado de una lujosa ostentación existía una mise-

ria espantosa, que años más tarde Víctor Hugo describirá en “Los Miserables”: “Esa capital del egoísmo, en ese torbellino de pasiones y errores humanos”, decía.

A los 21 años es licenciado en derecho, y los 22 licenciado en letras y dos años más tarde se gradúa de Doctor en derecho después de lo cual regresa a Lyon.

Durante su estancia en París y en La Sorbona es cuando Federico, un joven brillante y combativo, reúne a un grupo de compañeros estudiantes que comparten sus ideales y proyectos. Con ellos cada quince días organiza discusiones sobre la filosofía de la historia. Su relación con cristianos convencidos y la frecuentación de destacados de intelectuales católicos amantes de la libertad le permiten admirar la alianza luminosa de la fe con la elocuencia, con el valor y con la libertad de espíritu y de expresión.

## El apóstol

Su sueño de adolescente de una verdadera renovación del catolicismo le acompañará siempre: “pleno de juventud y de fuerza, se elevaría pronto sobre el mundo, se pondría a la cabeza del siglo renaciente para conducirlo a la civilización, a la felicidad”. Su ardiente fe religiosa, su amor por la verdad, su pasión por la libertad y por la redención de los

pobres le impulsaran a iniciar con entusiasmo contagioso numerosas obras y proyectos.

Concibe la magna idea de organizar las conferencias científico-religiosas de Nuestra Señora de París y consigue, después de tenaces gestiones, que el Arzobispo Quelan las instituya, conferencias que han sido hasta hoy un modelo de rigor científico y oratoria sagrada.

En esa época la situación de los obreros en las grandes ciudades era de una insoportable dureza, trabajo infantil, largas jornadas de trabajo, ambiente peligroso y malsano y salarios exiguos que no les permitían vivir dignamente.

Tenía Ozanam 20 años y asistía a unas Conferencias de Historia y en una ocasión los jóvenes católicos allí presentes fueron confrontados por sus compañeros sansimonianos — los socialistas de entonces— que les reprocharon su alejamiento de los pobres. Ante esto Ozanam propuso a sus compañeros: ¿Por qué no formamos unas Conferencias de Caridad? Y así el 23 de Abril de 1833, Ozanam y cinco estudiantes amigos suyos fundaron lo que se llamó la Sociedad de San Vicente de Paul, santo francés conocido como el apóstol de los pobres. Se resolvieron “unir la acción a la palabra y a afirmar por las palabras la vitalidad de la fe”.

La obra de las Conferencias de San Vicente de Paul tuvo un crecimiento admirable. A los 8 años tenía 2,000 miembros y cuatro años después eran ya 10,000 en 133 ciudades de

Europa. Las Conferencias subsisten hoy en muchísimos países. Ozanam describió la obra como “una sociedad católica pero laica, humilde pero numerosa, pobre pero plena de pobres a quienes auxiliar, sobre todo en una época en que las organizaciones caritativas tienen una misión tan grande a cumplir para el despertar de la fe, para el sostenimiento de la Iglesia y para apaciguar los odios que dividen a los hombres”.

Visitaban a los pobres y no sólo les llevaban el pan sino también el alimento del alma: el consuelo y el afecto. Pero la meta era también renovar y extender entre la juventud el espíritu del catolicismo. Por ello la asistencia de los miembros a las reuniones, la unión en las intenciones y en la oración eran indispensables.

## El maestro

Federico a los 24 años decide consagrar una buena parte de su vida a la investigación intelectual cristiana y se pone al servicio de la Universidad de Lovaina. No hay duda que fue un maestro extraordinario. A los 26 años es profesor de Derecho Comercial. Dos años después es profesor suplente de literatura extranjera en la Sorbona, puesto al que accede llegando en primer lugar, después de una preparación intensa por largas horas en sólo tres meses y compitiendo con concurrentes mayores y más experimentados. Siete años después, a los 31 años, es ya profesor titular de la misma cátedra en la Universidad de la Sorbona en la que enseñará por ocho años.

Durante todo este tiempo Ozanam conoce la humilde tarea del maestro con sus innumerables tareas rutinarias. Pero él está recompensado por el respeto que le rodea, por su gran auditorio sensible a su erudición, a su conciencia profesional, a su claridad y también a su elocuencia, elocuencia conquistada más profundamente por el entusiasmo que comunica a su ciencia y su fe.

Su vocación de maestro es indeclinable. Ya en el último año de su vida, ante una huelga de maestros en la Sorbona, se dirige a los estudiantes que estupefactos le aclaman y pronuncia estas palabras memorables: “Se reprocha a nuestro siglo ser un siglo de egoísmo y eso se dice de profesores atacados de esa epidemia general. Sin embargo es aquí en donde ponemos nuestra salud, es aquí en donde usamos nuestras fuerzas. Yo no me quejo. Nuestra vida, mi vida, os pertenece, os la debemos hasta el último suspiro y la tendréis”.

## **El esposo y padre**

A los 28 años se casa con Amelia Surlacroix. Su hermano sacerdote oficia la misa de matrimonio. De esta unión nacerá María su única hija.

Es un esposo amoroso de su mujer, un hombre de gran sensibilidad, fiel en la amistad, profundamente apegado a su esposa y lleno de delicadeza con ella y con gran ternura para su hija.

En una hermosa carta a Amelia le dice: “Ven entonces, mi bienamada, mi paloma, mi ángel, ven a mis bra-

zos para estrecharte contra mi corazón, ven a traerme lo de ti que es tan puro y tan generoso, ven y que Dios nos bendiga, viendo que al cabo de dos años nos amamos mil veces más que el primer día”.

Y contemplando a su hija dice: “Yo no puedo ver a esa dulce figura llena de inocencia y pureza, sin encontrarle la impronta del Creador; menos oscurecida que en nosotros. No puedo pensar en esta alma impecable de la que tendré que rendir cuenta, sin que no me sienta penetrado por mis deberes”.

Debe señalarse que en la vida de Federico, la amistad y el amor fueron siempre indisociables. Tenía una sensibilidad tal que comprendía siempre las alegrías y los dolores de aquellos que amaba.

## **El pensador**

Ozanam fue un sabio en el pleno sentido de la palabra. Pero en él la avidez del saber era indisociable de la voluntad de ponerlo al servicio de la verdad cristiana y, aun mejor, de mostrar por sus trabajos y en su enseñanza universitaria la alianza natural de la fe y la ciencia. Y decía: Cristianismo y filosofía: “yo no he visto ni sentido jamás que se asocien tan bien para la felicidad del hombre”. Su fe no era la del carbonero. La quería confrontada a la ciencia, a la historia, a la política.

Es admirable que a los 20 años pudiera tratar temas como la mitología en general, la religión de Confucio y Lao-Tsé, la filosofía religiosa de la In-

dia y el pensamiento de Buda. Escribió tesis en francés y en latín. Hablaba perfectamente el italiano y el alemán, comprendía el inglés y el español y podía leer la Biblia en hebreo.

Todavía muy joven Ozanam se mostraba como un católico a favor de la libertad pero amante y fiel a la Iglesia, y consideraba a los principios de la Revolución Francesa —libertad, igualdad y fraternidad— como la traducción moderna del espíritu evangélico. Consideraba inseparables a la verdad y la libertad. Coincidió así con lo dicho por Juan Pablo II “que verdad y libertad van juntas o perecen juntas”.

### **El escritor**

Puede decirse que la obra literaria de Ozanam fue amplísima, si tomamos en cuenta su corta vida.

Uno de sus primeros escritos, a los 17 años, fue el titulado “La verdad de la religión cristiana probada por la conformidad de todas la creencias.

Escribe su tesis “Ensayo sobre la filosofía de Dante” y sobre los escritores germanos y en la que decía: “estos ensayos son para mí como los dos jalones extremos de un trabajo al cual he dedicado ya una porción de mis lecciones públicas y que quisiera reanudar para completarlo. De ello resultaría la historia de los tiempos bárbaros, la historia de las letras y, por lo tanto, la de la civilización, desde la decadencia latina y los primeros vagidos del genio cristiano hasta fines del siglo XIII”.

A estas obras les sucedieron varias más entre las que se cuentan “Los poetas franciscanos en la Italia del siglo XIII” y “La civilización en el siglo V”, en cuya introducción dice: “Todo el pensamiento de mi libro es mostrar como el cristianismo supo sacar de las ruinas romanas y de las tribus acampadas sobre ellas una nueva sociedad capaz de poseer la verdad, hacer el bien y encontrar la belleza”.

Sus trabajos solían ser fruto de una laboriosa investigación que le exigió viajar a Italia varias veces y también a Alemania. Visitó incluso Inglaterra y España y de esta última escribió el libro “Peregrinación al país del Cid”.

El objeto preferente de sus estudios fue la alianza de la fe y la religión. Concibió un programa histórico-biográfico vastísimo que la muerte le impidió terminar.

Debe subrayarse su trabajo periódico, por sus diversas colaboraciones en periódicos católicos, pero sobre todo por su participación decidida en “La Era Nueva” periódico de vanguardia que aparece en 1848 con el advenimiento de la República, que llega a alcanzar un tiraje de 20,000 ejemplares, pero que pierde su identidad original un año después, por presiones políticas del ala más conservadora de la Iglesia.

### **El líder cristiano**

Pero si bien Ozanam era, como hemos visto, un estudioso amante de las ideas, era también un hombre de acción a la que se volcaba con valor y entusiasmo. Merece recordar-

se su papel decisivo en la fundación de las Conferencias de San Vicente de Paul para ayudar a los pobres, con una dedicación y entrega y con una capacidad de unir voluntades a su alrededor, que mostraba ese admirable liderazgo.

Alguna vez escribía a un amigo: "Porque Dios y la educación me han dotado de algún tacto, de alguna extensión de ideas, de alguna amplitud de tolerancia, se quiere hacer de mí una especie de jefe de la juventud católica de este país. Se me ha otorgado una estima de la cual me siento indigno. Sin embargo el conjunto de circunstancias exteriores ¿no pueden ser signo de la voluntad de Dios?"

Su vocación a favor del bien común y de la acción política le llevó a la expresión de sus ideas, no sólo en la cátedra, sino también a través de discursos, libros y artículos periodísticos. Ya a los 20 años, desde la tribuna de La Sorbona, desplegaba la bandera del catolicismo contra los profesores anticristianos. Decía: "Pienso que ante el poder hace falta también el principio sagrado de la libertad; pero que se debe señalar de manera valiente y severa al poder que explota en lugar de sacrificarse; la palabra está hecha para ser el dique que se opone a la fuerza; es el grano de arena al que se viene a estrellar el mar".

A fines de la monarquía de Luis Felipe de Orleans en 1848, Ozanam entró en la política y en relación a su famosa expresión de "Pasemos a los Bárbaros", por la que implicó

que había que salirse de los cauces habituales y acercarse a los extraños o alejados, decía: "Pasemos a los bárbaros, yo demando que nosotros hagamos como él (se refería a Pío IX) que en lugar de esposar los intereses de una burguesía egoísta, nos ocupemos del pueblo que tiene demasiadas necesidades e insuficientes derechos, que reclama con razón una participación más completa en los asuntos públicos, garantías de trabajo en contra de la miseria... Es en el pueblo en donde yo veo bastantes restos de fe y moralidad para salvar a una sociedad en la que las clases altas se han perdido".

Su pasión por la justicia y el bien de los desheredados le llevó a la siguiente declaración, también famosa: "El orden de la sociedad reposa sobre dos virtudes: justicia y caridad. Pero la justicia supone mucho de amor ya que se tiene que amar mucho al hombre para respetar sus derechos, que limitan nuestros derechos, y su libertad que estorba a nuestra libertad".

Impulsado por sus compañeros, presentó su candidatura para diputado en la Asamblea Nacional que no obtuvo, pero siguió en la lucha por sus ideas a favor de la república y de la democracia, sobre todo ante el golpe de estado de Luis Napoleón, que deploró como una derrota del campo de la libertad. Y llegó a afirmar con gran generosidad: "Aprendamos a defender nuestras convicciones sin odiar a nuestros adversarios; amar a aquellos que piensan de otra manera que nosotros".

## El santo

Después de una larga y dolorosa enfermedad, Federico fallece en Marsella unos cuantos meses después de cumplir 40 años. En su lecho de muerte al sacerdote que le asiste y le exhorta a tener confianza en el Señor le responde: “¿Por qué vaya temerle si le amo tanto?”.

En alguna ocasión señaló: “Dios puede ser servido por nuestros sufrimientos, es decir de una manera más pesada y más desinteresada, ya que no vemos el fruto de una jornada pasada sufriendo. Y sin embargo

se puede decir que en el plan divino nuestros dolores valen más que nuestros libros...”.

Por el mérito de sus virtudes en grado heroico y su vida ejemplar; Federico Ozanam fue beatificado el 22 de Agosto de 1997 por el Papa Juan Pablo II en la catedral de Notre-Dame de París. Muchos anhelamos su canonización. ☪

Signo de los tiempos, IMDOSOC, año 28, no. 233 (dic., 2012), pp. 17-21. Junio 23, 2003.

# ¿Hay que acabar con los ricos?

Ante esta pregunta podríamos responder: “No, lo que hay que hacer es acabar con los pobres”, como alguna vez dijo el célebre Cantinflas. Creo que siempre va a haber pobres, y también que debe hacerse lo imposible para remediar su situación y así reducir drásticamente la cantidad de éstos.

Frente a la magnitud de la pobreza de nuestros países surgen preguntas inquietantes: ¿Porqué algunos tenemos todo en abundancia y a todos les falta aun lo indispensable? ¿Porqué algunos nacemos en un medio que no sólo favorece nuestra supervivencia, sino aún nuestra comodidad, y otros nacen en la ignorancia, la miseria y el abandono? ¿Por qué algunos tenemos conocimientos, bienes o autoridad que nos permiten afrontar las necesidades y contingencias de la vida y otros no? Son preguntas que, en conciencia, debemos tratar de responder.

No hay duda de que la pobreza inhumana, la que implica el sufrimiento involuntario del desamparado y el inocente, la que degrada y destruye al ser humano, la que le impide vivir con dignidad y obrar bien y que se sufre sin esperanza, no sólo no podemos aceptarla, sino que debemos combatirla.

Para avanzar con eficacia en este combate es indispensable que conozcamos a fondo lo que es la pobreza. Hay que ir a donde están los pobres y conocer de cerca la situa-

ción del trabajador que ha perdido su empleo o no lo tiene, palpar su angustia para pagar la renta o el médico o para llevar el pan a su familia. Para conocer la situación de los huérfanos, de los niños de la calle, de las madres solteras o abandonadas, de los jóvenes alcohólicos o drogadictos, de los discapacitados, de los ancianos olvidados, de las decenas de miles de personas del campo que emigran a las ciudades o al extranjero y que viven en cinturones de miseria, de las vidas destrozadas que terminan en los asilos, en los hospitales o en las prisiones...

Ante esta situación, la reacción inmediata y simplista de algunos gobiernos es corregir drásticamente la distribución de la riqueza y del ingreso. En pocas palabras, quitarles a los que tienen y dárselo a los que no tienen, es decir, enfrentar a ricos y pobres ¿Éste es el camino?

Lo anterior nos lleva necesariamente a examinar cómo dentro de una economía se producen los bienes de consumo, cómo se crean los medios de producción, cómo se obtiene un valor agregado, cómo se crea la riqueza, aunque el término muchas veces sea equívoco.

¿Quiénes son los que generalmente crean riquezas? ¿Quiénes son los que invierten y generan empleo? Son los empresarios, personas poco comprendidas y muchas veces menospreciadas. Son perso-

nas particularmente ingeniosas e insatisfechas que trabajan asiduamente y que no derrochan todo lo que obtienen, sino que una buena parte de ello la dedican a incrementar su propia capacidad de producir o la de los demás. Son quienes ahorran, invierten y hacen posible la formación de capital y de empleos, organizan y dirigen el trabajo de otros y lo hacen más eficiente, descubren e inventan más o mejores sistemas o herramientas, todo ello asumiendo riesgos, planificando y siempre dispuestos a experimentar, a crecer, impulsados por una ambición, sí, pero también por un ideal de realización creadora.

En este proceso muchos empresarios se enriquecen, pero muchos otros se endeudan, fracasan y pierden todo o que tienen.

Ciertamente hay empresarios ricos, muy ricos. Se les pediría que no cometieran excesos, que no hicieran ostentación de su riqueza, que fueran muy generosos y que ayudaran a todo tipo de obras buenas, pero esto es un reclamo moral.

La economía y la sociedad los necesita como inversionistas, creadores de empleo y, desde luego, pagadores de impuestos. El Estado, en su papel de apoyo a la población necesitada, puede agravar de distintas maneras a los empresarios, pero tiene que hacerlo con prudencia, porque si no, no contaría con su valiosa aportación. Ocurriría el abandono de la actividad productiva, la fuga de cerebros, la fuga de capitales y el desempleo, como ya ha sucedido.

Una observación final. No todos los empresarios son ricos –pensemos en los dueños de un pequeño comercio o un modesto taller- ni todos los ricos son empresarios. Lo son también muchos profesionistas, artistas; deportistas y aun funcionarios públicos y políticos. Debemos evitar los procedimientos que enfrentan a ricos y pobres porque el remedio puede ser peor que la enfermedad. ☞

Signo de los tiempos, *IMDOSOC*, año 28, no. 225 (abril, 2012), pp. 4-5.



Esta edición de La Cuestión Social consta de 1200 ejemplares y se imprimió en MG Advanced Prepress Technology, S.A. de C.V. Canal Leningrado Mz. 34 Lt.12, Col. Insurgentes 09750, Ciudad de México, [impvarel@hotmail.com](mailto:impvarel@hotmail.com) Tel. 56900463.